WARHAMMER 40,000

CORAJE Y HONOR

GRAHAM McNEILL

timunmas



Una nueva entrega de la saga de los Ultramarines. En el universo de Warhammer 40000 los nobles Ultramarines, guerreros genéticamente mejorados para proteger al Imperio de sus enemigos, son los Marines Espaciales por excelencia. El capitán Uriel Ventris, recién llegado del Ojo del Terror, debe redimirse a ojos de sus hermanos de batalla, que temen que haya sido tentado por el Caos. La invasión del planeta Pavonis por parte de los Tau será la oportunidad perfecta para que Uriel se una a su capítulo y demuestre que su honor está fuera de toda duda.



Graham McNeill

Coraje y honor

Warhammer 40000. Ultramarines 5

ePUB r1.0
epublector 05.08.13


WARHAMMER
40,000


ULTRAMARINES

Título original: *Courage and Honour*
Graham McNeill, 2009
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández, 2010

Editor digital: epublector
ePub base r1.0



Estamos en el cuadragésimo primer milenio.

El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra durante más de cien siglos. Es el señor de la humanidad por deseo de los dioses, y dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por él poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología.

Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

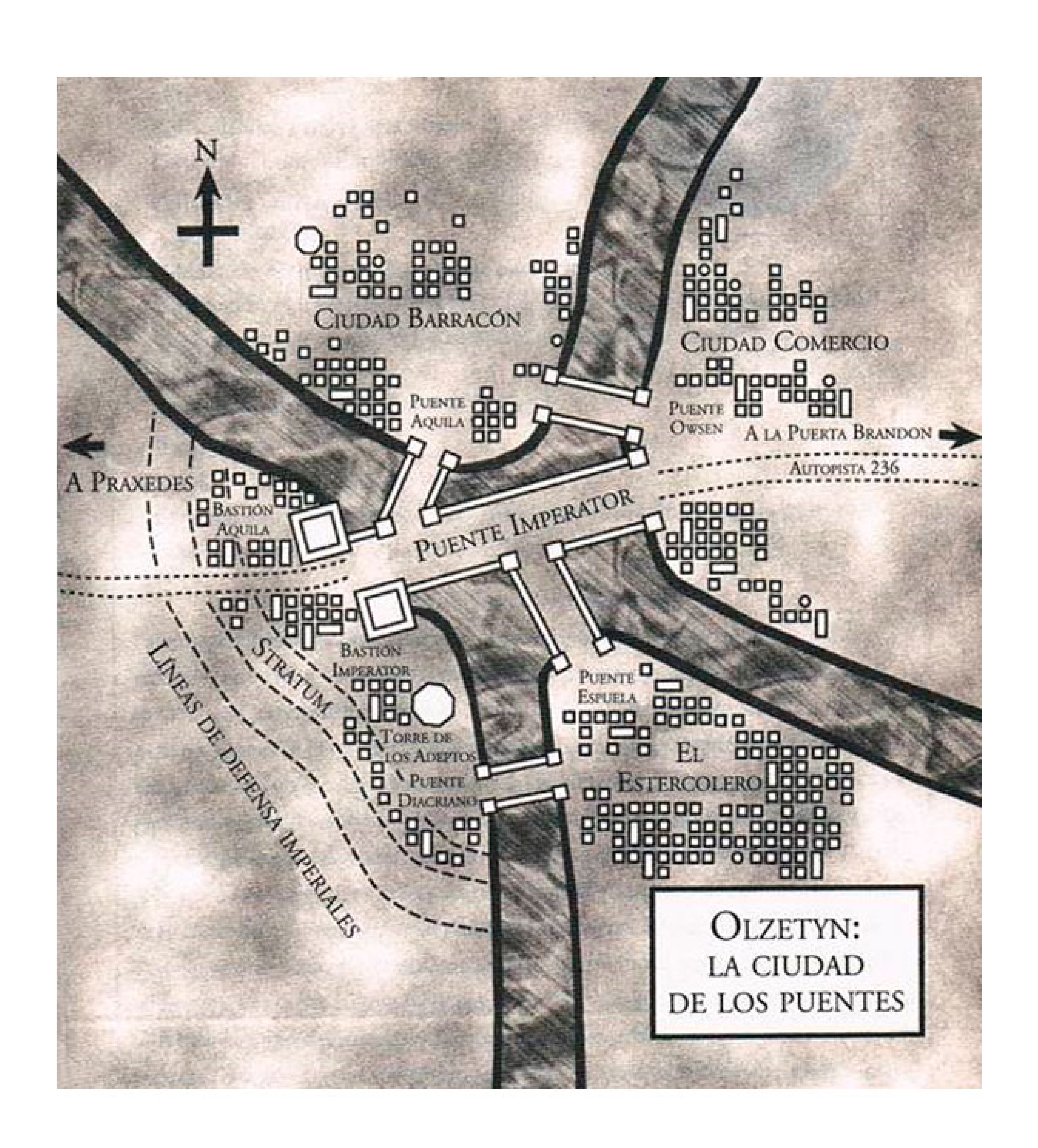
En su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta entre las lejanas estrellas. Su camino está señalado por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en innumerables planetas. Sus mejores guerreros son los Adeptus Astartes, los marines espaciales, supersoldados modificados genéticamente.

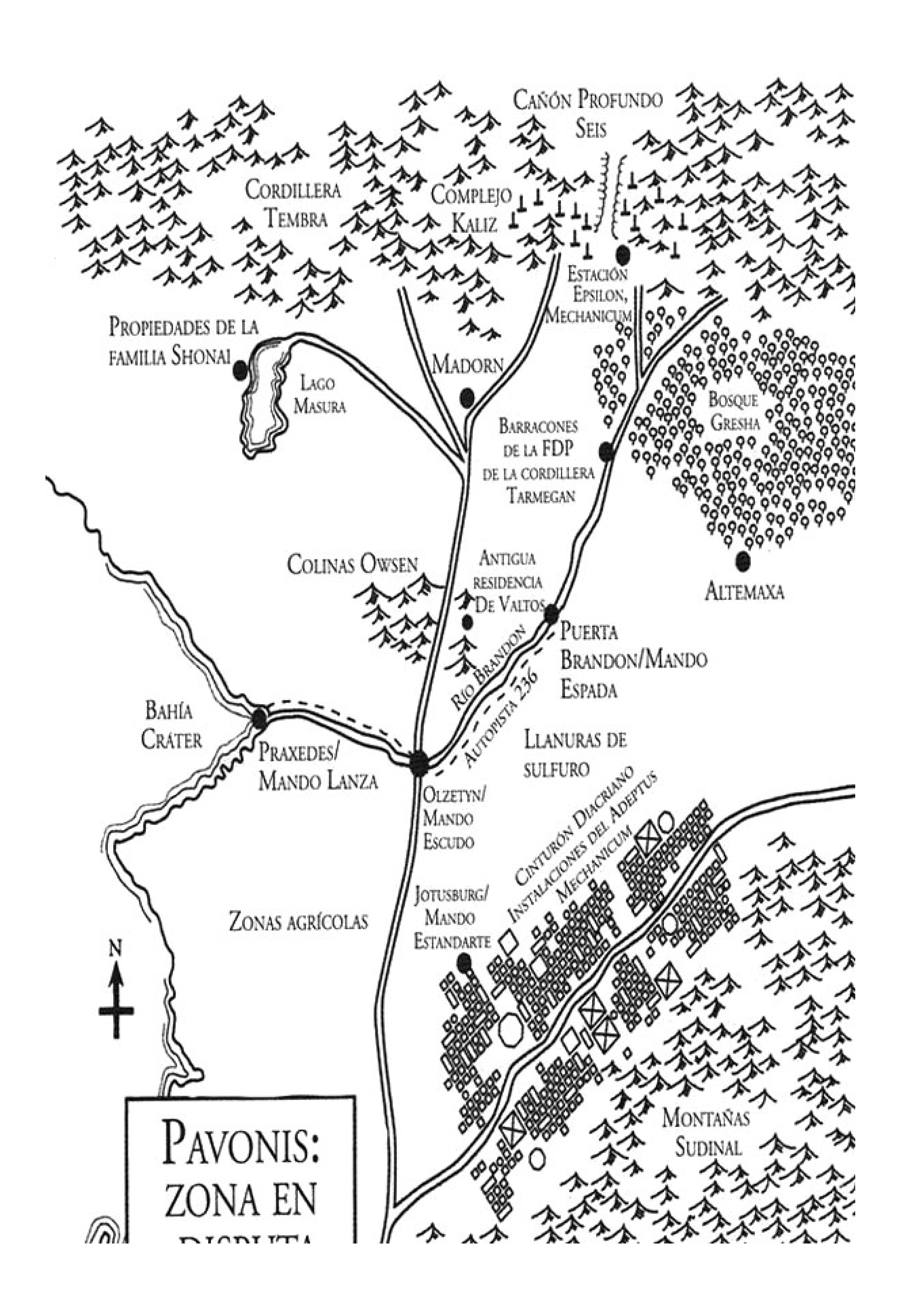
Sus camaradas de armas son incontables: las numerosas legiones le la Guardia Imperial y las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicus por mencionar tan sólo unos pocos. A pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes… y enemigos aún peores.

Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de personas. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Este es un relato de esos tiempos. Olvida el

poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá ser aprendido de nuevo.

Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que el despiadado universo del futuro sólo hay guerra. No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas y carnicerías, y las carcajadas de los dioses sedientos de sangre.


N
Ciudad Barracón
Ciudad Comercio
Puente Aquila
Puente Owsen
A la Puerta Brandon
Autopista 236
A Praxedes
Bastión Aquila
Puente Imperator
Bastión Imperator
Stratum
Líneas de defensa imperiales
Puente Espuela
Torre de los Adeptos
Puente Diacriano
El Estercolero
Olzetyn:
la ciudad
de los puentes


Cañón Profundo Seis
Cordillera Tembra
Complejo Kaliz
Estación Epsilon, Mechanicum
Propiedades de la familia Shonai
Lago Masura
Madorn
Bosque Gresha
Barracones de la FDP de la cordillera Tarmegan
Colinas Owsen
Antigua residencia De Valtos
Altemaxa
Puerta Brandon/Mando Espada
Río Brandon
Autopista 236
Bahía Cráter
Praxedes/ Mando Lanza
Llanuras de sulfuro
Olzetyn/ Mando Escudo
Cinturón Diacriano Instalaciones del Adeptus Mechanicum
Jotusburg/ Mando Estandarte
Zonas agrícolas
N
Montañas Sudinal
Pavonis: zona en

DISPUTA



PRIMERA PARTE
PURO DE CORAZÓN
Y FUERTE CUERPO



UNO

El traidor habitó antaño en las escarpadas laderas de las colinas Owsen. El fallecido Kasimir de Vahos vivió en una casa de campo lujosa, con un pórtico de mármol decorado con todos los detalles que su riqueza y su posición podían proporcionar. Su extensa propiedad estaba habitada por un gran número de piezas de caza, los sirvientes satisfacían todas y cada una de sus necesidades, y los miles de trabajadores que se afanaban esclavizados en sus muchas fábricas de armas, plantas de montaje de motores y manufactorías de artillería tan sólo podían imaginarse la vida de lujos que llevaba su amo.

Había tenido en sus manos la riqueza, la posición social y el poder, pero ese traidor ya había muerto y en sus propiedades crecían las malas hierbas, con lo que los tocones y escombros de piedra de su residencia palaciega estaban prácticamente cubiertos por un mar de maleza de superficie ondulante y sin control alguno. Los trabajadores más vengativos habían saqueado el palacete llenándose todo lo que había de valor tras el estallido de la guerra civil que había provocado la conjura organizada por De Vahos. Derribaron las paredes e incendiaron el lugar donde el traidor había conspirado para convertirse en un dios inmortal.

Así eran los sueños de los humanos, grandiosos y fugaces.

El agua del lago ornamental rielaba bajo la luz del sol justo delante del palacete en ruinas. Recibía el caudal de un conducto subterráneo que lo unía con el ancho río que bajaba hacia el sur desde la cordillera Tembra. El río atravesaba los terrenos de la propiedad de De Vahos, y allí se dividía en decenas de pequeños cursos de agua a medida que recorría las ondulaciones del terreno. Al final, todos aquellos pequeños arroyos se unían de nuevo y serpenteaban hacia el sur para sumarse al río Brandon en su viaje hacia el océano occidental.

Aunque las tierras pertenecientes a la familia De Vahos habían quedado abandonadas, con el paisaje en silencio y el bosque creciendo de forma incontrolada, no estaban en absoluto vacías. Dispersos por todas las colinas Owsen, unos observadores ocultos vigilaban con paciencia los barrancos de flancos cortados a pico y los valles envueltos en sombras.

El traidor había muerto, pero sus tierras seguían siendo importantes.

Un temblor en la hierba fue la primera señal de que algo se acercaba. Fue una onda apenas discernible producida por una figura humanoide de movimientos cautelosos que llevaba puesta una armadura de color verde oliva. Se movió con lentitud y sigilo al salir de la línea de árboles que se alzaban en la base de una colina baja. Avanzó con cierta elegancia, algo encorvado, y dio cada paso con gran cuidado mientras la cabeza cubierta por el casco giraba de un lado a otro para observar el terreno que lo rodeaba con el ojo paciente y el detenimiento de un cazador.

«O de un explorador», pensó Uriel Ventris desde su posición entre un puñado de peñascos caídos en la ladera de la colina que se alzaba sobre el palacete derruido.

No tardaron en aparecer unos cuantos exploradores más, que siguieron al primero. Avanzaron por parejas hacia los muros derruidos del palacete De Valtos. Eran ocho en total, y todos caminaban con movimientos ágiles y profesionales.

Aunque los exploradores avanzaban con zancadas precisas y elegantes, había algo intrínsecamente erróneo en sus movimientos, algo inhumano. Su postura general era sutilmente distinta, como si su estructura ósea no fuese la correcta o sus pies tuvieran una forma distinta a la de los humanos.

Los Ultramarines habían aprendido mucho de los tau y de su imperio en rápida expansión en los campos de batalla de Malbede, Praetonís V y Augura.

Estaban aprovechando al máximo esa experiencia allí, en Pavonis.

El explorador jefe llegó al borde exterior de las ruinas y se llevó un guantelete a un lado del casco, donde llevaba un artefacto óptico semejante a una gema. Al otro lado tenía una pequeña cúpula de la que sobresalía una antena corta.

Uriel observó el modo en que se habían desplegado los exploradores y se dio cuenta de que habían estudiado con atención el terreno.

Exactamente lo mismo que había hecho él a primera hora de ese mismo día.

En la superficie interior del visor de su casco se iluminó un icono parpadeante. Era una petición insistente de su sargento mayor para que

permitiera a sus guerreros atacar con su precisión mortífera habitual. No le hizo caso de momento. El instinto perfeccionado en cientos de campos de batalla le indicaba a Uriel que su presa no había terminado de entrar en la zona de caza, y el riesgo de que su objetivo captara el flujo de comunicaciones era demasiado elevado.

En cuanto el explorador cortó la comunicación silenciosa que había mantenido hasta ese momento, un vehículo de costados curvos que se había mantenido al acecho entre los árboles surgió del bosque. Era tan voluminoso como un tanque, pero se mantenía flotando a poca distancia del suelo, y dobló los tallos de hierba cuando avanzó hacia los exploradores. El conjunto de tubos múltiples del cañón que llevaba instalado en el morro truncado giró con lentitud sobre sí mismo, y las toberas dorsales centelleantes lo mantuvieron en el aire con un zumbido apenas audible.

El diseño del tanque era inconfundiblemente alienígena. Sus líneas curvas y la amenaza silenciosa que representaba le hicieron pensar a Uriel en un tiburón nadando sobre el lecho marino.

Lo reconoció al recordar los informes de inteligencia que había leído mientras viajaba de Macragge a Pavonis. Era un Mantarraya, un transporte de tropas análogo al Rhino. Era veloz y ágil, y estaba blindado en su parte frontal, pero era vulnerable a los ataques por la parte posterior. Las tácticas de emboscada del Codex les serían de gran ayuda.

El tanque alienígena se detuvo, y un par de discos planos con armas incorporadas en la parte inferior se separaron de las aletas frontales del vehículo. Se quedaron flotando por encima del mismo, y las espinas sensoras que llevaban en la cubierta se estremecieron mientras giraban.

«Perros rastreadores».

Uriel miró con cierto nerviosismo hacia los montículos herbosos que se extendían entre las ruinas del palacete de la familia De Vahos.

Los discos flotantes regresaron a sus monturas en el Mantarraya, aparentemente satisfechos de no haber descubierto ninguna amenaza en las cercanías. El explorador jefe cogió un artefacto sujeto a la mochila rígida que llevaba a la espalda. Uriel observó cómo del aparato surgían un par de

patas delgadas antes de que el explorador lo clavara con firmeza en el suelo delante de él.

Unas cuantas luces destellaron en la superficie del artefacto, y los sensores automáticos de la armadura de Uriel captaron una onda de baja presión que recorrió todo el paisaje.

Quizá se trataba de un aparato cartográfico de tres dimensiones. Las fuerzas imperiales que ya se habían enfrentado a los tau habían bautizado a esos guerreros como «los rastreadores». El nombre era más que adecuado. Aquellas tropas avanzaban por delante del ejército principal para reconocer el terreno y determinar las mejores rutas de avance.

Los rastreadores actuaban con rapidez, y cada segundo que Uriel se retrasaba les proporcionaba más tiempo para detectar a sus guerreros. Los Ultramarines ya estaban en posición, y tras observar un momento más a los exploradores enemigos, el capitán supo que había llegado el momento de actuar.

—Unidades primarias, adelante —susurró a través del micrófono de la garganta. Sabía que sería la última orden que tendría que dar en esa batalla.

El rastreador jefe alzó la cabeza de repente, en cuanto Uriel pronunció aquellas palabras, pero ya era demasiado tarde para el tau.

Dos marines espaciales de la escuadra devastadora de Uriel se irguieron detrás de unas rocas situadas al este del palacete derruido cargando sendos lanzacohetes pesados al hombro. Los tau se dispersaron de inmediato, y el zumbido de los motores del Mantarraya se hizo más agudo cuando el piloto hizo virar el morro hacia la amenaza.

Uriel sonrió con ferocidad cuando los devastadores abrieron fuego. Los proyectiles surcaron el aire con un rugido sibilante y dejaron atrás una estela de humo.

El primer cohete explotó sobre un par de rastreadores que intentaban llegar a la cobertura que ofrecían los árboles y convirtió sus cuerpos en una masa de carne picada y placas de armadura destrozadas. El segundo impactó contra el blindaje frontal del Mantarraya con un estampido atronador al que siguió un surtidor de humo negro y metralla.

El Mantarraya se bamboleó bajo el impacto del cohete, pero el blindaje resistió. El cañón giratorio aceleró sus rotaciones y disparó un chorro de proyectiles de gran calibre que dibujaron un arco reluciente entre el tanque y sus atacantes. El terreno situado por encima del palacete estalló cuando la colina se desintegró bajo aquel huracán de disparos, pero los guerreros de Uriel ya se habían puesto de nuevo a cubierto.

El rugido del cañón fue ensordecedor, pero a pesar de ello, Uriel fue capaz de distinguir el estampido metálico del disparo, de otros dos lanzacohetes. Miró hacia el oeste, donde la otra mitad de la escuadra de devastadores acababa de abrir fuego. El tanque intentó cambiar el sentido del giro, pero los cohetes fueron más veloces.

El primero atravesó la rampa de desembarco posterior y el otro impactó en la carcasa exterior del motor izquierdo. La parte trasera del Mantarraya estalló convertida en una lluvia de fragmentos metálicos al rojo vivo que acabó con otro rastreador. Una explosión secundaria remató su destrucción, y el vehículo ya envuelto en llamas se estrelló contra el suelo.

Uriel se puso en pie y apoyó el bólter en el hueco del codo. A su espalda se alzó una escuadra de diez marines espaciales de armadura azul y avanzaron al paso con él en dirección a la zona de combate.

Los alienígenas supervivientes echaron a correr para ponerse a cubierto entre los restos del palacete, pero Uriel sabía que no lo lograrían.

Cuando los rastreadores llegaron al borde de las ruinas, los matorrales que se alzaban entre las paredes derruidas se movieron y toda una escuadra de exploradores de marines espaciales se quitó las capas de camuflaje.

Los exploradores abrieron fuego y los proyectiles bólter atravesaron las delgadas placas de armadura que protegían a los rastreadores y los lanzaron de espaldas en plena carrera. Dos de ellos murieron al instante, y un tercero lanzó un grito agónico cuando el estallido de uno de los proyectiles explosivos le arrancó un brazo de cuajo.

Los dos rastreadores supervivientes respondieron al fuego y sus rifles dispararon entre los exploradores unas ráfagas cegadoras de luz y de sonido. Los alienígenas hicieron una última descarga desafiante para luego

echar a correr hacia los árboles olvidando todo esfuerzo por ser sigilosos con su intento de escapar de la trampa que les habían tendido.

Uriel se arrodilló sobre una pierna y se llevó al hombro el reluciente bólter con una águila estampada. El mecanismo de puntería del arma estaba conectado a su casco. Siguió el recorrido zigzagueante de uno de los guerreros enemigos antes de apretar el gatillo.

El retroceso del bólter fue tremendo, y el rastreador se desplomó en el suelo cuando la parte inferior de su pierna derecha quedó desintegrada por la explosión del proyectil. Al darse cuenta de que no tenía ninguna posibilidad de escapar, el último guerrero tau se detuvo y arrojó a un lado el arma. Luego se dio la vuelta y comenzó a caminar con las manos en alto hacia los restos envueltos en llamas del Mantarraya.

—Se ha oxidado un poco con sus rituales de puntería —dijo una voz al lado de Uriel—. Le apuntaba a la espalda, ¿verdad?

Uriel se dio la vuelta, se colgó el bólter del hombro y luego se llevó las manos a la gorguera para abrir los sellos de vacío del casco. El aire presurizado siseó al escapar y se quitó el casco decorado con dos alas doradas. Se volvió hacia quien le había hablado, un marine espacial que mostraba las insignias de un sargento veterano de los Ultramarines, con su casco rojo rodeado por una corona de laurel blanco.

—Así es —admitió Uriel—. Y tienes razón con los rituales de puntería. Perdí la costumbre mientras estaba lejos.

—Entonces será mejor recuperar la costumbre, y con rapidez.

—Así lo haré —le contestó Uriel, sorprendido por el tono de voz cáustico del sargento.

—Deberíamos bajar. Los exploradores ya se han hecho cargo del prisionero —apuntó el sargento antes de comenzar a descender por la ladera. Uriel se limitó a asentir y siguió a Learchus.

Se sentía bien por estar de nuevo al mando de guerreros en un combate, aunque su implicación había sido mínima una vez se habían hecho todos los planes. El humo del Mantarraya en llamas se le pegó al fondo de la garganta, y Uriel notó que los restos químicos despertaban una serie de impulsos sensoriales en su interior. Captó los compuestos abrasivos que se

habían utilizado para grabar la insignia del casco del vehículo, los lubricantes alienígenas utilizados en los mecanismos de los motores, y el olor áspero y tostado de la tripulación abrasada.

Se pasó una mano por el cuero cabelludo, apenas cubierto por el pelo oscuro cortado a cepillo. En las sienes le habían aparecido unas franjas plateadas, aunque la mirada de sus ojos grises, del color de la tormenta, seguía siendo tan aguda como siempre. El rostro de Uriel mostraba unas facciones clásicas, angulosas y duras, sin los rasgos aplanados comunes en algunos miembros de los Adeptus Astartes.

Tenía una complexión delgada para un marine espacial, aunque equipado con su armadura nueva mostraba un aspecto tan atemorizador como el resto de sus guerreros. Llevaba al cinto la espada de Idaeus, y de los hombros le colgaba una capa verde, ceñida con un broche en forma de rosa blanca que recordaba su último viaje a Pavonis.

Uriel estudió la completa destrucción provocada en el enemigo mientras Learchus distribuía a los guerreros de la cuarta compañía para que formaran un perímetro alrededor de la zona de la emboscada.

Dos marines espaciales custodiaban al prisionero tau, el único superviviente de la emboscada. Estaba de rodillas delante de una losa blanca con las manos sobre la cabeza. Dos transportes Rhino estaban a la espera, con los motores en marcha, en lo que antaño había sido un ancho sendero ornamental de gravilla. Ambos tenían las escotillas laterales abiertas y había un marine artillero al cargo del bólter de asalto montado en la cúpula delantera de cada vehículo. Los grupos de ataque de los exploradores recogieron sus capas de camuflaje fotoabsorbentes de entre las ruinas. Esas capas eran las que les aseguraban que la primera señal que los objetivos de los exploradores tenían de su presencia era el sonido del disparo que les volaba la cabeza.

Al contemplar cómo Learchus impartía las distintas órdenes, Uriel se quedó sorprendido de ver cuánto había cambiado su antiguo amigo desde que él mismo y Pasanius habían abandonado la Fortaleza de Hera en dirección al exilio.

Learchus le había prometido a Uriel que cuidaría de sus guerreros, y había realizado una tarea excelente. Había reorganizado a la compañía después de las pérdidas sufridas en Tarsis Ultra y había dirigido a sus guerreros en combate contra una horda de orkos en Espandor. Las órdenes del sargento se obedecían con rapidez y respeto, y aunque Uriel estaba seguro de que tan sólo se trataba de su imaginación, le dio la impresión de que Learchus parecía un poco más alto.

Por lo que se veía, el mando le había sentado bien.

Uriel le indicó con un gesto que se acercara mientras se dirigía hacia los restos del Mantarraya.

—Sargento —lo saludó Uriel cuando Learchus llegó a su altura.

El sargento se puso en posición de firmes y se golpeó con un puño en la placa pectoral, para luego quitarse el casco.

Learchus era todo lo que un marine espacial debía ser: alto, de porte orgulloso, con un aspecto regio que era la viva imagen de los héroes tallados en mármol luminoso en los peldaños que llevaban al Tempo de la Corrección de Macragge. Llevaba el cabello rubio cortado a cepillo, y sus rasgos francos indicaban con claridad un linaje de los más ilustres.

Cada uno de los mundos de Ultramar poseía características genéticas propias que ninguna clase de mejora genética era capaz de borrar, lo que hacía que fuera fácil determinar de dónde procedía cada guerrero. Learchus era inconfundiblemente un nativo de Macragge, el mundo fortaleza de los Ultramarines, el planeta de donde habían salido los mayores héroes de leyenda.

—Capitán —respondió Learchus.

—¿Todo va bien?

—Todo está en orden. Los centinelas ya se encuentran en sus puestos, hemos recuperado las armas de los muertos y he situado a unos cuantos vigías para avisar de la llegada de posibles refuerzos enemigos.

—Muy bien —contestó Uriel procurando que la voz le sonara despreocupada—. Pero no preguntaba por eso.

—Entonces, ¿qué preguntaba?

—¿Planeas dejarme hacer algo?

—Todo lo que requería atención ya está resuelto —replicó Learchus—. ¿Qué órdenes quedan por dar?

—Yo soy el capitán de esta compañía, Learchus —le replicó Uriel a su vez, aunque odió sonar tan petulante—. Soy yo quien da las órdenes.

Learchus poseía demasiado autocontrol como para mostrar ninguna clase de emoción, pero Uriel captó la sombra que le cruzó el rostro y supuso la razón para aquel comportamiento seco tan formal. Decidió no insistir en el asunto. A los jefes de la compañía debía vérseles con una unidad de propósito, sobre todo en un momento como aquel, tras el regreso de Uriel.

—Por supuesto, señor. Lo siento, señor —contestó Learchus.

—Ya hablaremos de eso más tarde. —Luego se dio la vuelta y se dirigió hacia el rastreador capturado—. Y ahora, veamos qué tiene que contarnos el prisionero.

El alienígena oyó sus pasos mientras se acercaban y volvió la cabeza hacia ellos. Uno de los guardias le propinó un fuerte golpe con la empuñadura del bólter en el cuello, y el alienígena se desplomó contra lo que quedaba de la pared derribada al mismo tiempo que lanzaba un grito agudo de dolor.

El cautivo se agarró a la pared y Uriel se dio cuenta de que sólo tenía cuatro dedos en cada mano.

—Ponedlo en pie —ordenó Uriel.

Learchus se agachó un poco y levantó de un tirón al prisionero. Uriel se sintió impresionado por su lenguaje corporal desafiante. La criatura pertenecía a una especie alienígena, una raza absolutamente distinta a la humana, pero la hostilidad que mostraba su postura era inconfundible.

—Quítatelo —le ordenó Uriel al mismo tiempo que imitaba el gesto inconfundible de sacarse el casco de la cabeza.

El alienígena no se movió, y Uriel desenfundó la pistola bólter y le dio un par de golpecitos en el casco con el cañón del arma.

—Quítatelo —le repitió.

El tau se llevó las manos a la cabeza, desabrochó un trío de cierres, desconectó un cable de su enganche en la armadura y se quitó el casco.

Learchus casi se lo arrancó de las manos, y Uriel se quedó mirando el rostro del prisionero.

La criatura tenía la piel del color del plomo desgastado, gris y arrugada como el lino viejo, con un leve brillo que quizá podía achacarse al sudor. Desprendía un olor extraño, una curiosa mezcla de aromas que a Uriel le resultó imposible fijar con precisión, ya que eran en parte animal y en parte plástico quemado y especias calientes, pero que era absolutamente alienígena.

Una mata de cabello blanco recogida en una cola le bajaba desde la coronilla hasta la base del cuello, y la llevaba anudada con unas bandas doradas tachonadas de gemas.

El alienígena levantó la vista hacia Uriel y lo miró con unos ojos de un color rojo apagado y hundidos en una cara que por lo demás era lisa, sin muestra alguna de nariz. En el centro de la frente tenía una curiosa hendidura vertical, semejante a una antigua herida quirúrgica o a una marca de nacimiento, y el conjunto de sus rasgos, aunque alienígenas y desconocidos, sugería que su prisionero era, en realidad, una prisionera.

En las pupilas ambarinas de la alienígena brillaba el fuego de la hostilidad.

—Estás en un mundo del Imperio. ¿Por qué has venido? —inquirió Uriel.

La alienígena soltó un lírico de tonos desconocidos y palabras exóticas. Las facultades cognitivas reforzadas de Uriel le permitieron dividir el chorro de sonidos en diferentes grupos de palabras, pero no logró darle sentido alguno a lo que resultó. No esperaba entender el idioma del alienígena, pero sí que éste hablara un poco del gótico imperial.

—¿Me entiendes? —le preguntó con lentitud y esforzándose por pronunciar con cuidado cada palabra.

La cautiva volvió a hablar en su idioma cantarín, y Uriel se dio cuenta de que se había limitado a repetir las palabras que ya había dicho antes.

—¿Sabe lo que está diciendo? —le preguntó Learchus.

—No, pero no necesito un intérprete para captar su significado.

—Entonces, ¿qué está diciendo?

—A mí me suena que lo que dice es su nombre, su rango y la unidad a la que pertenece. Creo que es una oficial y que se llama La'Tyen.

—¿Una… oficial?

—Sí. Al menos, creo que es «una».

—¿Qué quiere que hagamos?

—Atadle las manos y metedla en uno de los Rhino. La llevaremos a Puerta Brandon y la meteremos en el Invernadero. Haré que me traigan un servidor xenoléxico de la Vae Victus para poder interrogarla. Tenemos que descubrir cuántos tau más hay en Pavonis.

—¿Cree que hay más?

—Probablemente —contestó Uriel mientras se alejaba de la prisionera—. Puerta Brandon se encuentra a tan sólo sesenta kilómetros de aquí, al este, y el terreno hasta la ciudad es llano y sin obstáculos. Estas colinas son el lugar lógico para que una fuerza enemiga con propósito de realizar un ataque lleve a cabo una exploración. Los rastreadores son los ojos y oídos de cualquier fuerza de combate tau, y me sorprendería mucho que esta unidad actuase sola.

—Si existen más unidades, las encontraremos —respondió a su vez Learchus—. La telemetría recogida en la campaña de Zeist nos ayudó a descubrir a esta unidad, y si tenemos que hacer caso de lo que ha ocurrido en esta batalla, no deberíamos tener muchos problemas en acabar también con ellas.

—Esto no ha sido una batalla —le replicó Uriel.

—¿Ah, no? Entonces, ¿qué ha sido? —inquirió Learchus, poniéndose a su lado mientras caminaban.

—Por el modo en que mi sistema adrenal reaccionó cuando empezamos el combate, bien podíamos haber estado en un ejercicio de entrenamiento. Todo lo que hicimos fue según el manual, desde el disparo de distracción hasta la escuadra de exploradores oculta y la de fuego de apoyo.

—¿Y eso es malo? Hemos ejecutado una emboscada perfecta, según el Codex. Pillamos completamente por sorpresa a los tau. Engañamos a la tripulación del tanque para que cometieran un error de maniobra de

principiantes, y luego acabamos con los supervivientes. Ojalá libráramos todos los combates con tanta precisión.

—Estoy de acuerdo, pero los rastreadores tau fueron tremendamente descuidados en su avance. Por lo que he oído de otras batallas que el capítulo ha librado contra los tau a lo largo de estos últimos años, es algo que me sorprende encontrar en unos guerreros con una reputación tremenda de ser cuidadosos.

—Quizá se trata de tropas novatas que todavía no habían entrado en combate —sugirió Learchus.

—Es bastante posible —admitió Uriel—. Aunque me sigue resultando extraño que lográramos acabar con ellos con tanta facilidad.

—Luchamos con el Codex Astartes como nuestra guía precisamente porque el orden que lleva a nuestros combates hace que parezcan fáciles a aquellos que no conocen sus enseñanzas.

—Eso ya lo sé, Learchus. No hace falta que me lo recuerdes.

—¿No? Lo exiliaron precisamente por no seguir esas enseñanzas.

—Así fue, y comprendí mi error en Medrengard —replicó Uriel, quien tuvo que esforzarse por contener la irritación que le provocaban las palabras de Learchus, aunque sabía que estaban justificadas.

—Espero que sea verdad.

—Amigo mío, te lo juro. Ha pasado mucho tiempo desde que luché al mando de un grupo tan sublime de guerreros. Casi había olvidado lo que es disponer de la ventaja en una situación táctica. Pasanius y yo pasamos también mucho tiempo luchando en unas situaciones casi imposibles de superar.

—Evidentemente, no lo bastante «imposibles» —comentó Learchus—. Después de todo, ambos consiguieron regresar.

La Fortaleza de Hera. Uriel no se había atrevido a pensar que algún día se encontraría de nuevo ante aquella inmensidad marmórea y reluciente. No se había atrevido por temor a que cuanto más lo quisiera, más se alejaría ese deseo de cumplirse.

Las murallas del blanco más puro se elevaban gigantescas por encima de ellos, coronadas por unas torres majestuosas, rematadas a su vez por cúpulas doradas que albergaban armamento, entre las cuales se alineaban los parapetos de adamantium construidos para resistir cualquier asedio, todo tan hermoso como mortífero. La fortaleza parecía crecer a partir de la propia roca de las montañas, como si fuera un coral viviente de belleza indescriptible. Se trataba de un edificio asombroso concebido por el prímarca de los Ultramarines en una época muy anterior.

Se alzaba sobre la cadena montañosa más elevada como un testamento al genio y a la visión legendaria de un individuo. A pesar de ser una construcción maravillosa y colosal, la Fortaleza de Hera no se había erigido como un monumento a la arrogancia, sino más bien como una obra maestra de la arquitectura y de la ingeniería que elevaba el alma y que les recordaba a todos aquellos que la admiraban que siempre podían aspirar a algo mejor. Era una creación de poesía y magnificencia visuales que hablaban del corazón, no del ego.

Uriel y Pasanius se encontraban solos en la amplia plaza rodeada de estatuas que se abría en un extremo de la Vía Fortissimus, la gran avenida procesional que subía serpenteando desde la base de las montañas hasta la propia Porta Guilliman. La enorme puerta de la fortaleza era una gigantesca losa dorada donde se habían grabado las diez mil hazañas de Roboute Guilliman, y Uriel recordó con claridad el odioso sonido que oyó cuando se cerró a su espalda.

El doloroso estampido metálico del adamantium al chocar contra sí mismo le había parecido el sonido definitivo del final de todo, pero en ese momento, en el que la puerta empezó a abrirse con lentitud, la luz que fue surgiendo del interior le pareció el amanecer de la creación.

A su espalda, el casco de la Thunderhawk que los había bajado desde la nave de los Caballeros Grises situada en órbita crujía y soltaba chasquidos a medida que su superficie se enfriaba tras el descenso a través de la atmósfera. Los servidores de carga ya estaban sacando las armaduras de los Hijos de Guilliman que habían llevado hasta allí desde Salinas, y la

cañonera no tardaría mucho tiempo en partir hacia el frío espacio una vez más.

—Estamos en casa —dijo Pasanius, pero Uriel estaba demasiado embargado por la emoción como para ser capaz de contestar.

Su mejor amigo y hermano de batalla estaba llorando, y las lágrimas de alegría le caían de los ojos sin vergüenza alguna mientras paseaba la mirada por las altas murallas y las almenas relucientes de la fortaleza.

Uriel se llevó una mano a la cara y no se sorprendió lo más mínimo al descubrir que él también estaba llorando ante la increíble sensación que amenazaba con sobrecogerlo por completo ante su tremenda intensidad.

—El hogar —dijo casi para sí, como si temiera pronunciar en voz alta aquel pensamiento.

—¿Creíste de verdad en algún momento que volveríamos aquí? —le preguntó Pasanius con voz débil y temblorosa.

—Siempre mantuve la esperanza de que lo haríamos, pero procuraba no pensar mucho en ello. Sabía que si pensaba demasiado en lo que habíamos perdido, no tendría fuerzas para continuar.

—Yo no dejaba de pensar en el hogar. No creo que hubiera conseguido regresar sin albergar la esperanza de volver a verlo una vez más —confesó Pasanius.

Uriel se volvió hacia Pasanius y le puso una mano en el hombro. Pasanius era un gigante entre los Ultramarines, el marine espacial de mayor tamaño que jamás hubiera visto Uriel. Con la armadura puesta, le sacaba una cabeza a su capitán. El brazo derecho de Pasanius acababa en un muñón a la altura del codo. La extremidad se la había cortado en las profundidades de otro planeta una criatura surgida del amanecer de los tiempos.

Los armeros de los Caballeros Grises le habían reparado la armadura y habían añadido las piezas que faltaban, y con esa recuperación conseguida, una parte del alma de Pasanius, que había quedado desgarrada en el exilio, se sintió completa de nuevo.

—Cada uno de nosotros se aferró a aquello que le hacía seguir adelante, amigo mío —le contestó Uriel—. Para ti era la idea de regresar al hogar, y

para mí, la propia misión. Sin ese equilibrio existente entre nosotros, no creo que ninguno de los dos se encontrara aquí en este momento.

Pasanius asintió y abrazó a Uriel con el brazo que le quedaba y con la fuerza de un oso. Los sentimientos del enorme guerrero seguían a flor de piel, heridos, pero ya se estaban curando. Habían compartido aventuras y horrores a lo largo del viaje juntos, y sobrevivir a todo aquello, y mucho más con el espíritu indemne, era un milagro increíble del cual ambos se dieron cuenta en ese preciso instante.

Uriel empezó a notar la fuerza asfixiante de su camarada y se echó a reír.

—¡Me estás ahogando, bruto! —logró jadear.

Pasanius lo soltó en el mismo momento que la Puerta Guilliman se abría del todo y la luz procedente del interior de la fortaleza brillaba con más intensidad.

Ambos guerreros se pusieron en posición de firmes con las espaldas rectas como barras de hierro y la barbilla alzada.

Habían superado la misión que habían llevado a cabo en el corazón de la galaxia y en el interior de las almas de los hombres, y cada prueba los había acercado un poco más a la redención final. La conclusión de esa tarea impuesta estaba a punto de llegar, y Uriel sintió que el corazón le latía en el torso desprovisto de costillas como si estuviera a punto de entrar en combate.

Tres guerreros surgieron del brillo cegador de la fortaleza. Eran tres gigantes de las leyendas de los Ultramarines, cuyos nombres representaban los valores del coraje y del honor a lo largo y ancho del Imperio.

A la cabeza del trío, espléndido con la armadura de Antilochus, de aspecto grande y terrible, y con las manos enfundadas en los guanteletes de Ultramar, caminaba Marneus Calgar, el señor del capítulo de los Ultramarines. Era un guerrero sin parangón y un estratega magnífico, y ejemplo definitivo de lo que significaba ser un comandante de los Adeptus Astartes.

A un lado de Calgar caminaba un guerrero enorme equipado con una armadura de tono azul lustroso y con la cabeza casi cubierta por una

capucha cristalina. Se trataba de Varro Tigurius, el bibliotecario jefe de los UItramarines, y Uriel sintió su poder cuando el poderoso guerrero le dirigió la mirada, una luz brillante que encontraría cualquier indicio de oscuridad y acabaría con ella sin compasión alguna.

Por último, a la derecha de Calgar marchaba el miembro más venerable de los Ultramarines que seguía en servicio activo, el capellán Ortan Cassius, el Señor de la Santidad y guardián del alma del capítulo. A diferencia de sus hermanos de batalla, la armadura de Cassius era de un color negro intenso, y mientras que sus camaradas eran guerreros de noble porte, el rostro del capellán era un entramado horrible de carne quemada e implantes biónicos.

Uriel y Pasanius cayeron de rodillas e inclinaron la cabeza en cuanto vieron que aquellos magníficos guerreros legendarios se dirigían hacia ellos. Estar en presencia de uno de ellos ya habría sido de por sí un honor inmenso, pero ser recibido por tres individuos de semejante importancia entre los astartes era algo absolutamente increíble.

—Has vuelto a nosotros, Uriel Ventris. No esperaba volver a verte —dijo lord Calgar, y Uriel sintió que el corazón se le henchía en el pecho al notar un sentimiento de bienvenida y respeto en su voz.

Uriel alzó la mirada hacia lord Calgar y se maravilló ante la visión de un guerrero tan perfecto. Los rasgos del rostro de Marneus Calgar eran tan duros y severos como el granito sacado de la cantera más profunda, pero estaban marcados por la sabiduría y la nobleza. Sus ojos mostraban un brillo acerado, pero estaban llenos de humanidad.

—Yo tampoco esperaba poder volver a veros, mi señor —respondió Uriel, incapaz de evitar que se le escaparan unas cuantas lágrimas.

—Varro me dijo que volveríamos a vernos, pero no le creí. Debería haberle hecho caso.

—Sí, así es —apuntó Tigurius—. ¿No dije que el Centinela de la Torre lucharía a nuestro lado cuando el Tres Veces Nacido se encarnara de nuevo?

—Sí, sí que lo dijiste, Varro, y ya me explicarás algún día lo que eso significa —respondió Calgar.

El señor del capítulo se volvió hacia Uriel y le puso una mano en la cabeza. El pesado guantelete de Calgar era capaz de aplastar hasta el metal

más resistente, pero también podía sostener la escultura de cristal más delicada sin que sufriera daño alguno. La vida de Uriel estaba literalmente en manos de su señor, pero a él no se le ocurrió nadie más en quien depositar su futuro sin temor.

—¿Tú qué dices, Uriel? ¿Vuelves a nosotros lleno de gloria?

—Volvemos al capítulo tras completar el juramento de muerte que hicimos, mi señor —contestó Uriel.

—Entonces sois bienvenidos.

—Las criaturas que descubrí en mi visión… —dijo Tigurius, y Uriel notó que las palabras estaban cargadas de un sentido que iba más allá de su simple significado—. Las criaturas de crianza demoníaca. ¿Las encontrasteis?

—Así fue, mi señor —le confirmó Uriel—. En un mundo sometido a los Poderes Malignos. Las encontramos y las destruimos. Nuestro viaje ha sido largo y muy duro, hemos contemplado numerosas situaciones terribles, pero también grandes actos llenos de gloria e inspiración. He visto a hombres convertirse en monstruos, y a monstruos convertirse en héroes.

—¿Y tú apoyarás todo lo que él nos cuente, Pasanius? —Quiso saber Cassius con un gesto que parecía ser sarcástico, pero que no era más que el resultado de las cicatrices que le cubrían el rostro—. Ya lo hiciste antes, y eso provocó que se te expulsara del capítulo. Debió de ser algo tan doloroso como la pérdida de tu brazo.

Pasanius se encogió de hombros.

—Estoy completo en mi interior, mi señor capellán.

—Eso ya lo veremos —comentó Tigurius dirigiéndose a ambos recién llegados—. Habéis regresado a nosotros como hermanos, pero habéis pisado el suelo y habéis respirado el aire de un mundo condenado. El hermano Leodegarius de los Caballeros Grises asegura que vuestro cuerpo y vuestra alma son puros, y ha sido su palabra lo que os ha permitido descender con vida hasta a la superficie de Macragge.

Tigurius se acercó y se irguió con toda su estatura sobre las figuras arrodilladas de Uriel y de Pasanius. La matriz cristalina de su capucha resplandeció cargada de energía psíquica.

—Me contaréis todo lo que ha ocurrido a lo largo de vuestro viaje —declaró Tigurius. En las pupilas le destelló la luz de un poder ancestral—. Y ay de vosotros si descubro la más mínima señal de impureza.



DOS

Los agentes se le acercaban cada vez más, y no le quedaban muchos lugares hacia los que huir. Sentía las piernas cansadas y cada bocanada de aire le ardía en los pulmones. Tenía el cabello rubio, que le llegaba hasta los hombros, empapado de sudor. Llevaba huyendo a la carrera casi tres horas, pero Jenna Sharben no estaba dispuesta a caer sin plantar cara.

Parpadeó para quitarse el polvo de los ojos, y deseó no haber perdido el casco en la pelea contra el matón que había intentado dejarla atrapada contra la pared con el lanzarredes. Jenna había conseguido esquivar la red y después le había partido las costillas a su perseguidor con dos rápidos golpes de la porra de energía. Luego lo había dejado inconsciente con un veloz golpeen la garganta. No era más que un aficionado.

Tenían órdenes de capturarla con vida, y eso le proporcionaba ventaja.

El negro de su armadura estaba cubierto de una capa de polvo gris. Se pegó contra una pared medio derruida al oír que un par de agentes pasaban a la carrera por la parte sin techo del edificio derrumbado en el que se había escondido.

Aquello había formado parte antaño de las instalaciones de la armería imperial y de la jefatura de los Adeptus Arbites, pero poco había sobrevivido del edificio, nada más que unas cuantas ruinas desgastadas, unas placas de rococemento derrumbadas, unas paredes rotas que se mantenían en precario equilibrio y algunas pasarelas retorcidas.

Jenna se colocó al lado del hueco de la puerta y se agachó para agarrar un puñado de gravilla producida por el derrumbe. Tiró los trozos de piedra por el suelo de madera resquebrajada. Al instante oyó a los agentes darse la vuelta y dirigirse hacia el lugar donde ella estaba escondida.

Jenna oyó el chasquido de sus microcomunicadores y se mantuvo a la espera.

Una figura de uniforme gris cruzó a la carrera el umbral de la puerta, y Jenna la dejó pasar sin oposición alguna. Otro agente siguió al primero de inmediato, y la mujer se puso de pie para propinarle un golpe en el muslo con la porra de energía. El hombre lanzó un aullido de dolor, se desplomó en el suelo y soltó la escopeta que empuñaba para agarrarse la pierna inutilizada. Otro golpe lo dejó fuera de combate.

Jenna continuó el ataque y se lanzó de cabeza hacia adelante al mismo tiempo que el primer agente que había entrado alzaba su arma. Rodó por el suelo, por debajo de la trayectoria del disparo, y lo golpeó en la entrepierna con la empuñadura de la porra de energía. El hombre gruñó de dolor, pero se mantuvo de pie, que era más de lo que se había esperado de él.

Jenna se levantó de un salto, sin haber perdido agilidad a pesar de la armadura que llevaba puesta, y blandió la porra de energía contra la placa facial reflectante del casco del agente. El metal se abolló, pero mantuvo la integridad estructural, aunque el agente también cayó al suelo. Sin energía, aquella porra no era más que un trozo sólido de plastiacero, pero no dejaba de ser muy útil para derribar a alguien.

En ese momento, oyó el chasquido de un cartucho al entrar en la recámara de una escopeta. Alzó la mirada y vio a un agente con un chaleco gris subido a un trozo de pared rota, unos pocos metros por encima de ella. Llevaba bajado el visor reflectante del casco, pero Jenna reconoció de inmediato quién era.

—Muy lista —dijo.

Aferró con más fuerza la empuñadura de la porra de energía, con todos los músculos del cuerpo tensos y listos para entrar en acción de nuevo.

—Siempre acaba aquí. ¿Por qué? —le preguntó la agente.

Jenna no contestó, sino que le arrojó la porra de energía al mismo tiempo que un pequeño chorro de llamas surgía de la boca del cañón de la escopeta.

La porra de energía no estaba diseñada para ser lanzada, por lo que pasó lejos de su objetivo. Jenna se quedó tensa a la espera de sentir el dolor, pero se echó a reír cuando se dio cuenta de que la agente también había fallado el disparo. El proyectil sólido había abierto un agujero en el suelo de madera medio podrida.

La agente movió la corredera de la escopeta y cargó un nuevo proyectil.

—Fallaste. Vas a tener que mejorar esa puntería, agente Apollonia —dijo Jenna mientras levantaba las manos en gesto de rendición.

—No la apuntaba a usted —respondió la agente al mismo tiempo que bajaba su arma.

Jenna bajó la mirada y vio que el impacto del proyectil sólido había destrozado el extremo de la viga que soportaba el peso de la parte del suelo donde ella se encontraba.

—Mierda —exclamó cuando las tablas del suelo crujieron un momento antes de partirse y ceder bajo su peso.

Cayó por el hueco abierto y se estrelló contra una pila de escombros y de escayola hecha añicos. La armadura absorbió la mayor parte de la fuerza del impacto, pero a pesar de ello se quedó sin aliento mientras rodaba para ponerse de costado.

—Quieta —dijo a su lado una voz casi sin aliento.

Jenna miró hacia arriba y vio a un agente de estatura elevada y complexión fuerte que estaba de pie casi sobre ella apuntándola al pecho con la escopeta que empuñaba. Parpadeó para despejarse la vista de las motitas de luz que todavía le bailaban en los ojos y miró a través de la nube de polvo que había provocado su caída: la otra arma seguía apuntándola a través del agujero del suelo.

—Bien hecho, agente Dion. Tenía la intuición de que seríais vosotros dos los que me atraparíais —dijo Jenna.

Se puso de rodillas y se apretó con una mano la zona del estómago donde había sufrido la vieja herida de escopeta.

—¿Se encuentra bien, señora? —le preguntó Dion después de subirse el visor plateado del casco.

—Sí, estoy bien. Sólo un poco sin aliento.

Jenna se llevó una mano a la gorguera de la armadura y conectó el microcomunicador que llevaba incorporado mientras el agente le ponía el seguro a la escopeta.

—A todas las unidades —anunció Jenna Sharben, comandante de los agentes de Puerta Brandon—. El ejercicio ha terminado. Repito: el ejercicio ha terminado. Que todos los agentes se reúnan en la plaza de la Liberación para el análisis de los resultados.

Jenna condujo a sus pupilos hacia el exterior de las ruinas del edificio de los arbites a través de un laberinto que serpenteaba a través de pilas de escombros de plastiacero y de granito cubiertos de musgo que daban en

dirección a la plaza de la Liberación. Antaño, una muralla elevada de rococemento reforzado, coronada de alambre de espino y salpicada de portillas para armas, rodeaba el edificio, de aspecto siniestro y amenazante, que se encontraba en el centro de Puerta Brandon como recordatorio a la población de los deberes que debían cumplir respecto al Imperio.

A ella se le ocurrió de repente que estaba claro que no había sido un recordatorio muy eficiente.

Había sido una época sangrienta, cuando la influencia de los cárteles comerciales que formaban la espina dorsal de la industria de Pavonis habían alcanzado una masa crítica de poder y de ambición y Virgil de Valtos había intentado derrocar al gobierno imperial.

Jenna había sido testigo de los primeros disparos que se realizaron en aquella revolución.

Mientras intentaba evacuar a la gobernadora Mykola Shonai del palacio imperial, uno de los ayudantes de la misma, un gusano comprado por De Valtos, la había traicionado. Se llamaba Almerz Chanda y le había disparado en el estómago. La herida casi había matado a Jenna, pero un sanador astartes la había salvado, y aunque ya se había recuperado del todo, el fantasma de aquel dolor todavía la acosaba de vez en cuando.

Trepó por encima de las grandes placas de rococemento, que era lo único que quedaba de la muralla. Le sacudió un estremecimiento cuando recordó el espectáculo que ofrecían los escuadrones de tanques mientras se abrían paso a cañonazos a través de las murallas, cómo segaban con todas sus armas las filas de arbites supervivientes que salían tambaleándose de los restos del edificio después de la explosión interna que lo sacudió.

Nadie llegó a saber nunca cómo los agentes de De Valtos habían conseguido introducir a escondidas una bomba dentro del cuartel general de los Adeptus Arbites, aunque eso no importó demasiado después. La explosión resultante había devastado todo el interior del edificio, lo que había acabado de forma efectiva con cualquier posible resistencia organizada por parte de los arbites frente al golpe de Estado de De Valtos.

Virgil Ortega, su antiguo mentor, había muerto en combate. Había sido un juez de una valentía y una honorabilidad más allá de lo común incluso

entre los arbites, y ella estaba convencida de que también había sido un individuo del que habría podido aprender mucho. Deseó fervientemente que estuviera a su lado en esos momentos, ya que jamás supuso cuando la destinaron a Pavonis que acabaría encargándose del entrenamiento de todo un nuevo núcleo de agentes.

En los tiempos anteriores a la rebelión, cada cártel comercial había organizado y entrenado a su propio grupo de agentes de la ley, lo que dio como resultado la aparición de numerosos ejércitos privados que sólo eran leales al cártel que les pagaba. Aquellos agentes eran poco más que matones a sueldo de las diferentes compañías, que obligaban a todo el mundo a obedecer los deseos de los cárteles mediante palizas y coerciones con poco respeto por las leyes imperiales.

Uno de los primeros decretos que promulgó el Administratum tras establecer su presencia en Pavonis después del intento de golpe de Estado fue disolver y prohibir aquellas milicias privadas, lo que dejó a miles de individuos sin trabajo alguno. Mykola Shonai había protestado ante una medida tan drástica, pero la gobernadora se encontraba ya en los últimos meses de su mandato y no le hicieron ningún caso.

Jenna Sharben formaba parte de los pocos supervivientes de los Adeptus Arbites en Puerta Brandon, por lo que la tarea de reclutar y entrenar a una nueva fuerza de agentes recayó en sus manos. No tardó en darse cuenta de que se trataba de una tarea que era más complicada y agotadora de lo que se había imaginado.

Cualquiera que hubiera tenido una relación laboral con los cárteles era sospechoso a los ojos del Administratum, por lo que Jenna se había visto obligada a rechazar a numerosos candidatos prometedores debido a su relación con los cárteles de la lista negra. Aquella restricción era irritante, ya que no tenía en cuenta el hecho de que cualquiera que quisiera encontrar empleo antes de la rebelión debía trabajar para uno de los cárteles.

Jenna había perseverado a pesar de tener que enfrentarse a contratiempos de esa clase. Gracias a la ayuda de Lortuen Perjed, el asistente del Administratum asignado a la gobernadora, y que antaño había sido acólito del propio inquisidor Barzano, había conseguido reclutar a casi

doscientos agentes, además de proporcionarles armas, uniformes y entrenamiento. E incluso había logrado establecer un cuartel general en unas instalaciones seguras situadas en uno de los límites de la ciudad.

Su base de operaciones era una prisión destrozada, que había sido quemada y saqueada tras el comienzo de la rebelión, pero que durante el año anterior habían reconstruido y reformado para que pudiera ofrecer un mínimo de funcionalidad. El nombre oficial era Complejo Penitenciario Puerta Brandon, pero los habitantes del lugar lo llamaban «el Invernadero».

Por supuesto, no era ni por asomo una base perfecta desde la que controlar toda una ciudad, pero por lo menos se trataba de un comienzo, y todo proyecto tenía que empezar desde algún punto.

Jenna sacudió la cabeza para sacarse aquellos pensamientos lúgubres mientras caminaban lejos de las murallas azules de la fortaleza de combate de los Ultramarines. Se acercaron, bajo la atenta mirada de sus armas, hacia un punto de control ocupado por los guardias imperiales del 44.º de Húsares Lavrentianos. En cada una de las avenidas que llevaban a la plaza de la Liberación se alzaba uno de esos puntos de control, básicamente un emplazamiento de sacos de arena apilados y de vigas de rococemento que albergaba una escuadra de guardias imperiales con placas pectorales plateadas y pantalones bombachos de color verde.

Sobre cada uno de aquellos emplazamientos ondeaba de forma flácida un estandarte donde se veía la figura de un soldado dorado en postura heroica montado sobre un caballo encabritado, y detrás estaba apostado un amenazante transporte de infantería Chimera.

Jenna sabía que los lavrentianos eran soldados veteranos, luchadores encarnizados que llevaban casi siete años combatiendo contra los incursores pielesverdes a lo largo de la Franja Oriental. Que los enviaran a Pavonis, lejos de cualquier línea del frente, era un destino cómodo para ellos, pero Jenna todavía no había visto en ningún momento una relajación en su comportamiento, ni en lo relativo al entrenamiento ni en la disciplina.

Oyó cómo amartillaban los bólters pesados mientras se acercaban al punto de control. El láser multitubo del Chimera los siguió en todos y cada uno de sus movimientos, a pesar de que ya habían cruzado ese mismo punto

de control tan sólo cuatro horas antes de camino a su ejercicio de búsqueda y captura. Del emplazamiento salieron un capitán y su destacamento de escolta, y Jenna supo que sería igual de concienzudo en la comprobación tanto de sus identidades como de su número que cuando pasaron poco tiempo antes.

El capitán, que se llamaba Mederic, pasó por encima de su tarjeta de tránsito la vara de escaneo de datos, y repitió el gesto con cada uno de los agentes mientras avanzaban por debajo de la atenta mirada de los artilleros que empuñaban los bólters pesados.

—¿Ha sido un buen ejercicio? —le preguntó Mederic una vez comprobó la identidad del último agente en pasar.

—Podría haber sido mejor —admitió Jenna—. Tardaron tres horas en darme alcance, pero al final me capturaron.

—Tres horas —repitió Mederic con una sonrisa algo descarada—. Si soltara a los mastines del 44.º para capturarla, me la traerían atada y amordazada en menos de tres minutos.

—Qué más quisieran —contestó Jenna mientras se fijaba en la mirada de reojo con la que Mederic recorrió su silueta atlética y que la armadura de arbites no conseguía ocultar—. Le aseguro que haría que esos tales mastines salieran huyendo con el rabo entre las piernas.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Tendré que poner a prueba esa afirmación en algún momento, jueza Sharben —le replicó Mederic al mismo tiempo que le hacía un gesto con la mano para que continuara su camino—. Nuestros exploradores son los mejores de este sector.

—Eso es una baladronada, capitán. No debería ser propia de usted —respondió a su vez Jenna con un tono de voz desafiante.

Se dio la vuelta y pasó al lado del Chimera en dirección a los demás agentes, que habían seguido caminando.

—Me pondré en contacto. Cuente con ello —se despidió Mederic riéndose.

Mederic la había irritado, ya que se había esforzado muy poco por ocultar la atracción que sentía por ella. Se dijo a sí misma que lo que la había molestado era aquel deseo tan obvio y el desprecio del capitán hacia sus habilidades como jueza, pero era consciente de que había algo más. Era el hecho de que no perteneciera a aquel planeta. De que fuera alguien foráneo.

No importaba que ella tampoco fuera nativa de Pavonis. Era su planeta porque había luchado para defenderlo. Aunque los lavrentianos estaban allí para ayudar a proteger su planeta de adopción, su presencia era un signo bien visible de que el Imperio no confiaba en las gentes de Pavonis.

—¿Va todo bien, señora? —le preguntó Apollonia, que se dio la vuelta para mirarla.

Apollonia era una mujer pequeña, de cabello corto y castaño y unos Ojos grandes de forma almendrada. Había demostrado ser una de los mejores reclutas. Mucha gente, incluida la propia Jenna, la había subestimado, pero Apollonia había resultado ser una lección clara sobre lo erróneo que era juzgar a las personas por su aspecto. Era más dura de lo que parecía, y había destacado en todos y cada uno de los aspectos del entrenamiento.

—Sí. No pasa nada, Es que los guardias imperiales siempre se comportan igual.

—Cuanto antes se vayan, mejor —apuntó Dion, que se retrasó lo suficiente para ponerse a caminar a su lado.

—Cuidado con lo que dices, agente Dion. Es el tipo de comentarios que harán que se queden más tiempo. ¿Entendido? —le advirtió Jenna.

—Entendido, señora —contestó Dion al mismo tiempo que efectuaba un saludo impecable.

—¿Entendido, Apollonia?

—Sí, señora. Entendido.

Jenna asintió y dejó a un lado el asunto. La avenida se ensanchó y entraron en la plaza central de Puerta Brandon.

La plaza de la Liberación había sido antaño un punto de reunión muy popular entre la clase adinerada de Puerta Brandon, un lugar donde podían

citarse, pasear, cotillear, pero que desde el alzamiento estaba bastante abandonado.

Jenna supuso que albergaba demasiados recuerdos. Demasiada gente había muerto allí.

Todavía se despertaba a veces sobresaltada resonándole en los oídos los gritos de odio pero cargados de miedo del Colectivo de Trabajadores, el retumbar de los disparos de escopeta, los gritos de los heridos y los moribundos, y el tamborileo veloz e incesante del palpitar de su propio corazón.

La plaza de la Liberación había pasado de ser un lugar de reunión para la gente de la ciudad a convertirse en un símbolo de los errores cometidos por el planeta. Algunos ciudadanos todavía acudían allí, pero no solían ser demasiados, aunque Jenna vio que en esos momentos había una reunión formada por unos cuantos cientos de personas en el centro de la misma plaza.

Al fijarse mejor, se dio cuenta del motivo.

El Rhino de color carmesí del prelado Culla se encontraba aparcado a los pies de la gran estatua del Emperador de la que habían colgado al traidor Vendare Taloun. En el interior de unos cráneos negros adosados al casco del vehículo ardía el fuego de unos braseros, y por detrás del púlpito de ónice se alzaban unos tubos de bronce retorcidos, semejantes a los de un órgano, desde donde emitía las palabras solemnes y amenazantes que dirigía a la multitud reunida ante él.

Culla estaba de pie sobre su capilla móvil, y era un predicador de aspecto temible que en esos momentos alzaba una espada sierra llameante y una pistola bólter hacia el cielo. Llevaba puesta la vestidura de color verde esmeralda propia de un catequista del 44.º Lavrentiano, y se entrenaba a diario para el combate con los mismos soldados a los que predicaba. Parecía una persona tallada a partir de la misma piedra más que un hombre nacido de mujer. Su barba bifurcada y su cráneo rapado y tatuado le conferían una apariencia tremendamente amenazante, algo que era completamente deliberado.

Los servidores del coro, cubiertos con casullas, entonaban himnos con la intención de elevar el fervor mientras unos querubines de piel dorada que ondeaban estandartes de plegarias al viento volaban entre las nubes de incienso procesional que surgían de los tubos lanzadores de humo del Rhino.

Una vez vencida la rebelión, las naves del Ministorum y del Administratum habían llevado hordas de nuevos escribas, oficinistas y predicadores para restablecer la estabilidad burocrática y espiritual en Pavonis, pero ninguno de ellos había mostrado el celo suficiente para satisfacer a Culla, quien había salido a la calle a predicar su visión furibunda del credo imperial.

Por el sonido que envolvía a la multitud, Culla ya estaba lanzado en mitad de su sermón, y Jenna se detuvo un momento a escucharlo.

—Nos incumbe a todos expulsar a los faltos de fe. Esas criaturas no merecen el calificativo de seres humanos. De hecho, ni siquiera debemos considerarlas remotamente humanas, sino más bien animales inhumanos, ¡ya que no son más que unos mentirosos repugnantes, unos cobardes y unos asesinos!

Los fieles de Culla, sobre todo trabajadores pobrísimos y jornaleros itinerantes, vitoreaban todas y cada una de sus palabras, y Jenna tuvo que reconocer que la oratoria del prelado era apasionada y convincente.

El predicador abrió de par en par los brazos y el resplandor de la espada llameante dejó un surco de luz en las retinas de Jenna.

—No lloréis por aquellos impíos que viven entre vosotros, aunque sean amigos o formen parte de vuestra familia. ¡Nadie debería llorar sobre el cuerpo putrefacto de un incrédulo falto de fe! ¿Qué más cabe decir en esa situación? Nada en absoluto. No debe haber epitafio, ni ritos, ni palabras de recuerdo alguno. Nada. Cada vez que muere un alienígena o alguien falto de fe, el Imperio es más fuerte, ¡y esas almas malditas por el Emperador arderán para siempre en las profundidades de la disformidad!

—Me parece que vamos a necesitar otro sitio donde efectuar la reunión de repaso al ejercicio de entrenamiento —comentó Dion.

—Sí, será mejor que vayamos al Invernadero y que la hagamos allí —respondió Jenna, quien se puso en marcha de nuevo mientras le reverberaban en los oídos las palabras del prelado Culla y los vítores de sus fieles allí congregados.

Los dos Rhino viajaron hacia el sur hasta llegar a Olzetyn, la Ciudad de los Puentes, antes de girar hacia el este para luego seguir la autopista 236, que corría paralela al río, en dirección norte hacia Puerta Brandon. La autopista se encontraba en buen estado gracias al mantenimiento que recibía, ya que era la ruta principal de comunicación entre la capital planetaria y la ciudad portuaria de Praxedes, por lo que los Ultramarines realizaron su circuito de patrulla a buen ritmo. El poco tráfico existente en la autopista dejó pasar a los Rhino sin estorbarlos en absoluto, ya que los bólters de asalto montados en el techo de cada transporte de marines apuntaban sin titubear a cualquier vehículo que se acercara demasiado hasta que el conductor se apresuraba a alejarse.

Las afueras de Puerta Brandon eran franjas densamente industrializadas, unos distritos inmensos donde se fabricaban, se montaban y se distribuían toda clase de productos, aunque en esos tiempos la mayor parte de las instalaciones estaban inactivas. En el interior de algunas fábricas todavía resonaba el traqueteo de la maquinaria, pero la mayoría estaban vacías, abandonadas, ya que sus trabajadores se habían quedado sin empleo debido a sus anteriores relaciones con los cárteles.

Los Ultramarines tan sólo se detuvieron para transferir la custodia del prisionero tau a los guardias acuartelados en el edificio ennegrecido del Invernadero antes de seguir adelante a toda velocidad. Pasaron por delante de los muros formados por placas de acero del Campamento Torum, la base del 44.º Lavrentiano, y entraron por fin en la ciudad propiamente dicha por la Puerta Commercia, situada al norte.

El núcleo industrial de Pavonis había cambiado mucho desde la última vez que Uriel había estado allí.

Las murallas de la ciudad estaban reforzadas con tanques antiaéreos Hydra lavrentianos, y las patrullas armadas de guardias imperiales de chaquetas verdes y placas pectorales plateadas recorrían las calles para mantener la paz que Uriel y sus guerreros habían conquistado.

La ruta que siguieron les hizo cruzar el corazón financiero de la ciudad, donde se habían llevado a cabo la mayor parte de las operaciones comerciales que habían convertido Pavonis en uno de los motores económicos de ese subsector. Uriel tuvo tiempo de admirar la sofisticada arquitectura de la Bolsa Carneliana, de torres altas y arcos dorados, antes de perderla de vista cuando entraron en la plaza de la Liberación.

Todas las entradas a aquel enorme espacio abierto estaban controladas por los guardias imperiales, pero nadie se atrevió a indicar a los vehículos ultramarines que se detuvieran, por lo que éstos pasaron rugientes al, lado de los soldados boquiabiertos, que no dejaban de hacer la señal del Aguila. Rodearon la gigantesca estatua situada en el centro de la plaza, al lado de la cual se encontraba un predicador subido a un Rhino de color rojo que se dedicaba en esos momentos a exhortar a los fieles congregados ante él. Uriel se apenó al ver que aquel lugar, antaño dedicado a glorificar la figura del Emperador, se había visto sometido a la brutal práctica de las barricadas y los puestos de control.

Los Ultramarines habían establecido su base en el parque Belahon, una zona que antaño había sido verde y pura, llena de estanques y de una belleza exquisita y exótica, pero que se había convertido en un páramo con un lago de aguas estancadas en el centro. En el lado sur se alzaban las torres de paredes metálicas del Templum Fabricae, que dominaban todo el horizonte de edificios y que empequeñecía la Biblioteca Deshanel, una obra de características más modestas.

Los Rhino se dirigieron hacia la fortaleza defensiva modular de muros azules repleta de bastiones angulares y torretas defensivas. La habían erigido los tecnomarines de la compañía, ayudados por sus respectivos servidores, y había recibido el nombre de Fortaleza Idaeus. Se alzaba al lado de las ruinas del antiguo cuartel general de los Adeptus Arbites. Mientras los Rhino se cercaban, los protocolos de reconocimiento de

identidad que emitían fueron captados por las torres artilladas, quienes los verificaron antes de que la puerta se abriera con un lento estruendo.

Los dos Rhino entraron a toda velocidad en la fortaleza, y las rampas de desembarco bajaron en cuanto se detuvieron al lado de un trío de gigantescos Land Raider, el vehículo de combate terrestre más poderoso de todo el arsenal de los marines espaciales. Los conductores dieron el último acelerón a los motores y Uriel se bajó mientras hacía girar la cabeza de un lado a otro para desentumecer los músculos del cuello.

Dentro del complejo se habían erigido varias estructuras prefabricadas a intervalos regulares para cubrir las necesidades básicas de una compañía de batalla de marines espaciales que participara en una campaña: un centro de mando, una armería, un apothecarion, un refectorio y varios barracones. Varios destacamentos de marines espaciales realizaban rituales de prácticas de tiro, mientras que otros se entrenaban en pequeños grupos en el combate cuerpo a cuerpo bajo la supervisión de los sargentos. Los aprendices de tecnomarine trabajaban en el motor de uno de los Land Raider, mientras los cañones montados en torretas vigilaban de forma incesante el paisaje que los rodeaba en busca de cualquier posible amenaza.

El estandarte de la Cuarta compañía, que se alzaba en el centro de la Fortaleza Idaeus, ondeaba al viento sostenido por un guerrero ultramarine que permanecía inmóvil y equipado con la armadura de combate completa decorada con una capa de color vede brillante. En el estandarte se veía bordado el guantelete de hierro que aferraba el símbolo de los Ultramarines sobre el fondo de un laurel dorado. Era una representación del coraje y del honor para todos aquellos que combatían bajo esa insignia. Uriel sintió una gran humildad al ver un estandarte tan noble.

Al lado del centro de mando estaba aparcado un Chimera de aspecto inmaculado pintado con los colores del 44.º Lavrentiano, y a su lado, un semioruga de aspecto menos cuidado que mostraba el emblema de la rosa blanca de la Fuerza de Defensa Planetaria de Pavonis.

—Por lo que parece, tenemos invitados —comentó Learchus cuando se puso a la altura de Uriel con paso firme, como si acabara de salir del campo de desfiles.

—Eso parece —asintió Uriel—. Por los vehículos, deben ser lord Winterbourne y el coronel Loic.

—¿Quiere que asista a la reunión?

—Lo haremos más tarde. Lo primero es honrar el estandarte.

Uriel y Learchus se encaminaron hacia el centro de la fortaleza de la compañía y se quedaron de pie delante del guerrero que portaba el estandarte. Se llamaba Peleus y ostentaba el rango de anciano, un título que tan sólo se otorgaba a aquellos que eran puros de alma y corazón, y que de ese modo se habían ganado el derecho a portar el estandarte de la compañía a través del fuego de incontables campos de batalla.

Peleus había sido el portador del estandarte de la Cuarta compañía desde hacía más de treinta años.

El águila de su placa pectoral relucía, y las alas blancas que llevaba incorporadas en el casco tenían un brillo blanco cegador. Unos cordones escarlata le mantenían ceñida la capa alrededor de los hombros, y llevaba fijada a las hombreras una multitud de sellos de pureza y de pergaminos de juramento. La luz del sol se reflejaba en los bordados de oro y plata del estandarte, y el orgullo que Uriel sintió al ver aquella bandera fue mejor que cualquier bálsamo curativo.

—El estandarte os hace justicia, anciano Peleus. Jamás tuvo un aspecto tan magnífico —le dijo Uriel a modo de saludo.

—Gracias, mi señor. Me siento honrado por portarlo —le contestó Peleus.

Los marines espaciales que Uriel había tenido bajo su mando en esa última patrulla se colocaron en formación detrás de su capitán sin que éste tuviera que darles orden alguna al respecto. Uriel se arrodilló sobre una pierna ante el estandarte, y sus guerreros hicieron lo mismo, todos con la cabeza inclinada en gesto de reconocimiento del tremendo peso que comportaba el impresionante legado que representaba. El estandarte jamás había caído en manos del enemigo en toda su existencia, a pesar de que enemigos de todas clases habían intentado apoderarse de él.

—En nombre del Emperador y del primarca, a quienes servimos, ofrezco mi vida y las vidas de estos guerreros —dijo Uriel, quien tenía los

brazos cruzados sobre el pecho en la señal del Aguila—. Ofrezco nuestra devoción, nuestra habilidad y nuestro coraje al servicio de este estandarte, de nuestro capítulo y del Emperador. Ofrezco nuestras vidas. —Se volvió hacia Learchus—. Dispón a los hombres en las tareas de sus puestos de combate y reúnete conmigo en el puesto de mando cuando hayas acabado.

—Sí, señor —respondió el sargento con una reverencia un tanto seca.

Uriel dio media vuelta y se dirigió hacia la estructura oblonga que hacía las funciones de centro de mando de la compañía. Las paredes eran de color azul oscuro, y en el tejado blindado giraba una antena parabólica, situada en mitad de un entramado de antenas de comunicaciones. En uno de los lados habían pintado el símbolo de los Ultramarines, y los dos marines espaciales que montaban guardia con las espadas desenvainadas se pusieron en posición de firmes a cada lado de la entrada.

Ambos guerreros hicieron chocar las empuñaduras de sus armas contra las placas pectorales mientras Uriel tecleaba el código de acceso. Un momento después, entró en el centro de mando.

El interior estaba iluminado por un brillo verde suave producto del leve resplandor que emitían las numerosas placas de datos que había acopladas a las paredes. Los cogitadores emitían el zumbido propio de un gran consumo de energía, y aunque las palas de las unidades de refrigeración instaladas en el techo no dejaban de girar para disipar el calor emitido por tantas máquinas, en la estancia se seguía notando una cierta sensación tibia, desagradable. El ruido de fondo lo componían los cánticos binarios, que acompañaban a los siseos del lenguaje cibernético que surgía barboteante de la boca de los servidores de información.

El tecnomarine Harkus se encontraba sentado en un trono de acero plateado situado en un extremo del centro de mando, desde donde estaba comunicado con las diversas máquinas lógicas mediante las conexiones que tenía implantadas en los brazos. Detrás de los ojos le destellaban unas luces parpadeantes mientras filtraba y cotejaba el flujo de los miles de datos que recogían los aparatos de exploración del tejado y los de la Vae Victus, situada en órbita.

Unos cuantos siervos del capítulo se encargaban de atender los incensarios y de ungir al guardián de la tecnología de la compañía con óleos sagrados mientras recitaban plegarias para complacer a los espíritus de las máquinas.

En el centro del puesto de mando habían colocado una mesa de piedra oscura para proyectar los hololitos. En ese momento estaba iluminada por el brillo de un holomapa translúcido que también se reflejaba en las tres figuras agrupadas alrededor de la mesa.

La figura más cercana a Uriel era el coronel Adren Loic, el comandante de la fuerza de defensa local. Tras la rebelión, el control parcial de las unidades de combate en Puerta Brandon recayó en un oficial escogido por el Administratum, un individuo elegido tanto por su falta de afiliación con ningún cártel industrial como por su capacidad como soldado. A Uriel le resultaba del todo evidente que se trataba de una elección política, pero no estaba convencido en absoluto de que tuviera capacidad de mando para dirigir ajos soldados.

Loic llevaba abierto el cuello de la chaqueta del uniforme de color crema, y su piel rubicunda estaba cubierta de gotas de sudor. El coronel llevaba completamente rapado el cráneo, de forma abombada, y se pasó un pañuelo de algodón antes de ponerse en posición de firmes por la llegada de Uriel. Iba armado con una pistola y un sable de duelo, aunque el ultramarine tuvo muchas dudas sobre su capacidad para utilizar con destreza esta última arma.

Al lado de Loic se encontraba los dos oficiales superiores del 44.º Lavrentiano. Uriel ya se había reunido con ambos en unas cuantas ocasiones anteriores. La primera fue cuando los Ultramarines desembarcaron en el planeta; la segunda, cuando formalizaron la cadena de mando, y la tercera cuando se planificaron los diferentes sectores de responsabilidad.

El coronel del regimiento, lord Nathaniel Winterbourne, era un noble grandilocuente de maneras educadas y un respeto por la etiqueta que al principio lo hacía parecer algo decadente y frágil. Sin embargo, ya en la primera reunión, Uriel no tardó en darse cuenta de que en su fuero interno

era duro como el hierro. Winterbourne era un comandante que exigía a los guardias imperiales que rindieran al máximo, y lo conseguía, sin importar la poca gloria u honor que se pudiera lograr en la misión en curso.

Era un individuo de estatura elevada y complexión muy delgada, y la levita de color verde esmeralda que llevaba puesta parecía demasiado grande para un cuerpo como aquel. Sin embargo, el hombre poseía una fuerza innegable que Uriel admiraba. Su rostro mostraba los rasgos de alguien de alta cuna, que disfrutaba de profundos tratamientos rejuvenecedores y que no había abandonado el ansia de gloria de un soldado de carrera.

Dos asistentes con uniformes de gala permanecían detrás de Winterbourne en una posición discreta. Uno de ellos tenía en las manos el casco de plumas esmeralda del coronel, y el otro sostenía las correas de dos criaturas parecidas a lobos, unas bestias esbeltas de pelaje negro y dorado intenso, mandíbulas de aspecto feroz y ojos depredadores. A una de las criaturas le faltaba la pata delantera izquierda, pero no daba la impresión de que fuera menos agresiva por esa carencia.

Winterbourne representaba el corazón apasionado del regimiento, pero la segunda al mando, la mayor Alithea Ornella, era una persona mucho más pragmática. Siempre seria, era alguien por quien resultaba difícil sentir simpatía. Ornella era meticulosa y precisa, y ponía tanta dedicación como el coronel a la hora de asegurarse de que los soldados del regimiento honrasen las mejores tradiciones de la Guardia Imperial. Al igual que su oficial superior, iba vestida con un traje de levita, pero a ella no la acompañaban mascotas ni asistentes que le llevaran el casco.

—Lord Winterbourne. Mayor Ornella —los saludó Uriel, dirigiéndose a ellos de forma inconsciente por orden de rango, que no de proximidad—. Coronel Loic.

—Ah, Uriel, mi buen amigo —le respondió Winterbourne—. Lamento muchísimo aparecer de improviso, pero nos llegó la noticia de que tuvisteis algo parecido a un encuentro con unos intrusos alienígenas.

—Es cierto, lord Winterbourne. Eran rastreadores tau, acompañados de un vehículo.

—Llámame Nathaniel —le dijo Winterbourne con un gesto despreocupado de la mano—. Todo el mundo lo hace. Al menos yo les digo que lo hagan, pero nunca me hacen caso.

El sabueso de tres patas acarició con el morro al coronel lavrentiano, y él le pasó con suavidad la mano por la cabeza de aspecto feroz, algo que Uriel no habría hecho si se le hubiera acercado.

—Bueno, vamos al asunto —continuó diciendo Winterbourne sin dejar de acariciar a la bestia—. Los tau infestan la Franja Oriental como lo harían las pulgas en el pellejo de mi viejo Fynlae, aquí presente. Ya hemos luchado antes con ellos y sabemos que son unas sabandijas escurridizas. No se les puede quitar la vista de encima o se te colocan a la espalda en un abrir y cerrar de ojos. Recuerdo que una vez, en Ulgolaa, hicieron…

—Perdón, pero quizá deberíamos centrarnos en el asunto que tenemos entre manos —sugirió la mayor Ornella, interrumpiendo de ese modo la narración de los recuerdos del coronel.

—Sí, claro. Por supuesto —respondió Winterbourne, mostrándose de acuerdo antes de asentir con la cabeza—. Sería capaz de matar de sueño a un grox si Alithea no me metiera en vereda de vez en cuando. Entonces, ¿dónde dices que te encontraste con esos tau, Uriel?

Winterbourne no pareció sentirse ofendido por la interrupción de su subordinada, y Uriel se acercó a la mesa hololítica, que proyectaba el entorno que rodeaba el centro de mando hasta una distancia de trescientos kilómetros de radio.

Las ciudades principales eran unos orbes brillantes de luz, y las características geográficas del terreno aparecían como representaciones estilizadas de montañas, ríos, bosques y colinas. Puerta Brandon se encontraba en el centro del mapa, con Praxedes en la costa occidental y Olzetyn aproximadamente a mitad de camino entre esas dos ciudades. Madorn se asentaba al sur de las montañas de la cordillera Tembra, una barrera en forma de dientes de sierra situada a unos trescientos kilómetros hacia el norte.

Hacia el este, Altemaxa se alzaba en mitad del bosque Gresha. El cártel Abrogas había tenido antaño unas extensas propiedades en la zona, pero

una bomba de magma defectuosa lanzada por la Vae Victus había caído allí durante la rebelión y había arrasado la mayor parte de ellas, además de provocar incendios que calcinaron cientos de hectáreas de bosque.

Al sur, la ciudad, o más bien, el villorrio de Jotusburg, aparecía aislada de las demás conurbaciones, apartada como la víctima apestada de una plaga. La ciudad era un pozo negro que albergaba a decenas de miles de trabajadores del Adeptus Mechanicum que se afanaban en las instalaciones del Cinturón Diacriano, una región infernal llena de refinerías humeantes y pozos de perforación que oscurecían las regiones meridionales y orientales del continente. Mientras que otras ciudades tenían guetos, toda Jotusburg era un gueto por sí misma.

Uriel tomó un estilo luminoso de la mesa y dibujó una circunferencia holográfica alrededor de las colinas Owsen, a unos sesenta kilómetros de Puerta Brandon.

—Justo ahí —indicó Uriel.

—Vaya, eso está muy cerca —apuntó el coronel Loic—. Eso los deja casi a las puertas de la ciudad.

—No te equivocas, Adren —comentó Winterbourne mostrándose de acuerdo, pero sin hacer caso o sin darse cuenta de la evidente incomodidad que Loic sentía ante la familiaridad que se tomaba su oficial superior—. Esos malditos alienígenas no tardarán en sentarse a nuestra propia mesa a cenar. ¿A ti qué te parece, Uriel?

—Creo que el coronel Loic está en lo cierto. Los tau están demasiado cerca, y se han mostrado desagradablemente osados para mi gusto. Por lo que pude observar, estaban trazando una ruta para otra fuerza de combate de mayor tamaño.

—Las tareas previas a una invasión, ¿no es así? —Comentó Winterbourne—. Así que se creen que pueden arrebatarnos de las manos un planeta del Emperador, ¿verdad?

—No nos han llegado mensajes desde el mando del sector sobre una nueva ofensiva —indicó Alithea Ornella—. Tras las victorias de vuestro capítulo en Zeist y Lagan, los estrategas imperiales opinan que los tau se han retirado a sus posiciones previas.

—Los señores de los Ultramarines llegaron a la misma conclusión —respondió Uriel—. Sin embargo, es innegable, e inaceptable, la existencia de fuerzas tau en Pavonis. Si son las fuerzas de exploración para todo un ejército, se deduce que planean invadirnos. Quizá no demasiado pronto, pero sí que lo harán finalmente. Nuestro deber es evitar que obtengan cualquier información que les sirva de ayuda en sea cual sea el tipo de agresión que han planeado contra este planeta, sin importar si la amenaza es inminente o simplemente teórica.

—Por supuesto —admitió Ornella—. Entonces, ¿creéis que se trata de eso, de una fuerza de exploración?

Uriel se quedó pensativo unos momentos.

—No, creo que son algo más que eso.

—Vaya. Dime, Uriel, ¿a ti qué te parece que están tramando estos alienígenas? —inquirió Winterbourne.

Uriel volvió a centrar la mirada en la proyección hololítica.

—Creo que su número en el planeta es mucho mayor de lo que podría sugerir esta pequeña escaramuza. No me sorprendería nada que los tau ya llevasen cierto tiempo en Pavonis.

—Capitán Ventris, le aseguro que las patrullas de largo alcance de la FDP no han descubierto nada que apoye esa sospecha —le replicó el coronel Loic.

—Estoy seguro de que no han descubierto nada, coronel. Me sorprendería mucho que lo hubieran hecho.

El rostro de Loic se enrojeció, pero Uriel alzó una mano en gesto conciliatorio.

—No pretendía faltarle al respeto a sus soldados, coronel. Incluso a nosotros nos costó localizar a los tau, y sólo lo logramos gracias a la información que obtuvimos con las muertes de muchos marines en Augura.

—Siempre he estado a favor de la intuición de un soldado, Uriel, pero será mejor que dispongas de algo más que una sospecha —le dijo Winterbourne—. Explícamelo bien. ¿Por qué crees que los tau están en este planeta cuando otros más inteligentes que nosotros dicen que se han marchado a su casa a lamerse las heridas?

—Precisamente se trata de este planeta.

—¿Qué le pasa a este planeta? —preguntó Loic a la defensiva.

—Creo que la propia naturaleza de Pavonis es la que hace que sea un objetivo interesante para los tau —explicó Uriel mientras daba vueltas a la mesa para ordenarse las ideas—. Antes de la rebelión de De Valtos, era el centro de todo el entramado comercial del subsector. A pesar de que es cierto que el sistema de cárteles puso una peligrosa cantidad de poder en manos de unos pocos individuos totalmente inadecuados para la tarea de gobernar, esos mismos individuos eran unos comerciantes magníficos, además de unos excelentes fabricantes. El comercio está en la sangre de este planeta. Observen cómo se gobierna: la sede central de la administración se llama Cámara del Senado del Comercio Justo, y su cargo principal es el moderador de las transacciones.

—Pero ¿por qué lo convierte todo eso en un objetivo prioritario para los tau? —insistió Loic.

—Encaja con el modo en que actúan estos alienígenas. En prácticamente todas las ocasiones en las que las fuerzas imperiales se han enfrentado a los tau, ha sido en planetas donde los diplomáticos o los comerciantes alienígenas han formalizado tratos secretos con los líderes humanos mediante acuerdos comerciales, ya sea ofreciendo cooperación o ventajas mercantiles. Si esos líderes planetarios son tan estúpidos como para aceptar la oferta, se forjan de inmediato relaciones comerciales, y la influencia de los tau aumenta a medida que esos dirigentes se hacen más ricos. Poco después, los tau establecen una presencia militar que se transforma en una ocupación a escala planetaria a los pocos meses. Para cuando los habitantes del planeta se dan cuenta, ya es demasiado tarde, y ese mundo imperial pasa a formar parte del imperio tau.

—Eso es algo despreciable —exclamó Winterbourne al mismo tiempo que negaba con la cabeza en gesto de incredulidad—. Pensar que unos ciudadanos imperiales se rebajarían a tener tratos con unos alienígenas…

—Los tau no son como las demás razas a las que se ha enfrentado, lord Winterbourne —le explicó Uriel escogiendo con cuidado las palabras—. No son como los pielesverdes o las flotas enjambre. No arrasan los planetas de

forma indiscriminada o buscan destruir por el puro placer de destruir. Toda esa raza trabaja para el bien de su propia especie, y, de hecho, poseen rasgos dignos de admiración.

—Pero son alienígenas —protestó Winterbourne—. Son una raza degenerada que no siente respeto alguno por la santidad de las vidas humanas o por nuestro destino manifiesto de gobernar las estrellas. ¡Es algo intolerable!

—Así es, y cualquier planeta por el que los tau sientan interés y que no reciba de buen agrado sus ofertas será atacado con toda la furia que puedan lanzar sus ejércitos. Los tau ofrecen una elección muy simple: o se unen a su imperio de forma voluntaria, o los conquistan y los convierten en parte del mismo.

—¿Y crees que eso es lo que está ocurriendo en Pavonis? —quiso saber Winterbourne.

—Sí. Estoy seguro de que los tau creen que la mentalidad comercial de los dirigentes de este planeta hará que sean receptivos a sus ofertas cuando llegue el momento de comenzar la asimilación de Pavonis.

—Eso si no ha comenzado ya —comentó Ornella.

—Exacto —contestó Uriel.



TRES

Una vez solo en su camareta de armamento, Uriel dejó que el sencillo acto de revisar su equipo de combate lo tranquilizara. A Uriel, honrar el recuerdo del último guerrero que había llevado esas armas y armadura le resultaba tan natural como respirar, y además lo ayudaba a procesar mejor sus ideas. Pasó un cepillo de púas finas por la placa pectoral procurando cuidadosamente sacar el polvillo rojo de Pavonis de entre las plumas talladas del Aguila dorada.

Al ser capitán de una compañía de combate de marines espaciales, Uriel disponía de su propia estancia en la estructura modular de barracones. Se trataba de una celda de paredes de acero de tres metros cuadrados, con un camastro y un pequeño santuario para las armas en una pared y un cubículo reversible de abluciones en la otra. El armario situado a los pies del camastro contenía los escasos objetos personales de Uriel: sus ropajes de entrenamiento, su equipo de higiene, una piedra de afilar para la espada, la garra negra reluciente de una criatura acechante que había capturado en Tarsis Ultra, y el fragmento desgarrado de un antiguo estandarte de combate enemigo que tomó en los campos de batalla de Thracia.

Un marine espacial no necesitaba mucho espacio privado en circunstancias normales, y compartía prácticamente cada momento de su vida con sus hermanos de batalla. Unos lazos de hermandad tan inquebrantables eran los que permitían que los Adeptus Astantes combatieran como un solo guerrero y librar las guerras de un modo que era impensable para los simples mortales.

El resto de la armadura de Uriel se encontraba en una esquina de la estancia. Se había quitado las placas de protección y un siervo de la compañía las había colocado con gesto reverente sobre un soporte adecuado para ello una hora antes.

Los mortuarios bestiales le habían arrancado de forma brutal la mayor parte de la armadura original en Medrengard, y se había visto obligado a desprenderse del resto de las piezas en Salinas. La necesidad lo había obligado a utilizar una servoarmadura que pertenecía al capítulo de los Hijos de Guilliman durante un breve periodo de tiempo, pero por fin ya disponía de una armadura que podía llamar suya.

Antes de partir de Macragge, cuando llegó el momento de renovar los juramentos de fraternidad, el señor de la forja había acompañado a Uriel hasta las enormes criptas iluminadas con antorchas del Armorium para que escogiera su nueva armadura.

Decenas de armaduras reposaban en aquel sagrado almacén del equipo de combate del capítulo, igual que guerreros en un desfile. Uriel tuvo la sensación de que las armaduras vacías en realidad estaban esperando a aquellos guerreros que tuvieran el coraje de llevarlas una vez más al combate. La luz de las llamas bailaba sobre las placas pulidas mientras Uriel atravesaba con paso reverente aquellas filas, a sabiendas de que los espíritus de los héroes muertos estaban juzgando de un modo silencioso e invisible su valía como guerrero.

Cada armadura era una creación forjada a partir de una ciencia y un arte olvidados, y habría sido un honor llevar puesta cualquiera de ellas. El lazo de carácter único que se fraguaba entre la armadura y el guerrero iba más allá de lo que podría entender cualquiera que careciera de la tremenda fe de un marine de los Adeptus Astartes.

En cuanto Uriel posó la mirada en la armadura que estaba puliendo en esos momentos, supo que estaba hecha para él. Alargó una mano, colocó la palma abierta sobre la placa pectoral dorada y sintió una conexión con la armadura en una dimensión que no fue capaz de explicar del todo.

—La armadura del hermano Amadon —dijo el señor de la forja con un tono de voz aprobatorio.

Su voz era poco más que un graznido áspero, como si procediese de un lugar olvidado de las profundidades del pecho del enorme guerrero. El guardián del Armorium se dignaba a utilizar su voz orgánica en muy pocas ocasiones, y Uriel fue lo bastante perspicaz como para darse cuenta de que ese honor no se lo hacía a él, sino a la armadura.

—El hermano Amadon cayó durante el asalto a la brecha de Corinto. Un señor de la guerra pielverde, un bárbaro, acabó con él mientras luchaba al lado de nuestro amado señor del capítulo.

—Corinto —musitó Uriel sin atreverse a profanar el silencio resonante del Armorium con nada que sonara más fuerte que un susurro—. La batalla

que nos arrebató al anciano Galatan.

—Esa misma —confirmó el señor de la forja mientras observaba cómo Uriel daba vueltas alrededor de la armadura. Al capitán le dio la impresión de que el alma del hermano Amadon le hablaba a través del abismo de los siglos que los separaban.

—Es espléndida —murmuró Uriel—. Sentí algo parecido en Salinas cuando vi la armadura que pertenecía a los Hijos de Guilliman, pero esto es mucho más poderoso. Es como… como si necesitase que yo la llevase puesta.

—Los hechos heroicos que cada guerrero realiza mientras lleva puesta una armadura se suman a su legado, capitán Ventris. Sólo cuando las almas de la armadura y de su portador hayan logrado realmente la afinidad, cada una de ellas conseguirá alcanzar la verdadera grandeza.

Uriel sonrió al recordar aquello y se dispuso a guardar la placa pectoral tras quedar satisfecho de haber limpiado toda prueba de su paso por el campo en esos últimos días. Colgó el pectoral en el soporte y desenvainó la espada de su funda de cuero, que estaba manchada y desgastada. Sabía que podía haber pedido una nueva vaina para la espada, pero ésa era la misma que protegía a la espada cuando su antiguo capitán se la entregó, y se resistía a cambiar cualquier detalle del arma si no era estrictamente necesario.

Sacó la piedra de afilar del pequeño armario y la pasó a lo largo del filo de la hoja. Cerró los ojos y se sintió más solo que nunca.

A veces la soledad era una bendición, y más de un guerrero había encontrado la iluminación espiritual en el interior de uno de los solitoriums del capítulo, que se encontraban en los lugares más recónditos de Macragge.

No era ése el caso en esta ocasión.

Uriel había luchado codo con codo junto a Pasanius desde antes de su ascenso al rango de capitán, y su camarada era uno de los mejores sargentos que se podían encontrar en las filas de los Ultramarines. Se habían enfrentados juntos a un antiguo dios estelar, habían derrotado a un tentáculo

del Gran Devorador y habían acabado con un paladín maligno de los Poderes Siniestros.

Pasanius era su amigo más antiguo, el mejor de todos, un hermano que se había mantenido a su lado a lo largo de las batallas y las tribulaciones a las que se habían enfrentado desde los primeros años de su existencia como marines.

Hasta eso le habían arrebatado.

Al final, el cumplimiento del juramento de muerte resultó no ser más que el primer paso del camino que culminaría en su integración completa de nuevo en las filas de su ilustre capítulo. Su valor y su lealtad no estaban en duda, y jamás lo habían estado, pero habían infringido los preceptos del Codex Astartes y pasado por mundos corrompidos más allá de toda posible purificación por culpa de la presencia mancílladora del Caos. Uriel se había enfrentado a suficientes servidores de los Poderes Siniestros como para saber que un individuo podía sentirse convencido de estar libre de toda corrupción y, a pesar de ello, albergar un cáncer oculto en un rincón oscuro del alma.

En cuanto las puertas de la Fortaleza de Hera se cerraron a sus espaldas, un destacamento de cincuenta guerreros de la Primera compañía los condujeron directamente al apothecaríon.

Uriel y Pasanius fueron sometidos a una serie de procedimientos exhaustivos diseñados para poner a prueba la pureza de su cuerpo y detectar cualquier posible anormalidad en su material genético. Examinaron todos y cada uno de los detalles de su composición física con una rigurosidad mucho mayor que la que sufrían los reclutas aspirantes, cuyos cuerpos eran revisados incluso a nivel celular en busca de cualquier clase de debilidad latente.

Esas pruebas eran extremadamente agotadoras y dolorosas, y duraron muchas semanas, pero ambos guerreros las soportaron gustosos.

Finalmente, los apotecarios del capítulo declararon que Uriel estaba libre de toda corrupción y que su cuerpo permanecía tan puro como lo estaba cuando fue reclutado en los Ultramarines cien años atrás.

Pasanius tuvo menos suerte.

El sargento veterano había perdido la mitad inferior del brazo en Pavonis, cuando se enfrentaba a una diabólica criatura alienígena conocida como el Portador de la Noche, aunque había seguido combatiendo al lado de Uriel, quien por fin logró hacer huir a la criatura. Los adeptos de Pavonis le habían reemplazado la extremidad perdida con un brazo biónico, que había demostrado ser casi tan efectivo como el que había perdido. Sólo más tarde, cuando un guerrero tiránido le clavó su monstruosa arma en el brazo durante un combate en las profundidades de una nave colmena, se dio cuenta Pasanius del horrible cambio que había sufrido.

Los guerreros necrontyr de cubierta plateada que servían al Portador dé la Noche se habían creado con una forma alienígena de metal que era capaz de autorrepararse de forma espontánea hasta el punto de recuperarse incluso de los daños más tremendos. Mediante alguna clase de transferencia horrible, una parte de ese poder había pasado al brazo artificial de Pasanius, lo que permitía realizar a su estructura unas hazañas de regeneración metálica muy semejantes.

Pasanius se había sentido avergonzado y se lo había ocultado a Uriel hasta que ese poder milagroso del brazo quedó al descubierto en la fortaleza maldita de Khalan-Ghol, el dominio del herrero forjador Honsou. Las criaturas cirujanas de Honsou le habían extirpado el brazo a Pasanius y se lo habían injertado a su maligno señor, por lo que se había llevado la impureza necrontyr con él, pero eso no cambiaba en absoluto el hecho de que Pasanius le había mentido a su capitán, una infracción de la mayor gravedad.

Una vez los declararon libres de cualquier impureza física, a Uriel y Pasanius los trasladaron al reclusiam, con su atmósfera cargada de incienso, donde quedaron al cuidado de los capellanes del capítulo. En el Templo de la Corrección revivieron cada momento de sus terribles experiencias desde que abandonaron Macragge y dejaron atrás la forma magnífica e inmóvil de Roboute Guilliman. Ambos guerreros contaron sus peripecias una y otra vez, y cada detalle, por ínfimo que pareciera, fue estudiado y repasado de un modo exhaustivo hasta que los guardianes de la santidad del capítulo

quedaron convencidos de que conocían absolutamente todo lo que había ocurrido durante su cumplimiento del juramento de muerte.

Muchos de los detalles de la narración de Uriel provocaron miradas de sorpresa y reprobación: el terrible pacto con el Daemonium Omphalos, la liberación del Corazón de Sangre, la alianza con los renegados de Ardaric Vaanes. Sin embargo, aunque semejantes acuerdos eran algo impío, nadie dudó en ningún momento de la noble intención que impulsaba a Uriel cuando oyeron el resultado de todos y cada uno de ellos.

Uriel le habló con voz entrecortada al capellán Cassius de los sinpiel, y de su fallo a la hora de cumplir su juramento de mantenerlos a salvo y de ofrecerles una vida mejor. De todo lo que contó, lo ocurrido al señor de los sinpiel fue lo que más dolor le provocó a Uriel. Aunque su destino final era el único posible para una vida tan desdichada y marcada por la desgracia como la suya, la tristeza de su muerte se le había clavado en el alma, y nunca olvidaría esa angustia.

Muchos de los detalles de su juramento de muerte eran asombrosos y casi increíbles, pero para un ultramarine, la verdad era su vida, y ni siquiera los detractores de Uriel, entre los cuales se encontraba Cato Sicarius, de la Segunda compañía, el más enfervorizado de todos, dudaron de su palabra o de su honradez. A pesar de todo ello, tanto Uriel como Pasanius permitieron que los buscadores de la verdad de la división psíquica del capítulo verificaran cada aspecto de su odisea en cada momento de su testimonio.

Una vez convencidos de que sus corazones seguían siendo los de unos guerreros de coraje y honor, los capellanes enviaron a Uriel y a Pasanius a la última etapa, y la más crucial, de su serie de pruebas.

La Biblioteca de Ptolomeo era una de las maravillas de Ultramar, un depósito de conocimiento que abarcaba decenas de miles de años, cuando los hechos y los datos precisos se distorsionaban convertidos en mitos y fábulas. Las leyendas decían que recibió su nombre en honor del primero y más poderoso de todos los bibliotecarios del capítulo, y que la amplitud del conocimiento que albergaba en sus inmensas profundidades era mayor que la de los Cónclaves Agrippanos, más diversa que el Arcanium de Teleos Se

decía incluso que contenía prácticamente todas las palabras escritas a lo largo de la historia de la humanidad.

Toda una estribación de la cadena montañosa sobre la que se había construido la Fortaleza de Hera estaba dedicada a la biblioteca. Sus numerosas alas, archivos, columnatas y paseos procesionales formaban una cima creada a mano de mármol y granito relucientes que rivalizaba con las montañas más altas de Macragge.

La parte superior de las gigantescas columnas se perdía en la oscuridad de la sombras del lejano techo. El suelo de mármol verde veteado relucía como el hielo. Las estanterías de acero y cristal se elevaban hasta una altura inimaginable a cada lado de la nave central, y cada una de ellas estaba repleta de un número incontable de libros, rollos, vainas de información, mapas, placas, cristales de datos y otros miles de medios para el almacenamiento de información, todo ello asegurado mediante cadenas.

Unos gráciles arcos de mármol cruzaban el abismo abierto entre las diferentes estanterías, lo que formaba alas separadas y kilómetros de desfiladeros para los que hacían falta mapas o cráneos guía si se querían recorrer. Tan sólo los bibliotecarios del capítulo conocían el trazado del lugar, y buena parte de sus profundidades serpenteantes y de sus pasillos polvorientos no habían sido pisados desde hacía siglos, o más.

Los servidores mudos, vestidos con largas túnicas cerúleas, deambulaban como fantasmas por el silencio lleno de ecos de la biblioteca. Algunos avanzaban sobre ruedas, y otros sobre piernas telescópicas que les permitían alcanzar las estanterías más elevadas. Otros, más especializados en la retirada de libros, flotaban sobre placas gravitatorias individuales. Los servocráneos, que llevaban colgadas largas tiras de pergaminos y sostenían plumas con tenazuelas de bronce, flotaban en el aire, y las relucientes órbitas rojas de sus ojos brillaban como luciérnagas voladoras en la penumbra sepulcral.

Uriel había pasado mucho tiempo en la Biblioteca de Ptolomeo a lo largo de sus años de servicio en los Ultramarines. Allí había aprendido todo lo que sabía sobre el legado de su capítulo y de sus héroes, además de amplios conocimientos sobre historia y la política imperial. Sin embargo, la

mayor parte del tiempo lo había pasado memorizando los principios de la mayor obra de su primarca, el Codex Astartes.

Esa capacidad de estudio concienzudo se encontraba en el corazón del entrenamiento del Adeptus Astartes. Aunque estaba creado y equipado para la guerra, un marine espacial no era simplemente una máquina de matar sin pensamiento forjada a partir de los huesos de una ciencia antigua. Las décadas de entrenamiento le permitían convertirse en algo más que un simple guerrero. Cada astartes era la personificación de las mejores cualidades de la humanidad: coraje, honor y la capacidad de combatir no simplemente porque se lo ordenaban, sino porque tenía un motivo para hacerlo.

El eco de los pasos de las sandalias de Uriel resonaba por el suelo y perturbaba tanto el silencio reverente como el polvo que llenaba la biblioteca casi con una personalidad propia. Pasanius caminaba a su lado, e igual que él, no llevaba puesta la armadura. En vez de eso, iban vestidos con una túnica de un color negro intenso que llevaban ajustada a la cintura por un cinturón de cuerda trenzada.

Era la vestimenta propia de un penitente, aunque la cuerda trenzada correspondía a los aspirantes, lo que significaba que las pruebas que debían superar ya casi habían llegado a su fin. El apothecarion había declarado que sus cuerpos estaban libres de corrupción alguna, y la capellanía había confirmado que sus corazones seguían siendo puros.

La decisión final sobre si sus nombres debían anotarse de nuevo en las listas de honor de las filas de los Ultramarines se encontraba en manos de Marneus Calgar, la decisión del señor del capítulo reposaba a su vez en lo que dijera su bibliotecario jefe.

El Arcanium era el corazón de la biblioteca, y los pasillos que llevaban hasta allí estaban vigilados por guerreros de armaduras plateadas armados con grandes alabardas de hojas relucientes a causa de la energía que albergaban, y cuyos cascos eran unos capuchones altos con la superficie cubierta de un entramado de cables cristalinos psicodisruptivos. Nadie les había dado el alto mientras se acercaban, pero Uriel no se sintió

sorprendido, ya que aquellos guardianes ya conocían el motivo de su presencia, y podían adivinar cualquier intención perversa.

El interior del Arcanium era un cubo de veinte metros cuadrados de tamaño con un portal rematado por un arco en cada una de las paredes, y estaba iluminado por la luz suave que emitían las velas gruesas de los candeleros de la pared, que tenían formas de águilas o de leones rampantes. Las paredes eran de madera sin pulir, unas tablas desgastadas y blanqueadas que parecían traídas de alguna costa lejana y el suelo era de pizarra negra. El aspecto de la estancia no concordaba en absoluto con la estructura que la rodeaba, ya que parecía ser un lugar muy antiguo, que ya existía mucho antes de que empezara a construirse la biblioteca.

El centro lo ocupaba una mesa de madera oscura y aspecto pesado. Sobre ella había cuatro volúmenes enormes, con unos lomos de un metro de largo y de unos treinta centímetros de grosor. Cada libro estaba fijado a la mesa mediante una cadena gruesa de hierro que atravesaba la cubierta de pan de oro desgastado que forraba las tapas de cuero. Las páginas eran originalmente de pergamino blanco que había amarilleado con el paso de los milenios. Cada una de esas páginas estaba llena de una escritura apretada, y cada letra estaba escrita y colocada de un modo preciso para formar unas líneas de texto rectas y perfectas.

Uriel inspiró profundamente al ver aquellos libros y dejó que la miríada de olores del ambiente se le posaran en la parte posterior de la garganta y le transportaran la mente a la poca de su creación. Captó el ácido tánico, el sulfato ferroso y la goma arábica de la tinta, la calidez del pellejo utilizado para la confección del pergamino y la tiza que se frotó por su superficie para prepararla y que aceptara la tinta. Sin embargo, sobre todo, lo que sus sentidos más invocaban era la imagen del individuo tan singular que había escrito aquellos grandes volúmenes, un dios entre los hombres, un individuo al que le debían la vida incontables billones de personas.

Aquella obra magna había vívido en los sueños de Uriel durante décadas durante su entrenamiento, pero hasta ese momento tan sólo había visto copias de la misma.

—¿Eso es lo que creo que es? —musitó Pasanius.

—Creo que sí —respondió Uriel acercándose a los libros y alargando una mano.

Ambos se quedaron mirando los enormes libros. Se quedaron tan ensimismados en su adoración por las palabras magistrales que habían dirigido a los Ultramarines durante diez mil años que no se percataron de que la puerta a su espalda se había cerrado y se había abierto otra.

—Yo de ti no lo tocaría —dijo una voz profunda y resonante—. Sería una pena que las defensas automáticas del Arcaníum te mataran antes de que pudiera darle mi opinión al señor del capítulo.

Uriel apartó de inmediato la mano del libro y levantó la vista para encontrarse con la mirada oculta bajo la capucha del bibliotecario jefe de los Ultramarines, quien se encontraba de pie al otro lado de la mesa, aunque ni Pasanius ni él se habían dado cuenta de su llegada.

Varro Tigurius era un individuo impresionante, aunque no era más alto de lo que habría sido Uriel si hubiera llevado la armadura puesta. Lo que hacía a Tigurius tan terrible era la profundidad del conocimiento, la enorme estatura de su rango y el tremendo poder que poseía.

Uriel sintió que un escalofrío de temor le recorría la espina dorsal al ver al bibliotecario. Su armadura, recargada de detalles decorativos, estaba cubierta de sellos de pureza y escritos tallados. Alrededor de sus guanteletes y por todas las placas de la armadura llevaba colgados amuletos de protección y símbolos de origen desconocido. De una cadena gruesa que llevaba al cuello colgaban una serie de llaves de bronce, y su vara de cargo, rematada por un cráneo, relucía como si hubiese sido creada a partir de luz fantasmagórica hecha sólida.

Los ojos de Tigurius eran dos pozos insondables en cuya superficie brillaba una mirada cargada de humor, aunque sólo Tigurius parecía conocer el origen de esa diversión interna. Su piel pálida y sus mejillas hundidas le conferían unos rasgos angulosos poco comunes entre los astartes.

El jefe bibliotecario se acercó a ellos y Uriel sintió que el vello de la piel se le erizaba ante la cercanía de aquel guerrero tan poderoso. Aunque Tigurius había combatido con coraje y honor para los Ultramarines durante

cientos de años, y había salvado a los guerreros de la Cuarta compañía en los desolados brezales de Boros, no era un hermano en el mismo sentido que los demás marines espaciales eran hermanos.

Ese caudal de conocimientos, ese poder, implicaban que siempre fuera un extraño hasta cierto punto, incluso dentro de un capítulo de guerreros con unos lazos y juramentos de hermandad más fuertes que el adamantium. Para algunos, Tigurius no era más que un brujo, alguien con unos poderes que normalmente se asociaban con los adoradores de espíritus impuros o con los hechiceros de la disformidad. Sin embargo, para otros, era un guerrero guiado por la mano del propio Emperador.

Las advertencias premonitorias de Tigurius habían salvado a los Ultramarines de la destrucción en las garras de la flota enjambre behemoth, habían predicho la ruta de aproximación de la flota de combate del señor de la guerra Nidar y habían enviado a Uriel y a Pasanius a Medrengard.

Por mucho que Uriel quisiera honrar el poder y el rango de Tigurius, había pasado por demasiadas situaciones horribles debido precisamente a las visiones de aquel guerrero como para que sintiese algún tipo de simpatía por él.

—Estas páginas sagradas contienen siglos de sabiduría —dijo mientras rodeaba la mesa. Le dio la vuelta a una página del libro que tenía más cerca sin ni siquiera tocarla—. Nuestro amado primarca escribió buena parte de los primeros capítulos aquí, cuando era un niño. ¿Lo sabíais?

—No —contestó Uriel, quien se sintió sorprendido de su ignorancia, ya que todos los guerreros ultramarines estudiaban a fondo la historia del padre genético del capítulo y memorizaban todos y cada uno de los detalles de su vida, sus batallas y sus enseñanzas como parte del entrenamiento intensivo que los llevaría a convertirse en marines espaciales.

—Pocos lo saben —añadió Tigurius—. No es más que un pequeño detalle dentro de la vida del primarca, pero no soy partidario de darlo a conocer, ya que me gusta la soledad de este lugar y no deseo que se convierta en un lugar de peregrinación. ¿Te imaginas este sitio lleno de miles de personas, como si fuera el Templo de la Corrección?

Uriel negó con la cabeza y miró a Pasanius. Su amigo se había quedado igualmente callado. El sargento sabía de forma instintiva cuándo debía hablar y cuándo debía mantenerse callado para que fuera Uriel quien hablara.

—Creo que acabaría abarrotado —respondió finalmente Uriel.

—Abarrotado, sí —coincidió Tigurius, como si la idea se le acabara de ocurrir a él—. Cuando era un muchacho, el primarca venía aquí para leer sus libros si deseaba apartarse del politiqueo de Ciudad Macragge. A cientos de kilómetros del asentamiento humano más cercano y en el punto más alto escalado por ningún humano en el Pico de Hera. Era el lugar perfecto para encontrar la soledad. Sigue siéndolo, y tengo toda la intención de que continúe siendo así.

—Entonces, ¿por qué nos ha hecho venir? —quiso saber Uriel, quien se sorprendió a sí mismo por el tono de su pregunta, que estaba muy cerca de la falta de respeto.

—¿Tú por qué crees? —le replicó Tígurius.

—No lo sé.

—Pues piensa un poco más —le espetó el bibliotecario jefe—. Eres un guerrero con una cierta capacidad de inteligencia, capitán Ventris. Espero de ti mucho más que eso.

—Por esto —sugirió Uriel al mismo tiempo que señalaba los enormes libros.

—Así es. El Codex Astartes. Dime, ¿qué representan?

Uriel bajó la mirada hacia los libros, y se sintió al mismo tiempo humilde y anonadado por encontrarse en la presencia de unos objetos tocados por la propia mano de Roboute Guilliman.

—¿Son los que nos hacen ser quienes somos? —aventuró Uriel.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —preguntó Uriel.

Tigurius soltó un suspiro.

—¿Por qué el Codex Astartes nos hace ser quienes somos? Después de todo, no son más que unos libros, ¿no es así? ¿Qué es lo que los hace diferentes a tantos otros textos escritos a lo largo de los milenios?

Al oír aquel suspiro, Uriel se dio cuenta de repente de que su destino colgaba de un hilo.

Esa reserva instintiva, surgida de la propia médula de los huesos, que la mayoría de los guerreros sentían hacia Tigurius, había cegado a Uriel ante ese hecho tan evidente. Reprimió la impaciencia que sentía ante el carácter tenaz del bibliotecario. Si no lograba convencer a Tigurius de que tanto él como Pasanius merecían ingresar de nuevo en las filas de los Ultramarines, estaban condenados a perder la vida: lo único que les quedaría era esperar la ejecución en la Roca Gallan.

Se quedó mirando fijamente los tomos del Codex Astartes y dejó que las horas que había pasado en su presencia fluyeran a través de él. Había memorizado capítulos enteros de la obra del primarca, una cantidad de conocimiento más allá de las posibilidades de incluso el más capacitado de los sabios mortales, pero hasta eso no era más que una fracción del conocimiento que albergaban aquellas páginas. Nadie sin las increíbles capacidades cognitivas de uno de los hijos perdidos del Emperador podía tener la esperanza de memorizarlo por completo.

—Es algo más que un simple libro —respondió Uriel—. Sus enseñanzas fueron los puntales de los cimientos del Imperio tras la Gran Herejía. Sus palabras fueron el pegamento que mantuvo unidas a las fuerzas leales al Emperador cuando los rebeldes fueron derrotados.

—Bien —dijo Tigurius asintiendo con energía—. ¿Y qué es lo que nos enseña eso, a nosotros, los Ultramarines?

—Establece las reglas por las que debe regirse un capítulo. Antes de la Herejía, las legiones eran organizaciones de combate autónomas, equipadas con sus propias naves, capacidades de producción y autoridad de mando. El Codex acabó con eso y dispuso el modo en que deberían organizarse para que nadie pudiera contar con todo ese poder de nuevo.

—Un marine espacial aprende eso el primer día que se encuentra en el interior de las murallas de su casa capitular —añadió Tigurius—. Hasta un novicio podría haberme contestado eso. Eso es lo que es el Codex, pero lo que quiero que me digas es qué significa, qué significa para ti, aquí, ahora.

Uriel se esforzó por imaginarse lo que quería oír el venerable bibliotecario y pensó en las veces que había luchado con el Codex como guía, las veces que le había salvado la vida y la terrible sensación de pérdida que le había azotado el corazón cuando lo había dejado a un lado.

—Piensa, Uriel —le insistió Tigurius con voz sibilante. En sus ojos pareció destellar un fuego interior—. Encontrarse en presencia de estas reliquias de un tiempo pasado es encontrarse en presencia de la propia historia. A través de estas obras, un individuo puede acercarse al tiempo en que los dioses de la guerra caminaban entre los seres humanos y el fundador de nuestro capítulo llevaba al combate a los Ultramarines.

—Es la clave que convierte a los marines espaciales en unos guerreros tan formidables —exclamó Uriel viéndolo claro de repente—. Sin el Codex Astartes no seríamos más que asesinos creados genéticamente.

—Sigue —lo apremió Tigurius.

—Sin el Codex Astartes, el Imperio no habría sobrevivido a las consecuencias de la Gran Herejía. Une entre sí a todos y cada uno de los miles de capítulos de marines espaciales y nos proporciona una causa común, una conexión con el pasado y entre todos nosotros. Todos los capítulos, lo reconozcan o no, deben su misma existencia al Codex Astartes.

—Exacto. Es la historia viva, un lazo tangible con todo lo que somos.

—Y por eso nos ha hecho venir aquí —añadió Pasanius—. Saber de dónde venimos es saber quiénes somos y hacia dónde vamos.

Tigurius se rio.

—No hablas mucho, Pasanius, pero cuando lo haces, merece la pena escucharte.

—Soy un sargento, mi señor. Eso es lo que hago.

Tigurius pasó otra página del Codex sin tocarla.

—Es una obra inmensa. Esta conexión legendaria con nuestro pasado y nuestros hermanos nos guía en todos los aspectos, pero en Tarsis Ultra consideraste adecuado no hacer caso de sus enseñanzas. Te apartaste de lo que nos hace ser Ultramarines, y dejaste que tus guerreros lucharan sin ti, porque te pusiste al mando de la escuadra de los Guardianes de la Muerte y

te dirigiste al corazón de una bionave tiránida. ¿Fue orgullo, o simplemente arrogancia?

—Ninguna de esas dos cosas, mi señor. Fue necesario.

—¿Necesario? ¿Porqué?

—El comandante de los Guardianes de la Muerte, el capitán Bannon, había muerto, y su escuadra necesitaba un nuevo jefe.

—¿Cualquiera de los guerreros de Bannon podría haberse puesto al mando? ¿Por qué tuviste que ser tú? ¿Qué es lo que te hace ser tan especial?

—Ya había luchado antes en los Guardianes de la Muerte.

—¿La misión se habría cumplido sin ti?

Uriel se encogió de hombros y miró a Pasanius.

—No lo sé. Quizá. Sé que debería haberme quedado con mi compañía, pero cumplimos la misión. ¿Eso no cuenta?

—Por supuesto que cuenta —declaró Tigurius con solemnidad—. Sí, salvaste Tarsis Ultra, pero ¿a qué coste?

—¿Coste? No lo entiendo.

—Pues háblame de Ardaric Vaanes.

—¿Vaanes? —Preguntó Uriel, sorprendido al oír que Tigurius mencionaba al guerrero renegado de la Guardia del Cuervo—. ¿Qué tiene que ver? Estoy seguro de que ya habrás leído todas las transcripciones del reclusiam. Ya debe de saberlo todo de él a estas alturas.

—Cierto, pero quiero oírlo de nuevo. ¿Qué le ofreciste en Medrengard?

—Una oportunidad de recuperar su honor, pero no la aceptó.

—¿Y qué fue de él?

—No lo sé. Supongo que está muerto.

—Muerto —repitió Tigurius—. ¿Y qué aprendiste de él?

—¿Aprender de él? Nada.

Uriel ya estaba cansado de que Tigurius le hiciera más preguntas cada vez que contestaba.

—¿Estás seguro? —Insistió Tigurius—. Si no aprendiste nada de sus palabras, quizá lo hiciste de su mal ejemplo.

Uriel recordó Medrengard, aunque se trataba de unos recuerdos dolorosos y desagradables. Los marines espaciales renegados que habían

luchado junto a él y a Pasanius se habían unido a su causa durante un momento breve pero brillante y se habían adentrado con ellos en el corazón de la ciudadela de los Guerreros de Hierro. Sin embargo, al final, Ardaric Vaanes los había abandonado y se había marchado en busca de su propio destino malhadado.

De repente, Uriel lo vio claro.

—Lo que le ocurrió a Vaanes podría haberme ocurrido a mí —dijo, con un convencimiento creciente fruto de una epifanía—. Dejó que su ego le impidiera ver su deber y los lazos de hermandad que compartía. Creía saber más que las propias enseñanzas de su capítulo.

—Ardaric Vaanes es un ejemplo clásico de lo que puede ocurrirle incluso a los mejores de nosotros si no nos mantenemos atentos —corroboró Tigurius, y Uriel captó el tono de advertencia en la voz del bibliotecario—. Todos y cada uno de nosotros creamos imágenes sobredimensionadas de nosotros mismos que nos hacen sentir especiales, jamás normales, y siempre mejores de lo que somos. Es la base de lo que convierte a los marines espaciales en unos oponentes tan formidables: la absoluta convicción en su capacidad para lograr la victoria sin que importen las probabilidades en contra. Aumenta el valor, la autoestima, y los protege de las preocupaciones psicológicas de verse rodeados de muerte y siempre involucrados en batallas. Después de todo, cada uno de nosotros cree que está por encima de la media, ¿verdad?

Uriel asintió, aunque admitirlo le hizo sentirse incómodo.

—Quizá antes pensaba así.

—Yo sé que pensaba así —admitió Pasanius con amargura—. Siempre que delegaba una tarea, acababa pensando que yo la habría hecho mejor.

—Por mucho que nos ayuden, estas características egocéntricas pueden crear una inadaptación —explicó Tigurius—. Pueden hacer que no veamos nuestras faltas y ocultar una terrible verdad: que la gente exactamente igual que nosotros se comporta de un modo malvado en situaciones horribles. Estás seguro de que otros caerán presa de sus vicios, pero que tú no, así que no proteges tu alma contra las tentaciones, ya que crees que nada malo

puede afectarte, incluso cuando sabes lo fácil que puede llegar a ser que eso ocurra.

Tigurius apoyó la palma de una mano en la mesa y les indicó con un gesto que se acercaran.

—Cuando no erais más que unos aspirantes y estudiasteis la Gran Herejía contra el Emperador, me imagino que llegasteis a la conclusión de que jamás haríais lo que las fuerzas del señor de la guerra habían hecho. Negasteis con la cabeza y os preguntasteis cómo podría acabar nadie de ese modo. ¿No es cierto?

Uriel asintió, y Tigurius continuó hablando.

—Por supuesto. Estoy seguro de que sentisteis que erais incapaces de hacer lo mismo que hicieron ellos, pero la experiencia os ha demostrado que eso es mentira, que podéis hacer lo mismo. Esa creencia es la que nos convierte a todos en individuos vulnerables a las tentaciones, precisamente porque nos creemos inmunes a ellas. Sólo cuando reconocemos que todos y cada uno de nosotros está sujeto a fuerzas más allá de nuestro control toma la humildad precedencia sobre un orgullo sin fundamento, y sólo entonces podemos reconocer el potencial de iniciar el camino del mal que albergamos en nuestro interior, de cometer actos vergonzosos. Dime qué es lo que eso te enseña, Uriel.

—Que bajo las circunstancias apropiadas, cualquiera de nosotros puede caer.

—O en las circunstancias equivocadas —añadió Pasanius.

—Yo caí una vez, precisamente porque creía que no podía caer —expuso Uriel—. Sin embargo, en Medrengard vi hacia dónde conduce finalmente ese camino: a la degradación y a la condenación.

—¿Es ése el destino que quieres para ti?

—No. Por supuesto que no —respondió Uriel lleno de firmeza.

—Entonces sí que has aprendido algo valioso —declaró finalmente Tigurius.



CUATRO

El comandante imperial de Pavonis y gobernador del sistema, Koudelkar Shonai, no era un individuo que impresionara a primera vista debido a su cuerpo fofo, su escasa barbilla y calvicie incipiente. Aunque sin duda no era un guerrero, como había confirmado Lortuen Perjed a lo largo del año anterior, esa apariencia era engañosa, ya que poseía una mente con una inteligencia privilegiada, y un corazón duro como la piedra escondido tras su aspecto poco imponente.

Era el segundo de dos hijos, y al principio había sido su hermano, Dumak, el favorito para suceder a Mykola Shonai en el cargo de gobernador de Pavonis. Sin embargo, Dumak había muerto por el disparo de un asesino en una de las numerosas revueltas de trabajadores que se produjeron en los días anteriores al intento de golpe de Estado de Virgil de Valtos. Tras la derrota de la rebelión, mientras el periodo de gobierno de Mykola se agotaba, Lortuen se había apresurado a preparar a Koudelkar para que ocupara el puesto de su tía.

No era una situación ideal ni de lejos, pero Lortuen era el adepto de mayor rango en Pavonis, y lo había hecho lo mejor posible con lo que había quedado. La mayoría de los cárteles estaban contaminados por sus relaciones con los traidores, y sus superiores sólo habían aceptado a los descendientes de la familia Shonai como candidatos para el puesto de comandante imperial después de que prevaleciera su recomendación de no designar a un foráneo para el puesto.

Era una recomendación de la que se había arrepentido muchas veces, pero a su antiguo señor le gustaba decir que el arrepentimiento es como una losa: sólo se convierte en una carga si te mantienes aferrado a ella. Ario Barzano, inquisidor de la Oído Xenos, siempre tenía un aforismo a mano. Había muerto a manos de un maligno guerrero eldar bajo las montañas septentrionales, lo que había privado a Lortuen de un señor meticuloso y de un amigo de confianza.

Desde entonces, se había visto embarcado en la tarea ingrata de contener la política seguida por el joven gobernador Shonai, para quien la idea de realizar una reconstrucción cuidadosa pasaba por buscar y establecer de forma agresiva lazos comerciales con compañías y casas

mercantiles extraplanetarias. Debido a la poca infraestructura que quedaba en pie, la economía del planeta era frágil, por decirlo de manera benevolente, pero Koudelkar no era un individuo que tendiera a la vacilación, por lo que el palacio recién reconstruido estaba siempre abarrotado de delegaciones de sistemas planetarios vecinos que buscaban derechos exclusivos de comercio con Pavonis.

Aquello provocaba un ambiente cosmopolita y algo embriagador. Y, sin duda, había llevado beneficios a Pavonis. Nada de eso sería un problema si Lortuen no tuviera la tarea de mantener un registro de todas las idas y venidas del joven gobernador. Lo habían nombrado observador permanente del Administratum en Pavonis, y Lortuen había descubierto que ese cargo era casi tan agotador como el de viajar por las estrellas al servicio de un inquisidor imperial.

Lortuen Perjed ya no era joven. Su cuerpo había envejecido más allá del punto en que los tratamientos rejuvenecedores podrían haberle servido de algo. Su mente seguía siendo tan aguda como siempre, pero tenía la piel arrugada llena de manchas hepáticas, e incluso un simple paseo apoyándose en el bastón de empuñadura de marfil lo dejaba agotado. Si de verdad hubiera justicia, habría pasado los últimos días de su vida encerrado en alguna biblioteca lejana sin nada más que hacer para pasar el tiempo que todo un ala de libros polvorientos y la posibilidad de una meditación tranquila.

Lortuen cerró los ojos y sonrió ante la idea, pero el sonido de unas voces airadas lo hizo volver, sobresaltado, a la realidad. Abrió los ojos y paseó la mirada por la enorme sala de reuniones del gobernador.

Dejó escapar un suspiro al darse cuenta de que su sueño de un retiro tranquilo era una probabilidad cada vez más remota.

La Cámara del Senado del Comercio Justo era el corazón tradicional del gobierno de Pavonis, pero al desaparecer el poder de los cárteles, había caído en desuso. Para sustituirla, y en vez de una cámara de debate formal, Koudelkar Shonai había ordenado construir un largo atrio de paneles de cristal situado en el centro del palacio imperial desde el que podía llevar a cabo sus tareas gubernativas.

Aunque estaba abierta al cielo gracias a unas persianas de lamas situadas en el techo curvado, unas pantallas de vacío montadas en los mástiles la protegían de cualquier ataque, y los amortiguadores de voz instalados en las paredes impedían cualquier filtración o escucha interesada. Dos skitarii modificados genéticamente y provistos de placas pectorales de aspecto arcaico, de las que colgaban fetiches y que estaban cubiertas de juramentos binarios tallados, proporcionaban la protección más inmediata del gobernador.

Los skitarii eran un regalo del alto magos Roxza Vaal, el adepto del Mechanicum de mayor rango en el Cinturón Diacriano, en recompensa por la rápida recuperación de las importaciones mecánicas por parte del cinturón de refinerías del sureste.

Sus cuerpos hinchados y biomecánicos, y las armas que tenían implantadas, eran capaces de generar una violencia tremenda, y recordaban los tiempos bárbaros de los combates de gladiadores. Lo cierto era que atemorizaban a Lortuen más que los propios marines espaciales. Con los guerreros del Adeptus Astartes uno sabía a qué atenerse, pero aquellas monstruosidades cibernéticas tenían sus propias reglas. Ambos estaban cubiertos de cicatrices y de tatuajes, y más parecían pandilleros de las profundidades de una ciudad colmena que guardias apropiados para un gobernador planetario.

Varios sirvientes con librea, ya que Koudelkar no estaba dispuesto a aceptar algo tan prosaico como unos servidores mecánicos cuando había tantos desempleados, aguardaban con jarras de plata llenas de vino y con la cabeza inclinada ante las puertas de espejo, listos para responder a las órdenes de sus señores.

La reunión, solicitada por lord Winterbourne, del 44.º Lavrentiano, empezó mal, ya que el clericus fabricae Gaetan Baltazar se saltó el orden del día al exigir de inmediato que se arrestara al prelado Culla, o que, como mínimo, se impidiera que fuera propagando su retórica incendiaria por las calles de Puerta Brandon. Baltazar, que era el máximo representante del Adeptus Ministorum en Pavonis, se oponía a la agitación de las masas en un

momento como aquel, cuando la unidad y la reconstrucción eran los asuntos más importantes.

Lord Winterbourne respondió con un comentario cáustico sobre la naturaleza apocada de los predicadores dentro de las murallas del Templum Fabricae, quienes parecían más inclinados a enseñar una doctrina de introspección y trabajo discreto que la persecución de los enemigos del Emperador.

Lortuen estaba sentado a la derecha del gobernador Koudelkar, que parecía satisfecho con dejar que aquellos dos individuos desahogaran sus frustraciones. El coronel lavrentiano y el clericus fabricae intercambiaron una serie de palabras e imprecaciones airadas, pero Lortuen no permitió que todo aquello lo afectara y accedió a sus bobinas de memoria implantadas para consultar los datos que le habían administrado los diversos sabios especialistas que trabajaban para el gobernador.

Los oficiales superiores de la Guardia Imperial estaban sentados a la izquierda del gobernador. Llevaban puestos los uniformes de gala, con los cascos relucientes rematados con plumas y las espaldas cubiertas por capas de color escarlata. Lord Winterbourne tenía el aspecto delgado y curtido de un oficial acostumbrado a participar en combate. La mayor Ornella se dedicaba a transcribir de modo fiel las palabras enfurecidas que intercambiaban el coronel y el sacerdote del Ministorum.

Al otro lado de la mesa, enfrente de Winterbourne y a la derecha de Lortuen, se encontraba el coronel Loic, el comandante de la Fuerza de Defensa Planetaria en Puerta Brandon, quien, por respeto a su comandante en jefe, había acudido desarmado a la reunión. Loic observaba la discusión con un estoicismo sombrío, y Lortuen se dio cuenta de que a pesar de ser fruto de un nombramiento puramente político, Adren Loic era un soldado fiable, aunque carente de imaginación. Recordó que precisamente por eso se lo eligió para el cargo que desempeñaba.

Gaetan Baltazar, vestido con una túnica de color ocre, estaba sentado al lado de Loic. El sacerdote mostraba un aspecto magnífico con su manto y la mitra alta y dorada. Baltazar no dejaba de hacer pasar entre sus dedos las cuentas de un rosario mientras discutía con Winterbourne.

Quien estaba al lado del sacerdote del Ministorum era Jenna Sharben, al mando de los agentes destinados a Puerta Brandon. Estaba sentada con las manos entrecruzadas sobre la mesa. A Lortuen le gustaba Sharben. Había actuado como guía de Ario cuando el inquisidor estaba investigando los cárteles de Pavonis, y había demostrado ser una persona decidida y llena de recursos. Una de las órdenes que Lortuen había dado era que Sharben se encargara del reclutamiento y la formación de una estructura organizada de agentes. Por las bolsas que se le veían debajo de los ojos se dio cuenta del tremendo agotamiento que le estaba causando esa tarea.

A pesar de lo importantes y lo impresionantes que eran todas aquellas personas, no eran nada comparadas con la presencia dominante de los tres marines espaciales, que estaban sentados a un extremo de la mesa. El capitán Uriel Ventris, un sargento llamado Learchus y un guerrero de aspecto brutal con la armadura de color negro llenaban la estancia con su aspecto imponente. El casco del tercer guerrero estaba forjado con la forma de una calavera, y su lenguaje corporal belicoso indicaba muy a las claras la impaciencia que sentía y el deseo de encontrarse en otro lugar.

Lortuen ya conocía de antes a Uriel y a Learchus, pero al otro guerrero jamás lo había visto. Se había sentido encantado de ver de nuevo al capitán Uriel, pero también sorprendido por el cambio que se observaba en él.

A lo largo del tiempo de servicio junto al inquisidor Barzano, habían luchado en varias ocasiones al lado de numerosos marines espaciales, muchos de los cuales se habían convertido en unos fieles aliados con los años. Un detalle que a Lortuen siempre lo había asombrado era la aparente inmutabilidad en el aspecto físico de los marines espaciales. Aunque pasaran decenios entre sus diferentes encuentros, la superioridad genética de los guerreros del Adeptus Astartes los convertía en seres prácticamente inmortales a la percepción de la mayoría de los humanos. No ocurría eso con Uriel Ventris, quien mostraba en sus ojos una sabiduría ganada con esfuerzo que hablaba de los horrores que había sufrido y las lecciones que había aprendido derramando su propia sangre.

Lortuen conocía esa mirada. La había visto en los ojos de su señor meses antes de su muerte.

Finalmente, la discusión entre Winterbourne y Baltazar se acabó cuando Koudelkar dio una fuerte palmada en la mesa.

—¡Ya basta! Esta cháchara me molesta sobremanera. Tengo mejores cosas que hacer que escuchar cómo discuten.

Dio la impresión de que Gaetan Baltazar estaba dispuesto a contestar al exabrupto del gobernador con otro propio, pero tuvo la inteligencia de saber contenerse y se limitó a asentir con la cabeza. Lord Winterbourne, mostrando de manera evidente que no estaba acostumbrado a que nadie se interpusiera entre él una buena discusión, se mordió el labio y entrecruzó las manos sobre la mesa.

—Gracias —dijo Koudelkar con un tono de voz más suave y tranquilizador—. Somos personas razonables, ¿no? Estoy seguro de que son capaces de resolver este asunto entre ustedes. Al fin y al cabo, lo que todos queremos es un mundo estable y seguro donde el comercio pueda florecer y las enseñanzas del credo imperial lleguen a todos los oídos.

—Por supuesto —admitió Baltazar—, pero es que este Culla sólo predica el odio. Se olvida de la guía y de la protección que representa el Emperador. Aviva las llamas del miedo, y eso no conduce a la estabilidad que ansiáis, mi señor.

—Culla es un luchador, y uno muy bueno —apuntó Winterbourne—. Lo he visto enfrentarse cara a cara a los pielesverdes, vencerlos y acabar cubierto de sangre de los pies a la cabeza para volver a lanzarse al combate. Estamos en la Franja Este, Baltazar, y por si no se ha dado cuenta, estamos muy lejos de Terra. La cínica protección en la que podemos confiar es en la de nuestros rifles, nuestros tanques y nuestras espadas.

—¡Herejía! —exclamó Baltazar—. ¡El Emperador protege! ¡Un soldado como usted debería saberlo!

—Oh, tranquilícese, buen hombre —le respondió Winterbourne—. Por supuesto que el Emperador protege, pero no espero que él me haga todo el trabajo. Lo que necesita es un buen…

—¡Silencio! —gritó el marine espacial de armadura negra. Su voz era profunda y autoritaria, una voz acostumbrada a dar órdenes y a que se le obedeciera sin titubeos—. ¿Es que no habéis oído a vuestro comandante?

Deberíais estar avergonzados por andar discutiendo detalles sin importancia sobre jurisdicciones cuando se os ha reunido para analizar una amenaza letal que pende sobre vuestro planeta. ¿Capitán Ventris?

Los allí reunidos quedaron acobardados de repente. El arrebato iracundo del guerrero de negro los silenció a todos de inmediato. Uriel hizo un gesto de asentimiento para darle las gracias y se puso en pie, lo que lo hizo alzarse muy por encima de los oficiales, e incluso de los dos skitarii. El capitán cruzó los brazos sobre el pecho.

—El capellán Clausel ha hablado con cierta brusquedad, pero tenía razón al hacerlo.

—¿Una amenaza letal? —repitió Koudelkar. Se inclinó hacia adelante y posó las dos manos sobre la mesa—. ¿A qué se refiere su camarada?

—Existe una presencia alienígena en Pavonis, gobernador Koudelkar —lo informó Uriel—. Sus oficiales superiores se dedican a discutir y a pelearse mientras un enemigo traza rutas de invasión a través de estas tierras.

Lortuen abrió los ojos de par en par al oír lo que decía Uriel, asombrado de que una amenaza semejante hubiese salido a la luz tan tarde.

—¿Estáis seguros? No hemos detectado nada que nos haga sospechar algo parecido —le dijo.

—Adepto Perjed. —Uriel lo saludó con un gesto de asentimiento en señal de respeto, y Lortuen era un orador lo bastante experimentado como para darse cuenta de que Uriel se había callado un momento para exponer con claridad unos hechos poco seguros—. Hace poco emboscamos a una unidad de reconocimiento avanzado de rastreadores tau en las colinas Owsen. Estoy convencido de que esos alienígenas estaban explorando posibles rutas de acercamiento a Puerta Brandon, posiblemente para que las utilizara una unidad de mayor tamaño.

—Que los santos nos ayuden —musitó Gaetan Baltazar antes de volverse hacia el gobernador—. ¡Debemos movilizar a todas las unidades de reserva de la FDP y desplegar de inmediato al 44.º Lavrentiano!

Koudelkar alzó una mano y respiró profundamente antes de contestar al angustiado clericus fabricae.

—Cálmate, Baltazar. Un despliegue completo de todas nuestras fuerzas serviría de poco aparte de provocar el pánico.

—Si nos están atacando, deberíamos…

—¿Te parece que estemos bajo un ataque? —Lo cortó Koudelkar mientras repiqueteaba los dedos contra la superficie pulida de la mesa—. Si lo que dice el capitán Ventris es cierto, y no son más que exploradores, entonces todavía disponemos de cierto tiempo para elaborar una respuesta adecuada.

—Una respuesta adecuada sería autorizar el despliegue del 44.º y elevar el nivel de alerta —declaró Winterbourne—. Luego habría que activar las defensas secundarias y terciarias.

Koudelkar hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Lord Winterbourne, nos encontramos en un momento delicado para Pavonis. No espero que un hombre de armas como usted comprenda todas las sutilezas del gobierno planetario, pero me encuentro inmerso en unas negociaciones muy complejas con numerosas compañías comerciales del subsector muy poderosas, con vistas a asegurar la prosperidad futura de nuestro mundo. Esas negociaciones se verían puestas en peligro, si no rotas definitivamente, si de repente convertimos nuestro planeta en un campamento militar basándonos tan sólo en un enfrentamiento con unos alienígenas a los que se puede vencer con facilidad.

Lord Winterbourne se enfureció con las palabras de Koudelkar, y su cuerpo delgado se estremeció por la rabia que sentía.

Uriel fue consciente de aquella ira y se apresuró a intervenir.

—Gobernador Koudelkar, sería un error subestimar a los tau. Poseen una tecnología muy avanzada y sus guerreros son enemigos avezados.

—Eso he oído decir, pero me he dado cuenta de que ha elegido palabras que sugieren que no está completamente seguro de sus conclusiones, capitán Ventris. Aparte de la presencia de esa unidad de alienígenas, ¿qué pruebas posee que confirmen sus sospechas?

—No tengo nada concreto, pero hemos encontrado rastreadores; seguro que aparecerán más.

—Pero no ha visto señal alguna de más alienígenas.

—Es cierto —admitió Uriel.

—¿Lord Winterbourne? ¿Coronel Loic? ¿Han encontrado sus fuerzas alguna señal de esos alienígenas? —inquirió Lortuen.

—No. Mis patrullas de largo alcance no han visto rastro alguno de ellos —respondió con rapidez Loic.

—Tampoco las mías —añadió Winterbourne, quien había conseguido dominar su ira—. Sin embargo, señor gobernador, me muestro inclinado a estar de acuerdo con el capitán Ventris. Su capítulo tiene experiencia en combate contra los tau, y si él cree que hay fuerzas alienígenas en Pavonis, creo que deberíamos prepararnos para el combate.

—Si esa amenaza se hace creíble, actuaremos de inmediato, se lo aseguro —le respondió Koudelkar.

—¿Qué hará falta para que sea creíble? —exigió saber el capellán Clausel, y hasta Koudelkar se encogió ante su tono de voz agresivo—. ¿El filo de una espada de honor tau cuando le rebana la garganta? ¿Una bandera enemiga plantada sobre el palacio?

El gobernador recuperó la compostura, se sobrepuso a la furia del capellán y enderezó los hombros.

—¿Me equivoco al pensar que mataron a todos los taus que se encontraron?

—Sí, hubo una superviviente —lo informó Uriel—. La transferimos a la custodia de los agentes de la juez Sharben en la penitenciaría de Puerta Brandon.

Koudelkar se volvió hacia Jenna Sharben.

—¿Y esa prisionera nos ha proporcionado alguna información de utilidad, o la localización de otros de su especie?

Sharben hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No, mi señor. El servidor xenoléxico nos ha permitido comunicarnos con la alienígena, pero hasta el momento se ha negado a decirnos otra cosa que no sea su nombre, su rango y su unidad.

—Entonces tendrá que ser más enérgica en el interrogatorio, juez Sharben —le ordenó Koudelkar mirándola fijamente y con expresión dura

—. Descubra todo lo que sabe, y hágalo con rapidez. ¿Me he explicado bien?

—Sí, mi señor —respondió Sharben con un brusco gesto de asentimiento.

—¿Va a movilizar a las fuerzas armadas? —insistió Adren Loic—. Dadas las restricciones del Administratum bajo las que nos encontramos, cualquier orden para iniciar los alistamientos precisos debe proceder del comandante imperial y ha de ser ratificada por el Administratum.

Aquel último comentario cargado de rabia iba dirigido directamente a Lortuen, pero éste se limitó a sonreír con gesto benevolente.

—Coronel Loic, por lo que dice está ansioso por entrar en combate —le respondió—. Supongo que recuerda que esas restricciones se establecieron para estar seguros de que no se iba a repetir un incidente como el de De Valtos.

—De Valtos era un demente —le espetó Loic—. Esto es algo completamente distinto.

—Quizá, pero sólo ratificaré cualquier orden de despliegue si se descubren nuevos indicios de la presencia alienígena, o si la juez Sharben nos asegura que la prisionera tau le ha proporcionado información realmente útil. El gobernador Koudelkar actúa de un modo correcto al no querer poner en riesgo la recuperación y la prosperidad futura del planeta basándose tan sólo en una sospecha que carece del apoyo de ninguna prueba.

Uriel se inclinó sobre la mesa y apoyó las manos. Tenía el entrecejo fruncido por lo que sin duda consideraba la traición de un antiguo aliado.

—Mis guerreros no se encuentran sujetos a la autoridad del Administratum, adepto Perjed. Así pues, gobernador Koudelkar, le informo respetuosamente de que los Ultramarines van a ponerse en pie de guerra. Sugiero a las fuerzas armadas de Pavonis a que hagan lo mismo antes de que sea demasiado tarde.

—Tomo nota —le respondió Koudelkar mientras se ponía en pie para dar por terminada la audiencia—. Nos reuniremos de nuevo dentro de una semana para discutir cualquier posible cambio en la situación, pero hasta

entonces no habrá operaciones militares más allá de los despliegues actuales.

Koudelkar se dirigió a la puerta de la cámara escoltado por los enormes skitarii. Se volvió hacia los presentes cuando la puerta se abrió.

—Y ahora, si me disculpan, llego tarde a una cita con mi tía, y aquellos de ustedes que la conocen saben muy bien que Mykola Shonai no es una mujer a la que le guste esperar.

Uriel estaba sentado en un banco de mármol de los jardines del palacio imperial. Tenía la superficie desgastada y llena de pequeñas marcas. Recordó la última vez que se había sentado allí. No había cambiado mucho, algo que, tras conocer a Koudelkar Shonai, le sorprendía enormemente, ya que el nuevo gobernador no parecía un individuo dado a sentimentalismos. La hierba estaba recién cortada, y la frescura de las flores del jardín mostraba que estaban bien cuidadas. El aroma que emanaba de ellas era un contrapunto agradable al omnipresente olor a metal quemado emitido por la industria de Puerta Brandon.

El jardín estaba rodeado por una muralla alta, y era una de las pocas zonas del palacio que había escapado sin sufrir grandes daños durante la rebelión. Uriel se sintió allí más en paz de lo que se había sentido desde hacía mucho tiempo. Fue allí donde terminó su última expedición a Pavonis, sentado delante de la tumba de Ario Barzano, un hombre valiente que había muerto para salvar al planeta del plan infernal de un demente.

La sencilla lápida que Uriel tenía delante era una piedra oblonga y lisa de color pálido sacada de la cordillera Tembra. El propio Uriel había tallado las palabras del epitafio.

> Cada persona es una chispa en la oscuridad. Ojalá todos ardiéramos con el mismo brilla.

Barzano había sido un individuo locuaz y carismático, pero también alguien muy peligroso. Su palabra y su poder inquisitorial podrían haber

ordenado la destrucción absoluta de aquel planeta, pero había estado dispuesto a arriesgarse para salvarlo, y sólo por esa razón ya se merecía el respeto de Uriel.

—Nunca pensé que regresaría algún día —dijo Uriel al mismo tiempo que se inclinaba hacia adelante y apoyaba los codos en las rodillas—. Sin embargo, creo apropiado que hablemos aquí, ¿no le parece?

—Sí que me lo parece, capitán Ventris —respondió Lortuen Perjed mientras salía de detrás de un emparrado situado a la espalda de Uriel—. ¿Cuánto tiempo hace que sabe que estoy aquí?

—Desde que entró en el jardín. El bastón y la cojera producen un sonido muy característico cuando camina, adepto.

Lortuen se agachó con esfuerzo para sentarse al lado de Uriel.

—Supuse que lo encontraría aquí.

Uriel se encogió de hombros.

—Me pareció lo más correcto.

—Lo es.

—Tiene el jardín bien cuidado.

—Me pareció lo más correcto —repitió Lortuen con una sonrisa—. Después de todo, este mundo les debe su supervivencia a Ario y a usted.

Uriel no dijo nada y observó a Lortuen con más atención. Se sintió impresionado por lo diferente que parecía respecto a la última vez que había estado en Pavonis. El adepto Perjed ya era viejo en esa época, pero en esos momentos parecía encontrarse a pocos latidos de la tumba. Tenía la piel llena de manchas y con el aspecto del cuero gastado, el cabello había quedado reducido a unas cuantas volutas plateadas que se aferraban al cráneo. Uriel distinguió con claridad el brillo apagado de los implantes de memoria lógica detrás de la oreja.

—Ha envejecido desde la última vez que nos vimos aquí —le dijo Uriel.

—Ha sido una época muy dura desde que se marcharon, capitán Ventris. La reconstrucción de un planeta sacudido hace tan poco tiempo por una rebelión es… una tarea agotadora. Y ya que hablamos de ello, debo decir lo mismo de usted. Creía que los marines espaciales no envejecían, pero parece que el paso del tiempo le ha afectado. No pretendo ofenderlo.

—No me ofende. Envejecemos, pero a un ritmo mucho menor que el de los simples mortales.

—Entonces, ¿qué le ha ocurrido para que haya cambiado tanto?

—Ciertas cosas de las que preferiría no hablar.

—Ah, es justo. Le pido disculpas por curiosear. —Lortuen posó las dos manos en la empuñadura marfileña del bastón y ambos compartieron un silencio amigable—. ¿Qué le parece el gobernador Koudelkar?

Uriel apartó la mirada, cruzó las manos y miró fijamente la tumba de Barzano antes de contestar.

—Creo que se está comportando de un modo ingenuo, y el gobierno de un planeta en la Franja Este no puede permitirse la ingenuidad. Los tau ya están en Pavonis en este momento, y debemos actuar de inmediato para detenerlos, o se perderán más vidas para cuando Koudelkar se entere por fin de que el imperio tau no envía exploradores a un planeta sin motivo alguno.

—Puede que tenga razón, Uriel, pero todavía estamos tratando de reconstruir este mundo. Estamos a punto de conseguir un cierto número de contratos muy lucrativos con varios sistemas cercanos. Si ponemos eso en riesgo, condenaríamos a la ruina a Pavonis, y a su gente a la pobreza durante varios siglos.

—No hacer nada los condenará a la esclavitud —replicó Uriel.

—Eso si tiene razón —le replicó Lortuen a su vez—. Debe admitir que no nos ha proporcionado nada más que una vaga sospecha de que los tau planean algo dentro de poco. Koudelkar es un hombre de negocios, y en lo que piensa es en el futuro de este planeta.

—Pues se equivoca —respondió Uriel a la vez que se volvía hacia Lortuen—. Es el gobernador de un mundo del Emperador, y debería estar pensando en cómo enfrentarse al peligro que amenaza a su planeta. —Señaló a la tumba—. ¿Cree que Ario habría dudado en actuar? Imagínese que él estuviera aquí ahora mismo. ¿Qué haría?

—Ario siempre estaba dispuesto a tomar decisiones sobre la marcha. Yo, por el contrario, me tomo más tiempo para pensar las cosas. Creo que debemos actuar con precaución, pero quiero encontrar un punto medio, Uriel. Daré la orden de que se active la reserva secundaria de la FDP.

—¿Qué pasa con el 44.º?

—De momento mantendremos las órdenes previas —respondió Lortuen mientras se ponía en pie con la ayuda del bastón—. Patrullas a pie y tareas de guarnición. Nada de despliegues más activos. No quiero provocar el pánico en las calles de la ciudad.

—Estoy seguro de que la aparición de un cuerpo de cazadores tau lo hará por usted —replicó Uriel.

Cien kilómetros al norte de Puerta Brandon, en lo alto de la cordillera Tembra y muy por encima de las capas de nubes, donde la atmósfera era ya muy fina, el Complejo Kaliz se extendía por las montañas más elevadas de Pavonis igual que un enorme bosque de árboles podados pero construidos con acero laminado. El complejo constituía un lomo espinoso compuesto por decenas de miles de mástiles de comunicación, ninguno de los cuales medía menos de quinientos metros de alto, que se mantenían firmes gracias a la ayuda de cables de tensión anclados profundamente en la roca de la montaña.

Esa instalación permitía funcionar a las unidades de comunicación de largo alcance, y allí se reunía, se enviaba y se transmitía el tráfico de mensajes por toda la superficie del planeta. Su potencia era tal que incluso permitía comunicaciones interplanetarias, aunque con un retraso de tiempo importante.

El Complejo Kaliz lo había construido el cártel Vergen casi ocho siglos atrás. Sus estructuras estaban cubiertas de verdín y necesitaban un mantenimiento constante. El centenar de adeptos, técnicos, operarios de mantenimiento y servidores que tenían la tarea de conseguir que el complejo siguiera funcionando se alojaban en la Estación Epsilon, del Adeptus Mechanicum, una serie de estructuras cuadrangulares agrupadas al amparo de un tremendo precipicio, muy por debajo de los bamboleantes mástiles.

Las estructuras estaban equipadas con antenas parabólicas giratorias y se habían protegido contra las inclemencias del viento helado, pero a pesar

de ello eran frías, húmedas y se les colaba el aire. Incluso en un periodo de crisis como aquel, en el que escaseaban el dinero y el empleo, los rumores sobre tumores cerebrales provocados por la radiación de las antenas y las condiciones inhóspitas hacían que sólo los más desesperados se ofrecieran voluntarios para trabajar en Complejo Kaliz.

Los trabajadores destinados a aquel lugar procuraban quedarse dentro de los edificios siempre que podían. A pesar de ello, y aunque soplaba una tremenda ventisca procedente del norte, tres figuras encorvadas se abrían camino en esos momentos hacia un grupo de mástiles averiados en una zona conocida simplemente como Cañón Profundo Seis.

El técnico de tercera Diman Shorr se ciñó todo lo que pudo el impermeable alrededor del cuerpo y se puso a maldecir los nombres de todos aquellos de Epsilon que habían conseguido librarse de efectuar aquella tarea. Ya había llegado a treinta nombres cuando Gerran le tiró de la manga para indicarle que por fin habían llegado al final de la cadena del Cañón Profundo Seis.

Las sendas montañosas tenían alineadas a los lados una serie de postes de acero conectados entre sí por cadenas y que estaban marcados con señales angulares para que cualquier técnico supiera dónde se encontraba sin la ayuda de un mapa y sin necesidad de quitarse el casco. Aquellas sendas permitían a los operarios de mantenimiento moverse por el laberinto de rutas que serpenteaban y se retorcían por el complejo sin perderse.

La lluvia sibilante, tan sólida que casi parecía granizo, lo acribillaba y casi le inutilizaba el visor del casco al formar chorros enloquecidos de agua sucia mientras miraba a la empinada pendiente que bajaba hacia el fondo del cañón. El agua de lluvia corría por ella como una catarata continua, así que debían tener mucho cuidado para no resbalar y partirse una pierna. Conseguir una evacuación médica de urgencia en aquel lugar sería algo casi imposible.

La capucha se estremecía con la ventisca, y el viento helado le mordía el cuerpo igual que un carroñero devoraría hambriento un hueso, hasta el punto de que parecía a punto de empujarlo por la ladera que habían tardado casi todo un día en subir. El impermeable para tiempo extremo era viejo y

estaba desgastado por el uso, y él estaba muy cansado, empapado y atenazado por el frío. No se podía permitir comprarse otro, y los adeptos del Dios Máquina no parecían inclinados a preocuparse mucho por los técnicos y proporcionarles impermeables adecuados.

Él y Gerran habían pasado casi diez horas recorriendo los senderos con cadenas a través del viento y la lluvia desde que habían salido de los barracones del Mechanicum en dirección a Cañón Profundo Seis acompañados por un silencioso servidor de carga con la espalda alargada, hombros ensanchados mediante manipulación genética y una postura simiesca al andar, lo que le permitía transportar cargas pesadas por un terreno montañoso y accidentado que no podrían atravesar los vehículos. El servidor llevaba toda la comida y el agua, además de suministros médicos básicos, cuerdas, un comunicador lo suficientemente potente para superar aquel tiempo y un par de carabinas láser algo baqueteadas.

—Me estoy haciendo demasiado viejo para esto —musitó mientras se adentraba en el torrente de agua helada que bajaba por la pendiente. El aliento se le condensó al tropezar con aquel frío helado.

—¿Has dicho algo? —le preguntó Gerran, y Diman se dio cuenta de que se había olvidado de apagar el intercomunicador del casco.

—Nada. No importa. Venga, vamos a ver qué demonios les pasa a esos mástiles de las narices. A ver si es una avería para la que sea necesaria un adepto. Cuanto antes volvamos, mejor. No quiero morir por exposición al frío.

—¿Cómo es que nos ha tocado hacer esto? —Se quejó Gerran—. Yo acababa de terminar una ronda de inspección por la Cresta Topper.

—Supongo que hemos tenido suerte —contestó Diman mientras escogía con cuidado el camino de bajada.

—¿Suerte? —Repitió Gerran, que no se dio cuenta de la ironía en la voz de Diman—. A mí no me parece que sea suerte. En serio, la adepta Ithurn va a por mí. Sabía que acababa de volver de un turno de inspección, y aun así me manda fuera otra vez. No es justo. No lo es en absoluto.

—Bueno, siempre puedes dejar el trabajo —le replicó Diman, que ya, estaba harto de las quejas del joven. La situación ya era bastante mala para

que viniera a empeorarla—. Hay mucha gente esperando para ocupar tu puesto. Deberías dar las gracias de formar parte de los Shonai antes de que empezara la rebelión. Es lo único que te permite seguir trabajando para el Mechanicum.

—Sí, bueno. Pues puede que me marche.

Diman estaba a punto de decirle a Gerran que no fuera estúpido cuando vio a través de la lluvia un débil brillo procedente del fondo del barranco.

—Mierda —masculló—. Me parece que Ithurn ya ha enviado a un equipo para que arreglara los mástiles. Esa puñetera mujer no tiene ni idea de rellenar una hoja de trabajo.

Diman dejó que Gerran pasara de largo apretándose contra la pared del barranco y le indicó al servidor de carga que los siguiera. La bestia de paso lento avanzó sin parecer afectada por la fuerte lluvia o la baja temperatura. Rebuscó en una de las mochilas el comunicador y extendió la antena, aunque dudaba mucho de su capacidad de transmisión y recepción en aquel estrecho barranco. De los altavoces salió un siseo de estática intermitente, y Diman subió el volumen para tratar de captar cualquier emisión que se pareciera a una señal del Mechanicum.

—Típico —exclamó cuando lo único que consiguió fueron más chirridos de estática—. Más de mil mástiles de comunicaciones y no pillo nada. Lo que hay que hacer con este cacharro es tirarlo, no bendecirlo.

—Oye, Diman… —lo llamó Gerran. Cuando se dio la vuelta vio que el joven estaba de pie en la boca del desfiladero, iluminado por el débil brillo que había percibido antes—. Tienes que ver esto.

—¿Qué pasa? ¿Es otro equipo de reparaciones?

Gerran hizo un movimiento negativo con la cabeza, y Diman soltó un suspiro. Apagó el comunicador y lo guardó de nuevo en la mochila que transportaba el servidor antes de bajar los últimos peldaños del desfiladero para entrar en el Cañón Profundo Seis.

El suelo de roca lisa se extendía cuatrocientos metros en todas las direcciones. Ambos lados de aquel valle oscuro se elevaban formando unos barrancos pronunciados. El propio valle en sí estaba repleto de mástiles de comunicaciones de acero plateado y de generadores que no cesaban de

emitir zumbidos. Había aproximadamente un centenar, pero lo que le llamó la atención a Diman no fueron los mástiles.

Fue el grupo de soldados alienígenas.

—No creo que sea otro equipo de reparaciones.



CINCO

Había más o menos unos cuarenta en total. Eran una mezcla de soldados con armadura de placas de color verde oliva y rifles de cañón largo y rectangular y de otros individuos equipados con monos de trabajo propios de ingenieros o de operarios. Un puñado de criaturas de aspecto feroz, de cuerpos fibrosos y piel rosácea, se mantenían apartados de los guerreros de armadura. La parte posterior de sus cráneos puntiagudos estaba rematada por crestas flexibles de espinas, e iban armados con rifles que casi parecían primitivos.

El brillo que Diman había visto desde el desfiladero por el que habían bajado procedía de un puñado de discos aplanados que flotaban por encima de los alienígenas. Sin embargo, lo que más le llamó la atención y le preocupó fueron los artefactos cuadrados que los ingenieros alienígenas estaban conectando entre los relés de los generadores.

Un trío de vehículos de lados curvados y enormes carcasas de motor rugía tras el grupo y enturbiaba el ambiente, pero pulverizaba el agua de lluvia con campos de antigravedad. Los soldados llevaban casco, pero los rostros planos, grises y profundamente alienígenas de los ingenieros eran claramente visibles. Trabajaban con extrema precisión y Diman reparó en que estaban a punto de acabar lo que fuese que estaban haciendo.

Ninguno de los alienígenas se había dado cuenta de su presencia. Los guerreros estaban demasiado concentrados en el avance del trabajo de los ingenieros, y la densa lluvia ayudaba a ocultar a los dos técnicos del Mechanicum, pero esa suerte no duraría demasiado tiempo.

Diman se dio cuenta de inmediato de la importancia de lo que estaban viendo, de lo que aquel acto de sabotaje podía significar para Pavonis, y empezó a retroceder lentamente hacia el servidor de carga y el comunicador portátil para tiempo extremo.

—Vamos, tenemos que largarnos de aquí —dijo Diman con un siseo.

Gerran se quedó de pie, con la boca abierta, en la entrada del Cañón Profundo Seis, completamente paralizado ante la visión de aquellos alienígenas.

—¿Qué son, y qué están haciendo? —preguntó al cabo de un momento.

—No lo sé, pero seguro que es un sabotaje de algún tipo —le contestó Diman con voz impaciente—. ¿Quieres quedarte aquí para ver qué es? Venga, vámonos.

—¿Sabotaje? ¿Por qué? —quiso saber Gerran, horrorizado.

—¿Tú por qué coño crees? —replicó Diman, esforzándose por mantener la voz baja, aunque la verdad era que seguían hablando por los intercomunicadores de los cascos. Eso, unido al ruido que provocaban la lluvia y el viento, hacía que fuese prácticamente imposible que los alienígenas los oyeran—. Si eliminan los generadores DC6 y sus mástiles, la sobrecarga de transmisiones inutilizará el resto del sistema dentro de pocas horas.

Diman rebuscó entre las mochilas que transportaba el servidor y se apresuró a sacar con manos temblorosas la carabina de su funda impermeable. Se colgó el arma del hombro y desabrochó las trabillas de la alforja del comunicador para sacar la antena.

Gerran se reunió con él y sacó la otra carabina para luego comenzar a ascender por los peldaños resbaladizos y cubiertos de agua espumeante. Habría subido unos seis metros antes de darse cuenta de que Diman no lo seguía.

—¿Qué coño estás haciendo? —Le preguntó Gerran—. ¡Dijiste que teníamos que irnos!

—Sí, pero tenemos que comunicar lo que está pasando.

—¡Hazlo cuando estemos lejos, mierda!

—Cállate, Gerran.

Diman pulsó el interruptor que abría la comunicación y un tremendo chirrido de estática salió del altavoz. Fue ensordecedor en el estrecho confín de aquel desfiladero.

—¡Mierda! ¡El volumen!

Cerró el interruptor de un fuerte golpe, pero el daño ya estaba hecho.

—¡Seré idiota! ¡Corre! —le gritó Diman.

Casi de inmediato, el brillo apagado del extremo del cañón se convirtió en una luz radiante, y dos puntos luminosos cruzaron a toda velocidad el desfiladero. Diman levantó la mirada y vio dos de los discos flotantes flotar

en el aire por encima de él. En sus bordes tenían unas luces parpadeantes, y supo que se les había acabado la suerte.

—¡Dulce Calipene, madre de la misericordia! —gritó Diman antes de darse la vuelta y echar a correr detrás de Gerran todo lo deprisa que pudo y dejando atrás al pesado servidor de carga.

Las luces los siguieron por el desfiladero, y Diman sintió que el corazón le palpitaba como un tambor frenético en el pecho mientras se abría paso a través de la catarata de espuma que bajaba por la hendidura de la roca. Tuvo la sensación de que alguien le había colgado unas pesas a las botas de trabajo, y cayó de rodillas justo cuando una ráfaga abrasadora de luz pasaba por encima de él e impactaba contra la pared del desfiladero.

Lo azotó una ventisca de luz y de sonido que lo cegó de forma momentánea y le provocó un espasmo de náusea por todo el cuerpo. Diman trastabilló cuando los fragmentos de roca al rojo vivo lo acribillaron como metralla de una granada. El vendaval casi le arrancó la capucha y sintió en la piel de la cara dardos de frío que atravesaron el plástico agrietado del visor.

Diman miró aterrorizado por encima del hombro y vio caer al servidor de carga, acribillado por una ráfaga parpadeante de rayos de luz azul ardiente. A un lado y otro de su enorme cuerpo musculoso aparecieron agujeros negros y humeantes, y Diman no se atrevió a pensar en la clase de armas que eran capaces de hacerle eso a un servidor de carga, o en lo que le podrían hacer a él. Unas formas veloces entraron en el desfiladero, pero la lluvia y la neblina de sangre le impidieron verlas con claridad.

Fueran lo que fueran, eran muy rápidas.

Diman se puso en pie a trompicones y disparó un par de veces hacia el fondo del desfiladero antes de empezar a correr de nuevo. No creyó haberle acertado a nada, pero quizá los disparos los harían quedarse a cubierto unos momentos.

Los discos voladores siguieron flotando por encima de sus cabezas, y Diman disparó de forma alocada hacia ellos con la esperanza de derribar alguno, pero los malditos cacharros parecieron prever hacia dónde apuntaría en cada momento y se desplazaron de forma errática y zigzagueante.

—¡Sube ya! —le gritó Gerran desde la entrada al desfiladero.

Diman casi se echó a reír del alivio. Subió trastabillando y resbalando mientras oía un sonido extraño, mitad arañazo, mitad chasquido, semejante al del pedernal chocando contra la piedra.

Estaba a poco más de tres metros de Gerran cuando una criatura borrosa de piel rosada y pálida, semejante a la de un pájaro incapaz de volar que hubiera crecido hasta tener una forma humanoide, se alzó por detrás de su compañero. Las extremidades de la criatura eran delgadas y fibrosas, y su cabeza monstruosa estaba rematada por una cresta formada por espinas rígidas. Los brazos de la criatura se movieron hacia arriba con un movimiento relampagueante casi imposible de seguir con la vista, y Diman vio cómo una hoja serrada surgía de repente del estómago de Gerran.

El pico dentado de la criatura emitió un ululante grito de guerra, una mezcla de chirrido y graznido, y luego le arrancó a Gerran la hoja del cuerpo con un brutal giro de las muñecas. Gerran se desplomó en el suelo con la espina dorsal partida por la mitad, y el agua que bajaba por el desfiladero se volvió roja con su sangre.

Dos cananas cruzaban el pecho de aquel ser, que junto con el taparrabos coloreado que llevaba puesto le recordaron a Diman las imágenes que había visto de depredadores de mundos salvajes. Iba armado con un rifle de cañón largo que tenía fijada una hoja curvada de aspecto temible a cada extremo.

El entrenamiento que había recibido tiempo atrás durante su servicio en la reserva terciaria se impuso de repente, y Diman se dejó caer sobre una rodilla al mismo tiempo que se llevaba la culata de la carabina al hombro y la apoyaba con firmeza. La criatura lanzó otro grito chirriante y volteó su rifle hasta ponerlo en posición de disparo.

Diman disparó antes, y el asesino de Gerran salió impulsado hacia atrás con un agujero desigual y humeante en el pecho. El cañón de la vieja carabina siseó bajó la lluvia tras el disparo, y Diman se apresuró a recargar al oír de nuevo aquel mismo sonido mitad arañazo, mitad chasquido.

Varios rayos de luz pasaron por encima de él; pero no les hizo caso y siguió subiendo, con el pecho jadeante por el esfuerzo. La roca que tenía al lado quedó acribillada por una ráfaga de proyectiles sólidos, y siguió

corriendo, pero encorvado. Al salir del desfiladero, un disparo le rozó el hombro y lo derribó.

La carabina se le escapó de las manos cuando el impacto lo hizo rodar sobre sí mismo. Se golpeó con fuerza contra el suelo y volvió a rodar. Notó cómo las rocas afiladas le desgarraban el mono. El casco le salió despedido y d choque lo aturdió al mismo tiempo que el frío lo golpeaba como un puñetazo.

La vista se le llenó de lucecitas. Diman levantó la cabeza y notó que le salía sangre de un corte profundo en la cabeza. Intentó ponerse en pie, pero sintió que las piernas eran de plomo y que se negaban a cooperar. Un dolor lacerante en el muslo le indicó que se había roto el fémur.

Un grupo de criaturas semejantes a la que había matado salieron del desfiladero y se agruparon alrededor del cadáver de su congénere. Se movían de un modo velozmente inhumano, casi como pájaros. Tenían las plumas córneas erizadas, y a lo largo de cada una de ellas brillaban distintos colores. Una de las criaturas era de mayor tamaño que las demás, con músculos más poderosos y una cresta de color rojo vivo. El arma que llevaba mostraba una sofisticación bastante clara, y tenía incorporado bajo el cañón alguna especie de lanzador.

A su lado caminaba un trío de cuadrúpedos repugnantes que sin duda se habían escapado de una pesadilla. Parecían lobos despellejados. Su carne rosada relucía bajo la lluvia, y por encima de sus poderosos hombros musculosos asomaban grupos de espinas erguidas. Diman gimió de miedo al darse cuenta de que compartían la misma raíz evolutiva que su amo, ya que poseían el mismo tipo de plumas rígidas a lo largo del lomo y los picos curvados y dentados.

El jefe de plumas rojas emitió una serie de graznidos agudos y de silbidos.

En respuesta a la señal, dos del grupo se arrodillaron al lado de la criatura muerta y empezaron a cortarla con unos cuchillos de hoja larga, con los que le sacaron unas largas tiras de carne que se tragaron de inmediato. No tardaron mucho en descuartizar todo el cuerpo para pasarles trozos de su antiguo camarada a los demás miembros del grupo.

Diman sintió que la bilis se le subía a la garganta al ver aquello. La sangre de la bestia muerta todavía les goteaba de los picos cuando echaron la cabeza hacia atrás y chillaron hacia el cielo. Sollozó cuando los mastines alienígenas se unieron a aquel coro macabro.

Pluma Roja graznó algo en su vil lengua alienígena, y los tres mastines se lanzaron a la carrera sobre las rocas en dirección a Diman.

Intentó arrastrarse, pero supo que era inútil en cuanto la pierna respondió con un dolor indescriptible. Los mastines monstruosos graznaron mientras se dirigían hacia él saltando por las rocas con las fauces cubiertas de saliva espumeante.

Diman esperó el dolor lacerante provocado por sus mordiscos, pero en vez de eso, se quedaron dando vueltas a su alrededor, con la cabeza agachada y las mandíbulas abiertas de par en par mientras siseaban y escupían. El aliento de esas bestias era muy caliente y apestaba a carne muerta y a leche agria. El técnico cerró los ojos y se encogió sobre sí mismo mientras de sus labios salían a borbotones las plegarias que había aprendido cuando no era más que un niño.

—Emperador, que estás conmigo en todas las cosas, protege a tu humilde servidor…

Una mano muy fuerte lo puso boca arriba y luego lo agarró por la garganta. El hedor de la carne alienígena se le pegó en el paladar y tuvo arcadas ante el sudor aceitoso y penetrante de la criatura.

Abrió los ojos y se encontró mirando a un par de ojos blancos lechosos y sin pupilas que lo miraban a su vez desde las profundas cuencas oculares del cráneo alienígena, rematado por espinas, que habían pasado del color rojo al carmesí. Un miedo como el que jamás había conocido se apoderó de él.

—Pluma Roja —dijo de repente.

La criatura inclinó la cabeza hacia un lado y una delgada membrana parpadeó cubriéndole los ojos por un momento. Movió la mandíbula y del pico surgió un sonido chirriante y chasqueante a la vez. Repitió el sonido unas cuantas veces más, hasta que Diman se dio cuenta de que estaba intentando repetir lo que él había dicho.

Asintió sonriendo a pesar del dolor al mismo tiempo que rezaba con la esperanza de que aquel momento de comunicación quizá le salvara la vida. Finalmente, el monstruo pareció dominar los sonidos vocálicos necesarios.

—Plaamarogia —graznó.

—Eso es. Tú, Pluma Roja —asintió Diman.

—Plaamarogia —dijo de nuevo la criatura.

Luego volvió la cabeza hacia sus camaradas y graznó una vez más el nombre que Diman le había dado, a lo que siguió una serie de chasquidos y silbidos.

Toda esperanza de que aquella breve comunicación le hubiera podido ir la vida desapareció cuando vio que las criaturas desenvainaban sus cuchillos de matarife.

El Complejo Penitenciario Puerta Brandon cubría un kilómetro cuadrado y disponía de un total de veinte torres de guardia que rodeaban el perímetro. Dentro de ese perímetro se había construido una ciudad en miniatura dividida en cinco recintos amurallados, cada uno diseñado para mantener encerrado a un tipo distinto de prisioneros, pero que en esos momentos se utilizaban como parque de vehículos y campos de tiro.

Tan sólo había un millar de prisioneros en el lugar, aunque las instalaciones albergaron antaño a veinte mil desgraciados en su interior infernal. Aunque habían cambiado muchas cosas desde la rebelión, esa prisión seguía siendo un destino horrible, ya fuese como guardia o como prisionero.

En el centro del patio abierto se alzaba una torre circular, con las paredes cubiertas de mosaicos y bajorrelieves de escritura e imágenes religiosas con las que se pretendía inspirar la rehabilitación de los presos, pero que en realidad tan sólo servían para convenirse en el foco del odio que sentían. La torre estaba rematada por una cúpula de cristal polarizado desde la que los agentes disponían de una vista panorámica de la ciudad, y que era el motivo del apodo del lugar: el Invernadero.

Las instalaciones se encontraban en el límite externo de Puerta Brandon, más allá de la Puerta Commercia, como si situarla allí se les hubiera ocurrido después. El lugar tenía muy mala reputación, incluso antes de la rebelión iniciada por De Vahos, ya que era considerado un sitio donde se practicaban torturas y ejecuciones. Había sido el lugar favorito donde encerrar a los indeseables detenidos por los agentes de los cárteles por cualquier actividad considerada como un crimen por sus jefes.

Aquellos lo bastante insensatos como para exigir derechos para los trabajadores accidentados en las líneas de producción, o simplemente por expresar cualquier opinión que los cárteles consideraran subversiva, acababan encontrando más temprano que tarde que alguien abría a patadas la puerta de su hogar en mitad de la noche. Las escuadras de agentes se los llevaban a rastras y los arrojaban a la pesadilla del interior del complejo penitenciario.

Tras la rebelión, muchos de los prisioneros escaparon cuando los parientes y los amigos vengativos atacaron el complejo y saquearon cualquier cosa de valor que pudieron encontrar. La prisión estaba en funcionamiento de nuevo de la mano de los agentes de Jenna Sharben, ya que no existía ningún otro edificio capaz de albergar criminales. Las condiciones en el interior de las celdas llenas de moho e instalaciones llenas de escombros la hacían parecer más una zona de guerra en activo que un centro de reclusión penal.

El pasillo que Jenna Sharben recorría en esos momentos estaba en penumbra y lleno de polvo. Las tiras luminosas chisporroteantes situadas en el interior de los bloques de cristal apenas proporcionaban la iluminación suficiente como para ir esquivando los cascotes y los cables que colgaban por doquier. El suelo estaba salpicado de numerosos charcos de agua y el hedor provocado por el moho y por un millar de celdas sucias flotaba en el aire como un miasma.

El agente Dion caminaba a su lado. Jenna creía que llegaría a ser un agente del que Puerta Brandon estaba orgullosa. Era un diamante en bruto, con un comportamiento rudo pero justo y ecuánime. Al igual que ella, llevaba el casco en el hueco del codo y la porra de energía sujeta a la

espalda. Dion y Apollonia eran los mejores que había entrenado, y con su ejemplo, la mala reputación de los agentes se convertiría en un reconocimiento de honradez, integridad y justicia.

—Bueno, entonces, ¿qué han dicho los de arriba? —preguntó Dion cuando se acercaron a la celda que albergaba a la prisionera alienígena.

Los Ultramarines la habían dejado allí dos días atrás, y habían enviado a un servidor xenoléxico al día siguiente, aunque eso no había servido para sacar ninguna información útil a la cautiva.

—Han dicho que ha llegado el momento de ponerse duros —contestó Jenna.

—¿Y eso qué quiere decir exactamente? —quiso saber Dion.

«Esa es la cuestión», pensó Jenna.

—Eso quiere decir que el gobernador Koudelkar quiere que le saquemos información a la prisionera —replicó.

Dejó aparte el detalle de la sospecha que sentía sobre lo poco que le interesaba al gobernador el modo en que se conseguía esa información. No le parecía que fuera un mensaje que tuviera que transmitirse de un modo literal a lo largo de la cadena de mando.

—Bueno, ¿y qué clase de información es la que estamos buscando?

—Cualquier cosa que le podamos sacar. Si los Ultramarines están en lo cierto, y los tau están a punto de invadirnos, tenemos que llevarle al gobernador una prueba fehaciente de eso.

—¿Y sabe cómo lograrlo? Supongo que posee experiencia en las técnicas de interrogatorio de los Adeptus Arbites.

—Así es —admitió Jenna—. El problema es que para esas técnicas hace, falta tiempo y la cooperación del prisionero. Lo primero no lo tenemos, y lo segundo, dudo mucho que vayamos a conseguirlo a corto plazo.

—Entonces, ¿cuál es el plan?

—Vamos por las malas, a ver qué conseguimos —dijo Jenna al mismo tiempo que doblaba una esquina.

Se detuvo delante de una puerta de acero equipada con un cierre magnético, obviamente nuevo. Había un agente de guardia a cada lado, y

ambos se pusieron en posición de firmes al ver a Jenna. La juez se puso el casco.

—Póntelo y baja el visor —le dijo a Dion.

—¿Por qué?

—Tú hazlo. Hará que sea más fácil.

—¿Para el prisionero?

—No, para nosotros. Y una vez que estemos dentro, nada de nombres.

Se volvió hacia los guardias de la puerta.

—Abrid.

Les abrieron la puerta. Jenna y Dion entraron en una celda sin ventanas que apestaba a sudor rancio y al penetrante olor alienígena, que era muy desagradable debido precisamente a lo absolutamente desconocido que resultaba. Las paredes de la celda eran de rococemento y estaban marcadas y sucias por los cientos de almas que habían sido encerradas allí a lo largo de los años. En cada una de las cuatro esquinas había quemadores de incienso que dejaban escapar un humo aromático hostil a las criaturas alienígenas que apenas lograba contrarrestar el hedor nauseabundo que emitía la ocupante de la estancia.

La agente Apollonia estaba de pie en la parte posterior de la celda, con las manos cruzadas a la espalda y el visor del casco bajado. La tau estaba sentada en un taburete, con sus extrañas manos de cuatro dedos entrecruzadas en el regazo.

Sentado enfrente de ella, y con las manos cruzadas en una imitación de la postura de la prisionera, estaba el servidor xenoléxico que habían enviado los Ultramarines. Iba vestido con una túnica azul pálido y tenía aspecto de estar bien mantenido, por lo que aquel híbrido biomecánico representaba un buen ejemplo de la capacidad de creación del Mechanicum.

Le habían sustituido las orejas por receptores de amplio espectro, y la parte inferior de su cara era una combinación increíble de piezas móviles fabricadas con bronce y plata. La mandíbula había sido diseñada para imitar la forma de las bocas de una docena de razas alienígenas diferentes, y era una masa bulbosa de metal que no dejaba de rotar de un modo continuo

para adaptarse a unas mandíbulas, unos dientes y una multitud de lenguas artificiales que podían adaptar su estructura a la del sujeto en cuestión.

Jenna se colocó al lado del servidor xenoléxico y le habló a la prisionera.

—Voy a hacerte una serie de preguntas, y será mejor para ti que las contestes con sinceridad. ¿Me has entendido?

La boca del servidor emitió una serie de chasquidos y chirridos a medida que formaba la anatomía interna propia de un tau antes de repetir las palabras que ella había pronunciado, pero en la lengua alienígena. Se trataba de un lenguaje absolutamente extraño, que no se parecía prácticamente nada a ningún idioma humano. Jenna se preguntó por un momento cómo habían sabido los constructores del servidor qué clase de estructura debían crear para formar los grupos de palabras y de sílabas del lenguaje tau.

Supuso que gracias al estudio y la disección de cráneos tau, y la idea no le causó la más mínima incomodidad.

Aunque el rostro liso y la ausencia de nariz hacían difícil captar las emociones en la expresión facial de la hembra tau, a Jenna le pareció notar un gesto de leve desagrado. ¿Tan mala había sido la pronunciación del servidor?

La prisionera repitió la frase que había estado diciendo desde que la metieron en la celda. El servidor repitió las palabras sin entonación alguna.

—Mi nombre es igual a La'Tyen Ossenia. Guerrera de fuego diestra y shas'la del clan Vior'la.

Jenna dio unas vueltas alrededor de la prisionera y empuñó la porra de energía que llevaba a la espalda.

—Ya veo. Crees que eres una buena soldado, pero en realidad, tan sólo estás empeorando la situación para ti. Vas a decirnos lo que queremos saber, y cuánto antes lo hagas, más fácil te será todo.

El servidor transmitió de nuevo sus palabras, y también de nuevo repitió la frase que la prisionera había dicho ya incontables veces.

—Mi nombre es igual a La'Tyen Ossenia. Guerrera de fuego diestra y shas'la del clan Vior'la.

Jenna la golpeó con la porra en la parte inferior de la espalda, y la prisionera cayó al suelo con un grito de dolor incoherente. Un par de rápidos golpes en el hombro y la cadera hicieron que la tau se encogiera sobre sí misma formando una temblorosa bola de dolor.

Jenna la obligó con el pie a ponerse boca arriba y le puso la punta de la porra de energía en la garganta. No le complacía en absoluto aquella violencia, pero era la tarea que le había tocado, y la cumpliría lo mejor que supiera.

—Esto es una muestra de lo mal que te van a ir las cosas si no cooperas.

Oyó cómo el servidor traducía sus palabras, y presionó con fuerza a la tau en el pecho con la porra.

—Eso ha sido sin que el campo de energía estuviera activado. Imagínate todo el dolor que sufrirás cuando lo active.

Jenna le hizo otras tres preguntas a la tau, y la prisionera le contestó lo mismo en cada ocasión.

—Mi nombre es igual a La’Tyen Ossenia. Guerrera de fuego diestra y shas’la del clan Vior’la.

Cada una de aquellas negativas obstinadas a contestarle enfurecieron todavía más a Jenna. ¿Es que aquella criatura no se daba cuenta de que quería evitarle más sufrimientos? Le propinó unos fuertes golpes en las rodillas, el estómago y las costillas, todos calculados para producirle un terrible dolor pero sin causarle heridas graves.

Después de una hora y media de paliza, Jenna levantó a la prisionera hasta dejarla de rodillas y pulsó el botón de activado de la porra de energía. Sostuvo el arma, que emitía un leve zumbido, delante de la cara de la prisionera, y vio satisfecha que en sus ojos de color ámbar aparecía un rastro de miedo.

—¿Sigues sin querer hablar? —Preguntó Jenna, y luego le hizo un gesto de asentimiento a Dion y Apollonia—. Pues entonces, ha llegado el momento de dejar de ser suaves.

Los gritos de la prisionera tau resonaron por todo el Invernadero hasta muy entrada la noche.

Las dos aeronaves viraron para rodear un saliente de roca y mantenerse ceñidas a la montaña. Volaban muy por encima del paisaje agreste rodeados por el rugido de los motores. Era imposible volar pegados al suelo tan cerca del Complejo Kaliz, ya que los mástiles de comunicación aparecían de improviso en el horizonte, sin aviso alguno, y cualquiera de ellos podría arrancarle de cuajo un ala a la aeronave.

Una de ellas era una cañonera grande, con las alas repletas de misiles y una multitud de cañones que sobresalían de la parte frontal y del puente superior. Se trataba de una Thunderhawk, el caballo de batalla del Adeptus Astartes y una aeronave de asalto sin igual. Su costado blindado era de color azul intenso, y en la parte del morro situada bajo el piloto se veía una letra omega de color blanco brillante, el símbolo de los Ultramarines, con una águila dorada sobre ella.

La segunda aeronave era un transporte de clase Aguila, de menor tamaño. Su diseño de alas de inclinación invertida con el borde de ataque hacia adelante habían sido el motivo de su denominación de clase. En esas mismas alas y en los costados de la nave se veía el símbolo heráldico del caballo dorado, el del 44.º de Húsares Lavrentianos. Su piloto tenía buen cuidado en mantenerse cerca de la gran nave astartes.

Ambas redujeron la velocidad cuando se acercaron a un ancho cañón cortado en la roca antes de empezar a descender entre los chorros de los retrocohetes y las nubes de polvo. Fi aterrizaje en un lugar así era difícil, ya que la nave se veía sacudida por los fuertes vientos procedentes del norte que soplaban por encima de las montañas. Sin embargo, los pilotos estaban entre los mejores de Pavonis, y a los pocos segundos, tanto la cañonera como la lanzadera ya se habían posado sin problemas.

La rampa de asalto de la parte frontal de la cañonera se abrió, y del hueco resultante salió una hueste de marines espaciales que desembarcaron con rapidez del compartimento de transporte de tropas y tomaron posiciones defensivas alrededor de la aeronave. Casi treinta ultramarines

rodearon a la cañonera, desplegados en la formación recomendada por el Codex Astartes.

Uriel bajó al trote por la rampa de la Thunderhawk, con el bólter en la mano pero apuntando al suelo, y la espada colgando del cinto y repiqueteando de forma tranquilizadora contra el muslo. La lluvia también repiqueteaba contra su armadura, pero no sintió ni el frío ni la humedad.

—Parece tranquilo —comentó Learchus mientras se ponía a su lado.

—Así es, pero me lo esperaba —le contestó Uriel, que observó con atención el terreno que tenían ante ellos para formarse un mapa mental.

Learchus asintió y, sin decir nada más, se dirigió a reunirse con la escuadra de exploradores que estaba formando en el borde occidental de la zona de despliegue. Uriel acabó de bajar de la rampa y puso pie en las montañas de la cordillera Tembra, y su incrementada capacidad de percepción espacial identificó las mejores posiciones que se podían ocupar, desde donde se podría montar un ataque efectivo o una defensa eficaz.

Cada escuadra de los Ultramarines ya se estaba colocando en las posiciones correctas sin que les hiciera falta que nadie se lo ordenara, y Uriel se sintió orgulloso de formar parte de una máquina de combate tan eficiente.

El capellán Clausel se desplegó con su escuadra de asalto, unos guerreros que marchaban al combate con unos grandes retrorreactores acoplados a sus armaduras. Esos artefactos les permitían abalanzarse sobre el enemigo y descender hacia ellos montados en unas alas de fuego. Eran astartes de la mejor clase, guerreros que destacaban en el torbellino brutal del combate cuerpo a cuerpo. A pesar de su ferocidad, las tropas de asalto no eran asesinos dementes, sino luchadores escogidos con cuidado y con una comprensión innata del ritmo de la batalla.

Un marine de asalto sabía cuándo aplastar a un enemigo con su fuerza, y cuándo debía retirarse.

Clausel había hablado poco con Uriel desde su regreso tras cumplir el juramento de muerte, y de vez en cuando el capitán sorprendía al capellán mirándolo con expresión ceñuda y adusta. Supuso que era justo. Después de todo, aquella misión estaba pensada tanto para asegurar que la paz, tan

duramente ganada, se mantenía, como para poner a prueba la capacidad de mando de Uriel.

El tecnomarine Harkus, enviado con ellos desde el centro de mando, y llamativo debido a su armadura de color rojo y a los servobrazos incorporados a ella, empezó a ocuparse de la Thunderhawk para asegurarse de que el brusco aterrizaje no había ofendido a los espíritus de la aeronave. El icono del Mechanicum de color blanco y negro destacaba en su hombrera derecha, mientras que la izquierda mostraba el color azul de los Ultramarines. La visión de un guerrero ultramarine con otra heráldica que no fuera la del capítulo seguía incomodando a Uriel, pero la relación del Adeptus Astartes con el Mechanicum de Marte era muy antigua.

Uriel se dirigió hacia el cañón que se abría ante él mientras el transporte Aguila bajaba su compartimento interno hasta el suelo y de él salía lord Winterbourne, espléndido con su levita verde, las botas altas, el casco dorado y el bastón de paseo de color negro. Las dos criaturas que acompañaban a Winterbourne a todos lados tiraban de las correas gruñendo de forma impaciente. Uriel se había enterado de que se llamaban mastinesvores, o mastivores. La nariz de cada animal iba de un lado a otro a medida que olfateaban las rocas húmedas.

Cuatro soldados de asalto lavrentianos seguían al coronel. Iban equipados con sus relucientes placas pectorales doradas y armados con unos grandes rifles infernales, y a ellos, a su vez, los seguían un escriba vestido con una túnica y equipado con armazones de plumas para escribir, y un servidor de comunicación de mirada vidriosa.

—Uriel, me alegro de que nos puedas ayudar —le dijo el coronel—. Mis muchachos estaban deseando entrar en acción, pero habríamos tardado bastante en llegar hasta aquí. Tú y esa cañonera tan útil sois una bendición.

—Encantado de poder ayudarlos, lord Winterbourne.

—Nathaniel —le respondió de forma automática—. A decir verdad, todo este asunto es tremendamente inusual.

—Sí —admitió Uriel, quien aumentó la imagen de visión termal de su visor para poder ver mejor en las sombras de la montaña—. Inusual y llamativo.

—Parece que confirma tus sospechas, ¿no?

Uriel asintió.

—Si vas a atacar a alguien, lo primero es privarlo de comunicaciones.

Habían llegado varios informes al centro de mando ultramarine sobre un fallo a nivel planetario en el sistema de muchas redes de comunicación. Esos cortes en el sistema eran lo bastante comunes como para no provocar una sospecha inmediata, pero la coincidencia de ese tipo de fallo hizo que Uriel se pusiera de inmediato en alerta.

El Complejo Kaliz tenía cientos de años de antigüedad, y el Adeptus Mechanicum y los técnicos locales estaban más que ocupados con el mantenimiento de aquellos generadores y conexiones ya venerables. A las unidades de la FDP o de la Guardia Imperial les costaría días llegar hasta Cañón Profundo Seis, el lugar donde los miembros del Adeptus Mechanicum habían localizado la fuente de los fallos iniciales del sistema. Uriel había ofrecido de inmediato la ayuda de los Ultramarines.

—Bueno, ¿cómo quieres hacerlo? —preguntó Winterbourne.

—Entramos como si esperáramos entrar en combate. Nosotros bajaremos por un lado y usted y sus hombres por el otro. Si hay unidades enemigas ahí abajo, las destruiremos y veremos los daños que han causado.

—Es sencillo. Me gusta —dijo Winterbourne mientras se esforzaba por mantener a los mastivores a su lado—. ¡Maldita sea! ¡Germaine! ¡Fynlae! ¡Quietos!

Los mastines dieron un último tirón, arrancaron las correas de la mano del coronel y echaron a correr sobre las rocas hacia el desfiladero más cercano que llevaba al Cañón Profundo Seis. Uriel y Winterbourne echaron a correr detrás de ellos, con los guardias de asalto pegados a sus talones.

No tardaron en alcanzar a los mastines. Uno de ellos estaba olisqueando el suelo al mismo tiempo que gruñía a la entrada del desfiladero. El otro, la bestia de tres patas, estaba dando vueltas alrededor de un puñado de rocas un poco más abajo, ladrando incesantemente con una hambre feroz. Winterbourne agarró de nuevo las correas y les dio unos golpes en los costados con el bastón.

—¡Malditas bestias salvajes! —les gritó mientras tiraba con fuerza de las cadenas y les apretaba los collares de castigo que llevaban puestos—. No tenéis disciplina, ése es el problema. Debería pegaros un tiro.

Uriel se arrodilló sobre una pierna al lado de los mastines y pasó los dedos por las rocas húmedas que habían estado olisqueando. Su capacidad de visión mejorada y los sentidos automáticos de la armadura detectaron el residuo que quedaba y el olor de una sustancia muy familiar.

—Sangre —dijo al cabo de un momento.

—¿Humana? —inquirió Winterbourne, y Uriel asintió.

—No tiene más de uno o dos días.

—¿Cómo lo sabes?

—El olor es muy fresco. Si hubiera pasado más tiempo, la lluvia ya habría borrado todo rastro. Sus mastines no son los únicos que poseen unos sentidos muy agudos, lord Winterbourne.

—Esto no es buena señal en absoluto —comentó Winterbourne.

Entregó las correas de los mastivores al servidor de comunicación y desenvainó su espada. Era un sable de manufactura magnífica, con una larga hoja curvada en la que se veía un entramado de filamentos cristalinos que chasqueaban cargados de energía.

Uriel transmitió por comunicador a sus guerreros lo que habían encontrado los mastines, y en todos los Ultramarines se produjo un cambio evidente en la postura. Cada guerrero esperaba el combate, en vez de simplemente prever esa posibilidad.

—Le sugiero que se reúna con sus soldados, lord Winterbourne. Ha llegado el momento de avanzar.

—Me parece bien —le contestó Winterbourne mientras abría el cierre de la pistolera que llevaba al costado.

El coronel de los lavrentianos desenfundó su arma, una pistola láser sencilla con un acabado negro mate. El arma era de diseño estándar, muy antigua, pero era evidente que estaba muy cuidada. Uriel se quedó sorprendido ante la ausencia de ornamentación en la misma, ya que había visto a muchos coroneles que buscaban impresionar con la ostentación de sus armas. Winterbourne vio que se quedaba mirándola y le sonrió.

—Es la pistola de mi padre —le explicó—. La verdad es que me ha sacado de unos cuantos apuros. Yo la cuido, y ella me cuida a mí.

Uriel hizo un gesto de asentimiento a los guardias imperiales de asalto y dejó al coronel a su cuidado. Se acercó a paso ligero a su escuadra y realizó rápidamente el ritual de preparación previo a la batalla. Cada uno de los guerreros inspeccionó el equipo de combate de uno de sus hermanos para comprobar la armadura y las armas, que ya se habían comprobado otras tres veces, pero que se comprobaron de nuevo porque ése era el modo de actuar de los Ultramarines.

Una vez todos los iconos que representaban a los miembros de su escuadra parpadearon en verde en su visor, Uriel amplió el campo de visión y aparecieron los iconos de todos los guerreros que estaban bajo su mando.

El capellán Clausel se le acercó y Uriel le ofreció la mano.

—Coraje y honor, capellán Clausel.

—Coraje y honor, capitán Ventris —le respondió Clausel, pero sin estrecharle la mano.

—Mis guerreros bajarán por ese desfiladero —le dijo Uriel ocultando la irritación que le produjo el gesto de Clausel—. Sus marines de asalto esperarán a mi señal para entrar en acción.

—Recuerde las enseñanzas del Codex. Lo guiará en todo lo necesario —le advirtió Clausel.

—Lo haré, capellán —le prometió Uriel—. No necesita preocuparse por mí. El bibliotecario Tigurius me recordó mi deber respecto a las enseñanzas de nuestro primarca.

—Sí —admitió Clausel—, seguro que lo hizo, pero Tigurius no puede verlo todo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir que él quería que volviera a las filas de los Ultramarines, pero tanto por sus propias razones como por el bien del capítulo.

—¿Duda de mí, capellán? Mi honor está intacto, y mi lealtad queda más allá de toda duda. Todos los señores superiores del capítulo se mostraron de acuerdo en ello.

—No todos ellos —le replicó Clausel mientras se daba la vuelta—. Debe saber que yo todavía no estoy convencido de que su regreso haya sido positivo. Luche bien y quizá me persuada de que alguien que ha luchado dentro del Gran Ojo puede regresar sin cambio alguno.

—No he vuelto sin cambio alguno, capellán —musitó Uriel mientras Clausel se reunía con sus guerreros.

Uriel se sacó de la cabeza las agrias palabras del capellán y siguió dando órdenes. Los exploradores se quedarían con la Thunderhawk mientras Uriel bajaría con su escuadra por el desfiladero sur que llegaba hasta la base del cañón. Lord Winterbourne y sus tropas de asalto bajarían por el desfiladero norte. El capellán Clausel y sus marines treparían hasta la cima del risco que daba a la base del cañón y esperarían las órdenes de Uriel para desplegarse.

El capitán ordenó a los guerreros de su escuadra que se acercasen, y con Learchus a su lado se quedó mirando hacia la oscuridad del desfiladero que bajaba por el estrecho tajo abierto en la roca. Recordó la última vez que se había dirigido hacia el interior de aquellas montañas dispuesto al combate.

Sus guerreros y él habían descendido miles de metros, hasta las profundidades de una mina, donde se habían enfrentado al Portador de la Noche en una tumba excavada cuando la galaxia todavía era joven. Fue allí donde murió Ario Barzano, y donde Pasanius había perdido un brazo, una herida terrible que no le había provocado más que dolor y castigo.

Un castigo que había provocado que Uriel marchara al combate sin su mejor amigo.



SEIS

Un viento frío soplaba del este. La ferocidad del invierno en Macragge empezaba a disminuir ante la llegada de la primavera y el deshielo de las nieves de las laderas inferiores. Las plataformas de aterrizaje se encontraban cerca de la base de las montañas donde se habían construido la Biblioteca de Ptolomeo y la Sala de la Espada. Los vientos del este eran un signo de cambio en la vida y de buena suerte.

Uriel no se sentía nada afortunado mientras salía de los claustros superiores para dirigirse al tramo de peldaños de mármol que bajaba hasta donde estaba la Cuarta compañía, dispuesta en filas ordenadas delante de cinco cañoneras Thunderhawk. Del borde de las plataformas salían volutas de vapor, y las aeronaves rugían suavemente mientras los tecnomarines comprobaban los motores. El estandarte que el anciano Peleus hacía ondear de un modo orgulloso por encima de él se agitaba chasqueando ruidoso bajo la fuerza del viento.

Más de un centenar de guerreros con armaduras del azul intenso de los Ultramarines estaban de pie e inmóviles como estatuas en la plataforma, con los brazos pegados a los costados y la cabeza erguida mientras esperaban la orden para embarcar hacia esa misión. El capellán, los tecnomarines, los apotecarios, los artesanos armeros, los conductores, los pilotos y el personal complementario de la compañía se habían reunido para el comienzo oficial de la campaña. Su capitán asignado no había estado al mando de la Cuarta compañía desde que se había desplegado en Tarsis Ultra, y un momento como aquél exigía un reconocimiento público.

Uriel había soñado con ese momento desde que Pasanius y él fueron expulsados de Macragge, pero al recuperar ese instante, descubrió que la redención tenía un sabor amargo, ya que aquel nuevo comienzo marcaba la primera vez que había tenido que dejar atrás a un hermano de batalla.

Pasanius había acudido a despedirse de Uriel escoltado por cuatro vanguardias. El capitán se encontraba en la capilla de la compañía el día anterior, preparándose para ponerse por primera vez la armadura del hermano Amadon. Uriel llevaba puesto un mono ceñido que se ajustaba a su cuerpo, y lo rodeaban cuatro aprendices de artesano vestidos con túnicas rojas procedentes del Armorium.

Uriel había preparado su cuerpo para aquel momento con ayuno, óleos y ejercicio físico.

Su alma estaba preparada mediante la reflexión y el recitado de los catecismos de combate.

Estaba listo para ponerse la armadura de un marine espacial. Los aprendices recitaron cantos binarios para complacer al Dios Máquina mientras aplicaban aceites sagrados a las clavijas que permitían a la armadura actuar interconectada con su cuerpo.

La capilla era una estructura larga y abovedada construida con piedra de color plateado e iluminada intensamente por una docena de antorchas jamearites. El bullo de una roseta se alzaba en la parte superior de la pared occidental. La luz de las llamas se reflejaba en las paredes y en la armadura de combate bruñida que colgaba en un soporte colocado delante de una gran estatua que ocupaba una hornacina de techo curvado. La había creado el bronce Melticae, el mayor guerrero artesano de los Ultramarines. La enorme forma de Roboute Guilliman miraba desde arriba a Uriel con unos Ojos tallados a partir de rubíes del tamaño de un puño de marine espacial.

Los vanguardias condujeron a Pasanius por la capilla con las armas en la mano. A Uriel se le rompió el corazón al ver aquel maltrato injusto con su amigo. Los aprendices se apartaron de Uriel con la cabeza agachada cuando Pasanius llegó a su altura y se detuvo delante de él. Seguía vestido con la túnica negra de penitente. Al igual que Uriel, había sido declarado libre de cualquier corrupción en el cuerpo o en el alma, pero se le había declarado culpable por el crimen de ocultar la verdad sobre su brazo infectado, por lo que había sido condenado por incumplir los Códigos de Rectitud del capítulo.

—Podéis marcharos —dijo Uriel a los guerreros que escoltaban a Pasanius.

—Nos han ordenado permanecer al lado del prisionero en todo momento. Su sentencia comienza al caer el sol —respondió uno de los vanguardias, que llevaba una espada de hoja negra apoyada en el hombro.

Cada uno de los vanguardias vestía una armadura forjada por maestros de ese arte, decorada con rebordes dorados y plateados y pulida hasta

mostrar una superficie reflectante. No había dos guerreros iguales, pero cada uno de ellos se había ganado el derecho a llevar esa armadura, y lo había conseguido en incontables campos de batalla mediante actos valerosos que podrían resultar increíbles si no fuera porque el protagonista era un guerrero ultramarine.

—Este hombre es un héroe lleno de coraje y honor. No lo llamaréis «prisionero» en mi presencia nunca más. ¿Entendido? —les advirtió Uriel.

—Sí, mi señor. Hemos recibido las órdenes directamente del capellán Cassius —le explicó el vanguardia.

—Estoy seguro de que Pasanius no va a intentar escapar —le replicó Uriel con voz seca—. ¿Vas a hacerlo?

—No. Ya tengo bastantes problemas ahora mismo como para añadir un intento de fuga a mi lista de crímenes —respondió Pasanius.

A Pasanius lo habían condenado por incumplir los Códigos de Rectitud a pasar cien días en las celdas del capítulo y a sufrir la exclusión de las filas de la Cuarta compañía durante el tiempo que tardaba Macragge en dar una vuelta alrededor de su sol. Además, había perdido su rango de sargento y había sido degradado a hermano de batalla. Estar apartado de sus hermanos un día más de lo necesario era un castigo tremendamente severo para cualquier guerrero de los Ultramarines.

—Te esperaremos fuera, hermano —le dijo el vanguardia a Pasanius mientras se daba la vuelta para marcharse de la capilla.

—Os lo agradezco, y no tardaré en reunirme con vosotros —les aseguró Pasanius un momento antes de que las pesadas puertas de madera de la capilla de la compañía se cerrasen detrás de aquellos guerreros veteranos—. Querrás que te ayude con eso —le dijo a Uriel señalando la armadura con un gesto del mentón.

—Tengo a los aprendices del Armorium —le contestó Uriel indicando con la mano a los acólitos con túnica que esperaban a los pies de la estatua.

—¿Aprendices? —Bufó Pasanius—. ¿Qué saben los artesanos armeros de llevar puesta una armadura de combate? No. Necesitas a un hermano de batalla que te ponga bien esa armadura. Es lo correcto y adecuado. Después

de todo, será lo más cerca que estaré de una servoarmadura hasta que regreses.

Uriel se volvió hacia los aprendices.

—Podéis marcharos.

Los acólitos hicieron una reverencia y salieron de la capilla de la Cuarta compañía.

—Cien días. No es justo —dijo Uriel una vez estuvieron a solas.

—No seas blando —le replicó Pasanius con una risa suave—. Cumpliré esos cien días encantado. No es más que lo que me merezco. Mentí a mis hermanos, y lo que es más importante, te mentí nada menos que a ti. No es más que un castigo, y no me voy a quejar. Tú y yo lo sabemos, y no voy a quejarme.

—Tienes razón, lo sé. Te echaremos de menos en las filas.

—Estoy seguro de ello —contestó Pasanius, aunque sin arrogancia—. Pero dispones de buenos sargentos. Venasus, Patrean… Learchus.

—He oído a los hombres hablar muy bien de Learchus. ¿Has leído la lista de honores del despliegue de la Cuarta compañía en Espandor?

—Sí, lo he hecho —le confirmó Pasanius mientras se arrodillaba para retirar la primera pieza del soporte—. Un gargante y una horda de pielesverdes. No está mal.

Uriel se echó a reír ante la falta de aprecio que se notaba en el tono de voz de su amigo.

—Fue todo un logro, Pasanius, y lo sabes muy bien.

—Sí, pero me mortifica que no estuviéramos allí para participar. Me parece inapropiado que nuestros guerreros marcharan al combate sin nosotros. Me da la sensación de que los abandonamos.

—Lo hicimos, pero lo pasado, pasado está. Ahora tengo una compañía a la que ponerme al mando. Cuando se acabe esta expedición a Pavonis, volverás a las filas y lucharemos codo con codo una vez más.

—Lo sé, Uriel. Es que…

—¿Es que…? —repitió Uriel cuando vio que Pasanius se quedaba callado. Le dio la impresión de que Pasanius se sentía incómodo mientras miraba a las puertas selladas de la capilla.

—Vamos. Suéltalo ya —le insistió Uriel.

—Es Learchus.

—¿Qué pasa con él?

—Ten cuidado con él.

—¿Que tenga cuidado con él? ¿Por qué? ¿Porque fueron sus acusaciones las que nos llevaron a ser expulsados? Sabes que tuvo toda la razón al hablar.

—Sí, y no le guardo rencor alguno por ello. Le hizo falta valor para hacer lo correcto. Eso lo veo claro ahora.

—Entonces, ¿qué?

Pasanius suspiró.

—Learchus te prometió que cuidaría de la compañía hasta que regresaras, y por lo que se ve, ha hecho un trabajo excelente: unos buenos reclutas, un entrenamiento duro y unos guerreros de los que podemos estar orgullosos. Y no sólo eso: los dirigió en combate en Espandor contra una horda de pielesverdes que habrían supuesto toda una prueba para una compañía de combate veterana.

—Entonces, ¿qué es lo que te preocupa?

—Uriel, casi nadie esperaba que volviéramos con vida. Learchus era uno de los pocos que sí se lo esperaba, pero incluso él empezó a creer que ya habríamos muerto. En Espandor probó el verdadero mando en combate, y le gustó. Me parece que al estar nosotros tanto tiempo desaparecidos, supuso que él sería la elección lógica para tomar el mando de la Cuarta.

—Y fue entonces cuando volvimos —acabó Uriel.

—Exacto. No quiero que me malinterpretes. Learchus es un guerrero excelente, y pondría mi vida en sus manos, pero no sería humano si una parte de él no se sintiera resentida por tu regreso al mando.

—Creo que te equivocas, amigo mío.

Pasanius se encogió de hombros.

—Eso espero, pero basta de charla. Vamos a ponerte la armadura.

Uriel asintió y, pieza a pieza, Pasanius le fue poniendo la armadura del hermano Amadon. Empezó por las botas, luego fue subiendo con las grebas de las espinillas y las placas que le protegerían los muslos. El cinturón de

cierre soltó un chasquido al rodear por completo las caderas de Uriel, y una vez conectó las bobinas de energía, Pasanius tomó con gesto reverente la placa pectoral, que llevaba estampada un águila y un cráneo, y se la encajó sobre el pecho.

Pasanius fue recitando las acciones de combate en las que había tomado parte la armadura a medida que iba encajando cada pieza sobre el cuerpo de Uriel, y pronunciaba los nombres de héroes muertos y de batallas libradas mucho tiempo atrás. Cada condecoración, cada mención de honor, fue pronunciada en alto, y ambos guerreros no tardaron en enunciar toda la herencia ilustre de la armadura.

Lo siguiente fueron las placas braceras, los avambrazos y los guanteletes. Una vez tuvo cubierta toda la longitud de los brazos, Pasanius le colocó las grandes y pesadas hombreras autorreactivas y esperó a que la musculatura de fibras se conectara a los giróscopos y motores internos.

Por último, Pasanius le colocó la pesada mochila que proporcionaba energía a la armadura y los intercambiadores de calor que permitían su funcionamiento correcto. Uriel sintió el tremendo peso de todo aquel conjunto y tensó los músculos, pero en cuanto la mochila estuvo instalada, la armadura emitió un zumbido y Uriel la sintió llena de energía.

Notó cómo los dendritos de monitorización biológica se conectaban a las conexiones que le habían implantado en el cuerpo, y sus músculos se llenaron de poder. Se incrementó la percepción que tenía de los sutiles ritmos de su propio organismo, y se convirtió en uno solo con la armadura. Era una extensión de sus músculos que le permitía moverse y luchar como si sólo llevara puesta una túnica, pero que lo protegería de los proyectiles y las espadas de una galaxia hostil.

Uriel recordó una sensación familiar cuando se puso la armadura de los Hijos de Guilliman en Salinas con la ayuda de los artesanos armeros de los Caballeros Grises, pero aquello no fue más que una sombra de lo que estaba experimentando en ese momento. La armadura de combate que lo había protegido durante el combate en la Casa de la Providencia no era más que un préstamo, y no se había formado lazo alguno entre ella y él.

Aquello era completamente distinto. Era un nivel de unión que Uriel no sentía desde que lo habían honrado con su primera armadura, muchos decenios atrás. Esa sensación de unidad le pareció un hermoso recuerdo olvidado pero recuperado en ese instante, más apreciado todavía por lo inesperado de la reaparición.

Cuando la armadura se activó por completo a su alrededor, se sintió henchido por el legado de hechos heroicos de los que él formaba parte. La expectativa de cumplir un servicio y un deber honorables la sentían los dos, y Pasanius lo aferró del hombro para mantenerlo firme y calmarlo.

—¿Qué se siente? —le preguntó Pasanius.

—Como si hubiera vuelto a casa.

Pasanius asintió y levantó la vista para mirar más allá de donde se encontraba la estatua de Roboute Guilliman, hacia el rojo cada vez más débil que se filtraba a través de la roseta. Uriel vio que la expresión del rostro de su amigo se endurecía a medida que el sol se ponía detrás de las lejanas montañas.

—¿Ha llegado la hora?

—Así es —contestó Pasanius.

Uriel extendió la mano, y Pasanius hizo lo mismo aferrándose las muñecas, el gesto que simbolizaba la unión entre guerreros que habían luchado y sangrado juntos en defensa de la raza humana. Pasanius tiró de él para darle un abrazo, y su enorme corpachón casi rivalizó en tamaño con la armadura.

Eran amigos desde antes de la incorporación de ambos a los Ultramarines, y los lazos de lealtad entre ellos eran tan permanentes como cualquiera que contaran las leyendas sobre los primarcas desaparecidos tiempo atrás.

Eran más que amigos, más que hermanos.

Eran astartes.

—Será mejor que me vaya —comentó Pasanius mientras señalaba con el mentón las puertas de la capilla—. Me estarán esperando.

—No tardaré en traer de vuelta a la Cuarta compañía —le dijo Uriel con la voz embargada por la emoción—. Apenas te darás cuenta de que nos

hemos ido. Tan sólo es una misión breve a Pavonis para asegurarnos de que la paz se mantiene.

—Lo sé, lo sé —se rio Pasanius—. Os estaré esperando.

—Coraje y honor, amigo mío.

—Coraje y honor, Uriel.

Uriel entró en la plataforma de aterrizaje y avanzó hasta situarse delante de los guerreros de la Cuarta compañía. Todos llevaban puesta la armadura y tenían ocultos los rostros por los cascos, pero conocía a cada uno de ellos.

Los marines espaciales podían parecer todos iguales a los ojos de los simples mortales, pero no había nada más lejos de la verdad. Cada guerrero era un héroe por derecho propio, que forjaba sus propias leyendas y que tenía su lista de honores, tan magníficos como cualquier cosa que pudieran inventarse los poetas y fabuladores del Imperio.

Era un honor encontrarse delante de ellos como su capitán, y Uriel se dio cuenta de que jamás permitiría que aquello se le olvidara. Llegar a los sitios que había visto, y sobrevivir a los horrores a los que se había enfrentado, era un logro que pocos podían igualar, y el orgullo que sentía también era por sí mismo.

Uriel se irguió cuando otro astartes bajó por las mismas escaleras que él acababa de descender. Era un individuo gigantesco, con una armadura de color azul brillante de la que colgaba una gran capa dorada que ondeaba al viento como una enorme ala.

Marneus Calgar, lord Macragge, se dirigió hacia Uriel con una expresión de alegría en su rostro habitualmente pétreo y estoico. El señor del capítulo de los Ultramarines se detuvo ante Uriel y lo miró de arriba abajo con ojo crítico.

Las hazañas legendarias de Calgar eran conocidas por todo el espacio humano, donde participaba en batallas heroicas en las que se lo describía como un poderoso guerrero que aplastaba a ejércitos enteros y derribaba a los enemigos más poderosos con una simple mirada. Lo cierto era que medía más o menos lo mismo que Uriel, pero tenía los hombros más anchos, y también la cintura.

Si se comparaba a Uriel con el señor del capítulo, era un espadachín frente a un púgil.

Marneus Calgar era un gigante, pero eran el tremendo poder que albergaba y su increíble dinamismo interior los que le hacían serlo. La vitalidad y la fuerza parecían salirle por todos los poros, y el simple hecho de estar cerca de Marneus Calgar llenaba de energía a todos los que lo rodeaban con la seguridad del propósito y de la determinación.

Los demonios de los eldars y de los Poderes Siniestros habían caído ante Calgar, y algunos, celosos de su importancia y de sus hazañas, lo calificaban de orgulloso, pero Uriel sabía que no se trataba de eso. El orgullo que impulsaba a Calgan era el que impulsaba a todos los guerreros de corazón noble al combate: la defensa de aquellos que no podían defenderse a sí mismos.

—La armadura del hermano Amadon —comentó Calgar con un tono de aprobación en la voz.

—Sí, mi señor —asintió Uriel mientras se erguía un poco más con los hombros echados hacia atrás.

—Te queda bien —afirmó Calgar al mismo tiempo que alargaba una mano para tocar la «U» de color blanco brillante de la hombrera de Uriel—. La última vez que te vi con armadura no llevabas símbolo alguno y partías hacia un destino incierto.

—Eso fue en otra vida. Ahora veo con claridad por qué tenemos nuestro código.

—Sé que lo has visto. Varro me contó la conversación que tuvisteis en el Arcanium. Es un buen conocedor de los corazones de las personas. Dice que has aprendido lo que tenías que aprender.

—Así es —le confirmó Uriel—. Algunas lecciones se aprenden por las malas.

—Algunas personas tienen que aprender de esa manera, o no son lecciones en absoluto.

—¿Y qué lección me enseñará esta misión?

Calgar sonrió y se le acercó de tal modo que sólo él pudiera oír lo que iba a decir.

—Enseñará a esos que miran desde arriba que eres un verdadero guerrero de Ultramar.

Uriel asintió y miró por encima del hombro de Calgar hacia la galería donde se encontraban los señores del capítulo que en ese momento estaban en Macragge, donde se habían reunido para contemplar la partida de la Cuarta compañía. Eran los mismos guerreros que lo habían juzgado, pero en esos momentos estaban congregados para verlo convertirse en uno de ellos de nuevo.

Agemman, de los veteranos, estaba a la cabeza de los señores. Su rostro de rasgos nobles resplandecía de orgullo, y Uriel asintió levísimamente con la cabeza en gesto de respeto hacia el Regente de Ultramar. Aquel gran guerrero había hablado con Uriel la noche antes de que se pronunciara el veredicto. Había sido Agemman quien lo había convencido para que aceptara el castigo por el bien del capítulo, y por ello siempre se sentiría en deuda con el primer capitán.

Al lado de Agemman estaban los tres capitanes de batalla de Macragge, señores de los Ultramarines y guardianes de la Franja Este. Sus nombres eran legendarios; sus hazañas, excepcionales; y su honor, impecable: Sicarius de la Segunda compañía, Galenus de la Quinta y Epathus de la Sexta.

De todos los guerreros allí reunidos, Sicarius era el único que lo miraba con una expresión llena de una frialdad comparable a aquel cielo invernal. Su mirada imperturbable no se apartó en ningún momento de Uriel mientras la compañía se ponía en posición de firmes al unísono, y el sonido fue semejante al de un centenar de martillos al golpear el metal.

—Manda con coraje y con honor, y pondrás de tu lado a todos aquellos que dudan —le dijo Calgar siguiendo la dirección de su mirada. Uriel se golpeó con el puño en el águila de la placa pectoral.

—Permiso para partir, mi señor.

—Permiso concedido, capitán Ventris —contestó lord Macragge.

El rugido de las Thunderhawk aumentó de volumen. Uriel estrechó, lleno de agradecimiento, la mano que le ofreció el señor del capítulo.

—Es apropiado que esta misión se lleve a cabo en Pavonis —comentó Marneus Calgar.

—Recuerdo que fue mi primera misión como capitán de la Cuarta compañía.

—Esperemos que esta misión no sea tan problemática.

—Estamos en manos del Emperador —respondió Uriel.

La base del cañón había sido aplanada, y Uriel se dio cuenta de que el Mechanicum había utilizado niveladoras de fusión por la textura ondulada semejante a la de un líquido de la roca. La lluvia que todavía caía se acumulaba formando charcos en la oscuridad del Cañón Profundo Seis, y la sombra que producían los elevados riscos mantenía baja la temperatura en el lugar. En los bordes del cañón crecían densos grupos de matojos, donde también se aferraban los tallos de aulaga sobredesarrollados. Los tentáculos de niebla se movían con pereza por la parte superior del bosque de mástiles de comunicaciones que llenaban el cañón.

Uriel se quedó quieto y estudió con atención el lugar. No se movía nada aparte de los chorros de agua que bajaban por las grietas de la roca y las matas agitadas por el viento, pero tenía la fuerte sensación de que lo estaban observando.

Todos y cada uno de sus sentidos le indicaban que el cañón estaba desierto, pero un sentido que no podía nombrar le decía con la misma claridad que ni él ni sus guerreros estaban solos allí. Dejó atrás el desfiladero empinado por el que habían bajado desde el punto de aterrizaje de la Thunderhawk, y el resto de la escuadra avanzó con él. A doscientos metros hacia el norte vio que la levita verde de lord Winterbourne salía de una estrecha grieta entre las rocas y que sus guardias de asalto se apresuraban a formar un cordón protector en torno a él. Uriel negó con la cabeza cuando vio a uno de los soldados de asalto llevando de la correa a los dos mastivores. Meterse con unas mascotas como ésas en una posible zona de combate era una locura.

Uriel sostuvo el bólter por delante de él y pasó la mirada de izquierda a derecha para permitir que los sentidos automáticos del casco recogieran toda la información posible sobre el terreno que lo rodeaba. El aire estaba cargado de electricidad, pero eso era de esperar, aunque también había un aroma extraño y carnoso que la suave lluvia no lograba enmascarar del todo.

—Formación de combate —ordenó Uriel por el canal de comunicación interno—. Primus envuelve por la derecha, Secundus por la izquierda. Con lentitud y cuidado. Harkus, conmigo.

La cercanía a los mástiles provocó problemas en la comunicación, y sus palabras quedaron ahogadas por las descargas de estática. Para asegurarse de que no se producían malentendidos, Uriel se llevó el puño derecho al centro del pecho y luego lo movió lentamente hacia fuera en un arco amplio. Se cambió de mano el bólter y repitió el gesto con el puño izquierdo mientras avanzaba poco a poco hacia los mástiles de comunicaciones.

Los marines espaciales se desplegaron. Uriel y cinco guerreros se dirigieron hacia la izquierda, mientras que Learchus dirigía al resto pegados a la pared del cañón. Harkus iba al lado de Uriel. El tecnomarine empuñaba una pistola bólter en una mano y en la otra un hacha con filo de sierra en forma de engranaje, lo que le recordó a Uriel que, a pesar de su lealtad hacia Marte, Harkus era un guerrero de los Ultramarines por encima de todo. Los brazos del servoarnés estaban plegados y surgían leves nubecillas de las salidas de gases.

—¿Qué ves? —le preguntó Uriel, quien sabía que Harkus observaba el terreno de un modo muy distinto al resto de la formación.

—Los mástiles no funcionan —le respondió Harkus en voz baja y átona. Un aparato equipado con una serie de lentes intercambiables se colocó con un chasquido delante del ojo derecho del tecnomarine—. Las lecturas de flujo residual me indican que los generadores siguen funcionando, y…

—¿Y qué? —preguntó Uriel al mismo tiempo que alzaba una mano y se llevaba la palma al hombro.

De inmediato, los guerreros se detuvieron y se dejaron caer sobre una rodilla con las armas apuntando en posición de disparo.

—Veo un cierto número de artefactos conectados que no pertenecen al equipo estándar de comunicación —explicó Harkus moviendo la cabeza de un lado a otro.

—¿Qué clase de artefactos son?

—Desconocidos, y no son de producción imperial.

—¿Tau?

—Las lecturas de energía coinciden con tecnología alienígena con la que ya nos hemos encontrado antes —le confirmó Harkus.

Uriel se lo comunicó a Clausel y a Winterbourne.

—Por lo que se ve, los tau han estado sin duda aquí.

—Tenemos cubierta la ruta norte —le indicó Winterbourne.

—En posición en el risco superior —informó Clausel.

Uriel miró a Learchus y asintió.

Las dos escuadras de combate se pusieron en marcha de nuevo y avanzaron con cautela hacia los mástiles de comunicaciones. El aire soltaba chasquidos y siseos por las descargas de energía, y los sentidos automáticos del casco de Uriel fluctuaron de un modo alocado debido a la distorsión y a las interferencias provocadas por los mástiles. Delante de él podría estar escondido un ejército de pielesverdes y no sería capaz de enterarse. Sin pensárselo dos veces, desconectó todos los sentidos automáticos menos los más básicos. Sabía que su instinto para captar el peligro le sería más útil.

Se acercaron paso a paso al grupo de mástiles. Uriel vio por fin los artefactos que le había indicado Harkus. Estaban conectados a la base de unos cincuenta mástiles y a unos cuantos generadores. Eran de forma rectangular y tenían el tamaño aproximado de la mochila de un marine espacial, aunque estaban construidos con alguna especie de material plástico. En la superficie tenían grabado un círculo que albergaba un círculo más pequeño pegado en un punto a la circunferencia mayor.

Uriel lo reconoció: era un símbolo tau que representaba a uno de sus planetas poblados, pero no tenía ni idea de cuál era.

—¿Qué son?

—No le puedo responder con total certeza, capitán Uriel —contestó el tecnomarine al mismo tiempo que los brazos de su servoarnés se desplegaban y doblaban como la cola de un escorpión—. No sin desmontarlo y estudiarlo.

—Pues adivina qué es.

Harkus no se movió, pero dio la impresión de que los brazos mecánicos se encogían un poco, como si la idea de que un acólito del Dios Máquina intentara adivinar algo fuera aborrecible. La luz de las lentes del casco de Harkus titiló mientras el tecnomarine accedía a la enorme cantidad de datos almacenada en sus implantes potenciadores.

—Hipótesis: la interrupción en los canales de comunicación sugiere que se trata de ingenios de interferencia, lo que explicaría el aumento en el espectro de ondas desconocidas.

—¿Puedes desactivarlos?

—En teoría sí. Siempre que esté seguro de cuál es la fuente de energía de los artefactos.

—Hazlo.

Harkus se puso en cuclillas al lado del artefacto más cercano. Los servobrazos del arnés desplegaron una serie de herramientas y aparatos extraños. Uriel dejó que el tecnomarine continuara con su tarea y se acercó hasta donde se encontraban Learchus y su escuadra, preparados para entrar en combate en cualquier momento.

—Modifica el despliegue. Establece un perímetro de cien metros y mantén la posición —le ordenó Uriel.

Learchus asintió.

—¿Qué son esas cosas?

—Harkus cree que son aparatos de interferencia.

—¿Tau?

—Sí. He reconocido el símbolo de uno de ellos.

—Debería ser suficiente para que el gobernador Shonai movilice las fuerzas armadas. Ni siquiera él puede hacer caso omiso de una prueba como esta.

—Eso espero. Ojalá que no sea demasiado tarde.

Apenas pronunció esas palabras, los artefactos conectados a los mástiles explotaron.

Las llamaradas y los destellos cegadores surgieron hacia arriba en una serie de explosiones estremecedoras. Uriel salió despedido por el aire por la onda expansiva y se estrelló contra Learchus. Los dos cayeron al suelo, y Uriel sintió que el aire se le escapaba de los pulmones. Soltó el bólter y notó el sabor de la sangre en la boca.

Un puñado de iconos rojos empezaron a parpadear cuando los sensores de la armadura captaron una serie de brechas. El visor del casco estaba opaco, una reacción automática a la luz cegadora, pero empezó a recuperar su estado normal casi de inmediato.

Descubrió que había quedado tumbado de espaldas, boca arriba, y que estaba mirando las altas paredes del cañón y los restos llameantes de una nube creciente de metralla. Comenzó a caer una lluvia de rocas y de metal desgarrado y le llegó un chirrido terrible de metal sometido a presión.

Uriel se apresuró a comprobar los iconos de estado de los demás integrantes de la escuadra y se sintió aliviado al ver que todos estaban vivos. Sacudió la cabeza para despejarla y se puso en pie. Vio que su bólter estaba a unos pocos metros, y se apresuró a recuperarlo antes de mirar a su alrededor en busca de los demás Ultramarines.

A su alrededor se arremolinaba una nube de polvo de roca pulverizada. Oyó un fuerte chasquido agudo, semejante al de un látigo, al que siguieron con rapidez toda una serie de sonidos iguales.

Al principio creyó que se trataba de disparos, pero un segundo más tarde se dio cuenta de qué era lo que realmente estaba oyendo.

—¡Fuera! ¡Pegaos a las paredes del cañón!

El humo se retorció por delante de él, y se echó de bruces al suelo un momento antes de que un cable cortara el aire por encima de su cuerpo como la hoja de una guadaña. Luego pasó otro, y después, otro. Uriel se puso en pie de un salto y echó a correr hacia una pared del cañón mientras el metal se doblaba y los enormes mástiles de comunicación empezaban a caer.

Las gigantescas torres se retorcieron cuando los fuertes vientos y la gravedad se impusieron a su resistencia y toneladas de metal comenzaron a desplomarse de un modo grácil y casi elegante. La altura y la proporción hacían que los mástiles fueran delgados y delicados, pero eran unas obras de ingeniería tremendamente sólidas, y se estrellaron contra el suelo con la fuerza de proyectiles de artillería.

Uno tras otro, los mástiles se precipitaron contra el suelo acompañados del ruido de los cables al partirse y del metal chirriante. El cañón se estremeció por la potencia de los impactos, y Uriel corrió trastabillando como si estuviera borracho bajo aquel caos de destrucción. Algo lo golpeó en la armadura y cayó derribado sobre una rodilla por la fuerza del choque.

Una barra de metal partida se clavó en la roca justo a su lado, igual que una lanza arrojada por un dios vengativo. A la barra le siguió una lluvia de trozos de metal retorcido y de fragmentos de rocas. Uriel soltó una maldición y siguió corriendo trazando una ruta evasiva propia del Codex antes de darse cuenta de que era algo inútil ante aquella cascada aleatoria de restos.

Sintió la presencia de los demás Ultramarines a su alrededor, pero sólo los logró identificar gracias a los iconos de su visor debido a lo espesa que era la nube de polvo que se había levantado.

Por fin, Uriel alcanzó el borde del cañón y se apretó todo lo que pudo contra la pared de roca. Miró a su alrededor y vio a los demás miembros de su escuadra. Tenían las armaduras manchadas y quemadas por las explosiones, pero, por lo demás, parecían estar ilesos.

—¡Agrupaos conmigo! —les ordenó Uriel mientras el derrumbe de los mástiles seguía sin cesar.

Sus guerreros formaron a su alrededor y Uriel musitó un breve agradecimiento a su armadura un momento antes de que la voz del capellán Clausel resonara en el comunicador de su casco:

—¡Uriel! ¿Uriel, me recibe? ¿Que ha pasado ahí abajo?

—Encontramos unos artefactos conectados a los mástiles de comunicaciones. Resulta que, además de interferir, estaban cargados de explosivos.

—¿Bajas?

—Nadie está herido, aunque no logro ver dónde se encuentra el tecnomarine Harkus.

—Bajaremos al cañón.

—No. Quédese donde está, capellán —le ordenó Uriel—. No quiero a nadie más por aquí hasta que no estemos seguros de que no hay cargas secundarias.

—Muy inteligente —admitió Clausel—. Muy bien, esperaremos sus órdenes.

Uriel cortó la comunicación y vio que Learchus se dirigía hacia él pegado a la pared del cañón. El sargento parecía acabar de salir de un abordaje a una nave enemiga. Tenía las placas frontales de la armadura melladas y quemadas en múltiples puntos. En algún lugar por debajo del hombro derecho tenía una brecha en la armadura que estaba manchada de sangre.

—Estás herido —le indicó Uriel.

—No es nada. En nombre de Guilliman, ¿qué ha pasado?

—No estoy seguro. Harkus estaba revisando los artefactos y, bueno, ya viste lo que pasó.

—Deben de haber colocado trampas explosivas por si alguien intentaba anularlos.

—No, Harkus las habría visto —replicó Uriel, y en ese momento se le ocurrió algo nuevo y preocupante—. Las detonaron de forma manual.

—Eso significa que el enemigo está cerca.

Uriel asintió.

—Toma tu sección y acércate a ver si Harkus sigue vivo.

—¿Y usted?

—Yo. Voy a reunirme con Winterbourne.

Learchus pasó la orden. Se oyó el eco de más estampidos rebotando en las paredes del cañón mientras formaba su escuadra de combate.

Sin embargo, en esta ocasión, Uriel tuvo la seguridad de que se trataba de disparos.



SIETE

A Koudelkar Shonai le gustaba pensar que era un individuo directo, alguien que podía tomar decisiones cuando era necesario, en quien se podía confiar y que no vacilaría sin necesidad. Era un rasgo del carácter que esperaba encontrar en los demás, y se encolerizaba cuando los que lo rodeaban no cumplían esas expectativas.

Se estaba encolerizando en esos momentos. Habían pasado dos días desde que llegó a Galtrigil, el enorme hogar ancestral de la familia Shonai, y su tía todavía no había cumplido la promesa de una operación comercial.

Las propiedades de los Shonai se encontraban en una cuenca rodeada de colinas onduladas en el extremo occidental de la cordillera Tembra, en la orilla del lago Masura. Eran cinco mil hectáreas de jardines ornamentales, bosques y recovecos arquitectónicos escondidos. La magnífica casa residencial, toda torres, arcos y alminares, fue construida casi mil años antes por el fundador del cártel Shonai, Gak Shonai, y era un opulento palacio de mármol, acero y cristal. Había sido considerado una maravilla en su día, un monumento a la riqueza y a la posición social, pero en esos momentos le daba la sensación de que era una cárcel.

Su madre y su tía vivían allí, y la tensión que provocaba su relación había convertido una casa que antaño era alegre y donde reinaba la risa en algo parecido a un depósito de cadáveres. Koudelkar había pasado la mayor parte de esos dos días dando paseos por los jardines del lago y las terrazas adyacentes para huir de ello. El aire fresco era vigorizante, y el paisaje espectacular, pero lo mejor de todo era que así se mantenía alejado del ambiente tenso y helado de la casa.

Aunque era evidente que no se encontraba en peligro allí, en Galtrigil, el protocolo y el majadero de Lortuen Perjed exigían que en todo momento estuviera acompañado por los brutales skitarii y una escuadra de soldados lavrentianos armados hasta los dientes. Su madre odiaba que hubiera personal armado en la casa, e incluso su tía Mykola, habitualmente imperturbable, se mostraba nerviosa en presencia de los skitarii.

Koudelkar se detuvo al lado de un banco de madera tallada que daba al lago, una extensión centelleante de agua helada alimentada por los manantiales de hielo fundido procedente de los glaciares de las laderas de la

cordillera Tembra. El sol estaba a medio camino de su descenso hacia el oeste, y en la superficie del lago se habían formado pequeñas crestas blancas de espuma. Un viento desagradable azotó el banco justo cuando se sentó, arrastrando consigo el frío procedente de las montañas, que se alzaban como las murallas irregulares de una fortaleza vigilante al norte.

Recordó los dorados días de verano, cuando corría por los jardines y se bañaba en el lago con su hermano, pero eso pasó mucho tiempo atrás, y Koudelkar ahuyentó aquellos recuerdos de su cabeza. Dumak estaba muerto. Lo había matado la bala de un asesino dirigida contra su tía, y el dolor de aquella muerte seguía siendo demasiado fuerte. Su madre no había llegado a recuperarse nunca de esa pérdida, y la semilla del resentimiento hacia su hermana no había dejado de crecer.

Aquel paisaje espectacular le permitía, más que la soledad y el alejamiento de los enfrentamientos entre sus parientes, tener la oportunidad de procesar todas las complejas transacciones y los acuerdos de negocio que estaba cerrando.

Muchos de esos tratos eran con clientes externos al planeta, gremios muy poderosos de sistemas cercanos, e incluso uno con un cártel de un subsector vecino. Había acudido a Galtrigil a petición de su tía Mykola, quien le había prometido una reunión con el representante de unos intereses comerciales muy poderosos que sentían un gran deseo de trabajar con los Shonai y en asegurarle a Pavonis un futuro próspero.

Koudelkar se había mostrado escéptico, y si la proposición se la hubiera hecho otra persona que no fuera la antigua gobernadora planetaria de Pavonis, jamás habría aceptado reunirse con aquel individuo. Se había previsto que la reunión se celebrara dos días antes, pero el representante no había acudido en la fecha concertada, para disgusto de Koudelkar.

Había estado a punto de regresar a Puerta Brandon, pero la tía Mykola lo había convencido de que se quedara, y le había recordado que nadie podía predecir con certeza cuándo llegaría una nave de un planeta lejano.

Había accedido a quedarse, pero a regañadientes, y había pasado los dos días anteriores tomando el aire y recuperando la tranquilidad del alma en la cuidada espesura de las propiedades de la familia. Lo cierto era que se

sentía contento de estar alejado de Puerta Brandon. La ciudad se había convertido más en un campo de barracones que en la metrópolis vibrante que recordaba con cariño en los días previos a los problemas. La política del Administratum de marcar a aquellos sospechosos de tener afiliaciones con los cárteles había dejado sin trabajo a mucha gente, y el resentimiento que existía hacia los nuevos señores del planeta bullía bajo la tranquila superficie.

La ingenuidad y las falsas expectativas habían llevado el desaprovechamiento de muchas de las oportunidades que habían aparecido tras la derrota del golpe de Estado de De Vahos, y no haría falta mucho para que las llamas de la rebelión se encendieran de nuevo. A Koudelkar le sorprendía enormemente que unas personas tan supuestamente inteligentes no fueran capaces de ver eso. El pueblo estaba hambriento y atemorizado, lo que era una combinación explosiva. La gente sin dinero en los bolsillos ni comida en los estómagos era capaz de casi cualquier cosa.

Por mucho que le quitase importancia a las preocupaciones de Gaetan Baltazar y de lord Winterbourne respecto a la retórica encendida del prelado Culla, sabía que al final tendría que ordenarle al coronel del 44.º que contuviera los excesos de ese hombre. Estaba sacudiendo un avispero de descontento, y eso sólo podía acabar de mala manera.

Los acuerdos comerciales que estaba intentando cerrar supondrían muchos empleos, y muy necesarios, a Pavonis, y la autoestima que suponía poder ganarse la vida disminuiría mucho la tensión entre la población.

La tía Mykola le había prometido que este acuerdo en concreto podría aliviar el sufrimiento del pueblo y llevar una prosperidad inimaginable a Pavonis. A él le sonaba como una hipérbole inmensa, pero su tía siempre había tenido el don de la palabra a la hora de atraer a las personas a su causa.

Sus cavilaciones se vieron interrumpidas cuando oyó el sonido familiar del arrastrar de pies y del golpeteo del bastón de Lortuen Perjed. El anciano iba vestido con el hábito grueso propio de un adepto del Administratum, pero parecía incómodo con la temperatura templada de primera hora de la tarde. La mano con la que aferraba el bastón estaba blanca.

—¿Qué quieres? ¿No ves que estoy ocupado? —le preguntó Koudeikar sin molestarse en ocultar la irritación que sentía ante aquella interrupción.

—Vuestra tía os llama —le contestó Perjed.

Koudelkar dejó escapar un suspiro.

—¿Qué quiere ahora?

—Dice que el representante que estabais esperando ya se encuentra de camino.

Uriel corrió a paso ligero a través del humo y del polvo levantados por la destrucción de los mástiles de comunicaciones con el bólter a la altura del pecho. Apenas se podía distinguir nada a través de las nubes, pero los chasquidos del intercambio de disparos sonaba cada vez con más fuerza, al igual que un sonido agudo y chirriante. Uriel captó a través del eco de los disparos el estampido grave de los rifles infernales, y además, el chasquido agudo de un tipo de arma que no fue capaz de reconocer.

Vio unas cuantas siluetas que se movían delante de él en mitad de la nube de polvo y distinguió un reflejo de luz sobre una placa pectoral dorada. Cambió de dirección y se dirigió hacia allí. El extraño sonido chirriante sonó de nuevo, pero con más fuerza esta vez. Uriel apuntó el bólter hacia adelante mientras avanzaba y movió el cañón del arma siguiendo el recorrido de su mirada. Alguien lanzó un grito agónico, y el terrible chillido se cortó de forma abrupta.

Los guerreros que seguían a Uriel se desplegaron con las armas preparadas. Cuatro estaban armados con bólters semejantes al de su capitán, pero el quinto empuñaba un voluminoso lanzallamas, en cuya bocacha ardía sibilante un cono de calor.

Un disparo rebotó en la armadura de Uriel, un proyectil sólido… pero continuó corriendo sin alterar el ritmo. No le pareció que el disparo estuviese dirigido contra él.

Salió por fin de la nube de polvo provocada por las explosiones y entró en el humo creado por el combate. Vio que el escriba y el servidor de comunicaciones de lord Winterbourne estaban muertos, muertos por la

explosión o aplastados por la cascada de escombros que habían caído. Uriel se sintió aliviado al oír las órdenes cortantes con las que lord Winterbourne dirigía el fuego de sus soldados. Sus tropas de asalto seguían luchando e intercambiaban disparos con una horda de alienígenas de piel rosada. Las espinas que sobresalían de sus extraños cráneos aviares se agitaban azotando el aire.

—Kroots —gruñó Uriel al reconocer a la raza mercenaria que combatía para los tau.

Se movían como si en vez de músculos tuvieran muelles de acción rápida. Avanzaban a saltos con un bamboleo antinatural, y el horrible sonido chirriante lo emitían ellos. Iban armados con unos rifles de cañón largo semejantes a las armas de pólvora que utilizaban los bárbaros de los mundos primitivos.

Nathaniel Winterbourne no dejaba de disparar con su gastada pistola láser desde la cobertura que ofrecía una maraña de metal caído. Tenía la levita hecha jirones y había perdido el casco. El lado derecho de su cara estaba cubierto de sangre, que también le salía de un largo corte en el brazo. A pesar de ello, el coronel seguía disparando sin tregua contra los enemigos que cargaban contra él y los suyos. Sus mastines estaban a su lado, sin dejar de ladrar con furia a los kroots.

Uno de los alienígenas logró saltar la barrera tras la que Winterbourne estaba a cubierto y blandió el rifle con cuchillas en los extremos preparado para cortarle la cabeza. Winterbourne le disparó en plena cara, y el rayo le arrancó casi toda la parte posterior de la cabeza. El impulso del salto hizo que el kroot siguiera avanzando, y su cadáver cayó sobre el coronel haciéndolo caer.

Los mastivores se lanzaron a destrozar el cuerpo, y Uriel siguió avanzando mientras veía al coronel salir de debajo de su enemigo para ponerse en pie con la levita empapada de la sangre del alienígena. Los estampidos secos y fuertes de los disparos de bólter se unieron a la cacofonía del combate, y un puñado de kroots cayeron muertos al momento, partidos por la mitad o simplemente reventados por los disparos. Decenas

más sobrevivieron a la descarga, y sus ululantes chillidos de guerra sonaron impacientes y feroces.

Uno de los soldados de asalto se desplomó cuando un proyectil sólido le acertó en pleno estómago, y otro cayó cuando un kroot acertó a clavarle una hoja serrada en el pecho. Uriel apuntó el bólter contra el alienígena, una bestia musculosa con una cresta de espinas rojas semejantes a plumas, pero ésta se apartó de un salto de su víctima al mismo tiempo que lanzaba un chillido gutural, y Uriel la perdió de vista en mitad de los remolinos de Polvo.

La intensidad del tiroteo aumentó, y Uriel sintió un trío de impactos en la armadura, aunque ninguno fue lo bastante serio como para preocuparlo. Los kroots ya rodeaban a los soldados de asalto, y otro de éstos cayó apuñalado por cuatro kroots con grandes picos ensangrentados y armados con unos cuchillos curvos. Una sombra se movió al lado de Uriel, quien se volvió al mismo tiempo que un kroot sibilante se lanzaba contra él.

Uriel lo agarró en mitad del salto con una mano férrea e implacable mientras el alienígena le arañaba la armadura con el cuchillo. El ultramarine giró con brusquedad y rapidez la mano y le partió el cuello al momento. La bestia murió sin emitir un solo sonido más. Una segunda bestia lo atacó por la derecha. Uriel dejó caer al kroot muerto, giró sobre sí mismo y desenvainé la espada en el mismo movimiento. La hoja trazó un arco dorado y decapitó limpiamente a su atacante.

El capitán echó un rápido vistazo general al combate y su sentidos mejorados captaron el fluir del enfrentamiento en un instante. Del lanzallamas surgió un chorro de líquido ardiente, y una horda de guerreros alienígenas aulló de dolor mientras se abrasaban. Los disparos de bólter eran un tamborileó inmisericorde e incesante, y tan sólo de vez en cuando el chasquido agudo de las armas alienígenas atravesaba aquella sinfonía de destrucción.

—¡Adelante! ¡A por ellos! —Gritó Uriel—. ¡Capellán Clausel, necesito sus guerreros! ¡A mí! ¡Ya!

Sus marines espaciales no dejaban de disparar y matar con una precisión metódica. Se movían y abrían fuego con la práctica fluida propia de los

mejores guerreros de toda la galaxia. Los soldados de asalto luchaban con denuedo, pero los kroots eran demasiados y era imposible contenerlos.

El comandante de los lavrentianos se enfrentaba en ese momento a dos guerreros kroots en combate cuerpo a cuerpo, y aunque el avezado coronel estaba resistiendo, Uriel se dio cuenta de que no lo lograría durante mucho tiempo más. Uriel atravesé a la carrera el combate para ayudar a Winterbourne. Abatió al primero de los oponentes del coronel con la espada, y al segundo lo mató de un disparo de bólter en mitad del pecho.

Winterbourne realizó una floritura con su arma y le dedicó una reverencia elaborada. En su rostro apareció una expresión de alivio.

—Gracias, Uriel —le dijo jadeante—. Estoy en deuda contigo. No creo que hubiera podido resistir mucho más.

—Todavía no hemos salido de ésta —le respondió al ver que un puñado de kroots se dirigían hacia ellos.

Recogió del suelo el cadáver de uno de los alienígenas y lo arrojó contra las bestias lanzadas a la carga. Una cayó derribada al tropezar con el cuerpo, pero las demás saltaron sin problema por encima. Uriel se lanzó a su vez a la carga contra ellas.

Una hoja afilada se partió contra su armadura, y él respondió golpeándolo con la hombrera en el pecho. Las costillas del kroot quedaron pulverizadas y se derrumbó, reventado. Notó que una de las hojas del rifle de otra bestia se enganchaba por detrás de su pierna, y se adelantó al ataque dándole un pisotón. El arma se partió y él respondió clavándole la espada en el abdomen para luego tirar hacia arriba hasta la clavícula y desventarlo.

Cayó lanzando un horrible aullido de dolor al mismo tiempo que el kroot que había tropezado con el cadáver se puso en pie. Winterbourne le lanzó la espada y se la clavó en el pecho, pero apenas lo hizo, fue derribado a su vez por una bestia grande de fauces espumeantes y garras afiladas.

Uriel creyó al principio que uno de los mastines del coronel se había vuelto contra su amo, pero vio que la criatura era ágil y semejante a los kroots. La bestia cerró las fauces alrededor del brazo de Winterbourne y el aullido de dolor del coronel fue horroroso.

El ultramarine no pudo ayudar al coronel, ya que otros dos kroots lo atacaron a la vez. Uno le disparó con el rifle a quemarropa, y el proyectil impactó contra la placa pectoral, abriendo una brecha perfectamente redondeada en el centro del águila. Uriel lanzó un mandoble hacia arriba y le partió el arma en dos al mismo tiempo que el segundo monstruo, la criatura de grandes músculos con la cresta de plumas rojas, le propinó un culatazo con el rifle en el casco.

Los ojos del mastín alienígena eran semejantes a perlas translúcidas y lo miraron fijamente a los ojos mientras sus dientes atravesaban el grueso tejido de la chaqueta del uniforme. La sangre le bajó a chorros por la manga, y sintió cómo los dientes se acercaban más al hueso. Pateó con fuerza el costado de aquella criatura vil en mitad del dolor agónico que sufría mientras manoteaba en busca de su pistola.

El arma se le había caído cuando la criatura lo había derribado, y tuvo la sensación de que estaba a cien kilómetros de distancia. Su espada estaba clavada en el pecho de otro alienígena y estaba igualmente fuera de su alcance. Siguió pateándolo y lo golpeó con los puños, pero la bestia hizo caso omiso de sus ataques. Winterbourne gritó de nuevo cuando vio que otras dos bestias alienígenas se abalanzaban hacia él a través del humo y del polvo de la batalla. Llevaban las fauces abiertas, preparadas para despedazarlo.

No llegaron a alcanzarlo.

Dos grandes formas de color negro y dorado las interceptaron en una avalancha de colmillos afilados y zarpas desgarradoras. Winterbourne notó que el corazón se le henchía de orgullo cuando vio que los dos mastivores, unas criaturas que había adquirido durante un despliegue en Mundo Vastian, se apresuraron a defenderlo. Germaine rodó por tierra con una de las bestias, mientras que Fynlae, el combativo Fynlae, que había perdido una pata durante un terrible bombardeo de artillería en Boranis, se enfrentó a la otra.

Winterbourne sintió que una nueva oleada de dolor le recorría el brazo. Alargó la mano y le metió a la bestia los dedos en los ojos. La criatura dejó escapar un gañido de dolor y aflojó un poco la presión. El coronel

aprovechó y sacó el brazo de un tirón en mitad de una lluvia de sangre. Luego se arrastró por encima de la roca hacia su pistola. La empuñó justo al mismo tiempo que un tremendo peso caía sobre él y lo inmovilizaba contra el suelo.

Olió el aliento cálido y rancio de la criatura que tenía en la espalda. De las fauces de la bestia salió un chorro de saliva que le salpicó la nuca. Intentó rodar para librarse de ella, pero pesaba demasiado. Sin embargo, antes de que pudiera morderlo en el cuello, el peso desapareció de repente y notó una aullante riña a su espalda. Winterbourne se apoyó en el brazo bueno y vio a Fynlae trabado en un combate a muerte con la bestia alienígena.

La pata que le faltaba al mastivore no había disminuido su ferocidad, y luchó enloquecido para protegerlo. Los colmillos reflejaron la luz y un chorro de sangre saltó por el aire. El mastín alienígena lanzó un chirriante gañido de dolor y Winterbourne gritó con orgullo cuando Fynlae le desgarró la garganta a su oponente.

El coronel miró por encima del hombro y sintió que se le encogía el corazón.

Germaine había muerto. Tenía el vientre abierto y sus ojos miraban con expresión vidriosa el cielo, al igual que su oponente. Las mandíbulas del mastivore seguían cerradas de forma implacable alrededor de su cuello. La bestia a la que Fynlae se había enfrentado antes estaba muerta, con la cara convertida en una máscara de sangre debido a que el viejo mastín de combate le había aplastado el cráneo de un mordisco.

Vio que al otro lado de los animales muertos estaba el capitán Ventris, de rodillas y luchando contra dos kroots. Uno de ellos, un alienígena monstruoso con una cresta de espinas de un color rojo brillante, intentaba clavarle en el cuello la hoja afilada que llevaba incorporada en el rifle, mientras que el otro se abalanzaba de vez en cuando en mitad de su enfrentamiento para apuñalarlo con el cuchillo que empuñaba.

El volumen corporal de Uriel era mucho mayor que del kroot, por lo que no ¿debería resultar un rival para el ultramarine?, pero el físico

musculoso del kroot lo hacía ser un oponente en absoluto despreciable para el marine espacial.

Winterbourne alzó la pistola y se esforzó por mantener el pulso firme mientras el alienígena empujaba un poco más su larga hoja afilada contra el cuello de Uriel.

Mykola Shonai había envejecido mucho en los años que habían transcurrido desde que Pavonis se había salvado de la insurrección de Kasimir de Vahos. El cabello gris se le había vuelto blanco, y aunque la agudeza de la mirada de sus ojos verdes no había disminuido, un defecto genético en su estructura retinal había impedido realizarle una operación oftalmológica, por lo que se había visto obligada a llevar gafas para ver más allá de su entorno inmediato.

Su larga túnica de color crema le hacía parecer una matrona familiar, pero Koudelkar la conocía demasiado bien como para dejar que su aspecto lo engañara hasta el punto de subestimar su inteligencia. Antaño gobernó todo un planeta del Emperador, y un logro semejante no debía tomarse a la ligera.

Encontró a su tía paseando por una senda de suelo de mármol en el arboreto meridional. Mykola insistía en que pensaba mejor cuando paseaba, y cuando se volvió hacia él, la emoción que la embargaba era casi palpable. El aire en el arboreto era cálido y húmedo, y Koudelkar vio que sus guardaespaldas estaban sudando bajo la armadura, aunque los skitarii parecían no estar afectados. Se preguntó si podrían alterar su metabolismo para adaptarse al cambio de su entorno.

La luz del sol de la tarde brillaba a través de las paredes y el techo de cristal, lo que creaba un ambiente tremendamente cálido, pero adecuado para cultivar las pocas raíces recuperadas de la tierra baldía en que se había convertido el bosque de Gresha.

Ella se apresuró a acercarse a su sobrino y lo miró de arriba abajo.

—¿Vas a ponerte el uniforme de gala, verdad?

Lo planteó como una pregunta, pero Koudelkar conocía muy bien la forma de expresarse de su tía, y sabía que era más bien una exigencia. Mykola le cepilló los hombros con la mano y asintió con la cabeza.

—Sí, me parece que sí. Querrás darle una buena impresión —añadió.

—¿Una buena impresión a quién? —quiso saber Koudelkar apartándose de ella.

—Al representante. ¿A quién va a ser? —le contestó ella como si fuera bobo, y empezó a alisarle el cabello con la palma húmeda de una mano. Koudelkar miró con expresión confusa a Lortuen Perjed.

—El adepto Perjed me dijo que estaba a punto de llegar.

—Mmm… Sí, sí, claro —respondió Mykola mientras le alisaba la chaqueta—. Bueno, esto será suficiente, supongo.

—Quieres que le cause buena impresión a un hombre al que ni siquiera conozco —protestó Koudelkar mientras le apartaba las manos. La tía Mykola siempre lo estaba acicalando, más de lo que solía hacer incluso su propia madre, pero aquello era exagerado, incluso para ella—. ¿Tiene nombre al menos?

—Claro que lo tiene.

—¿Y cuál es?

Mykola dudó un momento y apartó la mirada brevemente, pero Koudelkar captó en su lenguaje corporal la intranquilidad que sentía.

—Se llama Aun.

—¿Aun? —Exclamó Perjed con cierta preocupación—. ¿Qué clase de nombre es ese?

Mykola se encogió de hombros, como si el asunto del nombre del representante le fuera absolutamente indiferente.

—Es un nombre de otro planeta, adepto Perjed. Es extraño, lo sé, pero no más extraño que los nuestros para él; o eso supongo.

Koudelkar decidió que ya estaba cansado de las respuestas evasivas de su tía y la miró directamente a los ojos.

—Bueno, ¿y tiene apellido? ¿Ya quién o a qué representa? Sabes que no me has dicho prácticamente nada sobre esa persona, o sobre cómo la conociste. Me has contado un cuento fabuloso sobre cómo puede ofrecerle a

Pavonis grandes oportunidades, pero a menos que me digas quién es y a qué organización representa, me voy ahora mismo.

Mykola se cruzó de brazos y le dio la espalda.

—Eres igual que tu abuelo, ¿lo sabías?

—Si con eso quieres decir que no estoy dispuesto a aceptar respuestas imprecisas a unas preguntas concretas, entonces, sí, lo soy. No cambies de tema o intentes hacerme sentir culpable. Si voy a hacer negocios con esa persona, necesito saber más acerca de ella. No puedo negociar a partir de una posición de ignorancia.

Mykola se dio la vuelta para mirarlo de nuevo, y casi retrocedió al ver la mirada de determinación que vio en sus ojos.

—Muy bien. ¿Quieres saber la verdad?

—Sí.

—La verás por ti mismo, pero no te va a gustar al principio —le contestó Mykola mientras miraba a sus guardaespaldas a Lortuen Perjed.

—Tía, te aseguro que me gustan mucho menos las mentiras.

Mykola asintió antes de seguir hablando.

—Jamás te he mentido, Koudelkar, pero sí que te he ocultado cierta información de forma deliberada hasta que fuera el momento adecuado.

—Eso me sigue sonando a evasivas. El momento adecuado es ahora, así que ve al grano.

—Voy a hacerlo, si me dejas —replicó Mykola acercándose a él—. Aun representa a un colectivo del clan Dal'yth.

—¿Dal'yth? —Musitó el adepto Perjed—. Por las lágrimas del Emperador, ¿qué has hecho, Mykola?

—Silencio, hombrecillo insolente —le espetó Mykola.

—Nunca oí hablar de ellos —comentó Koudelkar, alarmado por la exclamación de Perjed.

—Eso no debería sorprenderte —dijo una voz a su espalda, y Koudeikar reconoció el tono cáustico de su madre.

—No te metas en esto, Pawluk —intervino su tía.

Koudelkar soltó un bufido de exasperación. Que su madre y su tía estuvieran en la misma estancia al mismo tiempo era igual que soltar dos

tigres hambrientos en una sola jaula. Seguía preguntándose por qué insistían en vivir en la misma casa, aunque ésta fuera lo bastante grande como para que pudieran pasear sin verse nunca.

El rostro de Pawluk Shonai estaba tan tenso y hostil como siempre, y llevaba el cabello gris apagado recogido en un moño tirante. Sintió que la tensión aumentaba, y a pesar del calor que hacía en el arboreto, notó la frialdad que entraba con su madre.

Koudelkar se preguntó divertido si las plantas sufrirían a causa de aquel frío.

—Hola, madre. ¿No quieres unirte a la conversación?

Su madre lo tomó del brazo y miró con ferocidad a su tía.

—¿Y bien? —preguntó Pawluk.

—¿Y bien qué? —respondió Mykola.

—¿No vas a contárselo? ¿Lo de Aun?

—¿Contarme qué? —quiso saber Koudelkar.

Su tía frunció los labios, y Koudelkar se dio cuenta de que se estaba conteniendo para no dejar escapar la ira que aumentaba a cada momento en su interior.

—Estaba a punto de hacerlo, Pawluk.

—Gobernador, debemos marcharnos de inmediato —intervino Lortuen Perjed con nerviosismo.

—¿Por qué? ¿Qué está pasando?

Pero antes de que Perjed tuviera tiempo de contestarle, Koudelkar oyó el retumbar de unos motores que se acercaban al exterior de la casa. Alzó la mirada y vio a tres aeronaves pasar por encima del techo de cristal del arboreto. Lis ramas cargadas de hojas y de flores le ocultaban la mayoría de los detalles, pero le resultó evidente que eran de un tipo que nunca había visco antes.

—¿Qué clase de naves son esas? —inquirió—. No reconozco el modelo.

—Gobernador, tenemos que irnos. Ahora mismo —repitió Perjed.

Las naves estaban pintadas de un color verde oliva apagado y con manchas de camuflaje, y Koudelkar no fue capaz de ver con claridad sus

siluetas. Dos parecían ser de menor tamaño, con la forma en cuña de unos cazas, mientras que la tercera era una nave de transporte de cuatro motores. Todas eran de proporciones elegantes, y volaban con una ligereza y una gracilidad que no encajaban con ninguna nave imperial en la que Koudelkar hubiera viajado.

Los cazas se quedaron sobrevolando la zona, pero la nave de transporte giró sobre sí misma en el plano horizontal y empezó a descender sobre una columna de aire distorsionado, en mitad de la creciente penumbra del anochecer, hacia la terraza de piedra que se encontraba en el extremo más alejado del arboreto. Mykola abrió de par en par las puertas que daban a la terraza y le indicó con un gesto que la siguiera.

Las respuestas evasivas de su tía y la insistencia del adepto Perjed en que debían marcharse lo hicieron dudar. Miró a su madre y se alarmó al ver el pánico que había en sus ojos.

—No lo supe hasta hoy mismo, te lo juro. Me hizo prometerte que no te lo diría.

Koudelkar decidió que había llegado el momento de saber qué era lo que estaba ocurriendo y salió a la terraza. Los chorros de aire caliente producidos por el descenso de la nave le azotaron el cabello y el abrigo. Perjed, los lavrentianos y los skitarii lo siguieron. Se dio cuenta de que estos dos últimos grupos empuñaban las armas en actitud de disparo y les habían quitado el seguro. Se protegió los ojos con una mano frente a la polvareda levantada por el aterrizaje mientras la rampa de desembarco de la parte posterior de la nave descendía. Al cabo de un momento, del interior iluminado salió una máquina blindada.

Era humanoide, del doble de altura de una persona normal, y era un artefacto hermoso. Estaba construido a partir de placas de un material que parecía ser cerámica de color verde oliva, y en su creación se había combinado la eficiencia de la ingeniería con el sentido estético. La montura de la cabeza rectangular giró hacia él, y aunque no parecía ser más que un simple pictógrafo, Koudelkar estuvo seguro de que había una inteligencia acechando detrás de la luz roja parpadeante de su lente.

¿Sería tan sólo una máquina, o la pilotaría un ser vivo? Desde luego, su gran tamaño le permitía albergar un piloto. A primera vista parecía un servidor de carga autómata, pero las armas de aspecto letal que llevaba montadas en cada brazo le indicaron al gobernador que era una máquina diseñada para el combate, no para trabajos manuales.

Dejó de fijarse en el diseño de la máquina y su madre le apretó con más fuerza el brazo. Koudelkar sintió que parte de su miedo le pasaba a él cuando vio que los lavrentianos apuntaban con sus armas directamente al pecho de la máquina, y que los cañones giratorios de los skitarii habían empezado a moverse con rapidez.

El gobernador se dio cuenta de que la situación podía empeorar con mucha rapidez y se esforzó por transmitir una sensación de tranquila autoridad. Dos máquinas idénticas a la primera la siguieron, y cada una de ellas se movió con una agilidad y una autonomía elegantes que normalmente no se encontraban en las creaciones mecánicas. Aquello convenció a Koudelkar de que esas máquinas de combate estaban tripuladas por pilotos.

Tenía la boca seca a causa de la tensión, pero se volvió hacia sus guardaespaldas.

—No disparéis, pero estad preparados.

Las tres máquinas se dirigieron a la derecha de la aeronave, y otras tres salieron de su interior para tomar posiciones a la izquierda. Koudelkar no tenía ni idea de cuál sería su capacidad ofensiva, pero estaba seguro de que en un combate los que saldrían peor parados serían él y sus hombres.

—Mykola, ¿qué es lo que has hecho? —le preguntó con un susurro.

—Lo que hacía falta para salvar a nuestro mundo e impedir que nos lo arrebatasen unos extraños —le respondió su tía al mismo tiempo que lanzaba una mirada venenosa al adepto Perjed antes de dirigirse hacia la nave.

Los motores posteriores giraron hasta quedar en una posición lateral en paralelo con el fuselaje, y su tía se detuvo al pie de la rampa justo cuando una figura esbelta aparecía en la parte superior.

Iba vestida con una larga túnica blanca y dorada con un hilo carmesí entrelazado. Un cuello alto esmaltado de plata y carmesí rodeaba su cabeza casi por completo. En cada mano llevaba un bastón corto de color caramelo rematado por una joya reluciente, y los mostraba cruzados sobre el pecho. Su rostro era gris, del mismo tono que un cielo invernal al atardecer, y sus rasgos planos y alienígenas no mostraban expresión alguna.

Su tía le hizo una reverencia y luego se volvió hacía él.

—Koudelkar, permíteme que te presente a Aun'rai del clan Dal'yth, el enviado del Imperio Tau.



SEGUNDA PARTE
LIMPIO DE TODA DUDA Y AJENO A TODO ENVANECIMIENTO



OCHO

El kroot era un monstruo con una fuerza extraordinaria. El casco había librado a Uriel de la peor parre del golpe, y en esos momentos se esforzaba por impedir que le clavara la pesada hoja del rifle mientras otra bestia le lanzaba cuchilladas con una daga larga. La armadura resistía todavía, pero el alienígena no tardaría mucho en conseguir su objetivo y encontrar un punto débil. Aunque ninguno de los golpes había conseguido atravesar la armadura, Uriel sentía el dolor de cada impacto.

Los músculos de la criatura se retorcían y se hinchaban de un modo antinatural, y de algún modo eran capaces de enfrentarse a la fuerza incrementada genéticamente de Uriel y a la potencia de la servoarmadura. Graznó y le escupió en la cara. El aliento le apestaba a carne y a sangre. Uriel oyó el chasquido del disparo de una pistola láser y un rayo de luz cegadora abrió un tajo en el hombro del kroot. La criatura chilló de dolor y el ultramarine le propinó un cabezazo con el casco. Aprovechó el momento de respiro y se lanzó hacia atrás, levantando a la criatura hacia arriba y por encima de él.

La hoja afilada se clavó en el suelo y se partió al mismo tiempo que la criatura graznaba sorprendida mientras volaba por encima de su cabeza. Uriel rodó hacia un lado y alzó la espada. El kroot armado con el cuchillo lo atacó y le lanzó un tajo a la cara. El ultramarine se echó a un lado y le propinó un tajo en el vientre que casi partió en dos al alienígena.

Lord Winterbourne se le acercó trastabillando, con el brazo ensangrentado metido en el interior de la chaqueta para protegerlo pero sin soltar la pistola láser que llevaba en la otra mano. El mastivore de tres patas cojeaba a su lado, jadeante y cubierto de tajos ensangrentados.

Winterbourne hizo un gesto de asentimiento, pero Uriel no tuvo tiempo de darle las gracias, ya que otros kroots se lanzaron sobre ellos. Una jauría de guerreros aullantes que empuñaban los rifles como si se tratara de lanzas. Las hojas afiladas relucían bajo la débil luz del atardecer. Se arriesgó a mirar hacia atrás para ver qué había sido del monstruo de plumas rojas, pero ya se había desvanecido.

—¡Vamos, hijos de puta! —les gritó Winterbourne.

Luego vacío lo que quedaba del cargador de energía de la pistola láser contra los alienígenas lanzados a la carga. Uno de los kroots cayó con un trozo de estómago arrancado, y otro sufrió una tremenda herida en un hombro, pero siguió avanzando a pesar de ella.

De repente, el cielo se iluminó con el resplandor de unas llamas y una hueste de aullantes ángeles de la muerte cayó sobre la lucha envueltos en alas de fuego. Empuñaban unas rugientes espadas plateadas y los encabezaba un vengador de armadura negra con una máscara de la muerte de color blanco hueso. Esta poderosa figura empuñaba una vara de mando dorada rematada por alas en uno de sus extremos, y mató a todos los enemigos que se le enfrentaron con unos golpes brutales del filo reluciente y cargado de energía de aquella arma.

El capellán Clausel y sus marines de asalto aterrizaron en mitad de la batalla con los chorros llameantes de los retrocohetes y el martilleo de las botas en la roca. Los kroots se dispersaron por doquier cuando empezó la tremenda matanza, y sus chillidos llenaron el aire.

Uriel tiró de Winterbourne para apartarlo del sanguinario combate cuerpo a cuerpo mientras las pistolas retumbaban y las espadas sierra aullaban. Los kroots fueron despedazados en pocos momentos. Lo feroz y repentino del ataque tan sólo dejó cadáveres destrozados a su paso.

Clausel mató de un golpe al ultimo kroot y se quedó de pie en medio de la matanza. El capellán nunca había ofrecido un aspecto tan poderoso y terrible, con el arma y el casco con rostro de calavera completamente cubiertos de sangre.

El fragor de la batalla cambió en un instante. El sonido de las armas los kroots ya no interrumpía el rugido de los bólters. Incluso el chasqui actínico del fuego de los rifles infernales había cesado. El polvo levantado por la caída de las torres y el propio combate se posó en el suelo y una extraña calma se apoderó de Cañón Profundo Seis.

—Que todas las fuerzas se reagrupen a mi alrededor —ordenó Uriel.

Luego recuperó su bólter y le cambió el cargador por uno completo. Envainó la espada mientras Clausel se le acercaba.

—Deberíamos perseguirlos y matarlos a todos —dijo el capellán.

—No. No tienen importancia. No era más que una pequeña fuerza destacada para matar a cualquiera que sobreviviera a las explosiones.

—No obstante, deberíamos acabar con ellos —insistió Clusel.

Uriel negó con un movimiento de cabeza.

—No voy a entrar a la carga y a ciegas en un terreno desconocido contra un enemigo hábil en la evasión y que conoce mucho mejor que nosotros el terreno.

Clausel le hizo una reverencia.

—Por supuesto, es la decisión correcta, capitán.

—Aseguraremos la zona de combate y regresaremos a la cañonera. El gobernador Shonai tiene que saber lo que ha ocurrido aquí.

—Como ordenéis —respondió Clausel.

Uriel dejó escapar una larga bocanada de aire. Su metabolismo lanzado a la carrera había empezado a bajar de ritmo cuando lord Winterbourne y su mastivore se le acercaron. El capitán se quitó el casco y se pasó la mano por el cuero cabelludo y por la barbilla.

—Gracias por salvarme la vida —le dijo Winterbourne ofreciéndole la mano.

—Le digo lo mismo, coronel —le contestó Uriel estrechándosela a su vez. Señaló con el mentón al mastivore, que no dejaba de gruñir y de enseñar los dientes a los cadáveres de los kroots—. Es una bestia feroz, coronel. Orgullosa y leal.

—Sí que lo es —asintió Winterbourne con la cara cubierta de sangre—. Una vez un mastivore se ha adaptado a su nuevo amo, lo protegerá hasta la muerte. No me importa admitir que ese monstruo alienígena casi acaba conmigo. El cabrón lo habría hecho de no haber sido por el bueno de Fynlae. Te has ganado una condecoración al valor, eso está claro. ¿A que sí, muchacho?

—Creo que ambos se la merecen —comentó Uriel mientras miraba el cuerpo del otro mastivore.

—Sí —asintió Winterbourne mientras le acariciaba la cabeza a Fynlae —. Pobre Germaine. Es una pena, pero son animales de combate. Es lo que

hacen. No debe uno cogerles demasiado cariño, pero es difícil. Bueno, supongo que tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos.

—Eso creo yo también.

Los marines espaciales y los soldados de asalto supervivientes comenzaron a asegurar la zona con una eficiencia fruto de la práctica. Se ocuparon de los heridos y de reunir los cuerpos de los muertos, que habían caído con honor. A los heridos se los sacó del desfiladero para llevarlos hasta el transporte Aguila y evacuarlos a Puerta Brandon. Los alienígenas muertos fueron apilados sin ceremonia alguna, y al montón se le prendió fuego con unos cuantos chorros de promethium del lanzallamas astartes.

Ninguno de los guerreros de Uriel había muerto en el combate con los kroots, y la escuadra de Learchus había encontrado finalmente con vida a Harkus. Estaba enterrado bajo una enorme pila de escombros en la base de uno de los mástiles de comunicaciones. El servoarnés había absorbido la mayor parte de la fuerza de la explosión, pero tenía las dos piernas aplastadas más allá de toda posible recuperación y buena parte del torso estaba quemado. Tan sólo la resistencia tremenda de un marine espacial lo había mantenido convida. Uriel ordenó de inmediato que cuatro guerreros llevaran a Harkus a la Thunderhawk para que recibiera tratamiento médico de emergencia.

Los sistemas de la armadura mantendrían con vida a Harkus durante un tiempo, pero debía recibir las atenciones del apotecario Selenus en la Fortaleza Idaeus si se quería que sobreviviera. Harkus y él no habían establecido una amistad como la que lo unía a Pasanius, pero Uriel sintió una tristeza profunda mientras veía cómo sus hermanos de batalla levantaban con cuidado al tecnomarine herido y se lo llevaban. Lo más probable era que Harkus sobreviviera, pero su tiempo como guerrero se había acabado. Su cuerpo había sufrido demasiados daños, y ni siquiera con los miembros protésicos estaría en condiciones de cumplir servicio en la línea del frente Uriel se preguntó por un momento si a Harkus le importaría que buena parte de su cuerpo fuera reemplazado por implantes artificiales, o si lo vería como un modo de estar más cerca del Dios Máquina.

Una vez asegurado el campo de batalla, Uriel fue el último en salir del cañón. Subió por donde habían llegado y dejó el complejo devastado de mástiles a su espalda. Llegó al final de la escalera de peldaños cortados en la roca y salió a la planicie que había más allá.

Los motores de la Thunderhawk rugían y se estremecían, como si la nave estuviera impaciente por abandonar aquel lugar, y Uriel no la culpó. Las montañas eran lúgubres y parecían abandonadas de la mano del Emperador, y se preguntó si eso se debería en parte a la presencia de la criatura monstruosa que había permanecido enterrada bajo ellas durante incontables eones. Era posible que, incluso después de que hubiera abandonado el planeta, el eco de su encierro en aquella prisión fuese lo bastante fuerte como para mancillar aquel mundo con el recuerdo de su presencia horrible y maligna.

Uriel se sacó aquella idea tétrica de la cabeza cuando Learchus salió de la Thunderhawk con paso rápido y rostro sombrío.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, aunque se imaginó que algo no iba bien.

—Un mensaje del almirante Tiberius. Intentó ponerse en contacto con usted, capitán, pero la distorsión de los mástiles lo impidió.

—¿Qué dice el mensaje?

—Informa de numerosos contactos que coinciden con señales de energía ya clasificadas. Han aparecido en diversos puntos de la superficie de la masa continental principal.

—¿Tau?

—Por lo que parece, así es —asintió Learchus.

—Entonces, la destrucción de los mástiles de comunicación ha sido una señal de ataque —contestó Uriel mientras echaba a correr hacia la Thunderhawk—. ¿Dónde está el gobernador Shonai? ¿Está protegido?

—Lord Winterbourne se ha puesto en contacto con la mayor Ornella en Puerta Brandon. Dice que Koudelkar Shonai todavía se encuentra en las propiedades que la familia Shonai tiene a orillas del lago Masura.

Uriel subió por la rampa hasta el interior de la Thunderhawk mientras los últimos guerreros embarcaban y se sentaban en los asientos instalados a lo largo del fuselaje de la nave.

—¿De qué protección dispone?

—Una escuadra de tropas de asalto lavrentianas y un par de skitarii —le contestó Learchus tras consultar una placa de datos acoplada a la pared—. Aparte de los guardaespaldas personales y las medidas de seguridad de las que disponga su tía en sus propiedades.

—Eso no será demasiado.

—No. Un sistema básico de alarma y unos cuantos sirvientes armados como mucho.

—¿A qué distancia se encuentra el lago Masura? —Preguntó Uriel con rapidez—. ¿Podemos llegar hasta allí?

Learchus se inclinó para consultar el mapa luminoso de una pantalla cercana.

—Se encuentra a ciento cincuenta kilómetros al oeste, a los pies de estas montañas. Tenemos combustible suficiente como para llegar hasta allí y luego regresar a Puerta Brandon, pero nada más.

—Seguro que fue uno de los primeros lugares donde apareció una señal.

—Así es. ¿Cómo lo sabe?

—Porque es lo que yo haría. Primero se interrumpen las comunicaciones y luego se elimina a la cabeza de la estructura de mando.

Tenía un alienígena delante de él. Por supuesto, Koudelkar había oído hablar de los tau. ¿Quién en la Franja Este no conocía la existencia de aquella especie alienígena expansionista? Sin embargo, que te presenten a alguien de aquella raza en el propio hogar familiar una tarde helada de finales de invierno es algo inesperado, como mínimo. Siempre había albergado la esperanza de que algún día vería una criatura alienígena, pero se había imaginado que sería al otro extremo del cañón de un arma o un cadáver conservado en un museo.

La figura vestida con la túnica bajó por la rampa de su nave y Koudelkar se quedó impresionado por su elegancia y gracilidad. Aun'rai se movía como si flotase unos centímetros por encima del suelo. El alienígena

le hizo una reverencia sin despegar los bastones del pecho y luego hizo otra en dirección a su tía.

—Saludos, agremiado Koudelkar —se presentó Aun’rai con voz relajada y suave como la miel.

—No hable con él. ¡Es escoria alienígena! —le advirtió Lortuen Perjed con un susurro.

Koitdelkar no respondió al alienígena, pero más porque no sabía qué decir que por seguir el consejo de Perjed. El alienígena no prestó atención a la hostilidad del adepto.

Miró por encima del hombro a los lavrentianos y a los skitarii, y la confusión que sentía aumentó. Los tau eran sus enemigos, así que, ¿no deberían estar disparando contra ellos? Nada más pensar aquello, llegó a la misma conclusión a la que habían llegado mucho antes los soldados y los skitarii llevados por sus protocolos de combate.

Si alguien empezaba a disparar, todos acabarían muertos. Las gigantescas máquinas de combate que se encontraban a ambos lados de la nave los matarían en cuestión de segundos. Además, al mirar más allá de donde estaba Aun’rai, vio que el interior de esa misma nave todavía albergaba al menos una veintena de guerreros alienígenas.

Por mucho que supiera que debía ordenar a sus soldados que abrieran fuego, Koudelkar recordaba lo suficientemente bien su periodo de servicio obligatorio en la Fuerza de Defensa Planetaria como para saber diferenciar entre el valor y el suicidio.

—Bienvenido a nuestro hogar, Aun’rai —lo saludó su tía al ver que Koudelkar no hablaba—. Sois más que bienvenido, y debo decir que es todo un placer conoceros por fin en persona.

—Le aseguro que el placer es mío —le contestó Aun’rai con voz relajada mientras guardaba los bastones en unas fundas de cerámica que tenía a los costados—. Conocer a alguien de semejante sabiduría y capacidad de previsión es muy poco común. Deseo fervientemente que podamos comenzar una nueva fase en nuestra relación, una fase que permita el inicio de unas relaciones comerciales prósperas y que florezca la

cooperación. Esta relación demostrará ser de un bien supremo para nuestros dos pueblos. Estoy seguro de ello.

—Sois demasiado amable. Por favor, ¿querríais tomar algo con nosotros? —No, gracias. Ya hemos tomado algo de sustento.

—Por supuesto. Koudelkar, por favor, ¿podrías acompañar a Aun'rai al interior del arboreto?

—No pienso hacerlo —dijo por fin—. Es un alienígena, aquí, en nuestra propia casa.

—Koudelkar, Aun'rai es nuestro invitado —le recriminó su tía, y él captó la amenaza apenas velada en su tono de voz.

Sintió cómo la ira se encendía en su interior ante la superioridad que su tía mostraba. Se volvió hacia ella.

—Mykola, creo que te has olvidado de quién es el que gobierna aquí. Todo contacto con un alienígena es un crimen, ¿es que se te ha olvidado eso? Sharben te tiraría de cabeza a una de las celdas del Invernadero si se enterara, y sería tu fin. ¡Ni siquiera yo puedo pasar esto por alto, por el amor del Emperador!

—Creí que tú de entre todas las personas sería el que tendría la mente más abierta —te replicó ella con lo que reconoció era una decepción fingida —. Después de todo, ¿no eres tú el que siempre se está quejando de que el Administratum te tiene con las manos atadas?

Aquel último comentario iba dirigido en realidad contra Lortuen Perjed, que parecía estar a punto de sufrir una apoplejía, tal era el color que mostraba su rostro.

—¿Es que te has vuelto loca, Mykola? —Le espetó Perjed—. Te fusilarán por esto. ¿Lo sabes, verdad?

—Basta es la oportunidad perfecta para reconstruir Pavonis —siguió diciendo ella sin hacer caso de la amenaza de Perjed—. Tan sólo tienes que dar un pequeño paso para salir de tu zona de tranquilidad controlada.

—¿Mi zona de tranquilidad controlada? Esto va más allá de dar un pequeño paso. Esto es traición —le replicó Koudelkar.

—No te pongas dramático —se burló su tía—. Esto no es más que una negociación comercial. Los tau pueden ofrecernos una tecnología que hace

que los cacharros del Mechanicum parezcan juguetes de cuerda. Están dispuestos a situar buena parte de sus industrias más dinámicas aquí, en Pavonis, Koudelkar. Piensa en lo que eso supondría para nosotros y para nuestra gente: empleos, dinero, comercio, y una posición de liderazgo en los mercados del sector. ¿No es eso por lo que has estado luchando todos estos años?

Pero antes de que Koudelkar pudiera contestar, el enviado tau alargó un brazo y le colocó una mano en el hombro. Su primer impulso fue quitársela de encima de un empujón como si fuera algo repugnante, pero no lo hizo, y notó una curiosa sensación en su interior; no aceptación, pero sí interés. Si en lo que decía Mykola había lo más mínimo de cierto, quizá merecía la pena oír lo que tenía que decirle aquel alienígena.

Después de todo, no había sido Koudelkar quien había incumplido la ley. Si alguien tenía que pagar por aquello, sería su tía. Había sido ella quien había organizado aquella reunión, quien había llevado a los alienígenas hasta allí. Koudelkar no tenía culpa alguna, y sí sólo escuchaba lo que aquella criatura tenía que decir, ¿qué había de malo en ello?

—Escucharé lo que quiera decirme, pero no prometo nada —declaró, al fin, Koudelkar, sorprendido de haber pronunciado aquellas palabras pero sintiéndose completamente natural al decirlas.

—¡Koudelkar! —Exclamó Lortuen—. No seas estúpido. Esto está mal, y lo sabes.

Mykola miró con odio al adepto del Administratum, y Koudelkar sintió que aumentaba su irritación contra aquel anciano arrugado que le había impedido desarrollar por completo todo su potencial como gobernador de Pavonis. Perjed había trabajado codo con codo a su lado para sacar a aquel Planeta del abismo de la rebelión en el que casi se había hundido, pero en ese momento lo único que sentía hacia él era desprecio. La sensación era extraña, y se preguntó cómo era posible que no se hubiese dado cuenta hasta ese momento del asco que le daba.

—Guarda silencio, adepto. Recuerda cuál es tu sitio. Yo soy el gobernador, y yo decidiré con quién hablo y con quién negocio. Escucharé lo que Aun’rai tenga que decirme, y si al final de la conversación no quiero

negociar nada con él, podrá marcharse sin problemas y todo seguirá como hasta ahora.

—Si de verdad te crees eso, es que eres un estúpido. Esto sólo puede tener un final, y será sangriento —le advirtió.

La mayor Alithea Ornella cabalgó por el campo de desfiles sobre un caballo castrado llamado Moran. Iba acompañada por su escuadra de mando. A Ornella le encantaba montar a caballo, y aunque su rango le impedía lanzarse a la carga en combate a lomos de un animal tan magnífico, aprovechaba cualquier oportunidad que se te presentaba de ensillar a Moran.

Detuvo al caballo con un suave tirón de las riendas y una leve presión de los muslos. Observó con detenimiento la actividad frenética que la rodeaba y se sintió satisfecha. Los enormes focos de los límites del campamento ahuyentaban la creciente oscuridad de la noche e iluminaban las disposiciones que realizaba todo un regimiento de la Guardia Imperial mientras se preparaba para el combate.

Tres de los lados de la zona de desfiles estaban ocupados por vehículos. Había tanques Leman Russ Conqueror, tanques lanzallamas Hellhound, vehículos de artillería autopropulsada Basilisk y una fila tras otra de transportes de tropas Chimera. Alrededor de cada vehículo se afanaba un grupo de mecánicos y de visioingenieros mientras su tripulación se dedicaba a efectuar las comprobaciones y las bendiciones previas. Ornella sintió una curiosa mezcla de emoción y nerviosismo ante la idea de entrar en combate de nuevo. La emoción era porque tendría de nuevo la oportunidad de servir al Emperador, y el nerviosismo porque, ¿a quién le apetecía poner en riesgo su vida?

El regimiento necesitaba ese descanso en Pavonis después de numerosas operaciones en la línea del frente, ya que el desgaste sufrido se había visto reflejado en el aumento de las infracciones disciplinarias y las bajas por fatiga de combate que enviaban los jefes de pelotón al escalafón superior de la escala de mando.

Pavonis había sido una misión relativamente fácil, una oportunidad de disminuir la tensión y el agotamiento de las operaciones de combate, además de una oportunidad para recordar a los soldados las tareas de pacificación urbana. Se trataba de una tarea tediosa y con pocas oportunidades de gloria, pero era necesaria, y Ornella siempre se aseguraba de que cualquier misión que se le encomendara al 44.º de Húsares Lavrentianos se llevara a cabo con la máxima perfección posible.

El Campamento Torum era la base del Mando Espada del 44.º de Húsares Lavrentianos, el mando de mayor tamaño y con más armas pesadas de los desplegados en Pavonis. Los demás mandos estaban repartidos: Lanza tenía su base en la costa, en Praxedes; Escudo estaba en la ciudad puente de Olzetyn, y Estandarte se encontraba en las afueras de un villorrio llamado Jotusburg. Cada uno de ellos estaba compuesto por tres mil soldados de infantería mecanizada, además de algunas unidades de blindados ligeros y de artillería autopropulsada.

El campamento había recibido ese nombre del primer coronel en estar al mando del regimiento en su fundación en la gran llanura esteparia de Lavrentia. El Campamento Torum se extendía por el extremo norte de Puerta Brandon, cerca de la arteria de comunicación de la autopista 236. Era todo un complejo de estructuras puramente prácticas, construidas de un modo uniforme pensando tan sólo en la funcionalidad, que era justo como le gustaba a Ornella.

Por todo el campamento se veían hangares cubiertos de hojas ocres de metal corrugado, además de puestos médicos y barracones separados por barricadas de sacos de arena que podían sufrir el impacto de un lanzacohetes y mantenerse intactas. En Torum había acampados unos ocho mil soldados, casi la mitad de los efectivos del regimiento en Pavonis.

Los pocos tanques superpesados de los que disponían estaban protegidos en refugios blindados diseñados originalmente para albergar aeronaves, pero debido a los intensos combates que se estaban librando en la zona exterior de la Franja, la mayor parte de la fuerza aérea del planeta había sido asignada a la Flota de Batalla Ultima. El perímetro del campamento lo constituía un terraplén alto levantado con tierra apilada por

las excavadoras, y a cada uno de sus lados estaba reforzado con placas metálicas. Ese perímetro era patrullado constantemente por vehículos Sentinel. Se habían erigido torres de vigilancia blindadas a intervalos regulares alrededor de la circunferencia que formaba esa muralla, y seis tanques antiaéreos Hydra escudriñaban el cielo en busca de cualquier posible amenaza aérea.

Ornella oyó algo por encima del traqueteo de los tanques, de las órdenes dadas a voz en grito y de las pisadas de los guardias imperiales desfilando. Le pareció que sonaba igual que el aleteo de una sabana al ondear al viento, pero no le prestó mayor atención mientras ella y los jinetes que la acompañaban recorrían la zona de desfiles. Ornella se sintió orgullosa de la sensación de urgencia que transmitían los guardias. Por muy exigentes que fueran las operaciones urbanas, era inevitable que no tardara en crearse un ambiente algo relajado. Las patrullas se convertían en algo rutinario, el aburrimiento aumentaba y todo se volvía predecible. Aunque a ningún soldado le apetecía que le dispararan, los del regimiento no tardaron en empezar a sentirse hastiados por la inactividad forzada de la vida de guarnición, y comenzaban a ansiar regresar a una zona de combate.

El mensaje de lord Winterbourne había sido una sorpresa bienvenida, y Ornella se sintió encantada de tener la oportunidad de poner a prueba su nuevo procedimiento de reacción rápida. Hasta ese momento parecía que todo estaba funcionando según lo planeado: los guardias formaban delante de los barracones antes de dirigirse a sus transportes y las dotaciones de los tanques preparaban sus vehículos para recibir la bendición previa al combate de los predicadores del regimiento.

El Rhino del prelado Culla rugía mientras recorría arriba y abajo la zona de desfiles. Sus palabras estridentes salían rugientes de los altavoces instalados en la parte superior del vehículo. Culla se encontraba de pie en el púlpito y movía de un lado a otro su espada flamígera para recalcar lo que decía. Ornella sonrió al verlo, agradecida de que el 44.º dispusiera de una figura tan inspiradora que fuera capaz de poner fuego en el corazón de los soldados del regimiento.

Recorrió sin bajarse del caballo la fila de tanques. La escuadra de mando montada la siguió cuando giró hacia el centro de la zona de desfiles. Un miembro de la escuadra hizo que su caballo cabalgara al lado del de ella.

—Todo parece marchar bien, mayor —le dijo el capitán Mederic.

—Sí —admitió ella, aunque procurando no parecer demasiado satisfecha.

Mederic era un buen oficial. Era inteligente, veterano, y un combatiente feroz, aunque era evidente que no le gustaba montar a caballo. Mederic estaba al mando de los Mastines, el pelotón de exploradores del 44.º, y era un individuo acostumbrado a actuar en combate según su propia iniciativa. A pesar de ello, era alguien en quien se podía confiar para que cumpliera las órdenes.

—Entonces, ¿qué es lo que han dicho? ¿Es un despliegue de verdad o tan sólo otro ejercicio?

—Es de verdad, capitán. Lord Winterbourne y los Ultramarines libraron un combate en las montañas del norte.

—¿Son los tau? Es lo que se rumorea en los corrillos de soldados. Ornella asintió.

—Sí. Por lo que parece, han destruido buena parte de la red de comunicaciones, y estamos en alerta para proteger las ciudades principales en cuanto nos llegue la confirmación del Administratum.

—¿Todavía tenemos que esperar la autorización? ¿Incluso en un momento como este?

—Me temo que sí. Es frustrante, pero dado lo que ocurrió aquí, comprendo la necesidad de unos controles semejantes.

—Yo no —replicó Mederic—. Este planeta está a punto de ser atacado por incursores alienígenas, ¿y resulta que tenemos que esperar a que unos burócratas chupatintas nos den permiso para defenderlo? Le pido disculpas, señora, pero a mí me parece una mierda de primera categoría.

—Quizá, capitán, pero ésas son nuestras reglas y debemos obedecerlas.

—¿Se sabe algo de cuándo llegará esa confirmación?

—No, todavía no.

Mederic dejó escapar un gruñido de disgusto, pero Ornella no dijo nada al respecto. En realidad, compartía sus recelos, pero si Alithea Ornella había aprendido algo a lo largo de diez años de servicio era que un regimiento sólo podía funcionar si se cumplían las órdenes explícitas que se recibían. Tanto ella como lord Winterbourne habían inculcado a los soldados del 44.º que debían funcionar como una máquina bien engrasada, donde las órdenes se daban con presteza y se obedecían sin demora alguna.

Con unas órdenes claras, cualquier regimiento funcionaba. Si no existían, era inoperativo.

Miró hacia arriba cuando oyó de nuevo el sonido de ropa aleteando en el cielo, pero las luces que brillaban en el borde del campamento le restaban mucha capacidad de visión nocturna, por lo que no distinguió nada en la oscuridad. Se dio la vuelta sobre la silla de montar. El resto de la escuadra de mando estaba a su alrededor formando un semicírculo: dos guardias armados con rifles láser al hombro, un operador de comunicaciones y el portaestandarte del regimiento.

Estaba a punto de hacer caso omiso del ruido, achacándolo al estandarte al ondear con el viento, cuando se dio cuenta de la ausencia total de viento. Confusa, levantó la mirada de nuevo.

—¿Va todo bien, señora? —le preguntó Mederic.

—¿Qué? Ah, sí, capitán. No es nada, sólo que me pareció oír algo.

El Templum Fabricae estaba abarrotado, aunque no habría servicio al público hasta la mañana siguiente. Los tiempos difíciles tenían la facultad de sacar la devoción de lo más profundo de la gente, y Gaetan Baltazar tuvo que esforzarse para no sentir desprecio mientras se abría paso entre los devotos que se arrodillaban en los bancos y que le rezaban a la estatua de antracita del Emperador situada en el otro extremo de la nave.

Ver a tanta gente abarrotando su templo debería haberlo alegrado, pero una devoción tan condicionada le resultaba aborrecible. En época de abundancia, la gente asistía a los rezos mínimos obligatorios, pero en épocas de escasez e infortunio, todo el mundo acudía a los rezos matutinos,

los del mediodía y los nocturnos para pedirle ayuda al Emperador. Gaetan pensó que debería sentirse agradecido por tantos devotos, pero le resultaba difícil, ya que sabía que acudían por su salvación personal, no para glorificar al Emperador.

Se dirigió con sus ropajes de color ocre hacia el altar armado con la destripadora de hoja ancha, dispuesto a recitar la plegaria del Fin del Día antes de retirarse a pasar la noche. Aunque sabía utilizar la gigantesca espada sierra y la pistola inferno que llevaba al cinto, no le gustaba llevarlas en las plegarias. Su presencia parecía una burla a su creencia en el poder del perdón y de la misericordia del Emperador. Sin embargo, formaban parte de sus hábitos tanto como el Aguila, por lo que no podía dejarlas a un lado.

Los acólitos con túnicas de color acero que lo seguían empuñaban armas igualmente grandes, e incluso los parloteantes querubines de rezo que flotaban por encima de él llevaban dagas de pequeño tamaño y tenían implantadas armas láser. El olor de sus pieles ungidas era una fragancia dulzona y asquerosa que se le quedaba pegada al fondo del paladar, y no por primera vez, deseó que los jactanciosos tecnosacerdotes de Pavonis arreglaran de una vez el sistema de ventilación del templo.

El Templum Fabricae era un edificio alto con la estructura y las piezas de maquinaria a la vista, un monumento al Emperador en su faceta doble de Señor de la Humanidad y de Omnissiah, aunque los sacerdotes de Marte lo tendrían difícil para explicar de un modo racional los fallos mecánicos constantes que acosaban al edificio. Pensó con amargura que dada la turbulenta historia de aquel planeta, quizá no tuvieran que hacerlo.

Los muros estaban decorados con esculturas de hojas de hierro y con placas soldadas y cubiertas de textos grabados. Las capillas privadas laterales habían sido erigidas por los cárteles en honor al Emperador, y cada uno de ellos había donado una sustanciosa cantidad de dinero a las arcas del templo para asegurarse de que fueran el lugar de descanso eterno para sus líderes muertos. Gaetan consideraba repugnante esa costumbre, pero el obispo Issam, el anterior señor del templum, había sido poco más que una marioneta en manos de los cárteles que le habían llenado los bolsillos de plata.

Tras la rebelión, Issam había caído en desgracia, y el Administratum decretó que las capillas debían ser reconsagradas a la gloria del Emperador sin mediar favor alguno de ni para ninguna organización. Gaetan había disfrutado del momento en el que había ordenado a los servidores del templum que retiraran toda indicación de que las capillas habían sido dedicadas a ciudadanos particulares en el pasado.

Esa había sido la única ocasión en la que los altos cargos del Administratum habían demostrado ser de alguna utilidad, y Gaetan se oponía a sus intromisiones siempre que podía. Era difícil, ya que los burócratas controlaban todos y cada uno de los aspectos del funcionamiento del planeta. Eran Individuos que no entendían ni de fe ni de la importancia de la devoción no obedecía sus directivas para mantener la unidad, y continuaba predominando su doctrina de trabajo tranquilo y devoción al Emperador. Sabía que no era una doctrina que tuviera mucho atractivo en la Franja pero era la que había seguido a lo largo de muchos años, y estaba convencido de ella como para cambiar de opinión. Fuera de su templo, lo habitual eran predicadores que aullaban a favor de la guerra y que llenaban de odio el corazón de la gente.

El enfrentamiento que había tenido con lord Winterbourne acerca de aquel fanático de Culla no había hecho más que reforzar su convencimiento respecto a ese tipo de sermones, y aunque era capaz de entender el valor que tenía esa doctrina en aquella frontera del dominio de la humanidad en la galaxia, era un credo que no estaba dispuesto a predicar de forma voluntaria. El odio y la violencia sólo llevaban a lo mismo, y oponerse a esos conceptos bajo la luz de la sabiduría del Emperador era el camino solitario que Gaetan Baltazar había decidido seguir.

Recordó el día en que había pronunciado los votos definitivos en el Templo de los Mártires Benditos en Golanthis, casi veinte años antes. El abad Malene, su mentor espiritual y su amigo, había hablado con él la noche anterior a embarcarse en una nave en dirección a la Franja Este.

—Me temo que lo tendrás difícil para transmitir tus creencias a la gente del lugar adonde vas —le dijo el venerable abad mientras se tomaba una

tisana endulzada con miel—. La Franja Este es una zona sacudida por guerras constantes.

—Entonces es el lugar perfecto para mí —le había contestado él.

—¿Por qué?

—¿Qué mejor modo de acabar con una guerra que predicando la paz?

—La guerra forma parte de la doctrina del Emperador —le recordó Malene—. Su credo se extendió por Terra merced a los cañones de los rifles y al filo de las espadas. Ha sobrevivido porque nosotros defendemos esa fe. No es una floritura dialéctica, Gaetan. Tiene un significado real. ¿Crees que en las escuelas de la Eclesiarquía se enseña a combatir sin motivo alguno?

—No. Sé por qué nos entrenan para combatir, pero no creo que la violencia sea la clave de la sabiduría del Emperador. Buena parte de sus enseñanzas son hermosas y no tienen nada que ver con la guerra y la muerte. Es esa parte de su palabra la que quiero llevar a la gente del Imperio.

Individuos que no entendían ni de fe ni de la importancia de la devoción. Gaetan obedecía sus directivas para mantener la unidad, y continuaba predicando su doctrina de trabajo tranquilo y devoción al Emperador.

Sabía que no era una doctrina que tuviera mucho atractivo en la Franja Este, pero era la que había seguido a lo largo de muchos años, y estaba demasiado convencido de ella como para cambiar de opinión. Fuera de su templo, lo habitual eran predicadores que aullaban a favor de la guerra y que, llenaban de odio el corazón de la gente.

El enfrentamiento que había tenido con lord Winterbourne acerca de aquel fanático de Culla no había hecho más que reforzar su convencimiento respecto a ese tipo de sermones, y aunque era capaz de entender el valor que tenía esa doctrina en aquella frontera del dominio de la humanidad en la galaxia, era un credo que no estaba dispuesto a predicar de forma voluntaria. El odio y la violencia sólo llevaban a lo mismo, y oponerse a esos conceptos bajo la luz de la sabiduría del Emperador era el camino solitario que Gaetan Baltazar había decidido seguir.

Recordó el día en que había pronunciado los votos definitivos en el Templo de los Mártires Benditos en Golanthis, casi veinte años antes. El abad Malene, su mentor espiritual y su amigo, había hablado con él la noche anterior a embarcarse en una nave en dirección a la Franja Este.

—Me temo que lo tendrás difícil para transmitir tus creencias a la gente del lugar adonde vas —le dijo el venerable abad mientras se tomaba una tisana endulzada con miel—. La Franja Este es una zona sacudida por guerras constantes.

—Entonces es el lugar perfecto para mí —le había contestado él.

—¿Por qué?

—¿Qué mejor modo de acabar con una guerra que predicando la paz?

—La guerra forma parte de la doctrina del Emperador —le recordó Malene—. Su credo se extendió por Terra merced a los cañones de los rifles y al filo de las espadas. Ha sobrevivido porque nosotros defendemos esa fe. No es una floritura dialéctica, Gaetan. Tiene un significado real. ¿Crees que en las escuelas de la Eclesiarquía se enseña a combatir sin motivo alguno?

—No. Sé por qué nos entrenan para combatir, pero no creo que la violencia sea la clave de la sabiduría del Emperador. Buena parte de sus enseñanzas son hermosas y no tienen nada que ver con la guerra y la muerte. Es esa parte de su palabra la que quiero llevar a la gente del Imperio.

—Cierto, hay belleza —admitió Malene—. Pero incluso una rosa necesita espinas para defenderse. ¿Cómo logrará tu doctrina de trabajo duro protegerte de un enemigo que pretende matarte? ¿Cómo les proporcionará la fe a aquellos a los que predicas para que resistan a las numerosas amenazas que acechan en la oscuridad? En la galaxia existen enemigos viles a los que no les importan nada nuestras enseñanzas, razas que responderán a tus hermosas palabras con el asesinato. Amigo mío, me temo que te has propuesto una meta inalcanzable.

—Lo sé, pero hasta una avalancha comienza con una pequeña piedra.

En esos momentos, aquellas palabras le parecían una estupidez, pero se aferraba a ellas como un moribundo se aferraría a su último aliento. Gaetan llegó al altar y depositó la enorme espada sobre él antes de arrodillarse

delante de la figura de antracita. Fue pasando las cuentas de plegaria entre los dedos mientras rezaba, y alzó la mirada hacia la estatua del Emperador, negra pero capaz de reflejar la luz.

Al otro lado de la estatua, el santuario era una larga bóveda con la estructura de hierro al descubierto. De los diferentes soportes colgaban lámparas doradas, incensarios y estandartes votivos de seda. Las sombras bailaban de un lado a otro bajo la luz de las lámparas. Gaetan parpadeó cuando captó un atisbo de movimiento en el extremo superior de la bóveda.

Tartamudeó las palabras iniciales de la plegaria al ver la distorsión borrosa del humo del incienso en una ancha viga horizontal. Le pareció por un momento que una silueta humana estaba allí de pie, mirándolo. Se llevó la palma de una mano a la frente a modo de visera para proteger los ojos de la luz y poder ver mejor en la zona alta de la bóveda.

Allí había algo, pero no fue capaz de distinguir con claridad los detalles. Daba la impresión de que la luz se distorsionaba alrededor de algo invisible, que no quería que lo vieran.

Gaetan había oído leyendas sobre sacerdotes que proclamaban que los ángeles del Emperador los observaban desde lo alto, pero jamás se las había tomado en serio.

Se volvió hacia sus acólitos y señaló con un dedo el techo de la bóveda.

—¿Veis eso? —les preguntó.



NUEVE

Uriel recorría a grandes zancadas el compartimento de la Thunderhawk mientras su metabolismo preparaba su cuerpo de nuevo para el combate. Los sensores de su armadura monitorizaban el ritmo cardíaco, la tensión sanguínea y los niveles de oxígeno para asegurarse de que todo su cuerpo estuviera en condiciones óptimas para empezar a luchar. Learchus también recorría toda la nave para comprobar que cada guerrero llevaba el máximo de munición disponible y que había seguido los rituales correctos previos a la batalla. Aquellos guerreros habían luchado bien contra los kroots, pero si Uriel estaba en lo cierto con sus sospechas, no tardarían en enfrentarse a unos enemigos tecnológicamente más avanzados.

El capellán Clausel se encontraba al lado de la rampa de asalto, con los pies plantados con firmeza en el suelo y el crozium arcanum en la mano. El enorme guerrero sacerdote se dedicaba a recitar los catecismos de batalla, y su voz profunda resonaba por encima del rugido de los motores de la cañonera. El casco con la placa facial en forma de calavera estaba cubierto de una costra de sangre seca, y aunque las corrientes térmicas de las montañas hacían que la Thunderhawk se bamboleara de un lado a otro de un modo alarmante, Clausel ni se agarró a los tiradores del techo ni se apoyó en la pared para mantenerse en pie.

Estaban a diez minutos del lago Masura. Volaban bajo y pegados a las laderas de las montañas. Volar de ese modo consumía una enorme cantidad de combustible, pero era el único modo de evitar que las contramedidas de vigilancia del enemigo los detectaran… Hasta ese momento no habían recibido respuesta alguna del gobernador ni de Lortuen Perjed, a pesar de los repetidos intentos de ponerse en contacto con ellos. Lo más probable era que la misma tecnología de interferencia que los tau habían utilizado en Cañón Profundo Seis la usaran para mantener ignorante al gobernador sobre la presencia de alienígenas en el planeta.

Uriel tenía la esperanza de que no lo descubriera por las malas.

El transporte Aguila de lord Winterbourne ya estaba de regreso a Puerta Brandon, a pesar de haberse jactado de que todavía estaba en condiciones de combatir junto a los Ultramarines. Tras una breve discusión, Uriel lo había convencido, aunque en realidad no le había dejado otra opción, de la

necesidad de evacuar a los heridos y de que regresara al regimiento para supervisar la movilización de sus efectivos. Habían colocado a Harkus dentro dl Aguila, y Winterbourne le había prometido a Uriel que llevarían al gravemente herido tecnomarine a la Fortaleza Idaeus en cuanto aterrizaran.

Uriel limpió la sangre coagulada de los kroots que había matado de la hoja de la espada, aunque sabía que no tardaría en estar de nuevo cubierta con los fluidos vitales de otro enemigo. Learchus recorrió una última vez el interior de la Thunderhawk y se sentó frente a Uriel. El rostro del sargento mostraba una expresión seria y tensa, y estaba cubierto de sangre en uno de sus lados. Learchus desenvainó la espada, una arma de diseño similar a la de Uriel, y empezó a recitar una plegaria para honrar su espíritu de combate.

Uriel dejó que terminara antes de hablarle:

—Sargento, va a ser un combate difícil.

—Estoy de acuerdo —admitió Learchus—. ¿Algún mensaje de Puerta Brandon sobre posibles refuerzos?

—El anciano Peleus insistió en preparar el resto de Thunderhawk, pero necesitará a todos los guerreros disponibles para defender la ciudad si estamos en la primera fase de un ataque. De todas maneras, no llegarían a tiempo.

—Así que estamos solos en esta misión.

—Así es, pero no vamos a realizar una misión de búsqueda y destrucción.

—No. Sólo vamos a buscar al gobernador y a marcharnos.

Learchus se pasó el guantelete por la barbilla.

—Sólo somos unas pocas escuadras y una cañonera, y probablemente vamos a enfrentarnos a un enemigo cuyas fuerzas y localización exactas desconocemos y que quizá se haya atrincherado. Espero que dispongamos de un plan.

—Lo tengo. Haremos una sola pasada a baja altura con la Thunderhawk para descubrir lo que podamos de cualquier fuerza enemiga que esté presente dentro y en los alrededores de la mansión Shonai. Luego ejecutamos un aterrizaje en la zona caliente, pero en el punto más débil de

su perímetro. Si se han refugiado en el interior del edificio, haremos una limpieza estándar habitación por habitación, y mataremos a todos los tau que nos encontremos.

—Es un buen plan, pero si tienen rehenes, quizá caigan en el intercambio de disparos.

—Nuestra prioridad es sacar al gobernador. Nada más.

—Entendido —contestó Learchus antes de comprobar el tiempo que faltaba para llegar—. Cinco minutos.

—¿Están preparados los hombres?

—Sí —confirmó Learchus al mismo tiempo que envainaba la espada y colocaba el bólter sobre el regazo—. Estaban listos en cuanto entraron en la nave.

—Bien. La actuación de estos guerreros te honra, Learchus. El comportamiento de toda la compañía te honra.

—Gracias, capitán —le respondió el sargento. Una sombra familiar le cruzó el rostro por un momento—. Le prometí que cuidaría de los hombres de la compañía mientras estaba… fuera.

—Y has hecho un trabajo excelente. No podría pedir mejores reclutas para la Cuarta compañía. El capitán Idaeus se habría sentido orgulloso.

Learchus asintió con cierta rigidez, y Uriel se inclinó hacia adelante.

—Nos queda poco tiempo antes de llegar al lago Masura, y tenemos que resolver nuestras diferencias antes de entrar en combate de nuevo.

—¿A qué se refiere? —le preguntó Learchus con una expresión precavida en la mirada.

—El simple hecho de que esté aquí te incomoda, eso es más que obvio, lo mismo que el hecho de que sea capitán de nuevo. Una parte de ti desearía que no hubiese vuelto.

—Eso es ridículo —le replicó Learchus—. Completó su juramento de muerte y regresó a Macragge con todo su honor restaurado. No hay más que decir.

—Pues yo creo que sí —insistió Uriel—. ¿No sientes amargura por mi regreso?

—Ninguna.

—¿Seguro?

—Seguro.

Uriel se recostó contra el respaldo del asiento metálico y se quedó callado un momento antes de seguir hablando:

—Ojalá Pasanius estuviera aquí.

Learchus se sintió sorprendido por el cambio de tema, pero asintió lentamente.

—Su fuerza nos sería de gran ayuda en el combate que se avecina.

—Sí que lo sería, pero no me refería a eso.

—Entonces, ¿a qué se refería? —preguntó Learchus, claramente exasperado.

—Me refiero a que me gustaría que estuviera aquí, pero que entiendo que lo apropiado es que no sea así.

—Incumplió los Códigos de Rectitud y debe sufrir el castigo por ello.

—Incumplió esos códigos al mentirme, Learchus, lo mismo que tú estás haciendo ahora.

El rostro de Learchus se enrojeció. Uriel vio que apretaba la mandíbula a medida que la ira se propagaba por su interior, pero la contuvo con la misma rapidez con la que había aparecido.

—¿En qué estoy mintiendo, capitán? —exigió saber Learchus.

—Tus ambiciones.

—¿Qué ambiciones?

Uriel se inclinó de nuevo hacia adelante y apoyó los codos en las rodillas.

—Sé que durante mi ausencia estuviste al mando de la Cuarta compañía en la campaña de Espandor. Sé de las batallas que libraste allí, sé lo de la victoria del puente de Corinth y lo de la defensa de Herapolis. Destruisteis un gargante, una máquina de guerra con la potencia de fuego suficiente para arrasar una ciudad, y salvasteis el planeta de los orkos. En Espandor, dirigiste la compañía como un sargento, pero en tu fuero interno volviste como un capitán. Dime que no estoy en lo cierto.

—Es cierto —admitió Learchus a regañadientes—. ¿Acaso es una deshonra tener ambiciones?

—Por supuesto que no. Un guerrero siempre debe ponerse a prueba a sí mismo, debe buscar nuevos enemigos y nuevos desafíos a los que enfrentarse. Sin ambición, jamás lograríamos alcanzar la grandeza. Un marine espacial necesita tener ambición, es lo que lo impulsa a ser mejor de lo que es. Has sido un sargento fiel y un orgulloso guerrero de la Cuarta compañía, pero soy yo quien dirige esta compañía.

Learchus bajó la mirada hacia el suelo del compartimento, y a Uriel le pareció que se encogía un poco dentro de su armadura.

—Estuvisteis desaparecidos tanto tiempo —dijo al cabo de unos momentos—. Todo el mundo creía que ya estabais muertos. Incluso yo había empezado a perder la esperanza de que algún día volvierais al capítulo.

—Pero lo hicimos, y ahora soy capitán de nuevo, y debes aceptarlo.

—Reconstruí la Cuarta, la entrené y luché con ella como su comandante. Lamenté la muerte de mis guerreros y grabé sus nombres en la pared del Templo de la Corrección. Me gané el derecho a mandar la compañía.

—Y sin duda algún día ascenderás al rango de capitán. De eso estoy seguro.

—Pero no ahora, y no la Cuarta compañía.

—No —le contestó Uriel con una sonrisa torcida y ofreciéndole una mano a Learchus—. Pero quién sabe, a lo mejor muero en el próximo combate. Si ése es mi destino, no se me ocurre ningún guerrero mejor para sustituirme. Te necesito a mi lado, Learchus. La Cuarta compañía te necesita. ¿Estás conmigo?

Learchus se quedó mirando durante un largo momento la mano que le ofrecía Uriel, pero finalmente asintió y la estrechó.

—Lo estoy.

Aunque Koudelkar se sentía mucho más relajado después de que su tía le hubo explicado los motivos que tenía para invitar a la delegación tau a Galtrigil, una sensación persistente de intranquilidad le carcomía esa

aparente calma. Por mucho que lo intentara, no lograba descubrir cuál era su origen, aunque también sentía que debería ser bastante obvio para una persona de su intelecto y su perspicacia.

—Creo que quizá podríamos hacer negocios —dijo sonriéndole al tau de piel grisácea.

Aun'rai levantó la mano del hombro de Koudelkar y le hizo una reverencia.

—Es una decisión muy sabia, gobernador Shonai. No se arrepentirá de haberla tomado.

—Maldito seas —exclamó Lortuen Perjed al mismo tiempo que se interponía entre ellos dos de un empujón.

El anciano había levantado el bastón al hacerlo con la intención de golpear a Aun'rai. Una de las enormes máquinas de combate dio un paso adelante. Al apartarse de las demás, Koudelkar se dio cuenta de que mostraba unos símbolos diferentes. La cabeza era de color azul claro con unas rayas en el lado izquierdo, y en el centro del panel del pecho y en una hombrera tenía pintadas sendas esferas llameantes.

La máquina alzó sus armas: un monumental cañón giratorio de tubos múltiples y un grueso cañón de bocacha semicircular. Koudelkar sintió que el miedo se apoderaba de él cuando vio que las lentes de la cabeza de la máquina de combate se movían y el pequeño punto rojo de un sistema de puntería aparecía en la calva reluciente de Lortuen Perjed.

Lortuen blandió el báculo contra Aun'rai, pero los bastones aparecieron en las manos del alienígena casi como por arte de magia, y el báculo salió despedido de las manos del adepto.

Koudelkar se sintió impresionado. El enviado tau era más veloz y hábil de lo que parecía a primera vista.

La máquina de combate se inclinó sobre Lortuen.

—Retrocede o muere, gue'la —le dijo a Perjed.

Las palabras eran mecánicas, pero transmitía de un modo soberbio el tono de voz de quien había hablado, y aunque Koudelkar sentía un miedo atroz hacia la máquina, no pudo evitar preguntarse por qué el Adeptus Mechanicum no era capaz de desarrollar una tecnología similar. Estaba

claro que si aquellos alienígenas podían inventar algo así, los sacerdotes del Dios Máquina también podrían.

El gobernador agarró al adepto por el brazo y lo aferró con fuerza.

Aun’rai le indicó con un gesto a la máquina que retrocediera, y a Koudelkar le dio la impresión de que había visto un rastro de ira en el rostro del enviado.

—Os pido disculpas, gobernador Shonai —le dijo Aun’rai—. El noble El’esaven es muy protector respecto a mi persona y a veces olvida cómo debe comportarse. —El alienígena se volvió hacia Lortuen Perjed—. Y usted debería saber que la señal de alarma de su bastón ha sido interferida desde el principio.

—¡Criatura repugnante! —le gritó Lortuen al mismo tiempo que se soltaba de la mano de Koudelkar. Aun’rai dio un paso atrás para evitar su posible ataque—. ¿Cómo te atreves?

—¿Hay alguien ahí dentro? —quiso saber Koudelkar señalando a la máquina, aunque el enviado prácticamente le había confirmado sus sospechas iniciales de que cada una estaba pilotada por un ser vivo.

La idea de que los tau estaban interfiriendo una señal de alerta le pareció extraño, pero el pensamiento desapareció de su mente en cuanto Aun’rai habló de nuevo.

—Así es. Hay un piloto ahí dentro. El’esaven es un comandante de una gran reputación y habilidad.

—Entonces, esa máquina es… ¿su armadura?

—En cierto modo, sí, pero es mucho más que una simple armadura. En su lenguaje, la mejor traducción sería «traje de combate».

—¡Deja de hablar con él! —Lo interpeló Perjed—. ¿No ves lo que está ocurriendo?

—¡Adepto Perjed, contrólese! —Le gritó Mykola—. Su comportamiento es insensato.

Perjed se volvió con rapidez. La rabia proporcionaba nuevas fuerzas a sus ancianas extremidades.

—¿Mi comportamiento? ¡Eres tú quien ha llegado a un acuerdo con estas criaturas alienígenas, estúpida! ¡Estúpida! No han venido a negociar.

¡Han venido a apoderarse del planeta! ¡Abre los ojos, idiota!

Koudelkar sintió que las palabras de Lortuen le tironeaban de la mente, y se volvió hacia Aun'rai.

—Mis consejeros militares me han dicho que tenéis más soldados en Pavonis. ¿Es eso cierto?

El tau sonrió, o al menos eso supuso Koudelkar que significaban aquellos movimientos en su rostro.

—Tenemos algunas… tropas de reconocimiento con armamento ligero en Pavonis, sí. No se trata más que de una precaución, ¿lo entendéis, verdad? Dada la intolerancia de vuestra sociedad respecto a otras especies, pensé que sería prudente asegurarme de que Pavonis estaba lista para mi llegada.

—No me siento muy a gusto con la idea de que sus fuerzas armadas hayan puesto pie en mi planeta —respondió Koudelkar.

Notó que una tremenda sensación de asco y rabia crecía en su interior. Aun'rai se acercó de nuevo a Koudelkar, pero su madre se interpuso entre los dos.

—No toques a mi hijo. No le pongas ni un dedo encima, te lo advierto.

—¡Madre! —exclamó Koudelkar con un susurro, pero la implicación de lo que acababa de decirle Aun'rai se abrió paso a través de la neblina de confusión que rodeaba todos sus pensamientos. La sensación persistente de que algo iba horriblemente mal regresó con más fuerza, y levantó la mirada hacia la masa amenazante del guerrero con traje de combate que había apuntado sus armas hacia el adepto Lortuen.

Era un soldado alienígena, uno de rango elevado si de verdad era un noble, y los comerciantes no llevaban individuos armados a una conversación de negocios. Su ira aumentó más todavía, y Koudelkar notó que el deseo de hablar con aquellos alienígenas se desvanecía como un sueño medio olvidado. Negó con la cabeza. ¿En qué había estado pensando? ¿Tener tratos con alienígenas? La misma idea era ridícula.

Nada más pensar aquello, lo que quedaba de cualquier manipulación sutil a la que lo hubieran sometido desapareció y comprendió que lo que decía Lortuen era verdad.

—De hecho —continuó diciendo—, encuentro que la idea de que sus tropas estén en Pavonis es un insulto enorme. Estamos en un mundo imperial, un planeta del Emperador, y su presencia aquí constituye un acto de guerra.

—¡Koudelkar! ¡No! —Gritó su tía—. Piensa en lo que estás diciendo. ¡Piensa en Pavonis!

—Eso es lo que hago, Mykola. Estoy diciendo lo que tú deberías haber dicho hace mucho tiempo, ¡y lo que yo habría dicho si este cabrón no me hubiera influido con alguna clase de control mental alienígena! —Koudelkar se irguió e hinchó todo lo que pudo su escuálido pecho—. Aun’rai, eres un enemigo de la raza humana. Estás quebrantando la voluntad del Emperador, bajo cuya gloria y gracia está gobernada esta galaxia. Debes abandonar el planeta y no regresar jamás, o te enfrentarás a todo el poder de la furia del Imperio.

Aun’rai dejó escapar un suspiro.

—Esto es muy lamentable. Me hicieron creer que estaríais dispuesto a entrar en conversaciones con nosotros para el mayor bien de todos.

—Me alegro de decepcionarte —le replicó Koudelkar al mismo tiempo que lanzaba una mirada enfurecida a su tía.

—Estoy acostumbrado a esperar semejante estrechez de miras de tu especie, pero esta vez tenía la esperanza de que fuera diferente. Pero ten esto por seguro: Pavonis acabará formando parte del Imperio Tau. Habría sido mejor para ti que hubieras aceptado la idea, ya que habrías entrado a formar parte del futuro de este planeta, pero veo que estás tan lleno de odio y tan ciego como el resto de tu raza egoísta.

—¿Lo ves, Mykola? —Exclamó sibilante Lortuen Perjed—. ¡Fíjate bien en el verdadero rostro de estos alienígenas! No vinieron pensando en una posible cooperación, ¡sino en conquistarnos!

—Te equivocas con nosotros, adepto Perjed, pero ya es demasiado tarde para una solución pacífica —le contestó Aun’rai con lo que parecía un cierto disgusto.

Como si confirmara aquella declaración, una de las aeronaves tau que todavía estaba volando estalló y cayó dando vueltas sobre sí misma hasta

que se estrelló contra el lago levantando una impresionante ola.

La repentina violencia de aquella explosión tuvo el mismo efecto que el disparo de un lanzallamas contra un bidón de promethium.

Koudelkar levantó la mirada y vio una rugiente aeronave de color azul, rectangular y poco elegante, que pasaba aullando por encima de ellos. Sus armas destellaban y tronaban, y supo que jamás en su vida había visto algo que lo alegrara más.

El derramamiento de sangre que había empezado a borbotear desde el comienzo de aquel encuentro estalló en un crescendo de violencia. Los skitarii de Koudelkar, que habían estado deseando sembrar la destrucción entre los tau, cedieron por fin a sus impulsos bélicos. Entonces, cierto número de cosas parecieron suceder todas al mismo tiempo.

Las armaduras de combate de los tau prepararon sus armas para disparar, y los skitarii de armadura de bronce, armados con un canon y un lanzagranadas cada uno, abrieron fuego. Uno de los soldados lavrentianos se lanzó hacia Koudelkar y su madre y los derribó al suelo de un empujón. Un instante después, un huracán de disparos azotó el aire por encima de él.

El gobernador se apretó las manos contra las orejas con toda la fuerza que pudo ante aquel rugido terrible y ensordecedor. Una de las armaduras de combate se desplomó contra el suelo con la parte superior convertida en una chatarra humeante por el impacto de una serie de granadas. Los dos skitarii disparaban aullantes y exultantes, y sus armas rugían al disparar toda la furia de la letal capacidad de diseño de sus constructores.

Koudelkar rodó cuando los rifles infernales tronaron y los rayos de los disparos láser destellaron sobre él. Su madre gritó de miedo. El gobernador vio que su tía también se había tirado al suelo y gateaba presa del pánico hacia la casa. Lortuen Perjed se había doblado sobre sí mismo hasta formar una bola. También se había tapado los oídos y se esforzaba por mantenerse pegado al suelo todo lo que podía.

Un instante después, las armaduras de combate abrieron fuego.

Tres de los lavrentianos murieron de inmediato, despedazados en mitad de una tormenta de fuego cegadora. Sus cuerpos dejaron literalmente de existir, ya que las extremidades salieron despedidas por el aire cuando sus

torsos quedaron vaporizados bajo la aterradora lluvia de proyectiles. Los supervivientes se dispersaron, pero sin dejar de combatir, y siguieron disparando contra sus oponentes mientras corrían para ponerse a cubierto. Otra armadura de combate cayó bajo su fuego con el pecho agujereado por quemaduras láser.

—¡Venga! ¡Vámonos! —les gritó el soldado que los había tirado al suelo.

—¿Qué? ¡No puedo oírte! —le contestó a gritos Koudelkar. El soldado lo agarró por el cuello de la levita y le señaló la puerta.

—¡Entre en la casa! ¡Vamos!

—¡Saca a Lortuen de aquí! —le ordenó Koudelkar también a gritos para hacerse oír por encima del estruendo del combate.

Por un momento el soldado pareció dispuesto a desobedecerlo, pero luego asintió y se acercó a rastras al anciano adepto.

Koudelkar pasó una mano por encima de la espalda de su madre y ambos empezaron a arrastrarse hacia la casa. Las paredes del arboreto reventaron y cayeron al suelo en grandes fragmentos de cristal al mismo tiempo que los árboles del interior desaparecían hecho astillas por la tormenta de fuego. Koudelkar se cortó las palmas de las manos con los trozos de cristal mientras se arrastraba, y tuvo que apretar los dientes para soportar el dolor.

Uno de los skitarii se desplomó de rodillas con un agujero humeante del tamaño de un puño en mitad del pecho, pero antes de morir disparó una andanada de granadas que se colaron en el compartimento de tropas de la nave de Aun'rai. Del interior del transporte surgió un chorro de llamas y de humo, y Koudelkar oyó los horribles gritos de dolor de los soldados tau que esperaban allí. Del interior salieron varios cuerpos envueltos en llamas, y la nave se desplomó sobre su propio tren de aterrizaje cuando varias explosiones secundarias estallaron en sus costados y en uno de sus motores.

El aire se llenó de humo y de gritos, y Koudelkar tuvo la seguridad de que el disparo que lo mataría llegaría en cualquier momento. Oyó otra explosión, pero no supo dónde se había producido. Todo era un caos: rayos láser, disparos de las armas alienígenas y gritos de dolor. Era imposible

saber qué estaba ocurriendo con exactitud. El terror de Koudelkar aumentó más todavía ante la idea de morir de aquel modo.

—Creerán que soy un traidor. Si muero aquí, pensarán que soy un traidor.

—¿Qué? —le preguntó su madre gritando. Tenía la cara llena de lágrimas.

Koudelkar negó con la cabeza. Ya casi habían llegado. Hizo caso omiso del dolor que sentía en las manos laceradas y se dispuso a abrir la puerta del arboreto. Casi se echó a llorar por el alivio que sintió. El eco de unos nuevos disparos resonó en las paredes de la mansión. Algunos eran agudos, mientras que otros retumbaban como un fuego de artillería lejano.

Una sombra enorme lo cubrió. Koudelkar alzó la mirada y vio la armadura de combate que tenía el dibujo llameante grabado en el pecho.

Se quedó de pie por encima de él, y Koudelkar gritó cuando se dispuso a agarrarlo con sus guanteletes mecánicos.

Uriel bajó de un salto por el hueco de la rampa de desembarco de la Thunderhawk. El chorro aullante de sus motores mientras se mantenía inmóvil sobre la nave tau era semejante a una galerna ardiente. La hierba se aplastaba y ardía bajo la cañonera. Del vehículo tau dañado salía una columna de humo. Por su aspecto parecía ser una nave de desembarco, y de su interior no hacían más que salir soldados enemigos. Algunos estaban envueltos en Ramas y moribundos, y otros seguían combatiendo a pesar de sus quemaduras.

Learchus y una escuadra de Ultramarines llegaron al suelo y comenzaron a disparar. Detrás de ellos desembarcaron los marines de asalto del capellán Clausel, mientras que los exploradores se desplegaron detrás de las escuadras de combate para tomar posiciones desde las que ofrecer fuego de apoyo.

—¿Llegamos demasiado tarde? —preguntó Learchus a gritos.

—Creo que hemos llegado precisamente en el momento justo. ¡Adelante! —respondió Uriel.

La Thunderhawk se alejó y el capitán contempló el desarrollo del combate. Trazó un mapa del enfrentamiento en un segundo. En una terraza

con el suelo de losas se estaba librando un tiroteo feroz. La infantería tau, unos discos voladores equipados con armas y unas máquinas de combate muy altas, semejantes a dreadnoughts alargados, intercambiaban disparos con unos pocos guardias y lo que parecía ser uno de los skitarii del gobernador Shonai.

Varios disparos pasaron aullando cerca de Uriel. Eran unos dardos de luz que sisearon y chasquearon al impactar contra el casco blindado de la Thunderhawk que se alejaba. Varios guerreros tau, una docena aproximadamente, se habían posicionado bajo la protección de la nave dañada. Un soldado enemigo con un casco de color rojo claro dirigía sus disparos, y dos de las armaduras de combate abandonaron la lucha en la terraza para apoyarlos con sus armas.

—¡Capellán, a la terraza! —Aulló Uriel—. Learchus, tú y tu escuadra conmigo. ¡Acabaremos con los tau de la nave de desembarco y luego atacaremos a los demás por el flanco!

Clausel y sus guerreros se alejaron sobre columnas de fuego, y el rugido de sus retrocohetes resonó por encima de la cacofonía tartamuda de los disparos. Uriel se dirigió hacia la nave tau, y sus marines espaciales lo siguieron a través de la lluvia de disparos con los bólters por delante.

Los rayos abrasadores de las armas alienígenas cruzaron el aire mientras Uriel y sus guerreros corrían hacia la nave averiada. Oyó los impactos de las descargas de energía contra las placas de ceramita cuando varios disparos le acertaron de lleno. Uno de ellos le dio en la curva de la hombrera y rebotó pasando justo a su casco, y otro lo alcanzó en la greba. Ninguno de ellos tuvo la potencia suficiente para detenerlo.

El bólter se estremeció en sus manos cuando abrió fuego. Uno de los tau salió despedido hacia atrás cuando el pecho y uno de los hombros le reventaron al estallar el proyectil explosivo. Vio destellar otra andanada enemiga, y Uriel sintió que un disparo atravesaba la junta de su armadura a la altura de la cintura, pero apenas notó el dolor, los dispensadores de calmantes lo apagaron, y los sistemas médicos empezaron a tratar la herida.

Una tormenta volcánica de Luego pasó por encima de Uriel, y la nave tau se estremeció y se bamboleó cuando los cañones frontales de la

Thunderhawk la acribillaron. Uriel yació lo que le quedaba del cargador al mismo tiempo que el fuego de supresión de la cañonera cesaba.

Llegó hasta los restos perforados y en llamas de la nave de desembarco y se pegó de espaldas a ella.

—¡Fragmentación! —gritó mientras se sacaba un par de discos con relieve de una de las cartucheras del cinto.

Uriel lanzó las granadas por encima de la nave tau y contó hasta tres mientras desenvainaba la espada. Otras siguieron a las suyas, y una serie de estampidos apagados sacudieron la nave. Uriel oyó el repiqueteo del impacto de la metralla contra el casco.

El capitán dio la vuelta al extremo de la nave con la espada en alto por encima del hombro derecho. Al otro lado había cerca de una docena de guerreros tau que se estaban recuperando de las tremendas explosiones de las granadas. Tenían los uniformes rotos y ensangrentados, pero lo más importante era que habían perdido la concentración para el combate. La espada de Uriel brilló como un relámpago azur y la enterró en el pecho del guerrero tau que tenía más cerca. Su víctima se derrumbó sin emitir un solo sonido, y Uriel pasó por encima de su cadáver para lanzarse contra el resto de enemigos. Los alienígenas estaban heridos y desorientados, y Uriel no les dio la oportunidad de recuperarse. Atravesó la armadura de otro guerrero y le abrió un tajo del que salió un tremendo chorro de sangre.

Los tau se dispusieron a hacer frente a su carga, pero aunque llevaban puestos unos cascos que les cubrían por completo la cabeza, Uriel notó el pánico que los embargaba. Habían aterrizado esperando una misión sencilla, pero habían acabado por luchar para salvar la vida… Unos cuantos disparos pasaron relampagueantes a su alrededor. La escuadra del capitán lo siguió, pero aquel momento era suyo y sólo suyo.

Le propinó una patada en el pecho al siguiente tau, y atravesó de parte a parte la armadura del guerrero que estaba detrás. El resto de los guerreros tau lo apuntaron con sus armas, pero ya había llegado a su posición y era demasiado tarde. Aquello se había convertido en un combate cuerpo a cuerpo para el que hacía falta la destreza de un asesino brutal, y no había mejores guerreros en ese sentido que los marines espaciales. Uriel luchó

con gran economía de movimientos cuando atacó a los tau como un rayo. No desperdició ni un solo golpe, y cada vez que impactaba con el puño o con la espada, caía un enemigo.

Los tau estaban indefensos ante él, ya que era un guerrero del Adeptus Astartes y estaba luchando por algo más que la victoria: luchaba por la gloria de su capítulo. Uriel había combatido durante demasiado tiempo buscando la redención o simplemente por supervivencia.

Aquel combate lo libraba por el honor de los Ultramarines.

Learchus estaba a su lado abriéndose con la espada un sangriento camino a través de los tau. Codo con codo, lucharon como los poderosos dioses del combate que eran. Uriel no dejó de moverse en ningún momento y de matar enemigos sin duda o compasión. Esquivó y echó a un lado los cuchillos y las culatas de los rifles, y aplastó cráneos y rajó armaduras con cada golpe. Las décadas de entrenamiento y un siglo de guerras lo habían convertido en un guerrero sin par. Era una máquina de matar que jamás había conocido la derrota, y peleó con toda la habilidad que había quedado grabada en su cuerpo por el entrenamiento más terrible que se pueda imaginar.

Los disparos resonaron a su alrededor, las hojas de las espadas desgarraron la carne y la sangre fluyó a raudales. A los pocos segundos, todos los tau habían muerto. Casi una veintena de soldados enemigos yacían esparcidos por el suelo, quemados y ennegrecidos por el fuego, hechos pedazos por el filo de las espadas o destrozados por los proyectiles explosivos. Uriel asumió todas aquellas muertes sin emoción alguna y se acercó a la nave de desembarco.

—Poca gloria hemos ganado con esto —se burló Learchus—. No tenían lo que hay que tener para una pelea de verdad.

Uriel asintió y le propinó una patada a uno de los rifles tau.

—Confían demasiado en estas armas y no lo suficiente en el cuerpo a cuerpo.

—¿Cómo le va al capellán?

Uriel miró hacia la terraza donde las tropas de asalto de Clausel estaban luchando. El humo y las llamas ocultaban buena parte de esa zona de

combate, pero el sonido de los disparos y el chasquido de las espadas al chocar le indicó que todavía quedaba una batalla por ganar.

—Acerquémonos a averiguarlo —respondió blandiendo en alto de nuevo la espada.



DIEZ

La sangre se encharcaba a sus pies, y el hedor a carne quemada inundaba el abarrotado compartimento de transporte del Aguila. Nathaniel Winterbourne respiraba jadeante mientras intentaba concentrarse en el flujo de información que aparecía en las placas de datos acopladas alrededor de la cúpula circular de observación de la nave. Alithea se había superado: los iconos que indicaban la operatividad completa aparecían en prácticamente todas las unidades del Mando Espada.

Inspiró de forma repentina y profunda cuando sintió un nuevo pinchazo de dolor en el brazo herido. La bestia de caza kroot lo había mordido con fuerza, y al desaparecer la adrenalina generada en el combate sentía el brazo envuelto en llamas. Había aceptado una inyección de morfia para amortiguar ese dolor, y había empapado la herida con media botella de antiséptico. Esperaba que eso fuese suficiente para contrarrestar cualquier posible toxina alienígena que le hubiera transmitido el mordisco de la bestia.

Debajo de él, en el compartimento de pasajeros, los heridos gemían de dolor. Las heridas de sus soldados eran mucho más graves que las suyas. Habían muerto tres de ellos, aparte de su escriba y de su servidor de comunicación. También habían matado a Germaine, y sentía enormemente su pérdida. Recibiría una mención de honor junto a los soldados que habían luchado con tanta valentía a su lado. Acarició a Fynlae con la mano que tenía sana, aunque tuvo buen cuidado de no tocar los desgarros en el costado del mastivore, las heridas que el animal había sufrido durante su pelea con la bestia alienígena.

El guerrero ultramarine herido permanecía inmóvil. Habría podido decirse que estaba muerto si fuera por la falta de vitalidad que mostraba. Sus heridas eran terribles, y a Winterbourne le sorprendía que alguien, incluso un marine espacial, fuese capaz de sobrevivir tras sufrir un trauma tan espantoso. Cierto era que los Adeptus Astartes formaban casi una raza aparte, y Winterbourne rezó una corta plegaria en agradecimiento a que lucharan por el divino Emperador.

El asiento del comandante de una nave de la clase Aguila se encontraba por detrás y por encima de la cabina del piloto, y Winterbourne tenía desde

allí una visión panorámica del paisaje iluminado por la luna que se extendía bajo ellos. A su espalda, la muralla negra que formaba la cordillera Tembra aserraba el horizonte, y el brillo difuso que tenían delante pertenecía a Puerta Brandon. Una cinta luminosa se alejaba de la ciudad y se curvaba formando un arco cóncavo en su trayecto hacia el sureste, en dirección a Olzetyn, antes de llegar finalmente a la costa, a Praxedes. Más allá de Puerta Brandon, el horizonte era una brillante línea de fuego debido a la labor incesante del Adeptus Mechanicum en el interior del Cinturón Diacriano.

La nave inclinó las alas y comenzó su descenso hacia Campamento Torum, en el extremo norte de la ciudad. Winterbourne bajó la mirada de nuevo en dirección al compartimento de pasajeros, y se sintió inmensamente aliviado de que sus soldados estuviesen a punto de recibir tratamiento para sus heridas. Había sido una estupidez viajar hasta la cordillera Tembra sin llevar un equipo médico completo, pero había sido tanto su interés en acompañar a los Ultramarines que no se había preparado de forma adecuada.

Sin previo aviso, la nave se inclinó de forma pronunciada hacia la derecha haciendo que se golpeara el brazo herido contra el reborde metálico de la cúpula. Una aguda sensación de dolor le recorrió toda la extremidad y rugió de rabia.

—¡Por las heridas del Emperador! —Le gritó al piloto—. ¡Ten cuidado con lo que haces o te vas a quedar sin las alas!

El piloto no le contestó, y Winterbourne estaba a punto de continuar reprendiéndolo cuando vio las ráfagas de disparos que iluminaban el cielo por debajo de ellos. Los destellos de luz ascendían casi con pereza y pintaban la zona con brochazos luminosos. Cerca de ellos restallaron varias explosiones, y la onda expansiva sacudió la nave unos segundos después de la detonación. Por encima de Torum los disparos trazadores formaban un tupido tejido. Winterbourne reconoció aquel fuego como procedente de los tanques Hydra. Sus tanques.

Y habían estado a punto de meterse en mitad de aquel zafarrancho.

Sin duda, la rápida reacción del piloto les había salvado la vida, y Winterbourne tomó nota mentalmente de que debía disculparse por su exabrupto en cuanto aterrizaran y estuvieran a salvo.

—¡Por las pelotas de Torum!, ¿qué es lo que está pasando ahí abajo? —gritó.

—No lo sé, señor —contestó el piloto antes de hacer virar la nave en un arco amplio en sentido contrario a las agujas del reloj para sobrevolar la zona sur de la ciudad.

Winterbourne intentó ponerse en contacto con alguien de tierra, pero todos los canales estaban saturados por la estática o por una jerga binaria interrogativa.

El coronel los reconoció. Se trataba de los calculadores lógicos de puntería que comprobaban si era un contacto hostil o amigo. Miró la placa que tenía a su izquierda y se sintió aliviado cuando vio que el transpondedor estaba transmitiendo su código de identidad personal. Alargó la mano sana para tocar el emblema negro y blanco con el símbolo del engranaje grabado en el reborde metálico de la cúpula y musitó una rápida plegaria de agradecimiento al espíritu del Aguila.

Una vez tranquilizado respecto al peligro de resultar despedazado por los disparos de sus propios tanques antiaéreos, Winterbourne atisbó a través de la oscuridad para intentar descubrir qué estaba ocurriendo exactamente allí abajo. Su mirada experimentada dividió en secciones la ciudad y la estudió en profundidad para detectar cualquier cosa fuera de lo común.

No tuvo que buscar durante mucho tiempo.

Algo ardía en el extremo sur de la ciudad. Se trataba de una gran estructura con torres metálicas altas y paredes de hierro. El brillo ondulante de las llamas la iluminaba por completo, y el coronel abrió los ojos sorprendido al darse cuenta de que el Templum Fabricae estaba siendo pasto de un incendio.

—Por el cielo misericordioso… —musitó—. ¿Habremos llegado demasiado tarde?

Paseó con rapidez la mirada por el resto de la ciudad, pero no vio nada más que fuera preocupante.

—Aterrice ya —le ordenó al piloto.

—¿Dónde, señor?

—En Campamento Torum, ¿dónde va a ser? —Le replicó Winterbourne —. Y que sea pronto. Muchos soldados morirán si no llegamos allí en seguida.

—Sí, señor. Esta zona es demasiado peligrosa para un descenso normal, así que tendremos que hacerlo por el lado de la ciudad. Volaremos a baja altitud y a gran velocidad, de modo que agárrese a algo —le advirtió el piloto.

Un instante después, el piloto inclinó el morro del Aguila en un ángulo bastante pronunciado al mismo tiempo que lo dirigía hacia el noroeste. Empezó a descender a gran velocidad mientras sobrevolaba Puerta Brandon. La aeronave pasó disparada por encima de las ruinas del antiguo cuartel general del Arbites y sobre el amplio espacio abierto de la plaza de la Liberación antes de efectuar un viraje cerrado a la altura de Puerta Commercia. Las alas de la aeronave se desplegaron en toda su amplitud y el morro se elevó de un modo alarmante cuando el piloto inició la fase de aterrizaje y anuló con rapidez el impulso de avance.

Winterbourne salió despedido hacia adelante, y sólo el arnés de sujeción y un firme agarre a la silla impidieron que la cabeza se le estrellara contra el cristal blindado de la cúpula de observación. Además, el brusco descenso de velocidad le provocó un dolor agónico en el brazo desgarrado. Fynlae lanzó un gañido al salir despedido hacia un lado, y en el compartimento de pasajeros se oyeron gritos de alarma.

El Aguila se enderezó, y Winterbourne vio que los tanques Hydra no eran los únicos que estaban disparando hacia el cielo. Los comandantes de los otros tanques también disparaban hacia arriba las armas montadas en las torretas, e incluso los guardias imperiales abrían fuego desde el suelo con sus rifles láser hacia el cielo. Unos cuantos incluso apuntaron sus armas hacía el Aguila cuando la nave apareció rugiente, pero no dispararon al ver el emblema del regimiento en las alas y en el fuselaje.

Las luces de Campamento Torum brillaban con toda su fuerza, y el coronel no vio señal alguna de daños o de ataque mientras el transporte

pasaba por encima de los enormes hangares y de los barracones. ¿Qué demonios estaba pasando allí? ¿Por qué el cielo por encima del campamento estaba saturado de fuego antiaéreo?

—Aterriza allí —ordenó Winterbourne al piloto al ver un puñado de guardias imperiales en el centro de la zona de desfiles agrupados alrededor de un jinete que enarbolaba el estandarte esmeralda y dorado del 44.º.

El piloto hizo descender el Aguila y se posó con brusquedad envuelto por una nube de humo de los motores. Winterbourne apretó el botón de apertura del arnés antes incluso de que el patín delantero se hubiera posado en el suelo, y luego tiró de la palanca que hacía bajar el asiento de mando desde la cúpula de observación. Fynlae se bajó de un salto, y Winterbourne se levantó del asiento cuando el compartimento de pasajeros descendió.

Varios guardias armados con rifles láser lo esperaban cuando puso pie en tierra. La expresión de sus rostros le indicó que pasaba algo grave. Un destacamento médico corrió hacia él, pero les indicó con un gesto el interior de la nave.

—Ahí dentro hay soldados que necesitan más ayuda que yo. Encargaos antes de ellos.

Winterbourne se abrió paso a través del grupo de soldados que lo rodeaban y caminó a grandes zancadas hacia el jinete que portaba el estandarte. Alguno de los oficiales superiores del campamento se encontraría allí. Oyó voces acaloradas y notó la sensación de pánico que las embargaba.

—¿Puede alguien explicarme por qué casi me borran del cielo sobre mi propio campamento? —gritó, y los años de autoridad impresos en su voz atravesaron aquella barahúnda.

Varias cabezas se volvieron hacia él.

—¡Abrid paso! —aulló.

Los soldados se apartaron y dejaron a la vista el escenario de una matanza. Vio soldados y caballos muertos sobre enormes charcos de sangre que se extendían mientras los médicos con los uniformes ensangrentados se esforzaban por salvar la vida de los heridos.

—Oh, no.

El corazón le dio un vuelco cuando vio que el capitán Mederic estaba de rodillas y acunaba el cuerpo de la mayor Alithea Ornella. Tenía la chaqueta del uniforme pegajosa por la sangre que la cubría, y en algunos puntos se veían las manchas negras de las quemaduras provocadas por los disparos de energía. Se dejó caer de rodillas a su lado y alargó la mano para tocarle la mejilla. Todavía estaba caliente.

—Mederic, ¿qué ha ocurrido?

—Nos atacaron. Esos —le explicó el capitán de los exploradores.

Winterbourne miró hacia donde le señalaba Mederic y vio una horda de criaturas muertas con una piel de aspecto correoso de color azul y unas grandes alas membranosas que parecían de seda granulosa. Eran unas bestias repugnantes, unos monstruos híbridos resultado de la combinación de reptil e insecto. De las decenas de heridas por disparos láser salía una sangre viscosa de color amarillo que más parecía savia. Al lado de los cadáveres había pilas de armas de aspecto extraño con empuñaduras situadas en ángulos imposibles. Sus ojos muertos de múltiples facetas miraban con expresión vidriosa la zona de desfiles.

El coronel frunció los labios en una mueca de asco.

—Aguijones alados —murmuró.

—Aparecieron de la nada —dijo Mederic—. Un momento antes estábamos supervisando la movilización, y al siguiente nos estaban disparando. Dos docenas de ellos bajaron del cielo y se lanzaron contra nosotros. Acabamos con todos, pero antes de que…

Su voz se fue apagando, y luego señaló con un gesto el cadáver de la segunda al mando del 44.º.

—Vengaremos a Alithea, capitán. Téngalo por seguro.

—Le creo, señor —asintió Mederic.

Winterbourne se puso en pie y se irguió todo lo que pudo. Luego se dirigió a los guardias que lo rodeaban con toda la autoridad que poseía.

—Muy bien, preparemos a este ejército para la batalla. Quiero que todas las unidades estén en disposición de combate en menos de una hora. ¿Entendido? ¡Pues en marcha!

Mederic saludó, y los guardias lavrentianos se apresuraron a obedecer las órdenes de su coronel.

—¿Qué hay del Administratum, señor? Todavía estamos esperando su autorización.

—A la mierda con eso, Mederic. Estamos en guerra, y no pienso esperar a que un burócrata de pacotilla me diga cuándo puedo marchar al combate con mis soldados. ¡Manos a la obra!

La lucha resultó ser muy breve. Los guerreros del capellán Clausel habían sido muy meticulosos en sus tareas de destrucción, y tan sólo quedaban un puñado de discos voladores y una armadura de combate cuando Uriel y Learchus llegaron con su escuadra. Una vez cayó la última máquina tau, un curioso silencio se apoderó del campo de batalla.

Los cristales y los casquillos de proyectil crujieron bajo sus botas a cada paso que daban, y los gemidos de los heridos tau eran los únicos sonidos que rompían el silencio. Las tropas de asalto recuperaron a sus caídos mientras los exploradores de Uriel maniataban a los pocos prisioneros alienígenas. Habían muerto tres marines espaciales, y Uriel se echó a un lado para no estorbar a los guerreros de Clausel, que se llevaron los cadáveres hacia la Thunderhawk.

Uriel se acercó al capellán. El casco de Clausel estaba cubierto de sangre, y de las cuencas oculares del rostro de calavera que conformaba el frontal caían unas gotas rojas semejantes a lágrimas de rubí.

—Enhorabuena, capellán —lo saludó Uriel agarrándolo por la muñeca —. ¿A quiénes has perdido?

—Al hermano Phaetus, al hermano Ixios y al hermano Ephor. Serán recordados.

—Así será. Yo mismo grabaré sus nombres —le aseguró Uriel.

Clausel se alejó y Uriel centró la atención en las consecuencias de la batalla. Estaba enfurecido por la muerte de sus tres hermanos. Pasó con cuidado entre los restos del combate y vio media docena de aquellos drones voladores automáticos que los tau empleaban. Se encontraban esparcidos por el suelo, igual que restos de espejos plateados. Los drones estaban entre lo que quedaba de un puñado de guardias lavrentianos. Era tal el grado de

destrucción que habían sufrido sus cuerpos que a Uriel le resultó prácticamente imposible saber con exactitud cuántos habían muerto.

Se enfureció todavía más al ver aquellos cuerpos destrozados. Era repugnante que la vida de un guerrero acabara de ese modo, muerto por un enemigo sin sentimientos, sin emociones, sin espíritu. Las máquinas capaces de matar sin intervención humana eran un anatema en el Imperio, e incluso la tecnología más mortífera desarrollada por los sacerdotes de Marte llevaba imbuido un fragmento del espíritu de la máquina o estaba tripulada por un ser humano vivo.

Dos skitarii, los que Uriel había visto en la audiencia con Koudelkar Shonai, yacían también muertos, con los cuerpos quemados y acribillados por innumerables disparos. Por muy brutales y salvajes que fueran como combatientes, habían muerto defendiendo a su señor.

Uriel contó cuatro armaduras de combate destruidas. Las placas de blindaje estaban perforadas o rajadas y dejaban escapar fluidos hidráulicos sobre el suelo de piedra de la terraza, ya cubierto de una capa de sangre. A través de las placas agujereadas vio carne grisácea desgarrada, y captó el olor extraño y almizclado de los fluidos alienígenas. Recorrió el escenario de aquella matanza hasta llegar a las puertas y cristaleras destrozadas de un invernadero.

—Por lo que parece, hubo todo un combate antes de que llegáramos —comentó Learchus, que se puso a su lado.

—Sí, así es, pero no veo el cuerpo del gobernador por ningún lado —contestó Uriel.

—Puede que se refugiara en el interior —sugirió Learchus—. Me da la impresión de que estas puertas estaban abiertas antes de que las destrozaran a tiros.

—Es posible.

Uriel entrecerró los ojos al captar algo extraño debajo de una de las armaduras de combate. Pasó por encima de un charco de sangre coagulada y se arrodilló al lado del caparazón ennegrecido de una de las unidades de combate tau.

—Ven, échame una mano —le dijo a Learchus.

El sargento se reunió con él y entre los dos levantaron y empujaron la armadura de combate a un lado. La máquina era sorprendentemente pesada, ya que se había convertido en un enorme trozo de metal inmóvil tras desactivarse la fuente de energía que la propulsaba.

—Por Guilliman —musitó Learchus al ver lo que había debajo.

Lo que había era el cuerpo de otro tau, pero era evidente que no se trataba de un guerrero. La túnica que llevaba puesta era de color blanco y dorado, con bordados de un tejido multicolor y reluciente, y estaba cubierta de sangre, aunque no parecía ser suya. El cuello alto de la túnica, con gemas pulidas y adornos de porcelana, había quedado aplastado bajo su cráneo. Parpadeó, sorprendido.

—Parece alguien importante —apuntó Learchus.

—Sí, un líder de la casta dirigente. Quizá un diplomático, o alguna clase de noble.

El alienígena gimió, y el pecho se le hinchó, liberado, después de que le quitaran de encima el peso asfixiante de la armadura. Learchus lo agarró por el cuello, y su enorme guantelete lo rodeó por completo con facilidad.

—¿Crees que es quien estaba al mando?

—Dado que se encuentra en la residencia del gobernador, es bastante posible.

—Entonces, su muerte les supondrá un tremendo contratiempo —apuntó Learchus apretando a su presa.

El tau se llevó las manos al cuello y tiró débilmente de la muñeca del sargento.

—No, no lo mates —le ordenó Uriel—. Atadlo y metedlo en la cañonera. Si es el comandante supremo de los tau, podremos sacarle mucha información.

Learchus asintió y puso de pie al tau de un tirón.

—Yo mismo me encargaré de atarlo. ¿Qué quieres que hagamos ahora?

—Busca en la casa y en los alrededores. Averigua si hay supervivientes.

Al final, encontraron en la casa a quince sirvientes, que se habían escondido en cuanto comenzó el combate, pero el gobernador Shonai no apareció por ninguna parte. De los supervivientes, ninguno tenía un cargo

relevante a excepción de Mykola Shonai, la tía del gobernador, a quien Uriel había visto, en su última expedición a Pavonis, en la tumba de Ario Barzano. Los exploradores la habían encontrado escondida entre los restos destrozados del arboreto. Estaba acurrucada debajo de un banco de piedra con los ojos cerrados y las manos apretadas con fuerza contra los oídos.

Uriel se alegró de ver viva a Mykola, pero esa alegría se agrió al percibir la culpabilidad que asomó a su mirada cuando la llevaron ante su presencia. Si Uriel se había sentido asombrado por el cambio que había sufrido Pavonis, no fue nada en comparación con el cambio que observó en Mykola Shonai.

La gobernadora planetaria llena de confianza y de voluntad inquebrantable que se había enfrentado a un inquisidor imperial había desaparecido. Su lugar lo ocupaba una mujer llorosa cubierta de barro con cabellos grises y ralos y un rostro muy arrugado. En su cara se entremezclaban las lágrimas y la suciedad, y Uriel sintió una fuerte punzada de tristeza al ver que había caído en semejante estado.

—¿Uriel? Que el Emperador me proteja —susurró Mykola—. Oh, no… Lo siento. No, no, no…

Mykola apartó la mirada y se desplomó de rodillas al ver todos los cuerpos que sembraban la terraza cubierta de sangre. Miró a Learchus con expresión confundida y se tapó los ojos antes de echarse a llorar de nuevo.

—Lo siento, lo siento. Yo jamás quise que pasara esto —gritó entre sollozos—. No sabía que se lo llevarían. Lo juro.

Uriel se arrodilló sobre una pierna delante de ella y le alzó con delicadeza la barbilla.

—¿Qué es lo que ha pasado, Mykola? ¿Dónde está Koudelkar?

Mykola hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No, no puedo. Es demasiado.

—Tienes que contármelo todo. Y tienes que hacerlo ya —le insistió Uriel.

—Dijeron que sólo venían a negociar, a cerrar acuerdos comerciales. Dijeron que podrían ayudar a que Pavonis fuera próspero de nuevo, y eso era lo que yo quería. Eso es lo único que quise jamás.

Estaba claro lo que implicaban sus palabras, y Uriel sintió que lo embargaba la pena.

—Fuiste tú quien invitaste a los tau a venir, ¿verdad? Se pusieron en contacto contigo ofreciéndote acuerdos mercantiles y tú los escuchaste. Eso es lo que ocurrió, ¿verdad?

Mykola asintió.

—No lo entiendes, Uriel. Habíamos recuperado nuestro mundo desde el mismo borde del abismo. Lo habíamos salvado, pero los burócratas lo estaban destrozando poco a poco, esa gente que jamás había oído hablar de Pavonis y que mucho menos sabía lo mal que habían estado las cosas. Los tau nos ofrecieron una salida a esa situación.

—No es eso lo que ofrecen los tau, Mykola —le replicó Uriel—. Te ofrecen la esclavitud y la llaman libertad, te ofrecen una prisión en la que no te das cuenta que estás hasta que ya es demasiado tarde. Te ofrecen una elección que en realidad no es tal elección. —De repente, algo que Mykola había dicho al principio le chocó, y Uriel la agarró con firmeza por el hombro—. Koudelkar. Se lo han llevado. Los tau tienen a tu sobrino, ¿verdad? Eso es lo que querías decir con lo de «No sabía que se lo llevarían», ¿no es así?

Mykola no le respondió al principio, pero luego asintió entre sollozos.

—Sí. Una de esas máquinas de combate se lo llevó junto a mi hermana. Otra se llevó a Lortuen… Al adepto Perjed.

Uriel miró por encima del hombro los restos humeantes de la nave de desembarco tau y comparó su forma y sus características con toda la información que había asimilado en la multitud de reuniones y de partes de batalla de los Ultramarines tras sus enfrentamientos con los alienígenas.

Los lexicógrafos imperiales habían bautizado aquellas naves de desembarco con el nombre clave de Orca. Uriel comparó de inmediato su capacidad de transporte con el número de cadáveres tau que había visto. Las cifras no concordaban.

—Learchus, cuenta el número de bajas enemigas. Todas ellas: guerreros, armaduras de combate y drones.

—¿Para qué?

—Hazlo —le replicó Uriel, tajante, aunque se temía que ya conocía la respuesta.

Learchus se volvió para cumplir la orden de inmediato, y en menos de un minuto regresó con la respuesta.

—¿Cuántos?

—Cuatro armaduras de combate destruidas, veinticuatro soldados muertos y ocho drones en total. Además de tres tripulantes en la nave de desembarco, que murieron cuando la Thunderhawk la acribilló.

Uriel soltó una imprecación.

—Un Orca puede transportar seis armaduras de combate. ¿Estás seguro de que sólo hay cuatro aquí?

—Por completo. Me juego mi honor.

—Maldita sea, Mykola, ¿adónde se lo han llevado? —le preguntó Uriel.

—¡No lo sé, te lo juro por mi vida! No vi apenas nada cuando empezó el tiroteo. Sólo que una de esas armaduras, la que Aun'rai había llamado El'esaven, se llevaba a Koudelkar y a Pawluk. Luego otra se apoderó de Lortuen, pero entonces yo me metí en el arboreto. ¡No vi nada más!

—¿Aun'rai y El'esaven? ¿Quiénes son?

—Aun'rai era el enviado. —Contestó Mykola mientras se limpiaba la cara con el borde de la túnica—. El cabrón mentiroso que preparó todo esto.

—¿Un tau con túnica y sin armadura? —inquirió Uriel.

—Sí… Una túnica de color blanco crema y sin armadura.

—¿Y El'esaven? ¿Es un guerrero? —quiso saber Learchus.

—Eso creo —respondió Mykola, todavía jadeante—. Llevaba puesta una de esas armaduras de combate. Nunca antes había oído hablar de él, pero me dio la sensación de que no estaba muy contento con lo que estaba ocurriendo, como si lo único que quisiera fuera dispararnos en vez de hablar con nosotros.

—¿Visteis hacia dónde se llevaban al gobernador? —Le preguntó Learchus—. Es imperativo que rescatemos a vuestro sobrino. Las fuerzas armadas de Pavonis necesitan un líder al que seguir.

Mykola negó con la cabeza.

—No lo vi —respondió con una voz cargada de desprecio hacia sí misma—. Estaba demasiado ocupada escondiéndome.

Uriel dejó escapar un suspiro. Lo entristeció el que una sierva del Emperador que antaño se había comportado de un modo tan noble hubiera caído tan bajo por un fallo de su propio carácter. Aunque Mykola Shonai se había convertido en una traidora a los ojos del Imperio, Uriel era capaz de comprender muy bien cómo había llegado hasta aquello, porque él mismo recorrió un camino muy parecido poco tiempo atrás. Cualquier crítica que se le hiciera, por feroz que fuera, no sería nada comparada con la espantosa angustia y arrepentimiento que sufría en esos momentos, aunque ese hecho no sería tenido en consideración por aquellos que decidirían su castigo.

Uriel quiso odiar a Mykola por lo que había hecho, peo descubrió que no podía. Lo único que sentía hacia ella era pena. Llamó con un gesto a los exploradores.

—Llevadla a la Thunderhawk y atadla con los demás prisioneros. Los encerraremos en el Invernadero.

Dos de los exploradores agarraron a la angustiada Mykola y se la llevaron casi a rastras.

—¿No la llevamos a la Fortaleza Idaeus? Hay que interrogarla —preguntó Learchus.

—La Fortaleza Idaeus es nuestra base de operaciones en esta guerra a partir de ahora. No es lugar para tener prisioneros. Los agentes de la juez Sharben se encargarán de interrogarla.

Learchus asintió.

—Muy bien. ¿Y qué hay del gobernador? ¿Qué hacemos con Koudelkar?

—Vas a traerlo de vuelta.

—¿Yo? —Exclamó Learchus—. Seguro que sería mejor seguir su rastro con la Thunderhawk.

—No. Con los prisioneros y los supervivientes de este combate a bordo ya no disponemos de combustible suficiente para organizar una persecución aérea y luego regresar a Puerta Brandon. Necesito que te lleves a los exploradores y que encuentres el rastro de ese tal El’esaven. Unas máquinas

tan grandes no deberían plantear problemas a la hora de rastrearlas. Síguelos, encuéntralos y mátalos. Luego, tráeme al gobernador.

—De acuerdo —respondió Learchus mientras ponía un cargador nuevo en el bólter—. ¿Tú qué vas a hacer?

—Voy a volver a Puerta Brandon. Los combates no harán sino aumentar, y los guerreros de la Cuarta compañía necesitan a su capitán para que los dirija.

Learchus sonrió.

—Puede que después de todo hayas aprendido algo en tu juramento de muerte.

—Eso parece —admitió Uriel antes de aferrar la muñeca del sargento.

—Coraje y honor, capitán.

Uriel asintió.

—Quiero al gobernador. Encuéntralo. Hazlo por mí.

—Lo encontraremos. Por mi honor que lo haremos.



ONCE

El primer ataque contra Praxedes fue un relámpago de luz, y el primer aviso que tuvieron los defensores de la ciudad portuaria fue el estampido metálico de unos proyectiles al estallar por encima de sus cabezas. Los centinelas levantaron la vista, los tanques antiaéreos Hydra elevaron sus cañones cuádruples hacia el cielo y entonces, un momento después, el brillo cálido del sol quedó eclipsado por una explosión que llenó el firmamento de fuego incandescente. Los sistemas de puntería se sobrecargaron y se fundieron, las retinas quedaron dañadas de un modo irreparable y los, delicados sistemas sensores quedaron destrozados de inmediato.

Mientras que algunos enemigos del Imperio atacaban bajo la protección de la noche, los tau llegaron con el brillo abrasador de un millar de soles.

Una hueste de naves con forma de punta de flecha llegó volando desde el océano occidental tras aquella explosión cegadora. Habían despegado de plataformas flotantes que habían descendido sin ser detectadas hasta la superficie del planeta y se habían mantenido ocultas gracias a la tecnología alienígena. Después, habían esperado durante meses la orden de atacar de El'esaven. Las defensas aéreas de la ciudad costera, pilladas por sorpresa y cegadas por aquel cielo llameante, no tuvieron tiempo de enfrentarse a las naves atacantes. La primera oleada comenzó las pasadas de ataque cuando las sirenas empezaban a sonar para levantar de sus camastros a la mayoría de los guardias del Mando Lanza.

Veinticinco cazas de la clase Barracuda del cuerpo de cazadores de la Estrella Ardiente pasaron aullando por encima de las bases aéreas de Praxedes sin dejar de disparar los cañones que llevaban montados en el morro. La ciudad era la mayor instalación portuaria de todo Pavonis, y la mayoría de sus estructuras se habían construido en las laderas de un cráter muy antiguo que en su lado occidental había quedado abierto con el tiempo al vasto y frío océano. Los largos campos de aterrizaje y las plataformas de descarga sobresalían por encima del mar como ramas sin hojas de un árbol plateado.

Algunas de esas plataformas estaban ocupadas por naves de transporte que se utilizaban para llevar contenedores a las inmensas naves estelares de carga, pero la mayoría permanecían vacías. Muy pocos de los navíos de la

ciudad eran naves de combate, y las pocas que consiguieron despegar quedaron hechas pedazos en el aire a los pocos minutos de que se produjera el primer aviso.

Numerosas columnas de humo empezaron a subir hacia el cielo a medida que estallaban los depósitos de combustible. Las ráfagas de luz abrasadora acribillaban los hangares y las filas de contenedores del puerto. El pánico se apoderó de la ciudad. El Mando Lanza tenía su base en un edificio fortificado levantado en un lado de los muelles, y los cañones antiaéreos empezaron a abrir fuego cuando los cazas Barracuda sobrevolaron el lugar para efectuar otra pasada de ataque. El cielo quedó iluminado por las ráfagas de proyectiles trazadores, y unas cuantas aeronaves tau se desplomaron partidas en dos o con los motores destrozados por la barrera de proyectiles. En cuanto los tanques abrieron fuego, los equipos de localización ocultos en los riscos situados por encima de la ciudad los iluminaron con unos rayos de luz láser invisibles.

De las alas de las naves supervivientes salieron disparados enjambres de misiles que, al igual que sabuesos de caza con el olor a sangre en la nariz, se dirigieron rugiendo directamente hacia los tanques imperiales. Pocos momentos después, el Mando Lanza era el escenario de una matanza cuando no menos de cuatro misiles se estrellaron contra cada una de sus seis baterías antiaéreas.

La onda expansiva de las explosiones sacudió la base a medida que los tanques antiaéreos iban siendo destruidos. De los restos surgieron grandes columnas de humo espeso y aceitoso. Las llamas y las explosiones iluminaron el anochecer con un brillo naranja infernal mientras los Barracuda daban vueltas alrededor como aves carroñeras.

Una vez eliminada la defensa antiaérea de la ciudad, cuatro naves gigantescas de alas anchas, parecidas a las de un monstruo submarino que hubiera cambiado las profundidades por el cielo, llegaron volando bajo sobre el océano. Por delante de ellas empujaban grandes olas de espumeante agua negra que sacudieron las plataformas y provocaron fuertes ráfagas de aire magnetizado.

Las fuerzas imperiales conocían y temían aquellas grandes naves. Las llamaban Mantas, y eran aeronaves de transporte tremendamente poderosas capaces de transportar el equivalente de una compañía de combate. Nuevas ráfagas de proyectiles explosivos acribillaron las plataformas de aterrizaje para eliminar a cualquier posible defensor que hubiera sobrevivido hasta entonces.

Cada una de las naves alienígenas se aproximó volando bajo a una plataforma vacía y giró sobre su propio eje horizontal antes de posarse con suavidad entre chorros de agua ionizada y restos empujados por los propulsores de aterrizaje. Sus cubiertas inferiores se abrieron y cada transporte descargó cuatro ágiles tanques gravitatorios que avanzaron flotando sobre unas burbujas ondulantes de energía antigravitatoria. Cada grupo era una combinación de transportes ligeros Mantarraya, de tanques pesados Cabezamartillo y Mont’ka Shas; estos últimos cargados de misiles. En cuanto los vehículos blindados abandonaron las naves, los siguieron filas de armaduras de combate, todas ellas equipadas con armas pesadas. Las formaciones alienígenas atravesaron con rapidez las plataformas de aterrizaje.

Una vez desplegadas las armas pesadas, unas rampas telescópicas bajaron desde las cubiertas superiores y una escuadra tras otra de guerreros con armadura surgieron de sus enormes hangares. Un puñado de drones volaba por encima de los soldados, veteranos procedentes del planeta Sa’cea y que se llamaban a sí mismos los Guerreros de Fuego. Las espinas sensoras de los drones exploraban a izquierda y a derecha y transmitían la información a cada jefe de escuadra.

Todo el despliegue duró menos de un minuto, y mientras el primer Manta despegaba para marcharse, otros cuatro se posaron para desembarcar más tropas. En menos de diez minutos, más de treinta vehículos blindados, sesenta armaduras de combate y cuatrocientos soldados de infantería atravesaban las calles donde se encontraban los edificios y las estructuras de mando del puerto.

Los tanques de apoyo hicieron llover sobre el interior de las fortificaciones del Mando Lanza una descarga tras otra de misiles de una

precisión mortífera, ya que cada uno de ellos era guiado por los observadores ocultos en los riscos. Los edificios de los barracones quedaron reducidos a escombros, los emplazamientos defensivos fueron arrasados y los hangares de vehículos estallaron en llamas cuando los depósitos de combustible blindados del subsuelo se resquebrajaron por una serie de impactos coordinados a la perfección.

Cientos de guardias lavrentianos murieron en los primeros momentos del ataque, destrozados por la metralla que lanzaban los misiles al explotar o aplastados por los escombros cuando la base se fue haciendo pedazos a su alrededor. Centenares más murieron cuando una oleada de armaduras de combate de color verde oliva bajó del cielo sobre las columnas de fuego que expulsaban los retrocohetes. Los cañones giratorios acribillaron las explanadas y los rayos cegadores de fuego azul impactaron entre los grupos de soldados inmovilizados por el pánico.

Los capitanes intentaron organizar a gritos una defensa coherente, pero enfrentarse cuerpo a cuerpo a las armaduras de combate era igual que intentar atrapar el humo con las manos. Los destacamentos de armas pesadas se desplegaron y abrieron fuego, pero sus objetivos parecían insectos danzarines en el aire, moviéndose de un lado a otro velozmente gracias al impulso controlado con precisión de los retrocohetes. El fuego de los disparos destello en el interior del bastión de los lavrentianos creando un increíble entramado de luces. Unas cuantas armaduras de combate cayeron derribadas, pero las bajas entre los guardias imperiales eran mucho mayores, y el pánico empezó a convertirse en terror.

De todo el potencial blindado del Mando Lanza, tan sólo un puñado de Leman Russ Conqueror logró salir de la infernal tormenta de fuego que azotaba el campamento. Emergieron de la nube de humo acre dispuestos a enfrentarse al enemigo en su terreno. Tras ellos fueron unos cuantos transportes Chimera. Aquel gesto de desafío fue algo noble y valiente, pero las fuerzas imperiales eran penosamente inferiores en número comparadas con todos los efectivos que se habían desplegado en Pavonis meses antes.

En la batalla que se libró a continuación, los desesperados tanques imperiales, superados en número y en armamento, acabaron volando en

pedazos por los proyectiles a hipervelocidad que los reventaron por dentro y los redujeron a unas pilas ennegrecidas y humeantes de metal retorcido.

Los tau se apoderaron por completo de Praxedes en menos de una hora, y el espaciopuerto costero se convirtió en la cabeza de puente de la invasión. Además, tomaron prisioneros a más de mil guardias lavrentianos, lo que hizo que la caída de la ciudad se convirtiera en la peor derrota sufrida por el regimiento a lo largo de toda su noble e ilustre historia.

Sin embargo, la caída de Praxedes no fue más que el comienzo de una noche sangrienta.

Una vez asegurada la cabeza de puente, las unidades de vanguardia de los tau se alejaron de la costa en un avance rápido. Mientras tanto, las gigantescas Mantas siguieron desembarcando fuerzas armadas en las plataformas de descarga. Cada hora que pasaba llegaban centenares de guerreros de fuego, de armaduras de combate y de vehículos blindados a la superficie de Pavonis.

Las fuerzas de reconocimiento tau avanzaron bajo el apoyo de los cazas Barracuda a lo largo de la autopista 236, la vía arterial que seguía el curso del río en dirección a Olzetyn. Era una ciudad magnífica, sólo superada en importancia por Puerta Brandon. Estaba construida sobre una multitud de puentes que cruzaban los anchos abismos excavados en la tierra por la confluencia de tres grandes ríos, que se unían para formar un inmenso cauce fluvial que corría en dirección al oeste, hacia Praxedes. Los edificios se apiñaban como colmenas en miniatura sobre los puentes, el más grande y ostentoso de los cuales era el puente Imperator, con toda su majestuosidad dorada y marmórea.

El coronel Loic estaba al mando de las unidades de la Fuerza de Defensa Planetaria desplegadas en la gran ciudad de los puentes. Sus fuerzas estaban apoyadas por casi tres mil guardias imperiales del Mando Escudo. Una vez alertados del peligro al que se enfrentaban, tanto el coronel Loic como el capitán Cerber, del 44.º, reagruparon a sus soldados con una rapidez digna de elogio para enfrentarse a los tau, y los primeros ataques fueron rechazados con unas pérdidas mínimas.

El resto de la noche transcurrió entre feroces escaramuzas debido a que los exploradores tau se dedicaron a poner a prueba las defensas exteriores de la ciudad, pero el asalto a Olzetyn no fue más que otra de las ofensivas de los tau.

La ciudad-gueto de Jotusburg estaba siempre cubierta por el techo caliente que representaba la nube de contaminación. Los barrios abarrotados y las colmenas ruinosas eran el hogar de millones de trabajadores del Mechanicum que se afanaban en las forjas y en las armerías del Cinturón Diacriano. Las laderas de las montañas Sudinal estaban cubiertas por cientos de miles de silos, de almacenes de mineral, de hangares, de centrales de energía y de fundiciones. Esas montañas formaban una barrera vertiginosa que mantenía a la ciudad a salvo de los vientos aullantes y contaminados procedentes de los páramos meridionales.

Las regiones del sur del continente eran una extensión de hormigueros inmensos compuestos por forjas cubiertas de hierro y chimeneas de piedra que producían la mayor parte de la energía y de la materia prima que se utilizaban en las manufactorías de Pavonis.

Pero alguien había atizado esos hormigueros, que se habían puesto en marcha de inmediato.

En cuanto las sirenas de alerta resonaron por las callejas y callejones de la apestosa ciudad, se encendieron las parpadeantes lámparas de éter y las mugrientas unidades de la FD, cuyos soldados estaban cubiertos de suciedad, se apresuraron a formar es posiciones. Las unidades de tecnoguardias y de skitarii se movilizaron de un modo eficiente y se desplegaron en sus puestos de combate, pero no eran más que una pequeña fracción de las defensas. Los destacamentos de guardias imperiales del Mando Estandarte se pusieron en alerta máxima cuando llegó la orden de lord Winterbourne de que debían estar preparados para entrar en combate.

El primer aviso de que el enemigo se acercaba lo dieron, una vez más, los tanques antiaéreos Hydra. Los calculadores de combate de cada vehículo registraron la aparición de múltiples señales correspondientes a aeronaves que volaban a gran altitud procedentes del oeste. El comandante en jefe del regimiento les había dado permiso para disparar a discreción, por

lo que los tanques abrieron fuego y las brillantes ráfagas de disparos y las explosiones iluminaron la capa de contaminación que cubría Jotusburg con destellos difusos y amarillentos al provocar la explosión de los gases inflamables.

Los defensores de Jotusburg observaron atentamente el cielo estroboscópico mientras unas sombras ominosas removían la capa de contaminación por encima de ellos, con los nervios tensos por el miedo a la espera del aullido de las bombas al caer o de las naves de desembarco efectuando sus pasadas de ataque previas al aterrizaje. La espera fue insoportable, pero a medida que los minutos fueron pasando, uno tras otro, pareció que las naves tau simplemente estaban efectuando una misión de reconocimiento.

Esperanza que quedó aplastada con crueldad cuando cientos de discos resplandecientes atravesaron la nube de contaminación y cayeron como una lluvia de monedas plateadas esparcidas por una mano gigante. El cielo quedó abarrotado de siluetas cuando casi mil drones de combate fueron lanzados en masa por los bombarderos Tiburón Tigre adaptados para ello.

Los drones bajaron en picado y las armas que llevaban acopladas dispararon de forma indiscriminada contra cualquier objetivo que se les puso a tiro. Se dividieron en equipos rugientes de cazadores asesinos que zigzaguearon por las calles serpenteantes, por las avenidas y por las estaciones a oscuras y sin dejar de disparar en ningún momento.

Avanzaron sin descanso ametrallando a los tecnoguardias que todavía se estaban desplegando y emboscando a las unidades de la FDP lanzadas a la carrera antes de desaparecer entre las sombras cargadas de humo. Las torres de energía, los mástiles de comunicaciones y las estaciones de tránsito sufrieron sus ataques, lo mismo que cualquier otra cosa que pudiera ser destruida para entorpecer la respuesta imperial.

Por las calles de Jotusburg resonaron los gritos y los aullidos de confusión a medida que los drones infestaban la ciudad como si se tratara de virus. No se detuvieron en ningún momento, siempre a la caza, y la movilización que había comenzado tan velozmente se vio detenida casi en

seco cuando los defensores de la ciudad tuvieron que concentrarse en su interior para eliminar al enemigo que se había infiltrado entre ellos.

Lo único que había percibido desde que se había despertado era el dolor, un dolor, agonizante y demencial que amenazaba con provocar la huida aullante de su mente a un rincón oscuro de su cabeza para escapar de la locura. Su cuerpo era una masa de sufrimiento insoportable a pesar de la morfia que le habían inyectado. No había un solo trozo de su cuerpo que no estuviera sacudido por el dolor, y lloró lágrimas de amargura con unos ojos ya sin párpados.

Gaetan Baltazar miró fijamente el destrozo en el que había quedado convertido su cuerpo. El pecho, el torso y las extremidades estaban cubiertos por una masa de vendas de las utilizadas en quemaduras, y las manos eran poco más que garras de huesos fundidos entre sí metidas en bolsas de gel esterilizante. Cualquier semejanza con un rasgo de humanidad había quedado aniquilada por el fuego que había destruido el Templum Fabricae.

Aunque no podía verse la cara, sabía que también su cabeza era una masa quemada de tejido ennegrecido, y que uno de los ojos no era más que una bola gelatinosa y goteante. Se dio cuenta a través de la neblina del dolor y de la medicación de que estaba tumbado en una cama blanda dentro de una cámara abovedada construida con piedra de tonos pálidos.

Por encima de él colgaban unos estandartes votivos en los que se habían bordado imágenes de guerreras con armadura que protegían una vela encendida. El aire estaba cargado con el olor a incienso, a antiséptico y a muerte.

El hospicio de la Vela Eterna.

«¿Cómo he llegado hasta aquí?».

Su memoria parecía un espejo roto, en el que cada trozo reflejaba un aspecto diferente del horror que lo había confinado a una cama de aquel hospital, donde lo atendían las hermanas hospitalarias de túnicas blancas con expresiones que se alternaban entre el horror y la compasión.

Gaetan recordó las llamas y los gritos. Recordó las formas invisibles pero rielantes de los demonios que atacaron el Templum Fabricae.

Sobre todo, recordaba el fuego de las terribles armas que llevaban acopiadas en los brazos.

En cuanto los vio reuniéndose, saltaron de las vigas de hierro de la nave. Los retazos de luz les proporcionaban algo parecido a una silueta. Eran grandes, encorvados y lo bastante pesados como para romper las losas de mármol del suelo cuando aterrizaron. Gaetan parpadeó con fuerza hasta que distinguió mejor las siluetas con armadura justo cuando empezaron a disparar.

Las lenguas de fuego acribillaron el templo, y los gritos de dolor y de pánico aparecieron de inmediato. El eco incesante de los disparos compuso un himno de muerte brutal mientras los cientos de personas reunidas en el Templum Fabricae intentaban escapar de las mortíferas andanadas corriendo hacia las enormes puertas del extremo de la nave o lanzándose al suelo debajo de los bancos hechos astillas.

La huida fue imposible, porque los demonios invisibles atravesaron el templo con una meticulosidad inmisericorde y dispararon una ráfaga tras otra de proyectiles explosivos contra la masa enloquecida de fieles que huían presos del pánico. Los braseros, las lámparas y las velas cayeron derribados por la multitud en su desesperación por escapar. Las llamas empezaron a acariciar las paredes. La estatua del Emperador se tambaleó, y varios fragmentos de antracita ardiendo se desprendieron de su representación divina.

Gaetan sintió que una oleada de furia se apoderaba de él y tomó su destripadora, todavía en el altar. No sabía cuántos demonios había, pero tenía que luchar contra ellos, así que se lanzó contra la silueta borrosa que tenía más cerca.

—¡En nombre del Emperador, yo te golpeo y te maldigo! —gritó al mismo tiempo que blandía la enorme espada contra la cabeza del demonio.

Los dientes de adamantium de la espada sierra mordieron al demonio provocando una lluvia llameante de chispas y chorros de fluidos hidráulicos

y de sangre. El demonio cayó al suelo, y al hacerlo, el velo de ilusión que ocultaba su forma repugnante se desvaneció por completo.

El cuerpo que había partido estaba protegido por una armadura de placas de color verde oliva, y la cabeza bulbosa y alargada se parecía al caparazón de un insecto. No era un demonio. Era un guerrero tau de alguna clase, un intruso y un profanador de aquel lugar sagrado. El capitán Ventris había tenido razón desde el principio. Los guerreros tau ya estaban en Pavonis, y buscaban arrancar la fe del corazón a sus habitantes.

La sangre siguió saliendo a chorros de la criatura. Gaetan alzó la mirada y vio cómo las llamas devoraban todo el templo, cómo consumían a los devotos, los bancos de madera y los estandartes de seda con la misma voracidad. Arrancó la destripadora del cadáver del guerrero tau y se dirigió hacia la silueta borrosa del enemigo más cercano mientras los trozos de piedra caliente caían a su alrededor formando una lluvia negra.

Los alienígenas lo vieron acercarse y apuntaron con sus armas, pero Gaetan no pensó en salvar su propia vida. Lo único que le importaba era que aquellos viles alienígenas debían pagar por lo que habían hecho. El tiempo se comprimió sobre sí mismo, y Gaetan se dio cuenta de que no lograría alcanzar a los guerreros tau antes de que lo acribillaran.

De repente, la cabeza del Emperador se separó de los hombros de la estatua y estalló en una explosión de trozos de piedra ardientes cuando chocó contra el altar. Los guerreros alienígenas cayeron derribados por los fragmentos afilados como cuchillas. El impacto también hizo saltar por los aires a Gaetan, quien cayó sobre la carne todavía blanda de una pila de cadáveres.

Horrorizado, se apartó rodando de allí mientras el fuego lo rodeaba. El calor de las llamas le abrasó la piel y le quemó el cabello. Se puso en pie envuelto en fuego, con las ropas ardiendo, y el dolor fue inimaginable.

En unos instantes se había convertido en una antorcha humana, una furia llameante de agonía demencial. Corrió, y sus extremidades obedecieron el impulso instintivo provocado por el deseo de sobrevivir, el impulso que le hizo recorrer toda la nave en dirección a las puertas doradas que llevaban a la fresca noche que lo esperaba al otro lado. Gaetan sintió

cómo la piel se le separaba de los huesos, cómo el tejido de la túnica se carbonizaba junto a la carne, cómo su rostro perdía todo rasgo bajo el calor insoportable de las llamas inmisericordes. El templo ardía a su espalda, pero en ese momento no pensó más que en la supervivencia, que ni siquiera estaba seguro de conseguir.

No tenía ni idea de cuánto tiempo estuvo corriendo, pero recordaba los gritos de miedo y de horror, el bendito aire frío en lo poco que le quedaba de piel, en la alegría y el dolor que sintió al notar los supresores de fuego que le cubrieron el cuerpo. Luego llegó la oscuridad, y un dolor agónico más allá de todo lo que había conocido, incluso casi más allá de la cordura. Llegaron los gritos, las luces, las agujas, los rostros que lo miraban, las voces que lo llamaban por su nombre.

Cánticos. Recordaba cánticos.

Se despertó en el dolor, y lloró mientras le recorría todo el cuerpo, a sabiendas de que bajo las vendas empapadas en antisépticos que lo envolvían apenas le quedaba vida, que su existencia colgaba de un hilo extremadamente fino. Los bálsamos para contrarrestar el dolor permitieron que su mente se alejara por completo de cualquier sensación física. Se mantenía en los rincones más apartados hasta que el dolor se sobreponía a cada una de las dosis y regresaba a su sufrimiento.

A cada uno de sus lados se extendía una hilera de camastros, y sus maltrechos ocupantes llenaban la cámara resonante de gritos y gemidos. Las hermanas de la Vela Eterna que cuidaban su cuerpo destrozado conversaban sobre temas banales, pero hacía tiempo que él había dejado de escucharlas, ya que le repelía la conmiseración que traslucían sus ojos. Lo único que ellas veían era un predicador moribundo y abrasado, alguien destinado a pasar los últimos momentos de su vida sufriendo una agonía terrible e insoportable. Intentaban aliviarlo mientras le llegaba la muerte, y pensaban que estaban siendo compasivas con él.

Sólo un visitante se le acercó sin pena en el corazón.

—Verdaderamente soportas el precio de la paz y del perdón —le dijo el prelado Culla.

Estaba de pie al lado del camastro con una copia del credo imperial en la mano que tenía pegada al pecho. El predicador del regimiento lavrentiano era un individuo imponente, un sacerdote guerrero de túnica esmeralda que llevaba envainada una espada sierra a la espalda.

El cráneo pelado de Culla reflejaba la débil luz de la cámara del hospicio. Llevaba la barba separada en dos mechones, uno negro y otro plateado. Las motas doradas de las pupilas de sus ojos brillaban llenas de fe, y Gaetan se encogió de dolor al recordar el fuego que lo había dejado así.

Se pasó la lengua cubierta de pústulas por la rendija sin labios que tenía en el rostro y que era lo único que le quedaba de la boca. Oyó el siseo de un atomizador cuando soltó un breve chorro neblinoso de solución estéril para humedecerle los ojos.

—Culla, si has venido a burlarte, déjame en paz. Me muero —le dijo con voz rasposa, apenas un susurro.

—Sí, te mueres. He venido a ti como un compañero guardián de la llama.

Gaetan buscó en el rostro de Culla algún indicio de burla, pero no encontró ninguno.

—¿Qué quieres?

—Gaetan Baltazar, eres un defensor de la fe. Aunque hayas caminado entre las llamas del fuego de Vos inicuos, te alzarás de nuevo para acabar con el blasfemo, el hereje. Sí, y también con los alienígenas. En verdad te envidio, clericus fabricae.

—Entonces eres un estúpido, porque me muero —musitó Gaetan—. ¿Por qué ibas a envidiarme?

Culla alargó una mano y la colocó sobre el pecho de Gaetan, quien se encogió de dolor de nuevo.

—El sufrimiento nos acerca al Emperador. Estamos hechos a su imagen y semejanza, pero nosotros caminamos libres bajo el sol mientras Él sufre en nuestro nombre en el Trono Dorado. Con el dolor nos acercamos a Él y experimentamos una mínima parte de su sacrificio. Cualquier persona con fe debería alegrarse de sufrir semejante destino. Vivirás para luchar de nuevo, amigo mío.

—No somos amigos, Culla —jadeó Gaetan—. Lo único que predicas es la muerte y el odio.

—Es que es lo único que hay, Gaetan —le insistió Culla—. ¿Es que no lo ves? El odio es lo que nos mantiene fuertes, lo que nos proporciona la fuerza para derrotar a nuestros enemigos. Seguro que ahora ves el engaño que representa la tolerancia. La maldad de la aceptación. No debe haber paz en las estrellas, Gaetan, no mientras existan esas impuras especies alienígenas y los faltos de fe en el Emperador. Regocíjate, porque nos espera una eternidad de matanzas y combates. Acepta tu odio, porque es necesario. El odio es bueno. No puedes negarme que odias a los tau por lo que te han hecho.

Las palabras de Culla le azotaron el alma como látigos de fuego, ya que sintió el dolor de todas y cada una de ellas más allá de su carne quemada. Sí, odiaba a los tau. Los odiaba por la agonía que sufría con cada miserable segundo de vida que le quedaba. Intentó aferrarse a su creencia en la redención, en el perdón y en el hermanamiento entre las estrellas, pero un maremoto de bilis y de veneno arrastró todo aquello.

Gaetan lloró al comprobar la facilidad con que sus convicciones se desmoronaban ante el odio que sentía, y Culla sonrió mientras ese sentimiento se acomodaba en el corazón del moribundo. El predicador lavrentiano se inclinó, levantó algo pesado que estaba en el suelo al lado de la cama y se lo puso junto a una mano.

—Al fin lo comprendes, amigo mío.

—Sí —contestó Gaetan mientras cerraba la garra en que se había convertido su mano quemada alrededor de la empuñadura ennegrecida de su destripadora—. Lo comprendo, y eso me rompe el corazón.

—Seguro que Olzetyn es su siguiente objetivo —declaró lord Winterbourne mientras estudiaba la proyección sombría de la mesa hololítica. Llevaba el brazo herido protegido en un cabestrillo. El coronel se había cambiado la chaqueta y la camisa ensangrentadas del uniforme, pero aparte de eso, estaba como Uriel lo había visto la última vez en las montañas—. Jotusburg

está infestado por esos puñeteros drones, y Praxedes… bueno, lo hemos perdido. Jamás creí que llegaría el día en el que vería caer con tanta facilidad un mando de los lavrentianos.

Uriel sintió cierta simpatía hacia el coronel tras enterarse de la muerte de la mayor Ornella y la noche de combates que se habían librado en la parte occidental del continente. La mañana apenas había traído algún descanso a las fuerzas imperiales. La Cuarta compañía estaba preparada para entrar en combate, y el resto de mandos lavrentianos habían adoptado disposiciones defensivas en respuesta a la invasión tau, pero no cabía duda de que todavía estaban recuperándose de la velocidad del ataque.

Winterbourne, Uriel y Clausel estaban reunidos en el centro de mando de la Fortaleza Idaeus, y en esos momentos estudiaban los iconos parpadeantes que aparecían en la superficie de la mesa de proyección. El mastivore herido yacía tumbado a los pies de su amo, royendo un hueso que no parecía proceder de ningún animal que Uriel conociera.

En las pantallas de las placas de datos acopladas a las paredes del centro de mando aparecía un flujo incesante de toda la información que el equipo sensor del tejado era capaz de reunir, y los siervos del capítulo se la transmitían al tecnomarine conectado mediante cables al trono situado en un extremo del mismo centro de mando. Harkus seguía en el apothecarion, luchando por sobrevivir, así que el tecnomarine Achamen había tomado su lugar. De sus labios salían susurros de códigos binarios a medida que iba filtrando la información que le suministraban y que luego transmitía a la mesa hololítica.

—Ninguno nos lo esperábamos. Ese fue nuestro primer error. Asegurémonos de que sea el último —respondió Uriel—. Pero Praxedes ha caído, y tenemos que poner en movimiento nuestras fuerzas para hacer frente al avance tau. Los alienígenas están librando una guerra veloz, y a menos que actuemos de inmediato, será demasiado tarde para detenerlos.

—Entonces tenemos que salir a enfrentarnos a ellos, y de inmediato.

—Y lo haremos, pero no sin antes trazar un plan para esa batalla —contestó Uriel al mismo tiempo que señalaba la mesa—. Estos son los últimos datos que recibimos del Vae Victus antes de que el almirante

Tiberius se viera obligado a retirarse hasta el cinturón de asteroides de Caernus.

—¿Que se ha retirado? —Exclamó Winterbourne—. Maldita sea… Contaba con vuestra nave para que nos ayudara a salir de esta situación, Uriel. ¿Por qué demonios se ha tenido que retirar?

—Los tau disponen de cierto número de naves en órbita más poderosas que el Vae Victus. Son al menos dos transportes de naves de ataque, un acorazado y cierto número de naves de escolta.

—Es una flota pequeña para una invasión planetaria —comentó Clausel —. Incluso una flota de patrulla del sistema estelar podría derrotarla. ¡Ojalá tuviéramos una!

—Estoy de acuerdo. El almirante Tiberius sostiene la hipótesis de que se trata una expedición exploratoria, no una flota de invasión completa. Quizá sea un sondeo para poner a prueba las defensas de esta zona de la Franja Este y preparar un nuevo asalto.

—En ese caso, es más imperativo todavía que los derrotemos —apostilló Clausel.

—¿Cuánto tiempo tienen estas imágenes? —quiso saber Winterbourne, que observaba detenidamente la masa de iconos rojos y azules en el interior y en los alrededores de las ciudades.

—Se tomaron hace unas tres horas.

—Entonces no sirven de nada —replicó Winterbourne—. Los tau se mueven a gran velocidad, y seguro que esto no tiene nada que ver con la situación actual.

El mastivore levantó la cabeza al oír el tono de voz airado de Winterbourne y soltó un largo y profundo gruñido.

—Es cierto —admitió Uriel—, pero es lo único que tenemos, y al menos nos servirá para trazar nuestras posiciones y nuestros planes.

—¿Planes? ¿Cómo podemos planificar una batalla si no sabemos las posiciones que ocupa el enemigo? —Gritó Winterbourne—. Deberíamos estar dándole una paliza a ese tau que capturaste en la mansión de Koudelkar para que nos dé la información que necesitamos. Seguro que

sabe lo que se traen entre manos. Él y esa traidora de Mykola Shonai tienen información que podemos utilizar, estoy convencido de ello.

—Confío plenamente en que Jenna Sharben los hará hablar.

—¡Bah! Sharben no es más que una aficionada. He enviado a Culla para que les saque la verdad. Él los hará hablar, y entonces nos enteraremos de algo que valga la pena.

—Es posible —admitió Uriel, pero Winterbourne no había terminado.

—Los tau nos han pillado a contrapié, Uriel. Ellos tienen la iniciativa. ¿Cómo te propones recuperarla?

—Lucharemos —contestó Uriel inclinándose sobre la mesa de mapas —. Nos enfrentaremos cara a cara con los invasores y les arrebataremos la iniciativa con el cañón del bólter y el filo de la espada sierra. La muerte de la mayor Ornella ha sido una pérdida terrible, pero tiene que controlar esa pena, Nathaniel.

Winterbourne parecía dispuesto a contestarle iracundo, pero de repente se dio cuenta de que Uriel se había dirigido a él por su nombre de pila. Inspiró profundamente y se llevó el índice y el pulgar al puente de la nariz.

—Sí, sí, claro. Tienes razón, Uriel —respondió Winterbourne con un suspiro—. Lo siento, es que estoy un poco conmocionado, entiéndelo. Alithea ha muerto, Praxedes ha caído… Es demasiado para aceptarlo todo de golpe.

—No es excusa —lo interpeló Clausel irguiéndose por encima del coronel—. Está al mando de un regimiento de soldados del Emperador. No puede permitirse el lujo de apenarse por nada mientras haya una guerra por librar. Llore por los muertos después de que se hayan cantado los himnos de victoria.

Uriel miró a Winterbourne directamente a los ojos.

—Ahora que ya nos entendemos, veamos de qué disponemos para combatir.

Uriel, Winterbourne y Clausel se pasaron la siguiente hora discutiendo acerca de la situación estratégica. La comunicación era la clave para cualquier contraataque, y al quedar eliminado el Complejo Kaliz, los técnicos lavrentianos se habían visto obligados a montar una serie

interconectada de comunicadores principales encriptados que permitían la coordinación entre los diversos mandos.

Ya habían enviado varios convoyes de vehículos blindados con los códigos criptográficos a Olzetyn, a Jotusburg, a Madorn y a Akemaxa para permitir una acción coordinada de todas las fuerzas. Varios de ellos ya habían llegado a sus objetivos, y la información del estado de las defensas comenzaba a cruzarse entre las diferentes fuerzas imperiales.

Era evidente que Praxedes había caído en manos enemigas, quienes sin duda la estaban utilizando como cabeza de puente donde los transportes tau podían desembarcar en la superficie del planeta con el consiguiente flujo de refuerzos y suministros. Si querían frenar la invasión, debían tomar Praxedes, pero antes de lanzar semejante ataque debían contener a los tau. Las primeras ofensivas contra las defensas de Olzetyn ya habían sido rechazadas, pero era muy improbable que se pudiera detener a los tau en aquel lugar sin enviar refuerzos.

—¿Qué hay de las fuerzas en Jotusburg? —preguntó Uriel.

Winterbourne consultó una carpeta de plástico.

—Siguen luchando en las calles, pero aquello es un erial. Todo está bastante confuso, pero me han llegado informes de emboscadas ocasionales y de interrupciones en el suministro de energía. El Mando Estandarte lo dirige el capitán Luzaine. Dispone de tres mil soldados y de seiscientos vehículos blindados. A eso hay que sumarle unos seis mil miembros de la FDP, y quizá una legión de skitarii. En total, unos diez mil soldados en alerta completa. Aparte de los grupos de drones de combate que se han infiltrado, Luzaine no ha informado de más contactos de importancia con el enemigo.

—¿Qué hay de las instalaciones del Mechanicum? —inquirió Clausel.

—Han sufrido daños, pero el magos Vaal me ha asegurado que los suministros de munición y de armas no se verán afectados en cuanto los cien rituales de preparación estén completados.

—La guerra ya podría estar perdida para entonces —protestó Clausel.

—Pensé que de todos nosotros usted sería el que más entendería la importancia de los rituales, capellán.

Clausel no contestó, pero Uriel notó cómo aceptaba a regañadientes las palabras de Winterbourne.

—Trazaremos nuestros planes teniendo eso en cuenta —declaró Uriel —. Nathaniel, ¿de qué fuerzas dispone el Mando Escudo?

—El capitán Gerber tiene bajo sus órdenes a dos mil quinientos soldados y cuatrocientos tanques. El coronel Loic también está allí, con unos cinco mil miembros de la FDP. Son buenos muchachos, pero no confío en su capacidad de combate. Sólo unos pocos de ellos llegaron a luchar durante la rebelión, y el resto son muchachos muy jóvenes u hombres ya mayores que jamás han disparado a un enemigo.

—En ese caso, debemos reforzar Olzetyn. Es la ruta principal hacia Puerta Brandon, y los tau, lo mismo que cualquier otro enemigo, conocen el valor de capturar una capital planetaria. Creo que tiene razón, Nathaniel. Los tau van a intentar asaltar Olzetyn y conquistarla lo antes posible con la esperanza de anular la voluntad de lucha de Pavonis.

—Es muy posible —añadió Clausel—. Este mundo carece de espíritu de combate. Sus gentes están más preocupadas por ganar dinero que por luchar. Sin embargo, ¿por qué iban los tau a molestarse en atravesar Olzetyn? Seguro que con sus tanques gravíticos no necesitan tomar la ciudad. Pueden cruzar los ríos por donde quieran.

—Para atacar en un frente tan amplio hacen falta tiempo y efectivos —explicó Winterbourne—. Eso significaría extender sus fuerzas, y si el almirante Tiberius está en lo cierto y se trata de una incursión exploratoria, probablemente no dispondrán de tropas suficientes para montar ese tipo de ofensiva.

Uriel asintió.

—Y si pueden atravesar ese frente con rapidez, dividirán en dos tras fuerzas.

—No podemos permitir que eso ocurra. Si lo logran, estamos perdidos —afirmó Winterbourne.

—Yo me dirigiré con el grueso de la Cuarta compañía a Olzetyn. Es imperativo que la ciudad resista. Los tau necesitan vencer con rapidez, y

debemos contenerlos el tiempo suficiente hasta que lleguen los refuerzos —respondió Uriel.

—¿Y cuánto tiempo será eso?

—No estoy seguro —admitió Uriel—. El almirante Tiberius ya habrá enviado un mensaje a Macragge y al mando del sector planetario. Probablemente la ayuda ya estará de camino. Sólo tenemos que resistir lo bastante para darles tiempo a que lleguen.

—¿Qué quieres que haga, Uriel? —le preguntó Winterbourne poniéndose en posición de firmes.

—Proteja los flancos. Estoy convencido de que los tau intentarán conseguir una penetración decisiva a través de Olzetyn, pero también es probable que intenten rodearnos para atraparnos en una bolsa. Si lo consiguen, la guerra se habrá acabado.

Winterbourne saludó con el brazo sano.

—Puedes contar con el 44.º.

—Sé que puedo hacerlo, Nathaniel.

En ese momento, el tecnomarine Achamen emitió un chorro de código binario que interrumpió la conversación. Los altavoces acoplados a la mesa hololítica se activaron al traducir el lenguaje binario al gótico imperial. La voz artificial no mostró señal alguna de nerviosismo, pero el mensaje galvanizó a todos los que lo oyeron.

—Se acercan naves enemigas. Múltiples objetivos se aproximan a esta localización. La altitud, la formación y el rumbo indican una posible misión de asalto aerotransportado.



DOCE

Aunque Koudelkar no tenía referencias con las que comparar su situación, el campo de prisioneros de las afueras de Praxedes era sin duda más cómodo de lo que habría creído en una instalación de aquel tipo. A su madre y a él les habían proporcionado unas estancias privadas en el interior de una estructura en buen estado que albergaba a otros cincuenta prisioneros, aunque los soldados compartían un único dormitorio alargado y el mismo bloque de abluciones.

Habían levantado la estructura en una de las plataformas de aterrizaje vacías sobre el nivel del mar. Era un lugar limpio y cómodo, con un mobiliario sencillo y una iluminación suave. Las paredes parecían inmunes a tos intentos de grabar o de pintar algo en ellas. El nuevo hogar de Koudelkar, junto a otras veinte estructuras semejantes, estaba rodeado por una circunferencia de postes rematados por discos con forma de cúpula alrededor de la cual patrullaban unas escuadras formadas por lo que más tarde se enteró que eran guerreros de fuego.

Algunos guardias habían intentado escapar el primer día de su encierro, pero unas dolorosas descargas de la energía invisible que conectaba los postes entre sí los habían hecho salir despedidos hacia atrás. Koudelkar se quedó sentado en los peldaños que daban entrada a su estructura mirando el mar y disfrutando de la tibia luz del sol que lo acariciaba. Su madre se mantuvo dentro, tumbada de espaldas y mirando al techo liso, casi catatónica en su resignación.

—¿Cómo puedes quedarte ahí sentado? —Le preguntó Lortuen Perjed mientras se le acercaba cojeando aparatosamente debido a que los tau le habían quitado el bastón—. Deberíamos estar planeando la fuga.

—¿Las fuga? ¿Adónde?

—No importa a qué lugar, Koudelkar —le replicó Lortuen mientras se sentaba a su lado—. Y ni siquiera importa si lo logramos. Lo único que importa es que lo intentemos. He hablado con algunos de los sargentos mayores y todos están de acuerdo en que nuestro deber como ciudadanos imperiales es incordiar todo lo posible a esta escoria alienígena.

Koudelkar miró por encima de la barrera de energía que rodeaba el campo de prisioneros. Más allá de la pantalla invisible vio a un grupo de

armaduras de combate con armas pesadas que se movían con libertad por la ciudad conquistada mientras los transportes de alas anchas descendían de la órbita del planeta con más guerreros y suministros.

—La verdad es que no creo que podamos incordiarlos mucho, Lortuen.

—¿Y entonces nos quedamos aquí sentados, sometidos y obedientes?

Notó que el adepto Perjed lo miraba fijamente y se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que haga, Lortuen? ¿Quieres que organice una revolución? Estamos rodeados por un ejército enemigo, y no creo que duráramos mucho si intentábamos combatir.

—Eso no importa —insistió Lortuen—. Eres el gobernador planetario, y estos soldados buscan tu liderazgo.

—¿Estos soldados? Estos soldados son lavrentianos, y creen que apenas soy algo más que un gobernante títere al que tienen tanto que servir como vigilar. No me necesitan para liderarlos, pero si quieres fomentar una rebelión, por mí adelante, y muere por ella.

—Cualquier persona debería tener el valor necesario para morir por lo que cree que es lo correcto, y luchar contra estos alienígenas es lo correcto. —Lortuen señaló con un gesto amplio de la mano llena de manchas hepáticas a los guerreros tau—. No sabemos lo que está ocurriendo más allá de Praxedes. Al estar aquí sentados sin hacer nada, permitimos que más y más de esos abominables guerreros de fuego queden libres para luchar en la línea del frente. Si causamos problemas, tendrán que quedarse aquí para vigilarnos. Eso podría marcar una diferencia, tener una cierta importancia en esta guerra.

—Eso no lo puedes saber con seguridad.

—No, es cierto —admitió Lortuen—. Pero no sería capaz de soportar la idea de que hay soldados imperiales muriendo porque yo no he hecho nada. ¿Cómo podrías mirarte en el espejo todos los días con esas muertes en tu conciencia? ¡Piensa en tu honor!

—Somos prisioneros de guerra. ¿Qué honor nos queda?

—Sólo el que llevemos con nosotros —replicó Lortuen con voz cansada, y se quedó callado.

Las palabras de Lortuen calaron en lo más hondo de Koudelkar, y comprendió que debería sentir una ira justa y un tremendo odio contra los alienígenas, pero lo único que tenía era miedo y una creciente sensación de abandono. Apartó la mirada de Lortuen y se quedó contemplando de nuevo el mar.

La tremenda matanza de Galtrigil seguía fresca en su memoria: las salpicaduras de sangre, los cuerpos dislocados y reventados por dentro debido a los disparos de plasma, o partidos por la mitad por las ráfagas de proyectiles. Todavía conservaba el hedor a sangre y a vejigas vaciadas grabado en la nariz. Todavía oía los gritos frenéticos de los moribundos antes de que una nueva andanada los silenciara para siempre.

Aunque la batalla no había acabado, la armadura de combate con la insignia de la esfera llameante se llevó a su madre y a él lejos del combate antes de dirigirse hacia el sur en una serie de carreras de saltos mientras su compañero llevaba a Lortuen. Su madre se había pasado chillando casi todo el trayecto que habían recorrido para llegar a Praxedes, y aunque Koudelkar había sentido miedo, no se preocupó demasiado. Si aquel tal El'esaven los hubiera querido matar, ya lo habría hecho simplemente acribillándolos en mitad de la batalla.

Era evidente que el tau creía que mantenerlo con vida como cautivo podría tener alguna clase de valor, y en ese momento, unos pocos días después de su llegada al campamento de Praxedes, Koudelkar había empezado a formarse una idea de cuál podría ser ese valor.

—Me pregunto si mi tía seguirá viva —dijo de repente—. Quizá está en otro campamento de prisioneros. O a lo mejor la rescataron los Ultramarines.

Lortuen soltó un gruñido.

—Sé cuál de esas dos posibilidades es la peor para ella.

—Debes de odiarla mucho.

—¿Tú no? Se alió con estos alienígenas, y por su culpa estamos en este campo de prisioneros.

—Sí, estoy furioso con ella, pero por mucho que lo intento, no puedo odiarla. Debe de haber sido muy amargo para Mykola ver que todo por lo

que ella y los demás se habían esforzado a lo largo de los años les era arrebatado como si fueran juguetes que le quitaran a un niño díscolo.

—Pavonis se había revelado —le recordó Lortuen, como si Koudelkar necesitara que lo hicieran—. Fue precisamente mi recomendación lo que le permitió a Mykola seguir como gobernadora. ¡Y mira adónde nos ha llevado eso!

—Sí, pero durante el resto de su mandato como gobernadora imperial, Pavonis estuvo a todos los efectos bajo la ley marcial, la gobernadora quedó relegada a ser una simple figura pública.

—Sé que intentaste cambiar eso. Quizá debería haberte dejado que lo hicieras.

Koudelkar suspiró.

—Yo también creo que estaba haciendo progresos, pero todo ese trabajo bien hecho se perdió por culpa de la intromisión de mi tía. Este planeta no volverá a ser nuestro nunca, ¿verdad? Ya no.

—No, no lo será —le confirmó Lortuen negando con la cabeza—. Incluso si los tau son derrotados, Pavonis se convertirá en un mundo guarnición. Un incidente puede perdonarse con el tiempo; dos no.

Koudelkar sabía de antemano que ésa iba a ser la respuesta de Lortuen, y tuvo que contener la amargura que estaba enraizando en su corazón por culpa de la burocracia insensible y despiadada de la lejana Terra, un planeta que nunca había visto y que probablemente nunca vería.

—Dime, ¿has visto alguna señal de Aun’rai desde que nos trajeron aquí? —le preguntó a Lortuen para cambiar de tema.

—No.

—Yo tampoco. Es extraño, ¿no te parece? He llegado a la conclusión de que era algo más que un simple enviado. De hecho, si miras a los guardias, parecen inquietos por su ausencia. Creo que ese tal Aun’rai es un personaje de cierta importancia, que quizá incluso tiene un rango similar al mío.

—Es posible. El’esaven se dirigió a él con deferencia y obedeció sus órdenes, así que me imagino que debe de ser alguien importante.

—Puede que los Ultramarines hayan capturado a Aun’rai y lo utilicen como moneda de cambio para que nos liberen.

Lortuen se echó a reír, aunque Koudelkar apenas captó un atisbo de humor en aquella risa.

—¿Qué? ¿He dicho algo divertido?

El anciano hizo un movimiento negativo con la cabeza, un gesto lleno de tristeza.

—No, más bien todo lo contrario.

—Explícate.

—Si el capitán Ventris ha llegado a capturar a Aun’rai, intercambiarlo por nosotros es lo último que se le ocurrirá. Eso te lo aseguro. En cualquier caso, somos prisioneros de unos alienígenas, y nuestras vidas ya no valen nada.

—¿De que estás hablando?

—¿Es que no lo ves? —Le explicó Lortuen—. Hemos quedado corrompidos por el contacto con estos alienígenas, e incluso en el improbable caso de que nos rescaten, lo que nos espera es una bala del verdugo.

—Estás de broma.

—No. Recuerda que estuve al servicio de un inquisidor de la Oído Xenos. Sé cómo funcionan estas cosas.

—Pero ¡soy el gobernador planetario! —protestó Koudelkar.

—¿Crees que no eres prescindible? —Le preguntó Lortuen con tristeza —. Créeme, Koudelkar, el Imperio no derramará una sola lágrima por nosotros si morimos aquí.

Uriel observó desde la escotilla de comandante de su Rhino cómo enjambres de naves tau de fuselajes anchos se lanzaban hacia Puerta Brandon. De la Fortaleza Idaeus habían salido a toda velocidad cinco Rhino para cubrir el hueco existente en las defensas de la ciudad. Un par de tanques Predator completaban el convoy blindado de Uriel. Iban cada uno en un flanco, con los cañones automáticos de la torreta girando a medida que los artilleros apuntaban a posibles objetivos.

Los Hydra de la Guardia Imperial llenaron el cielo de explosiones antiaéreas, y unas cuantas naves tau desaparecieron convertidas en restos llameantes que se desplomaron hacia el suelo. Sin embargo, tras ellas aparecieron muchas más. Aquello no era un bombardeo o una demostración de fuerza, era un asalto en toda regla, y tan sólo el oportuno aviso del tecnomarine Achamen había dado tiempo a los Ultramarines para desplegarse.

La información táctica procedente del centro de mando aparecía en el visor del casco de Uriel. Siguió con la mirada el baile incesante de iconos hostiles que sobrevolaron la ciudad antes de separarse en una danza grácil, que habría sido admirable si hubiese sido una muestra de habilidad por parte de las fuerzas imperiales. Las naves tau de mayor tamaño volaron por encima de la autopista 236 en dirección a Puerta Commercia, al sur. Los carros de combate y los guardias de Winterbourne ya estaban preparados para enfrentarse a cualquier ataque contra la principal vía de acceso a la ciudad, y Uriel tenía fe en su capacidad de resistir ante el enemigo.

—Formación escalonada —ordenó, y los Rhino que lo seguían se desplegaron por detrás de su vehículo con rapidez y eficacia.

El aire estaba cargado de fuego y de humo, y aunque tenía la atención puesta al frente, Uriel vio que caían derribadas más aeronaves tau envueltas en llamas.

Oyó una serie de explosiones resonantes a su espalda, y Uriel se arriesgó un momento a mirar hacia atrás a tiempo de ver cómo una monstruosa columna de humo y fuego se alzaba por encima de la puerta sur. Una andanada de misiles había impactado contra la puerta al mismo tiempo que unas criaturas extrañas con apariencia de insectos bajaban del cielo batiendo unas alas amplias y centelleantes. Sin embargo, Uriel no pudo permitirse prestar más atención a toda aquella destrucción.

El vehículo se detuvo junto a la cara interior de un muro de piedra aplastado. Uriel empujó con los brazos para abrir la escotilla de mando, bajó al suelo de un salto y echó a correr encorvado hasta el borde del muro para contemplar el campo de batalla más reciente de aquella guerra. La zona sureste de la ciudad tenía básicamente el mismo aspecto que había

tenido en la última etapa de la rebelión. Era una franja repleta de edificios derrumbados, escombros y montones de restos. Los muros situados en la parte de la Puerta de la Justicia habían sido derribados durante la rebelión de De Vahos, lo que había dejado un punto de acceso directo al corazón de Puerta Brandon.

Si el enemigo lograba controlar esa zona, tendría la capacidad de infiltrarse por toda la ciudad.

Uriel estudió con atención el terreno y se formó mentalmente un mapa tridimensional del área. Jenna Sharben le había comentado que era su terreno de entrenamiento preferido para formar a los nuevos agentes, y el capitán entendió el motivo.

Había centenares de sitios donde esconderse y donde ponerse a cubierto.

Los campos de minas, las alambradas de espino y los cañones Thunderfire habrían contenido cualquier intento de entrada por aquella brecha. Sin embargo, todavía salía humo de los profundos cráteres abiertos por las andanadas de misiles que habían despejado una ruta de entrada. En las alambradas habían aparecido unos huecos enormes, y las zonas de terreno reventado mostraban los puntos donde ya habían estallado las minas. Además, los restos destrozados de unos cuantos sistemas de defensa automáticos sembraban aquel erial.

La mente táctica de Uriel se vio forzada a admirar la precisión metódica del bombardeo previo de los tau, aunque sabía que eso haría más difícil la resistencia. Las tropas de refuerzo ya habían salido de la Fortaleza Idaeus para apoyarlos, pero los guerreros de Uriel tendrían que ser los primeros en negarles cualquier posibilidad de avance. Unos cuantos tanques gravíticos ya estaban pasando por encima de los restos de los muros derribados al mismo tiempo que los guerreros de fuego atravesaban a la carrera los escombros.

La enorme cantidad de restos haría que fuese imposible detener al enemigo sólo disparándole. Los tau tendrían que ser rechazados por la fuerza bruta y con la espada.

—¡Desembarco! ¡Formación de asalto Konor! —gritó Uriel.

A Gaetan lo despertó el estruendo brutal de las explosiones y el tableteo de las armas cortas. Al principio creyó que estaba reviviendo el horror del ataque contra el Templum Fabricae, pero lo descartó en cuanto se dio cuenta de que estaban asaltando la ciudad.

Se despejó del sueño inducido por los calmantes y su mirada se vio atraída por la suave luz que entraba a través de las vidrieras que cubrían una pared de la cámara, donde se veía con colores vivos al Emperador en su función de sanador y salvador que atendía a los enfermos, entregaba limosna a los necesitados y daba la bienvenida a los desposeídos con su misericordia.

Ahora sabía que todo aquello era una idiotez. La misericordia y el perdón no tenían cabida en el credo imperial. Esas ideas sólo eran útiles para aquellos que vivían en lejanos planetas santuario, donde la amenaza de los alienígenas, los herejes y los mutantes era poco más que un modo de asustar a los débiles de voluntad.

Detrás de las vidrieras brilló un resplandor muy fuerte, y un momento después reventaron para convertirse en un huracán de fragmentos afilados. El viento caliente de las explosiones barrió el interior del hospicio, y Gaetan gritó cuando los cristales rotos lo alcanzaron en la cara. Varios trozos se le clavaron en el cráneo, pero el dolor tan sólo hizo que su fuerza y su ira aumentaran. El odio le llenó el pecho al oír el sonido de los combates en algún lugar del interior del edificio. Los gritos de los heridos resonaron por toda la estancia, pero Gaetan no les prestó atención. Hubo otra explosión, más cercana, y las grandes puertas de la sala salieron despedidas de sus goznes.

En la cámara que se abría al otro lado brillaban las llamas, y por fin comprendió lo que estaba ocurriendo.

Las criaturas demoníacas venían a acabar con él.

Una parte de él se dio cuenta de lo improbable que era aquello, pero el dolor y el trauma provocado por sus heridas habían arrinconado a la parte racional de su pensamiento en los lugares más recónditos de la mente.

Estaba convencido de que los tau atacaban para acabar con él, y se juró a sí mismo que aquellas odiosas criaturas alienígenas no lo encontrarían esperando la muerte tumbado y de un modo sumiso. Era Gaetan Baltazar, clericus fabricae de Pavonis, y un guerrero del Emperador.

Si los tau querían verlo muerto, le encontrarían de pie y con una arma en la mano.

Apretó los dientes mientras se incorporaba hasta quedar sentado. Sintió un dolor llameante en cada una de las terminaciones nerviosas de su cuerpo, pero lo soportó mientras el sonido de los gritos y de los disparos aumentaba de volumen.

Gaetan se arrancó con la mano libre los tubos y los cables que tenía conectados al cuerpo, y en las máquinas que tenía al lado saltaron todas las alertas. Rugió de dolor al balancear las piernas hacia el costado de la cama y apoyar los pies en el suelo. Al hacerlo, vio una pila de ropajes negros en un taburete, al lado de su destripadora. La boca sin labios de Gaetan se ensanchó en una sonrisa que dejó al descubierto los dientes cuando se dio cuenta de que era una túnica sacerdotal. Supuso que era cosa de Calla, y se apresuró a vestirse. El dolor del tejido áspero al rozar sus quemaduras fue un recordatorio bendito de su deber hacia el Emperador.

La túnica era la de un penitente, y Gaetan se la ciñó con el cinturón lleno de ganchos de hierro que atravesaron el tejido y se le clavaron en la carne. Hasta ese momento le había repugnado el culto mortificante, ya que consideraba a sus miembros unos lunáticos que tan sólo buscaban morir al servicio del Emperador. Culla había elegido bien los ropajes que debía ponerse.

Aferró la empuñadura de la destripadora con sus dedos fusionados.

Gaetan contempló las alas llameantes de águila que formaban la guarda de la empuñadura, y la boca se le abrió de par en par con la sonrisa de una calavera. El simple hecho de empuñar el arma le proporcionaba fuerzas. Se puso en pie, y el dolor desapareció por completo. Inspiró profundamente y sintió que el aire caliente le raspaba los pulmones torturados. El olor a hierro quemado de la batalla le llegó desde el otro lado de la ventana, y

Gaetan se alegró de oír el estampido de los disparos que resonaban por los desfiladeros de acero y cristal que formaban toda la ciudad.

La guerra y la muerte lo llamaban, y no fue capaz de resistir más tiempo sus cantos de sirena, del mismo modo que era incapaz de detener los latidos de su corazón. Aquella era la realidad de la fe en la Franja Este, y aunque le dolía darse cuenta, sabía que había sido precisamente gracias a esa fe que su raza había sobrevivido en la galaxia.

Se dirigió hacia la entrada destrozada y atravesó el umbral justo a tiempo de ver entrar a un puñado de guerreros con armadura en el hospicio. Tanto sus armaduras como sus armas eran inequívocamente alienígenas, y apretó el botón de encendido de su destripadora. El arma se activó con un gruñido rugiente. Sus dientes de adamantium constituían un filo mortífero capaz de partir el acero y atravesar la armadura más gruesa.

Los alienígenas lo vieron y se alegró al oír sus gritos de terror. Le apuntaron con sus armas, pero era demasiado tarde. Se lanzó entre ellos y blandió a izquierda y derecha su terrible espada. La sangre salpicó en grandes chorros las paredes de la cámara a medida que atravesaba el grupo. El rugido de la destripadora ahogaba los gritos aullantes de los alienígenas.

El combate se acabó en cuestión de segundos. La sangre de sus víctimas le empapaba la túnica, que relucía con un brillo húmedo bajo la luz de las llamas del exterior. Gaetan alzó hacia el cielo la destripadora.

—¡El Emperador encendió una llama en mi corazón para que abrasara a los inicuos y a los impuros y los apartara de su vista! —gritó—. ¡Y la luz de esa llama será un faro para los fieles, una luz que brillará en los rincones más oscuros!

Las palabras que había rechazado desde que era un novicio se convirtieron en un clarín para su alma, y reconoció la verdad que encerraban en mitad de su desesperación. Oyó el sonido de los combates que se libraban más allá de las paredes del hospicio, el aullido hambriento de la guerra, el depredador voraz siempre ansioso por conseguir más carne y más huesos que destrozar y convertir en polvo, y eternamente ávido de almas que enviar a su fin.

Esa era la realidad de la vida.

Esa era la esencia de la muerte.

Gaetan Baltazar sopesó una vez más su destripadora y se dirigió al torbellino de la batalla con un himno de condenación en los labios.

Un grupo de guerreros de fuego se apiñaban a cubierto en el interior de un cráter amplio que había sido un campo de minas. No dejaban de disparar por encima del borde del cráter, formado por escombros y tierra comprimida. A sus espaldas, un Mantarraya ennegrecido estaba volcado sobre uno de los lados. De sus motores destrozados salía una columna de humo espeso. Los rayos ardientes que disparaban los rifles de los tau acribillaban la masa retorcida de vigas oxidadas detrás de la que se cubrían Uriel y su escuadra. El capitán tuvo que agacharse cuando saltó un chorro de chispas blancas provocadas por los impactos.

Uriel colocó un cargador nuevo en el bólter y lo amartilló. Se irguió un poco y asomó la cabeza con rapidez para poder evaluar el transcurso de la batalla mientras los intentos de los tau por abrirse un camino a través de la brecha continuaban.

Los disparos destellaban y rugían a través de aquel terreno arrasado formando ráfagas segadoras. La zona de combate entre las murallas y la propia ciudad estaba repleta de cadáveres y de vehículos tau destruidos. Los guerreros de fuego poseían una buena armadura, pero no suponía apenas protección frente a las ráfagas disciplinadas del fuego de los bólter.

Los Predator, desplegados detrás de Uriel, no dejaban de disparar contra el campo de batalla. Los cañones láser emitían rayos de energía de un poder incalculable que destrozaban a los tanques enemigos, mientras que los cañones automáticos reventaban a los guerreros de fuego con salvas rugientes de proyectiles de alta velocidad. Los dos vehículos habían sufrido impactos y mostraban el casco abollado y ennegrecido, pero ambos seguían disparando. Entre los dos habían acabado con casi una docena de tanques enemigos, y todos ellos habían desaparecido envueltos en humo y llamas mientras los guerreros que iban en el interior se quemaban vivos.

La escuadra devastadora Aktis, desplegada a lo largo del muro interior, no dejaba de disparar andanadas mortíferas de cohetes contra el enemigo. Cada tormenta destructora de proyectiles de fragmentación mantenía inmovilizados a los atacantes mientras la escuadra de Uriel avanzaba hacia la brecha en las murallas. Las escuadras tácticas Theron y Nestor cubrían los flancos del capitán Ventris, y no dejaban de avanzar a su vez disparando de forma incesante contra el terreno cubierto de escombros que se abría delante de ellas. De vez en cuando un rayo de energía se abatía contra ellos, y aunque habían caído unos cuantos guerreros, Uriel vio que ninguno de ellos había muerto.

Los guerreros bajo el mando de Uriel pertenecían a la que habitualmente se denominaba escuadra Learchus, pero puesto que su sargento estaba persiguiendo a los tau en busca del gobernador Koudelkar, habían sido rebautizados temporalmente como escuadra Ventris. Learchus había insistido en ese cambio, y Uriel fue muy consciente del honor que suponía. Eran los hombres de Learchus, y el deber de Uriel era cuidar de ellos hasta que regresara su sargento.

El capitán haría por la escuadra de Learchus lo mismo que el sargento había hecho por la Cuarta compañía.

De momento habían logrado contener a los guerreros de fuego. Todos los transportes de tropas de los alienígenas habían quedado destruidos antes de que pudieran llegar a una posición en la que ponerse a cubierto. Dos de los tanques pesados tau se ocultaban detrás de los restos, y salían de su protección para disparar utilizando la cobertura de los misiles que a su vez disparaban los tanques de apoyo desplegados detrás de las murallas. Las explosiones sacudían el suelo, y de las estructuras debilitadas situadas en el perímetro del campo de batalla caían cascadas de escombros, pero los impactos no acertaban en los objetivos deseados gracias a la puntería certera de los devastadores de Uriel a la hora de eliminar a los observadores de artillería enemigos.

El visor de Uriel se oscureció por completo cuando un rayo, cegador de luz blanca le pasó por encima y alcanzó a uno de los Predator en el blindaje frontal. El proyectil a hipervelocidad atravesó el casco del tanque como si

éste tuviera la misma consistencia que la niebla. Uriel llegó a ver cómo el rastro plasmático de energía cinética provocaba la ignición de la munición de las armas del Predator. La parte superior del tanque salió despedida diez metros hacia arriba girando sobre sí misma antes de caer de nuevo a tierra, donde se estrelló con un estampido metálico fúnebre. Uriel supo con toda certeza que nadie del interior podría haber sobrevivido a una explosión de semejante potencia.

Cuando el humo de la explosión se disipó y Uriel se hubo recuperado de la impresión causada por la destrucción del carro de combate, el capitán levantó la mirada y vio a un par de drones de metal plateado que flotaban en el aire a unos pocos metros por detrás de su posición. Se volvió con el bólter dispuesto a disparar antes de darse cuenta de que ninguno de ellos parecía estar armado. Cada disco volador llevaba un artefacto con forma de bulbo en un soporte giratorio. El aparato parecía más un pictógrafo que una arma. ¿Estarían los tau grabando la batalla para estudiarla después?

Al instante vio el brillo difuso de unos círculos de luz concéntricos proyectados en la viga junto a la que se encontraba, y se dio cuenta de la amenaza que representaban aquellos aparatos.

—¡Maniobra Valkiria! —gritó al mismo tiempo que saltaba por encima de las vigas en dirección a los guerreros de fuego refugiados en el cráter.

Sus guerreros le obedecieron de inmediato. Se pusieron de pie y echaron a correr detrás de él justo al mismo tiempo que se oía el rugido de los misiles guiados que pasaban por encima de las murallas antes de comenzar el descenso hacia sus objetivos. Apenas un segundo después, una estremecedora serie de impactos retumbó cuando chocaron contra sus objetivos. Uriel salió despedido por los aires cuando la onda expansiva de las explosiones arrasó las vigas y abrió un cráter de seis metros de diámetro en el suelo.

Uriel notó cómo el calor de la deflagración lo envolvía, y mantuvo el bólter pegado al pecho. El humo le bloqueó la línea de visión, y el eco retumbante de las explosiones resonó en el interior de su casco. Rodó y recuperó de inmediato el sentido de la orientación espacial en cuanto los sensores automáticos captaron el crujido de la tierra bajo sus pies.

—¡Bombardeo! ¡Seguidme! —ordenó a gritos.

Varias figuras aparecieron en la nube de polvo y de restos que todavía caían. Apretó el gatillo y disparó una ráfaga rápida contra las siluetas. Oyó gritos, y tres de ellas se desplomaron al instante. Un rayo de luz ardiente le acertó de lleno en el pecho y trastabilló mientras la placa pectoral siseaba y de ella se desprendían varios goterones brillantes de ceramita fundida.

Disparó otra ráfaga y se agachó para esquivar la andanada de respuesta de los guerreros de fuego, que aprovechaban el bombardeo para avanzar. Uriel enfundó el bólter y desenvainó la espada, y el resto de la escuadra Ventris siguió su ejemplo. Los tau esperaban encontrarlos heridos y desorientados, y Uriel disfrutó con la idea de tener la oportunidad de hacerles pagar por ese error.

Alzó la espada por encima del hombro.

—¡A por ellos! —gritó.

Uriel atisbó un guerrero de fuego por delante de él y blandió la espada a dos manos para propinarle un tajo que lo abrió de la clavícula a la pelvis. El alienígena se desplomó sin emitir sonido alguno, y Uriel se dejó caer de rodillas cuando otro rayo de energía cruzó el aire por encima de él. Los marines espaciales se desplegaron a su alrededor sin dejar de disparar mientras se lanzaban a la carga. Cada proyectil de bólter atravesó una armadura de color verde oliva con un chasquido resonante.

Una sombra se alzó por encima de Uriel, y se lanzó hacia un lado un momento antes de que un par de pesados pies mecánicos se estrellara contra el suelo con un estampido terrorífico. Delante de él se alzaba una armadura de combate con un cañón tubular en un brazo y una chasqueante espada khopesh montada en el otro. El aire por encima de sus retrocohetes posteriores reverberaba por el calor.

La khopesh bajó veloz, y Uriel bloqueó el golpe con su propia espada. El impacto fue tremendo y le arrebató el arma de la mano. Uriel se vio de nuevo de rodillas por la fuerza del golpe, y sus guerreros se volvieron para enfrentarse a aquel nuevo enemigo. Una serie de nuevas explosiones sacudieron el suelo, y el crescendo ensordecedor se vio salpicado con el repiqueteo de los nutridos disparos y de los impactos contra las armaduras.

Una espada alienígena centelleó y dos marines espaciales cayeron muertos con la armadura atravesada por el campo de energía que rodeaba la hoja de la espada. Otro guerrero murió bajo el golpe del puño de la armadura de combate, con el casco convertido en un amasijo de ceramita y huesos.

Otra armadura de combate aterrizó de golpe, seguida por una tercera. Uriel retrocedió gateando cuando la armadura de combate se volvió hacia él. Un rayo de luz cegadora salió disparado del arma tubular. El capitán rodó de nuevo e intentó que otra armadura de combate se interpusiera entre él y el arma de plasma, cuando un segundo disparo fundió el suelo. La tercera armadura de combate se acercó a Uriel y el ultramarine le propinó una patada en la articulación de la rodilla.

La máquina se tambaleó, pero no cayó. La reacción instintiva de Uriel le había proporcionado unos pocos segundos, pero fue lo único que necesitó para recuperar su espada. Cuando el alienígena se lanzó otra vez a por él, blandió la espada contra su muslo y la hoja cargada de energía amputó la parte inferior de la pierna de la armadura.

La máquina alienígena se derrumbó pesadamente y Uriel se puso en pie de un salto al mismo tiempo que la segunda armadura cargaba contra él. Los marines espaciales rodearon a las armaduras de combate y dispararon los bólters contra ellas a quemarropa. Otro marine espacial cayó aplastado de un golpe a la vez que nuevos guerreros de fuego se unían al combate. Uriel echó el cuerpo a un lado para intentar esquivar una ráfaga rugiente de proyectiles de gran calibre y se pegó a la armadura de combate burlando su guardia para clavarle la espada en el torso.

Hundió la espada hasta la empuñadura en forma de águila y la sacó abriendo un tajo a través de la cadera. Una lluvia de chispas, de sibilante fluido hidráulico negro y sangre salió de la herida. La armadura de combate se desplomó de rodillas y la luz de las lentes del casco se apagó, al igual que la vida del piloto.

Uriel le dio la espalda a la máquina destruida justo a tiempo de ver cómo la espada khopesh de la primera armadura de combate cortaba el aire hacia él. Intentó de un modo desesperado detener el golpe, pero la hoja se

clavó en la parte superior de su hombrera antes de acabar rebotando contra su casco, del que atravesó las capas de protección exteriores.

La visión de Uriel quedó inundada por una luz roja. Alzó la espada de un modo instintivo para bloquear el golpe de revés que sabía que seguiría a continuación para rematarlo. Inclinó la espada de modo que desviara el golpe, pero la fuerza del impacto lo derribó de nuevo. La armadura de combate le propinó una patada con uno de sus pesados pies y Uriel salió despedido hacia atrás, con las placas de la armadura abolladas.

Ventris rodó hasta quedar de espaldas y vio que la armadura de combate ya se alzaba por encima de él con la espada khopesh en alto y preparada para propinarle el golpe de gracia.

Un rugido ensordecedor, semejante al del acero al ser rasgado, atronó el lugar, una columna de chispas cubrió la parte superior de la armadura de combate. Una línea llameante apareció a lo largo de la cintura de la máquina, como si una gigantesca sierra la estuviese cortando por la mitad. Uriel vio la forma angulosa de un gigante blindado a la espalda de la armadura de combate cuando la parte superior de ésta cayó desgarrada por un tremendo golpe. Las piernas de la máquina fueron las siguientes en caer, y Uriel vio entonces al hermano Zethus, una aparición enormemente bienvenida.

Los tubos múltiples del cañón de asalto del dreadnought todavía estaban girando, y de su enorme puño de combate aún caían trozos de la armadura de combate. Detrás del Antiguo vio un par de tanques de apoyo Whirlwind junto a la gigantesca y poderosa forma de un Land Raider. Las plataformas de disparo de los Whirlwind lanzaron una andanada de cohetes al mismo tiempo que el Land Raider comenzaba a destruir de forma sistemática los vehículos tau que todavía estaban combatiendo.

—Las fuerzas de apoyo se encuentran en posición, tal como ordenó, capitán Ventris —le dijo el hermano Zethus.



TRECE

Orgullo. Seguridad. Emoción. Esas sensaciones eran las que destacaban en la mente de Nathaniel Winterbourne mientras observaba sus fuerzas camino a la batalla. Los tanques Leman Russ Conqueror y Leman Russ Vanquisher atronaban por las calles anchas y llenas de humo de las manufactorías exteriores de Puerta Brandon.

Dentro de la ciudad con forma de estrella los edificios eran magníficas construcciones de piedra, acero y mármol, pero más allá de la atmósfera enrarecida de los muros, quedaba reafirmada la ennegrecida realidad de la industria que era el corazón de Pavonis.

Los complicados laberintos de hangares enmarcados por grandes portones, de enormes silos de minerales, de ruidosas fábricas de armas y de miles de kilómetros de tuberías siseantes se extendían desde el oasis que había en el centro de las zonas industriales interiores.

Era, en opinión de Winterbourne, un lugar horrible para librar una batalla.

Los tanques nunca estaban seguros en un lugar tan urbanizado, donde un simple soldado de infantería armado con un lanzacohetes podía inutilizar o destrozar un vehículo blindado. Esos lugares eran los dominios de los soldados a pie, pero Winterbourne no iba a permitir que ese hecho lo disuadiera de ir al encuentro de la avanzadilla ofensiva de los tau.

Los tanques del 44.º que había a este lado de Puerta Brandon (quince Leman Russ Conqueror y media docena de Chimera) se habían reunido en la plaza de la Liberación antes de encaminarse hacia el suroeste por las calles doradas de la Vía Commercia en dirección a la puerta más meridional de la ciudad. Los vehículos de la FDP se estaban congregando en los cruces de carreteras, mientras las pesadas excavadoras formaban terraplenes defensivos de escombros y los ingenieros de combate lavrentianos iban desenroscando alambre de púas para formar barreras.

Winterbourne tenía poca fe en que las unidades de la FDP aguantaran ante un ataque combinado por parte de los tau, pero si el enemigo llegaba hasta ese punto de la ciudad, la lucha ya estaría perdida. Unos cuantos civiles indignados discutían con los oficiales de la FDP por la destrucción de la carretera, pero la mayoría de la población de la ciudad se estaba

guareciendo en sus casas, desesperados por proteger las pocas posesiones que les quedaban.

Sintió un cierto desprecio por esa gente. Cualquier ciudadano imperial capaz de empuñar un arma debería estar en las calles y metido en una barricada: La Franja este no era lugar para vagos, y sentarse cómodamente mientras otros luchaban contra un enemigo alienígena en las mismas puertas de tu propia casa era algo propio del peor de los cobardes.

El convoy blindado de Winterbourne cruzó la Puerta Commercia, un sólido portal de adamantium cubierto de bronce grabado con la historia de los miembros fundadores de los cárteles. Una enorme torre circular de granito gris pulido flanqueaba la puerta. En sus paredes curvadas había esculpidas escenas de comercio y pretendía ser un monumento a los principios fundamentales de la integridad, la filantropía y la resolución.

Winterbourne pensó que era una pena que los descendientes de los que la construyeron no cumplieran con esos ideales.

Más allá de la ciudad, los escuadrones de tanques emergían de Campamento Torum reunidos y formados sobre la cinta de cemento que separaba el corazón de la ciudad del centro industrial que la rodeaba. La mayor parte de la región estaba en ruinas, diezmada por las luchas durante la rebelión de De Vahos.

Tras salir de la Fortaleza Idaeus en un Chimera de mando, Winterbourne desembarcó con su destacamento de protección y marchó hacia el Padre Tiempo.

Era enorme y nunca dejaba de asombrar a Winterbourne que una masa de acero tan colosal pudiera siquiera moverse, y mucho menos luchar.

Padre Tiempo era un inmenso tanque Baneblade que había servido como vehículo de mando de Winterbourne desde que lo ascendieron a coronel. Era el más poderoso de los tanques que habían salido de las líneas de producción de Marte, un vehículo tan potente que nada menor que una máquina de las Legiones Titanes se atrevería a enfrentarse a él. El tanque de Winterbourne era una del puñado de increíbles máquinas de guerra cuyo historial se podía seguir hasta las plantas de montaje de los Montes Tharsis;

su lista de honores y su legado de batalla estaban inscritos en las caras internas del anillo de su torreta.

Desgraciadamente, muy pocos de los mundos forja del Mechanicum podían todavía fabricar esos monstruos ajustándose con exactitud al modelo, y sus copias eran consideradas por los sacerdotes de Marte como una segunda generación de máquinas de guerra, en el mejor de los casos.

Ahora, encerrado herméticamente dentro del vientre de ese magnífico vehículo, miró con frustración la pantalla del auspex cuya imagen saltaba y chirriaba por las interferencias.

—¿No puedes limpiar esta puñetera imagen, Jenko? —pidió—. No veo nada.

—Lo intento, señor —dijo Jenko—. Es por culpa de las malditas estructuras de metal que nos rodean. Su composición y la conductividad hace que se compliquen los retornos. Hay tantas interferencias que la señal del auspex salta como un raptor de arena en una parrilla.

A pesar de la tensión, Winterbourne sonrió ante la imitación inconsciente de sus patrones de habla y por la colorida metáfora. El oficial de selección de objetivos del Padre Tiempo apenas había superado la adolescencia, pero el chico podía enviar un proyectil que atravesara un blindaje directamente al culo de un tanque enemigo sin que artilleros más veteranos con décadas de experiencia se dieran ni cuenta. El chico tenía una especial afinidad con el venerable tanque, y eso lo convertía en parte integral de la tripulación.

—Date prisa, muchacho —lo animó Winterbourne—. No podemos luchar contra un enemigo que no vemos.

—Casi lo tengo —afirmó Jenko—. Sólo hay que sincronizar nuestro auspex pata que filtre ciertas frecuencias.

—No me importa cómo lo hagas —lo apremió Winterbourne—, pero consígueme una imagen clara.

El asiento de mando de Winterbourne se situaba a bastante altura en el interior de la torreta principal, detrás de la tripulación del vehículo: nueve soldados muy bien entrenados, escogidos uno a uno para servir en esta máquina. El interior del Baneblade, como el de cualquier tanque imperial,

era un lugar estrecho, grasiento, ruidoso y peligroso, y aparentemente se había diseñado en un tiempo en que sólo los enanos y las víctimas de hambrunas eran elegidos para formar parte de sus tripulaciones.

Winterbourne volvió a mirar su lector de auspex al mismo tiempo que Jenko lo avisaba.

—¡Lo tengo, señor! Llegan las señales. Vehículos aproximándose. Los aparatos dicen que son enemigos.

Las curvas ondulantes de estática formaban una neblina en el panel del auspex, pero se fueron disipando hacia un segundo plano a medida que una multitud de contactos hostiles se iluminaban en la pantalla de detección.

—¡Demonios del infierno! —Exclamó Winterbourne—. ¡Los tenemos casi encima!

Cambió la posición del interruptor de comunicación para transmitir a la red de todo el escuadrón.

—A todos los vehículos. Alerta por inminente contacto —comunicó Winterbourne—. Lavrentia espera de todos y cada uno de los hombres que cumplan con su deber. ¡Luchen como si sus padres los estuvieran observando! —Winterbourne cambió al canal interno—. ¡Izen la bandera!

—Sí, señor —respondió Lars, el operador de comunicaciones del Baneblade.

Aunque no podía verla, una antena telescópica se había desplegado desde la torreta del tanque con la enseña verde y dorada del 44.º de Húsares Lavrentianos. Winterbourne sabía que era una imprudencia lucir la bandera, pero jamás se le habría ocurrido marchar al combate sin que los colores de su regimiento ondearan en Padre Tiempo.

Se inclinó para mirar a través de los bloques de visión que había por encima del arma principal y pudo ver una franja del mundo exterior a través de las grietas y rozaduras del cristal blindado. Varias formas blindadas amenazadoras se movían por la enmarañada masa de estructuras que había más adelante. Un ágil tanque tau se deslizó por detrás del edificio ennegrecido de una refinería y tras él apareció un nutrido grupo de vehículos aerodeslizadores con armas pesadas y baterías de misiles montados en sus torretas.

—¡Enemigo a la vista! —Gritó Winterbourne—. ¡Que todos los tanques abran fuego!

Algo cayó sobre el blindaje de su Baneblade con un sonoro chasquido hueco de metal contra metal, y Winterbourne se apartó de los bloques de visión de un salto. Con incredulidad observó lo que parecía un par de patas blindadas, como si fueran las de alguna máquina de guerra bípeda, y al final reconoció que pertenecían a una armadura de combate. Un destello de luz cegadora inundó la torreta cuando un arma disparó y comenzaron a sonar las alarmas.

—¡Contacto! —gritó agarrando los controles de la torreta principal y tirando de ellos hacia un lado. El metal de la torreta chirrió y los motores rugieron por la brusquedad de la maniobra. El campo de visión de Winterbourne giró a la vez que la torreta se desplazaba sobre sí misma. Sintió que el disparo del arma principal impactaba en algo, y cuando volvió a mirar la armadura de combate ya no estaba.

—¡Un objetivo, Jenko! —volvió a gritar.

—¡Cabezamartillo a las diez en punto! ¡A seiscientos metros!

—¡Lo veo! —respondió Winterbourne girando de nuevo la torreta para apuntar—. Objetivo marcado. ¡Carguen antitanque!

—¡Antitanque, señor!

Los antiguos mecanismos, que ya no comprendía nadie excepto los sacerdotes de Marte, se quejaron y chirriaron al alinear el arma principal del Baneblade con el objetivo. Por encima de la pantalla de detección de Winterbourne apareció un panel con dos culatas de pistola esmaltadas, una a cada lado.

Winterbourne empuñó las culatas a la vez que una luz verde se encendía en la pantalla.

—¡Dentro! —Anunció el cargador—. ¡Lista!

—¡Fuego! —anunció Winterbourne apretando los gatillos.

La potencia del arma principal era tal que incluso el increíble peso del Baneblade se vio impulsado hacia atrás por la fuerza del retroceso. A pesar de que el vehículo estaba formado por varias capas de blindaje y de material para amortiguar el sonido, el estruendo del disparo fue ensordecedor y el

humo acre se coló en los compartimentos de la tripulación desde la recámara de la enorme arma en el momento en que se disparó el proyectil.

—¡Le he dado! —chilló Winterbourne al ver el tanque tau reducido a metal pulverizado por la fuerza del impacto.

—¡Mantarrayas, a las once, las doce y la una! —exclamó Jenko.

—¡Carguen con proyectiles de alta potencia! ¡Preparados artilleros de baterías laterales!

El misil dibujó un arco ascendente y después cayó para impactar en la delgada superior del blindaje del Mantarraya. El vehículo reventó con un ruido atronador. Las llamas y el humo se elevaron y el tanque gravitico erró el morro en la tierra cuando estallaron sus motores.

—¡Eso por Alithea! —masculló entre dientes el capitán Mederic mientras se deslizaba por un montículo de metal retorcido y piedras hechas añicos y le pasaba el humeante lanzamisiles a su cargador, un nuevo recluta de los Mastines llamado Kaynon.

Mederic se enjugó el sudor que le caía sobre los ojos mientras Duken, su tirador auxiliar, se dejaba caer desde el borde del terraplén para reunirse con él.

—¿Blanco? —preguntó.

—Sí —asintió Duken—. Un Cabezamartillo con misiles. Liquidado.

—Impresionante —reconoció Mederic dando una palmadita en el hombro de Duken en el lugar donde llevaba la insignia de los Mastines, la compañía de exploradores del 44.º—. Ahora salgamos de aquí.

—No pienso discutir eso —dijo Duken.

—¡Cambio de posición! —Gritó Mederic, e hizo un movimiento cortante a lo largo del borde del terraplén de escombros.

Avanzó agachado entre los cascotes sabiendo que en ese preciso momento un tanque tau estaría fijando su punto de mira en el lugar de origen de sus disparos. Su escuadrón de seis mastines no necesitaba instrucciones para reposicionarse después de disparar, pero la mayor Ornella los había entrenado para que siguieran los procedimientos correctos, y de los soldados del 44.º se podía decir cualquier cosa menos que estaban mal entrenados.

Una explosión de aire ionizado pasó sobre ellos cuando la posición que había a su espalda estalló con un fuego violeta y la caliente descarga eléctrica del fuego de las armas alienígenas.

—Demasiado lento… —murmuró entre dientes mientras caía de rodillas y miraba a través de un hueco entre los montones de cemento y acero.

El campo de batalla que había ante los muros de Puerta Brandon era una visión infernal de edificios hechos pedazos e impresionantes columnas de fuego y humo acre que iban de un lado a otro. Los tanques imperiales se medían con los de los tau en el laberinto del cinturón industrial que rodeaba la ciudad creando una endiabladamente furiosa tormenta de fuego de artillería y de rayos de energía actínica.

Mederic y sus mastines estaban justo en medio de todo aquello, ayudando a equilibrar la balanza con sus ataques a la retaguardia de los tau. Otros cinco escuadrones estaban ejerciendo presión entre las ruinas para sembrar la confusión en el enemigo. Un ataque de infantería en medio de una batalla de tanques no era precisamente la acción que Mederic elegiría, pero eso mantenía su instinto de supervivencia bien alerta.

Por todos lados ardían los tanques con las tripulaciones muertas en su interior, y los guardias de a pie luchaban contra los guerreros de fuego salidos de los restos carbonizados de lo que habían sido sus transportes. No era una carga de tanques gloriosa como las que figuran en los anales de los regimientos, sino una pelea innoble y sucia de unidades blindadas que iban unas a la caza de otras a través de cortinas de humo negro.

La torre circular que una vez había flanqueado la entrada yacía ahora hecha añicos ante los destrozados restos de la magnífica puerta de bronce y un importante sector de los muros. Un ataque de misiles coordinado había machacado la mayor parte del perímetro de esa sección de la ciudad hasta dejarlo en ruinas, y los tau seguían ejerciendo presión en la brecha.

El 44.º estaba resistiendo bien, con el Padre Tiempo de lord Winterbourne en el centro de la batalla, desde donde destruía todo enemigo que se le acercaba con una precisión y una ferocidad implacables. El

Baneblade era el pilar de la defensa imperial, junto con los Leman Russ y los Hellhound que luchaban a su lado como guardaespaldas blindados.

Los tanques peleaban entre las ruinas a corta distancia, y sembraban la destrucción con descargas instantáneas y a quemarropa que atravesaban los blindajes y explotaban; sólo había fracciones de segundo entre la descarga y el impacto. Las piezas de artillería Basilisk y Medusa ubicadas dentro de los límites de Puerta Brandon se estaban ocupando de los últimos elementos del avance tau, pero los artilleros no se atrevían a disparar tan cerca de los muros por miedo a alcanzar a sus propios hombres.

Mederic vio una mancha borrosa pasando por delante de él: un Leman Russ lleno de marcas y arañazos (el Atronador tal vez), seguido rápidamente por las formas oscuras del Terra Volta y el Estrella de Lavrentia. No tenía ni idea de adónde iban, pero les deseó buena caza.

Los destellos cegadores de una luz imposiblemente brillante salieron del tejado de un almacén de mineral cercano y el Estrella de Lavrentia explotó. El tanque se ladeó sobre su oruga derecha por la fuerza del impacto antes de volcar. Varias ráfagas brillantes de aire inflamado recorrieron la trayectoria del proyectil del arma que había acabado con el tanque, y Mederic levantó la vista a tiempo de ver un trío de armaduras de combate de anchos hombros recortados contra el humo y las llamas de la batalla.

Cada uno de ellos llevaba un par de armas enormes, parecidas a los cañones de batalla pero más planas, montadas sobre pesadas plataformas que cargaban a la espalda. Realizaron un movimiento que sólo podía significar que se estaban preparando para disparar de nuevo. Otra descarga como ésa y reducirían a los otros dos tanques imperiales a amasijos de metal.

—¡Blancos! —Gritó Mederic—. ¡A las seis! ¡Eliminadlos!

Su cargador le pasó el tubo del lanzamisiles y se ajustó la mira en el ojo para ver a las tres unidades enemigas en un crudo blanco y negro. Presionó el botón de medición de alcance que había en la parte posterior de la empuñadura de disparo y como recompensa oyó el sonido cantarín en su oreja.

—¡Blanco fijado! —volvió a gritar.

La armadura de combate del centro del grupo inmediatamente giró la cabeza hacia él. Levantó los brazos y Mederic vio hileras de cabezas de combate en sus lanzadores.

—¡Mierda! —Exclamó Kaynon—. ¡Nos han visto! ¡Dispare!

—¡Fuera!

El misil saltó del tubo y se alejó una distancia segura antes de que el motor del proyectil entrara en ignición y proyectara el cohete hacia arriba. Otros dos se unieron a éste y cortaron el aire en su camino hacia las armaduras de combate tau.

—¡Moveos! —ordenó Mederic.

No se molestó en devolverle el lanzamisiles a Kaynon, sino que simplemente echó a correr hacia la zona más cercana donde poder ponerse a cubierto. Sus hombres lo imitaron mientras buscaban la forma de escapar de los disparos de respuesta de los tau. El terreno que tenían detrás se estremeció bajo un chaparrón de cohetes antipersona que impactaron contra el suelo en una rugiente sucesión de detonaciones sordas.

Mederic estaba hecho un ovillo en el suelo con polvo de rocas y tierra cayendo a su alrededor como una lluvia sólida. Tosió humo y tierra, sacudió la cabeza para quitarse los ecos resonantes de las detonaciones cercanas y rodó hasta quedarse boca arriba y quitarse de encima los fragmentos de roca. Detrás de él vio a un par de sus soldados muertos, derrumbados sobre pilas informes de carne que era todo lo que quedaba de sus extremidades inferiores.

Levantó la cabeza para ver que una de las armaduras de combate había desaparecido, pero que todavía quedaban dos en pie. Una de ellas ya no tenía el arma en la plataforma del hombro, pero el otro parecía haber logrado escapar a lo peor de los impactos de los misiles. Las armaduras de combate ya estaban apuntándoles de nuevo con sus enormes armas, lo que significaba que tanto él como sus hombres ya podían darse por muertos.

Entonces, como si un volcán que llevara siglos durmiendo volviera a la vida de repente, la parte superior de un almacén de mineral desapareció en una bola de fuego abrasadora cuando un par de proyectiles de alto poder

explosivo impactaron contra él y el inconfundible eco del disparo de un cañón resonó por encima de Mederic.

Se incorporó sobre un codo a tiempo para ver a Atronador y a Terra Volta volviendo a sus posiciones centrales una vez neutralizada la amenaza.

—Si salimos de ésta vivos, recuérdeme que invite a algo a esos chicos —dijo Duken acercándose a gatas adonde estaba él.

—No creo que supieran que estábamos aquí —respondió Mederic mientras recogía las melladas y ensangrentadas chapas de los soldados muertos. Tenían la forma de un perro gruñendo y todos los exploradores del 44.º las llevaban con orgullo.

—Tal vez no, pero cualquier ayuda es bienvenida.

—Estoy de acuerdo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Kaynon echándose al hombro su reserva de cohetes.

—Nos vamos —dijo Mederic recogiendo el polvoriento lanzamisiles del suelo—. No nos pagan para que volvamos a la base con misiles sin usar.

La sangre caía por la mejilla de Winterbourne desde el lugar donde su cabeza había golpeado la cara interna de la torreta tras una descarga especialmente dura por parte de un grupo de Cabezamartillo. Un trío de proyectiles de hipervelocidad había impactado contra el blindaje lateral de Padre Tiempo y le había arrancado el compartimento del artillero lateral y hecho saltar de sus puestos al resto de la tripulación.

Winterbourne había perdido el conocimiento un momento, y cuando lo recobró, los tres tanques tau estaban aniquilados. El Terra Volta se había encargado del primero, el Orgullo de Torum de otro, y una serie de misiles de uno de los escuadrones de los mastines de Mederic se había ocupado del último.

La metralla que se había desprendido por los impactos había acabado con su operador de comunicaciones y con uno de los cargadores. El interior del vehículo olía a sangre, a grasa y a sudor, y Jenko hacía ahora las

funciones de enlace con el resto de los vehículos así como las suyas propias de oficial de elección de objetivos.

—¿Se sabe algo de Uriel? —preguntó Winterbourne.

—Nada, señor —respondió Jenko apretándose los auriculares pegajosos a un lado de la cabeza.

Winterbourne soltó un juramento en voz baja y volvió su atención al panel de detección.

La batalla era una enorme confusión de vehículos destrozados, disparos, blindajes en movimiento y explosiones. El número de bajas imperiales iba subiendo rápidamente. Era imposible decir con exactitud cuántos tanques habían quedado destruidos en la batalla, pero cada pérdida era un duro golpe. A Winterbourne no le iba a resultar fácil tener que revisar la lista de muertos al final del combate. El Hacedor de Cráteres pasó a toda velocidad por el flanco con el cañón de batalla rugiendo y un trozo de un molino se desintegró unos metros más adelante. Al principio Winterbourne pensó que el tanque había errado el tiro, pero entonces los pisos superiores del edificio se derrumbaron y apareció un tanque Mont'ka Shas, un Cabezamartillo modificado para lanzar misiles, que estaba refugiado tras una pila de trozos de hormigón desintegrados. *Gematria* y *Atronador* se pusieron en movimiento mientras sus torretas giraban y dispararon a una masa de tanques tau que se acercaba: dos Cabezamartillo y un Mantarraya.

—¡Objetivos a la derecha! —Gritó haciendo girar la torreta del Baneblade—. ¡Disparen proyectiles de alto explosivo a discreción!

—Sí, señor.

—¡Doscientos metros!

—¡Dentro! ¡Listo!

—¡Fuego! —gritó Winterbourne, y el Padre Tiempo se estremeció con el retroceso del arma principal.

El repiqueteo de la recámara abriéndose y cerrándose se perdía en el ensordecedor rugido que llegaba desde la brecha en el blindaje dónde habían arrancado el arma lateral, y Winterbourne supo que pasarían días antes de que los ecos de todo aquello abandonaran sus oídos.

Uno de los Cabezamartillo estaba neutralizado, partido por el pesado proyectil, y con la torreta, que no se veía por ninguna parte, arrancada del chasis. El otro estaba manteniendo un duelo que iba a perder con Gematria y Atronador. Tenía los motores en llamas y el blindaje abierto por alguna descarga que lo había atravesado. El Mantarraya estaba sensiblemente tocado, así que descargó sus tropas antes de intentar huir de las vengativas armas de los tanques imperiales.

Cientos de guerreros de fuego se aventuraron entre las ruinas, y a Winterbourne no le quedó más remedio que admirar su coraje. Avanzar en medio de una batalla de blindados requería una buena cantidad de valor, y sus armas, aunque no suponían ninguna amenaza para los tanques, sí que estaban cobrándose una cuenta espantosa entre los guardias de a píe.

Unos drones zigzagueantes aparecieron a toda velocidad en medio de la batalla para marcar objetivos a los tanques auxiliares de los tau, y el aire se llenó de chisporroteantes disparos láser y de proyectiles sólidos mientras los soldados imperiales intentaban derribarlos y ganarse un pequeño respiro en la constante lluvia de misiles.

Los Sentinel peinaban los escombros y los destrozos de la batalla luchando con las ágiles armaduras de combate entre las ruinas del barrio industrial de Puerta Brandon. Aunque los superaban en número, los Sentinel lucharon con todas sus fuerzas y sus cañones automáticos barrieron el terreno deshaciéndose de un buen número de enemigos con cada salva. Era una lucha desigual, y las armaduras de combate, ayudadas por los misiles teledirigidos de los drones, finalmente pudieron con ellos.

—No podemos seguir así —se dijo a sí mismo en un susurro volviendo su atención hacia al panel de detección. Las lecturas eran confusas, pero la impresión que daba era que los dos bandos estaban a la par. Los tau no parecían tener intención de continuar su avance por el hueco abierto en los muros, mientras que la fuerza de Winterbourne mantenía su posición pero no podía hacerlos retroceder.

Era un callejón sin salida que sólo terminaría cuando ambas fuerzas acabaran la una con la otra.

—¿Señor? —preguntó Jenko.

—Esto no funciona —dijo Winterbourne—. No están presionando lo suficiente y nosotros sólo nos estamos manteniendo en la lucha.

Una luz amarilla destellante apareció en el bloque de visión y Winterbourne miró para ver como el Hellhound Luz del Emperador hacía que las destruidas ruinas de una planta de procesamiento quedaran bañadas en voraces llamas. Un nutrido grupo de kroots tuvo que salir de su escondite y Winterbourne sonrió al ver su obvio dolor. Sólo un guerrero kroot, uno con una llamativa cresta de plumas rojas, evitó la letal avalancha de promethium y desapareció entre los escombros.

—Eso es lo que tenemos que hacer —dijo—. Presentarles batalla. Sólo estamos reaccionando ante sus ataques.

—¿Señor?

—Maldita sea, Jenko, nos tienen como marionetas danzando al son de su música —maldijo Winterbourne—. No sé a qué juego están jugando, pero nos tienen a nosotros jugándolo también. Pues Nathaniel Winterbourne no baila a ningún son que no sea el suyo propio. ¡Pase mis órdenes a todos los tanques! ¡Avancen! ¡Abran una brecha en el centro de la línea y empujemos a esos cabrones de vuelta a la autopista!

Una explosión cercana hizo tambalearse al Padre Tiempo, pero Winterbourne no sintió nada ahora que había llegado a ese lugar que hay en la mente de los guerreros en el que todos los miedos quedan relegados por la completa convicción sobre el curso de acción que han elegido.

—¡Todos los vehículos confirman que han recibido las órdenes, señor! —gritó Jenko.

Los motores del Padre Tiempo rugieron y expulsó una oscura nube de humo por el tubo de escape antes de lanzarse hacia adelante desparramando roca pulverizada. La bestia blindada pisó acero y piedras, triturando todo lo que quedaba bajo su peso en su avance imparable. Sus armas principales soltaron rugidos que resonaban por todas partes, y cada proyectil monstruosamente poderoso destruía todo objetivo a su alcance.

Su batería de armas antipersona de calibre pesado limpiaba la zona que tenía delante de él como si estuviera segando con una guadaña, y los guerreros de fuego huían presas de terror. Aquellos que no eran lo

suficientemente rápidos o sensatos para retirarse, acababan bajo las orugas del Baneblade, aplastados por su descomunal peso. Nada podía dañar a una máquina de guerra tan poderosa. Las brillantes ráfagas de luz que salían de las armas de los guerreros de fuego hacían poco más que arañar la pintura de las impenetrables placas de su blindaje.

En la estela del enorme tanque iban todos los blindados del 44.º Regimiento Lavrentiano: Conqueror, Vanquisher, Executioner, Hellhound y Chimera. Cada comandante de tanque seguía el ejemplo de su líder y conducía a toda velocidad hacia las líneas enemigas con las armas rugiendo en una incansable andanada de proyectiles.

Un grupo de Cabezamartillo en formación de cuña intentó interceptar a Padre Tiempo, pero el conductor de Winterbourne los vio venir y aceleró los motores mientras giraba su montura blindada hacia ellos. Los proyectiles de hipervelocidad se estrellaron contra la parte frontal del Baneblade haciendo grandes boquetes en el blindaje, pero no consiguieron detener su avance. Un tanque alienígena giró sobre sí mismo y huyó, pero los demás mantuvieron su posición.

El Padre Tiempo se estrelló contra el primero y toda su masa se levantó al pasar sobre el vehículo tau. El blindaje de los tanques alienígenas era fuerte y ligero, pero no podía hacer frente a las trescientas toneladas de un Baneblade. Como si fuera un trozo de hojalata bajo la hora de un soldado, el vehículo tau quedó aplastado en una explosión cegadora provocada por una descarga eléctrica.

El segundo vehículo hizo un solo disparo antes de intentar escapar, pero la valentía de su tripulación iba a costarles la vida, porque el Padre Tiempo se estrelló contra ellos de lado. El Cabezamartillo cayó de costado y el Baneblade lo desplazó hacia adelante diez metros para finalmente lanzarlo al abismo.

Fue una carga gloriosa, pero no exenta bajas. El Cazador Estepario, el depredador de las emboscadas que había roto la línea enemiga en Chatos, desapareció en una bola de fuego cuando un disparo a corta distancia de una armadura de combate prendió en los tanques de combustible e incendió el compartimento de municiones. El Hacedor de Cráteres encajó un disparo

directo que abrió en dos su blindaje y destrozó el motor. En cuanto la tripulación salió, todos cayeron ante una horda de guerreros kroot liderada por el de las plumas rojas en la cabeza que antes había visto Winterbourne.

Los kroot descuartizaron a la tripulación del Hacedor de Cráteres, pero cuando estaban completando su carnicería, una figura solitaria con las vestimentas negras de un mortificante emergió del fuego de la batalla con una enorme espada destripadora en la mano. El sacerdote aullante empezó a lanzar tajos entre los kroots, pero Winterbourne no pudo ver más entre el humo y la confusión de la carga de blindados.

La carga de Winterbourne estaba haciendo retroceder a los tau, pero los alienígenas les estaban pasando una horrible cuenta de sangre por cada metro recuperado. Una segunda línea de tanques tau vinieron a toda velocidad desde los límites surorientales de las ruinas en llamas, y, cuando los tanques imperiales giraron hacia ellos, quedó claro que iba a costar mucha sangre echarlos de ese reducto que habían conquistado.

Entonces el primero de los tanques tau explotó; una luminosa lanza de brillante energía láser le atravesó el débil blindaje trasero e hizo detonar su núcleo de energía. Empezaron a surgir explosiones en las líneas de guerreros de fuego, y ráfagas intermitentes de fuego de artillería perfectamente coordinado acabaron con las pocas armaduras de combate que todavía quedaban en pie.

Saliendo de los restos incendiados de las plantas de montaje de tanques, los marines espaciales llegaron con el fuego y el trueno. Un torbellino de carros de combate auxiliares hicieron llover ráfagas de cohetes sobre los tau, mientras que tres Land Raider se estrellaban contra la retaguardia de la formación tau. Los cañones láser montados en las barquillas laterales desgarraron el blindaje de los tanques enemigos, y las tormentas de fuego de bólter añadieron su terrorífico acompañamiento a la batalla.

Detrás de ellos llegaron los propios marines espaciales, guerreros de azul ultramarino cuyas armas eran como cánticos de guerra y cuya bandera dorada y azul era un faro de justicia entre la carnicería. Los poderosos dreadnought pasaron por encima del amasijo de hierros con las armas

tronando y sus poderosos puños arrancando la vida de cualquier cosa que no tuviera tiempo de escapar a su inexorable avance.

Atrapados entre dos enemigos implacables, los tau rompieron las líneas y huyeron hacia la seguridad al sur de la autopista, pero esa seguridad no era más que una ilusión.

Destrozados por el mortífero fuego cruzado, sólo dos docenas de vehículos enemigos sobrevivieron para alcanzar la autopista, pero en minutos se vieron rodeados de fuego de artillería y reducidos a hierros ennegrecidos que quedaban abandonados en la carretera. Sus tripulaciones se quemaron vivas o huyeron de sus vehículos sólo para acabar cazados y muertos por los marines espaciales que los perseguían.

La lucha dejó de ser una batalla para convertirse en una masacre.

Las fuerzas de los lavrentianos y de los marines espaciales se reunieron junto a una forja de armas incendiada, cuyas llamas se elevaban hacía el cielo con un brillo anaranjado propio del infierno. El Padre Tiempo, lleno de abolladuras, maltrecho y cuajado de cicatrices de guerra, se detuvo con un suspiro de los motores, y lord Winterbourne salió por la escotilla de mando.

El coronel de los lavrentianos estaba cubierto de grasa y de sangre, pero sus ojos brillaban y su paso era seguro cuando se acercó al líder de los marines espaciales. Como Winterbourne, Uriel también estaba cubierto de sangre, pero muy poca de ella era suya.

Los dos líderes se encontraron y se estrecharon las manos, ambos contentos de ver vivo al otro.

—Me alegro mucho de verte, amigo mío —dijo Winterbourne frotándose las palmas en la chaqueta del uniforme en un vano intento por limpiarlas.

—Lo mismo digo, Nathaniel —respondió Uriel.

—Un golpe decisivo, ¿no crees?

—La victoria ha sido decisiva, sí —reconoció Uriel—, pero no creo que con este asalto pretendieran tomar y permanecer en Puerta Brandon.

Winterbourne se pasó una mano por el pelo y asintió.

—Estoy de acuerdo, Uriel. Por muy feroz que haya sido la batalla, no había verdadero convencimiento en ella. Han venido con muchos blindados, pero no había suficientes fuerzas para hacerse con toda la ciudad.

—Exacto. Se parece a lo que vimos en las propiedades de los Shonai. Todo esto es parte de un intento de los tau por decapitar el liderazgo de Pavonis. Las comunicaciones se han interrumpido, el gobernador ha sido capturado y han intentado eliminar a las figuras relevantes del liderazgo planetario.

—Así que este ataque ha sido ¿qué? ¿Una distracción?

—Eso creo —asintió Uriel—. Un golpe para debilitarnos y distraer nuestra atención de donde va a caer el martillo con toda su fuerza.

—Olzetyn —dijo Winterbourne.

—Olzetyn —repitió Uriel.



CATORCE

Learchus pegó el cuerpo contra la tierra seca cubierta de maleza y tiró de la capa de camuflaje para cubrirse mejor los prominentes hombros. La necesidad de levantar la cabeza era casi insoportable, pero sabía que exponiendo cualquier parte de su armadura a los drones de los tau no lograría otra cosa que hacer que los descubrieran.

Tanto él como sus exploradores se encontraban al abrigo de una ondulante hondonada cubierta de aulagas de color óxido que abrazaba la línea de la costa en dirección sur desde el lago Masura hasta la bahía Cráter. El terreno que había entre ese lugar y las propiedades de los Shonai era espectacular y escarpado, prácticamente igual que muchos de los mundos de Ultramar, aunque la geografía de esos mundos tenía un cierto aire agreste y este paisaje estaba claramente organizado, con los árboles formando como un regimiento de soldados, lo que transmitía a Learchus una sensación de precisión que no parecía estar en consonancia con el orden natural de las cosas.

La persecución de Koudelkar Shonai no les había llevado mucho tiempo, ya que había sido muy fácil seguir el rastro que dejaban las dos armaduras de combate que se movían en dirección sur, hacia la costa, con sus prisioneros. Los guerreros tau habían avanzado con rapidez gracias a los retropropulsores de su armadura y siguiendo la costa sin preocuparse de ocultar su ruta. Eso demostraba arrogancia, y Learchus se alegró de saber que sus enemigos tenían al menos una debilidad que podría explotar.

Learchus había marcado un paso agotador, obligando a sus exploradores a marchar a buen ritmo a través del terreno serpenteante de la costa occidental, atravesando espesos bosques, subiendo elevadas cordilleras de granito y avanzando sobre escarpados acantilados que caían en picado miles de metros para acabar en las oscuras aguas del océano.

Los primeros días de la persecución no habían encontrado ningún signo de los tau, pero en las horas que siguieron a la potente explosión de luz que se había producido sobre el horizonte meridional el día anterior, eso empezó a cambiar. El sargento de los exploradores de Learchus, Issam, hizo que su destacamento echara cuerpo a tierra al detectar un grupo de vehículos

pequeños, una especie de motos aerodeslizadoras, como las que utilizaban los eldars pero algo más voluminosas, cruzando el paisaje en parejas.

—Vehículos de reconocimiento —dijo Learchus mientras contemplaba a los vehículos ligeros sobrevolar el terreno realizando maniobras de observación—. Actúan en pareja.

—¿Les tendemos una emboscada? —le preguntó Issam cuando los vehículos se fueron acercando.

Learchus dudó antes de responder. Su instinto y todos y cada uno de los preceptos del Codex Astartes indicaban que debía ordenar a sus guerreros atacar a los alienígenas, pero hacer eso acabaría definitivamente con la persecución de Koudelkar. Por mucho que supiera que debería enfrentarse al enemigo, la misión era lo primero. Esa era la primera y más importante lección que aprendía un iniciado de los Ultramarines.

—No —respondió Learchus al fin, y los aerodeslizadores tau giraron hacia el este y desaparecieron por el horizonte.

Mientras los veía alejarse, Learchus sintió que se le formaba un nudo en la boca del estómago y pudo ver en un breve destello mental cómo Uriel llegó a elegir el camino que llevó a su expulsión.

Durante los dos días siguientes consiguieron evitar ser detectados por otros grupos de aerodeslizadores ligeros del enemigo. Parecía haber dos tipos. Los primeros hacían una función similar a la de los Land Speeder de los Astartes como vehículos ligeros de ataque con una carga mínima de armamento, mientras que el segundo tipo parecía ser simplemente un vehículo de exploración.

Pero ninguno de esos vehículos descubrió la presencia de los guerreros entre ellos, porque los exploradores de los Ultramarines eran siempre los mejores en lo que a habilidades se refería. El agreste paisaje y la inimaginable dureza del régimen de entrenamiento de Macragge los habían curtido en prácticamente todo tipo de terrenos, e Issam tenía un sentido casi sobrenatural para anticipar el peligro, lo que siempre les proporcionaba tiempo más que de sobra para buscar algún sitio donde ponerse a cubierto y desplegar sus capas de camuflaje.

Pero en ese momento, refugiados en las depresiones del paisaje sin otra cosa que unas retorcidas aulagas de color óxido aquí y allá y sus capas de camuflaje para ocultarlos, Learchus se sintió sumamente vulnerable cuando un escuadrón de drones plateados pasó dibujando perezosas espirales en el aire sobre sus cabezas. Los drones habían salido de la nada, y sólo gracias a la advertencia de Issam en el último momento tuvieron tiempo de ocultarse.

Learchus fue capaz de sentir cómo se ondulaba la hierba cercana por los generadores antigravedad de los drones, y aunque se dijo que era ridículo, habría jurado que también podía sentir el hormigueo de sus augures buscando, a la caza. Si los drones los localizaban, no tendrían más remedio que luchar. Una batalla como ésa resultaría breve y sencilla, pero indudablemente alertaría a los tau de su presencia.

Por mucho que irritara a Learchus permitir que los aparatos alienígenas siguieran su camino sin que nadie los molestara, sabía que era lo correcto. Learchus deseó, y no por primera vez desde que abandonara las propiedades de los Shonai, que sus hermanos de batalla estuvieran con él, porque se sentía perdido sin ellos. Eran tales los lazos de hermandad entre los guerreros de los Adeptus Astartes, que verse privados de sus compañeros los hacía sentir como si les faltara una parte de su alma. Uriel y Pasanius habían viajado a mundos muy lejanos y luchado contra enemigos de la humanidad con un vacío así en su interior, y Learchus sabía que haberlo conseguido los convertía en los verdaderos héroes del capítulo.

Se quedó muy quieto cuando sintió que uno de los drones volaba directamente sobre él. La sutil presión de su mecanismo de propulsión pegó la capa de camuflaje a su ancha espalda. Su dedo se tensó sobre el gatillo del bólter, pero se esforzó por reprimir la necesidad de rodar sobre sí mismo y disparar un proyectil hacia la parte inferior del drone.

Learchus esperó, y los segundos se convirtieron en una eternidad, hasta que oyó el zumbido de los drones que se alejaban. Dejó escapar el aliento y levantó poco a poco la cabeza para contemplar cómo el escuadrón de drones seguía revisando el terreno para al fin desaparecer en el paisaje boscoso que había a lo lejos por la parte oriental.

Satisfecho porque ya no corrían peligro de ser descubiertos, Learchus se puso de pie y sacudió las hojas de su capa de camuflaje. Los exploradores se reunieron a su alrededor y él notó su frustración. Infiltrarse tras las líneas enemigas y sembrar la destrucción era parte del objetivo de los exploradores, y haber llegado tan lejos sin haber infligido ningún daño al enemigo tau era un anatema para esos guerreros.

—Señor —dijo Issam—, ¿cuánto tiempo más vamos a tener que contener a nuestras fuerzas?

—Lo que sea necesario —respondió Learchus.

—Podíamos habernos hecho con esos drones en segundos —insistió Daxian, uno de los exploradores más jóvenes de Issam—. No les habría dado tiempo a enviar una alerta.

—¿Y cuando se dieran cuenta de su falta? —Preguntó Learchus—. ¿Entonces qué? Esta región quedaría inundada de rastreadores tau en busca de los que mataron a sus compañeros. Sois buenos exploradores y no tengo ninguna duda de que habríais hecho que los tau mordieran el polvo, pero ésta no es una misión de exploración corriente.

Los exploradores asintieron, aunque Learchus pudo ver la decepción en sus ojos cuando se reunieron a su alrededor. ¿Sería así cómo se sintió Uriel cuando Learchus lo llamó para que diera cuenta de sus acciones?

—El Codex Astartes nos dice que hay que desbaratar los planes del enemigo siempre que sea necesario —apuntó un explorador que respondía al nombre de Parmian.

—Nuestra misión es rescatar a Koudelkar Shonai —dijo Learchus—. Y nada debe distraernos de ese propósito, ¿comprendido?

—Sí, señor —dijo Parmian—, pero mientras nosotros nos escondemos del enemigo, nuestros hermanos se ganan la gloria en el campo del honor.

—La gloria está en todas partes, Parmian —respondió Learchus—, y no toda se gana poniéndose delante de las armas de los enemigos. Cada uno de nosotros tiene que representar su papel en el drama: unos de pie en las líneas de batalla con bólters y espadas sierra en la mano, y otros tras las líneas sirviendo para el mayor bien de la guerra.

Learchus giró sobre sus talones y comenzó a marchar hacia el sur una vez más.

—No temáis, jóvenes hermanos —prosiguió—, pronto tendréis vuestra oportunidad de lograr la gloria.

Los gritos de pánico rebotaban en las mugrientas paredes de los corredores, y Jenna Sharben sentía cada uno de ellos como un cuchillo que le atravesara el pecho mientras caminaba hacia la sala de interrogatorio. Los gritos eran de alienígenas y deberían haber sonado como música para sus oídos, pero la absoluta miseria y horror de aquel sonido desgarraban hasta la más pura esencia de su alma, que aspiraba a la justicia y anhelaba la nobleza de espíritu.

Cada paso era un esfuerzo, porque había tenido muy pocas horas de precioso sueño en los días que habían pasado desde el ataque a Puerta Brandon. Las bandadas de las tropas aladas auxiliares de los tau infestaban la ciudad, y todos los días se daban en el invernadero ataques de francotiradores desde las alturas. Todo el mundo tenía los nervios de punta y el resentimiento contra los invasores crecía. Por si eso fuera poco, la entrega de los suministros llegaba tarde, ya que los guardianes de la prisión tenían menor importancia militar que los soldados que luchaban por todo Pavonis.

Jenna veía la lógica de todo aquello, pero eso no hacía que fuera más fácil explicar a sus agentes por qué tenían que continuar con las comidas de racionamiento y el agua reciclada. Verse obligados a instalarse en los frágiles barracones del Invernadero, a dieta de comida liofilizada y agua salobre que ya había pasado por no se sabe cuántos tractos digestivos, no era una situación que contribuyera a calmar los ánimos.

La tensión estaba por las nubes, pero los agentes tenían en sus manos a los objetivos perfectos para dar rienda suelta a sus frustraciones. Como los Ultramarines habían llevado a los prisioneros al Invernadero, los guardianes iban encontrando nuevas y cada vez más originales maneras de hostigarlos, torturarlos y maltratarlos.

A todos los prisioneros tau se les había cortado el moño y se les había quitado cualquier indumentaria o joya identificativa antes de ser rociados con una manguera de agua a presión y bendecidos por el prelado Culla. Después les habían proporcionado unas vestimentas idénticas y, hacinados como bestias en celdas abarrotadas, los obligaron a llevar cadenas que les despellejaban las piernas. Además les negaron la comida y el descanso durante días.

¿Y qué beneficio habían sacado de todo eso en lo que respecta a información de inteligencia útil?

Ninguno.

Desde que habían llegado, lo único que habían dicho los prisioneros era su nombre y lo que suponían que debía ser su número de serie, aunque no es que Jenna esperara mucho más. Un prisionero sometido a tortura física diría cualquier cosa para que su castigo terminara, y cualquier información obtenida de torturas como ésas tendría que ser clasificada como sospechosa.

Jenna se dio cuenta de eso después de su primer e infructuoso interrogatorio de La'Tyen, tras el que se sintió extrañamente avergonzada por el nivel de violencia que había empleado. Y eso que había limitado sus interrogatorios a encuentros estrictamente verbales.

Pero ella era la única de los agentes que hacía eso…

Se pasó una mano por la cara y notó la sequedad de su piel y las depresiones en sus mejillas provocadas por la dieta a base de bolsas de comida seca. Llevaba el pelo rubio sucio y despeinado, y sabía que no se parecía en nada a la juez que había llegado a Pavonis llena de idealismo y ardientes ideas de justicia.

¿Dónde quedaba la justicia en este infierno?

Pasó por delante de celdas en las que agentes con las caras cubiertas por los visores espejados golpeaban a prisioneros tau con sus porras de energía, los obligaban a veces a mantener posturas en tensión durante horas o los forzaban a situarse en posiciones degradantes con sus compañeros de celda. Y peor aún que los gritos eran las risas de los agentes. A causa de la tensión, la escasez de comida y la amenaza de una invasión alienígena, los agentes que ella había intentando entrenar como un cuadro de honorables

defensores de la ley imperial, en esos momentos estaban disfrutando mucho con su trabajo.

La sola noción de ello la hacía sentirse mal, pero desde la llegada del prelado Culla, bien poco podía hacer.

El hombre había cruzado las puertas de la prisión sobre su ridículamente ostentoso Rhino, con una gloriosa fanfarria de cánticos atronando desde los altavoces. Unas asfixiantes nubes de incienso iban apareciendo en la estela del vehículo y media docena de querubines con la piel dorada flotaban sobre sus cabezas, examinando detenidamente el interior del Invernadero con expresiones de desagrado.

—¡Estoy aquí para interrogar a los traidores! —Anunció Culla al subir al púlpito adornado con llamaradas, con una espada de hoja roja de enormes proporciones metida en una funda que colgaba entre sus hombros. El hombre se cernió sobre Jenna con su poderoso físico musculoso e intimidante. La barba de Culla estaba encerada y separada en dos puntas, una negra como la pez y otra plateada.

—Interrogar a los prisioneros es nuestro trabajo —le replicó Jenna—. Usted no tiene autoridad aquí.

Culla sacó la ancha espada sierra de entre sus hombros y la clavó en el duro suelo delante de él. Apoyó ambas manos en el pomo tallado con forma de calavera y se inclinó hacia adelante.

—Tengo la autoridad del Emperador, niña —tronó Culla—. Ningún traidor se atrevería a enfrentarse a mí, y sólo los traidores pretenden evitar que haga mi sagrada tarea. Saber que quien ha traicionado al Emperador todavía respira entre estas paredes es un pecado, juez Sharben. Un pecado que no quedará sin castigo.

Se había formado una apreciable multitud de guardianes, y por muy desagradable que le resultara dejar que ese fanático entrara en aquel lugar, no le entusiasmaba la idea de montar una escena entre ella y el predicador del 44.º. A regañadientes se apartó a un lado y permitió a Culla entrar en la prisión, y durante todos aquellos días había supuesto una presencia onerosa entre sus paredes. Cuando no se estaba lavando la sangre de los prisioneros de su cuerpo musculoso, Culla predicaba su credo de persecución a los

agentes, llenando sus corazones con un odio renovado contra los tau y los traidores.

Jenna se ausentaba de sus sermones, intentando en vano dormir un poco o restablecer su autoridad en el Invernadero. Desde la llegada de Culla, los agentes de Puerta Brandon se habían vuelto hacia él en busca de orientación, y la autoridad de Jenna se había ido erosionando como la arena bajo las olas del mar.

Giró para entrar en el corredor que llevaba a la sala de interrogatorio. Los agentes Dion y Apollonia estaban de pie a ambos lados de la puerta con los visores espejados de sus cascos cubriéndoles el rostro. Jenna no necesitaba ver sus caras para saber que eran ellos; meses de entrenamiento habían hecho que sus físicos y sus posturas fueran tan familiares pata ella como los suyos propios.

—Abrid —les ordenó cuando llegó a la puerta.

—El prelado Culla no quiere que lo molesten cuando está interrogando a los traidores —replicó Dion.

Jenna miró a su visor, y su propio reflejo demacrado le devolvió la mirada.

—No me importa lo más mínimo lo que quiera Culla —respondió—. Abrid la puerta. Esta sigue siendo mi prisión y tu sigues siendo un puñetero agente a mis órdenes, Dion. ¡Ahora haz lo que te acabo de ordenar!

Dion miró a Apollonia y Jenna prosiguió:

—No le mires. Yo soy tu oficial al mando, no ella. Abre la puerta inmediatamente.

—Sí, señora —accedió Dion, y se apartó a un lado para dejar pasar a Jenna.

Ella empujó la puerta y entró en una pequeña habitación de hormigón desnudo. Había una sencilla mesa en el centro y una gran ventana con un cristal unidireccional que daba a una celda de interrogatorios a la que se entraba por una puerta metálica sin nada de especial que había junto a la ventana. Una águila de bronce colgaba en la pared más alejada, un símbolo del Imperio para que lo miraran los condenados mientras contemplaban su destino.

Jenna vio a Culla a través del cristal, de pie en el centro de la habitación, desnudo hasta la cintura y con los puños cerrados ante él. Gritaba, pero ésa era la única parte de la prisión que estaba insonorizada y ella no podía oír sus palabras. Jenna pulsó las teclas del código en el teclado numérico que había en la puerta y entró en la habitación. El hedor de la sangre, los desechos humanos y el terror la golpearon a la vez.

Culla se volvió para mirar a Jenna y su cara era una máscara de furia. Dado lo que ya había visto, era imposible determinar si era por su interrupción o simplemente se trataba de su estado normal en esas circunstancias. Había sangre goteando de sus nudillos, su cuerpo brillaba de sudor y su pecho subía y bajaba agitado por el esfuerzo.

Al entrar en la habitación, Jenna pudo ver al objeto de la violenta atención de Culla, encadenado a una silla fuertemente atornillada al suelo.

A Jenna no le era ajeno el daño que se le podía infligir al cuerpo humano, pero incluso ella se quedó pálida al ver la violencia que se había aplicado a ese lastimoso despojo humano. Mechones enmarañados de pelo se pegaban parcialmente a su cabeza afeitada, y la sangre se iba endureciendo en un lado de su cara ennegrecida por los hematomas y reventada por los puñetazos.

Uno de los ojos de la desgraciada figura estaba lleno de sangre y el otro casi cerrado del todo a causa de la hinchazón de la carne que lo rodeaba. Ambos se fijaron en Jenna, y a pesar de todo lo que sabía de esa prisionera, Jenna no pudo evitar sentir lástima por ella.

—Ayúdame —le susurró Mykola Shonai.

Culla cerró de un portazo cuando se reunió con Jenna en la antesala, dándole un momento de respiro a la destrozada y sangrante Mykola Shonai. Cogió un trapo largo que llevaba sujeto al cinturón y se enjugó el sudor de la frente.

—¿Por qué me ha interrumpido? —inquirió—. Tengo trabajo que hacer.

—¿Qué tipo de trabajo necesita de ese nivel de maltrato? —preguntó Jenna señalando al cristal unidireccional.

—El trabajo del Emperador —respondió Culla—. ¿Es que le tiene compasión a esa traidora, juez Sharben? Sería una desgracia que tuviéramos

que atornillar otra silla al suelo.

—Claro que no tengo compasión por los traidores.

—Entonces ¿por qué está poniendo objeciones a mi correcto y adecuado tratamiento a esa sucia conspiradora?

—Ella fue una vez gobernadora de este mundo —le recordó Jenna.

—Pero traicionó a su gente en el momento en que se alió con criaturas alienígenas —apuntó Culla—. ¿Qué tipo de ser miserable haría una cosa como esa? Sólo una criatura degenerada que no merece ser considerada de la raza humana. Sólo un sucio y asqueroso animal amante de los xenos.

Jenna señaló el cristal.

—¿Y qué es lo que espera conseguir con eso? Si ella supiera algo que tuviera algún valor, ¿no cree que se lo habría dicho ya?

—Los amantes de los xenos son astutos —respondió Culla masajeándose los nudillos—. Únicamente a través de la purificación del dolor revelan sus secretos.

—No si la mata primero.

—Entonces habré descubierto todo lo que deseaba saber —declaró Culla—. Y la galaxia no habrá perdido nada con su muerte.

—La está tratando peor que a ninguno de los otros prisioneros tau.

—Los tau son xenos y no conocen nada mejor —replicó Culla desdeñosamente—. Sólo son bestias ignorantes que responden a sus deseos y necesidades básicas. Son alimañas que deberían ser odiadas y temidas como creaciones imperfectas que son. Es el derecho y el deber de la humanidad eliminar a tales criaturas con el fuego y la espada. Shonai debería habérselo pensado mejor.

—Estoy de acuerdo con que debemos luchar contra los tau —reconoció Jenna—, pero ¿así? Si nos comportamos así, perderemos nuestra humanidad, nuestro honor.

—Esa cosa que está ahí no se merece que la llamen humana.

—¿Es así como lo hace? —preguntó Jenna inclinándose sobre la mesa.

—¿Hacer qué?

—No ve a Mykola Shonai como humana, ¿verdad? Por eso es capaz de hacerle esas cosas, ¿no es así?

—Elija sus palabras con cuidado, Sharben —le advirtió Culla—. Mi ejército de justos no tolera a los disidentes entre sus filas. Ellos saben que el trabajo que hacen es necesario.

—¿Su ejército? —Dijo Jenna entre dientes—. La última vez que lo comprobé era yo la que estaba al mando aquí. Yo soy la que está a cargo de los guardianes de Puerta Brandon, no usted.

—Hágame enfadar y descubrirá si eso sigue siendo cierto o no —la amenazó Culla con una sonrisa.

Desde su posición en la trampilla de mando de su semioruga personal, el coronel Loic observaba a la gente de Olzetyn moviéndose con un ritmo constante hacia el este cruzando el puente Imperator, mientras su conductor iba abriéndose paso lentamente con el estruendoso vehículo a través de la multitud para llegar al extremo occidental del puente. Ya hacía varias horas que había caído la noche, pero el puente todavía estaba atestado de gente asustada que intentaba pasar de Stratum a Ciudad Comercio.

Se desplazaban en viejos camiones, en carros o a pie, llevando todas las posesiones que habían podido salvar a algún lugar seguro. O lo que ellos esperaban que fuera seguro. Los límites occidentales de Olzetyn, en el lado más alejado de los desfiladeros, se consideraban demasiado peligrosos para los civiles, lo que era una advertencia con mucho sentido, pensó el coronel Loic.

Aunque una gran horda de gente se estaba moviendo, la principal carretera que transcurría sobre el puente Imperator no estaba ni mucho menos atascada. Como coronel de la FDP de Pavonis, Loic había impuesto unos estrictos controles para guiar y dirigir el flujo de civiles que cruzaban los desfiladeros del río. Algunos eran redirigidos por el puente Aguila hacia Ciudad Barracón y después canalizados por el puente Owsen hacia Ciudad Comercio. A otros los desviaban por el puente Diacriano más al sur, hacia el Estercolero y más allá. Una vez que habían cruzado los puentes, algunas almas optimistas permanecían en Ciudad Comercio, pero la mayoría continuaban por la autopista 236 hacia Puerta Brandon.

Había miedo, pero no pánico. Se había informado de que los invasores tau habían capturado Praxedes, pero por el momento se habían limitado a llevar a cabo escaramuzas y pequeñas incursiones contra los defensores de Olzetyn. Esa precaución era lo normal, dada la temible resistencia de los enormes bastiones que protegían la parte occidental de la ciudad de los puentes.

El propio puente Imperator era la creación de un genio de la ingeniería, un puente en suspensión extraordinariamente ornamentado tendido sobre los desfiladeros que marcaban la confluencia de los principales ríos de Pavonis. Unas maravillosas y altísimas torres de marfil, de adamantium y de oro atravesaban las nubes en ambos extremos del puente, y unos cables fabricados a partir de algún ingenioso material sujetaban los cinco kilómetros de longitud del puente con un elegante patrón de celosía que resultaba inmensamente resistente y a la vez airoso y grácil.

Durante siglos había sido una de las maravillas del mundo, una sencilla y elegante estructura que se alzaba en espléndido aislamiento sobre los desfiladeros. Pero en los últimos mil años, las cuatro principales conurbaciones que conformaban Olzetyn (Stratum, el Estercolero, Ciudad Comercio y Ciudad Barracón) habían crecido hasta el punto de que fue necesario diseñar otros puentes algo más funcionales.

Los puentes Aguila y Owsen conectaban el este con el oeste vía Ciudad Barracón en la estribación septentrional, mientras que el puente Diacriano cruzaba el desfiladero sur hacia los barrios periféricos del Estercolero. El denominado puente Espuela sobresalía de la punta del Estercolero para unirse con el puente Imperator justo en el medio de su recorrido, y lo que una vez fue una grácil demostración de ingenio se convirtió pronto en poco más que un monumento a la necesidad.

Pero la degradación última del puente Imperator no había llegado aún. Según la ciudad fue creciendo en importancia, la que una vez fue elegante estructura del puente se fue convirtiendo en el hogar de la población de la ciudad que no dejaba de crecer. Casuchas, poco mejores que burdas chabolas, empezaron a surgir por toda su longitud como setas, más rápido

de lo que podían irse retirando, y ya miles de personas llamaban «hogar» a ese puente.

A pesar de tal colonización, todavía era posible ver los altos bastiones construidos en el lado occidental del puente entre una maraña de pasarelas en suspensión y bancos de nubes de contaminación que flotaban entre ellos.

Construido con titánicos bloques de piedra negra cristalina extraída de las montañas Sudinal por las grandes máquinas perforadoras del Mechanicum, cada bastión era una magnífica estructura de más de seiscientos metros de altura y el doble de anchura. A la izquierda del puente estaba el bastión Aguila, cuyas murallas superiores parecían un par de poderosas alas, mientras que a la derecha se alzaba el poder del bastión Imperator.

El viento azotaba el puente, pero con la chaqueta crema de su uniforme cubriéndolo y un chapka con un buen forro bien sujeto a la cabeza, él no sentía frío. En vez de eso estaba entusiasmado ante la oportunidad de probar su temple como soldado en combate, porque, aunque se había entrenado tan duramente como cualquiera de los guardias imperiales, Adren Loic nunca había disparado en combate.

Pocos de los soldados de la FDP habían luchado en un combate real desde la rebelión de De Valtos, y los que tenían experiencia no hablaban de ello. Nadie que quisiera vivir una vida tranquila presumía de sus acciones durante esa vergonzosa parte de la historia del planeta.

Sabía que su nombramiento para el puesto de oficial superior de la FDP había sido una decisión política. Adren Loic era un hombre al que pocos podían ponerle reparos, porque pocos habían oído hablar de él. Había pasado toda su vida sin ser distinguido por sus esfuerzos militares, aunque tenía una mente despierta que lo hacía muy atractivo para los adeptos del Administratum que aprobaron su nombramiento, ya que él era uno de ellos.

En los años anteriores a su servicio en la FDP, el coronel Loic había servido como adepto superior del cuerpo logístico de la FDP, y su comprensión de la administración de las fuerzas militares era impecable. Nunca había sido probado como guerrero, pero sabía cómo organizar y

gestionar una fuerza de soldados armados a nivel de todo un planeta mejor que ningún otro hombre en Pavonis.

Mientras hubo paz en Pavonis, eso había sido suficiente.

Ahora se iba a ver puesto a prueba en la guerra, y la sola idea de demostrar su valía lo emocionaba como ninguna otra cosa que hubiera hecho en toda su carrera.

El vehículo semioruga emergió de la bulliciosa carretera del puente para desembocar en el amplio paseo flanqueado de estatuas entre los dos bastiones occidentales. Sólo encontrarse a la sombra de esas estructuras colosales le proporcionaba una sensación de calma, porque ¿a quién se le podía ocurrir que dos baluartes tan poderosos pudieran ser algún día derribados?

Delante vio al capitán Gerber del 44.º Lavrentiano estudiando minuciosamente un mapa desdoblado en la parte delantera de un Chimera verde y dorado. Varios oficiales de rango inferior y un comisario con una larga levita negra se apelotonaban a su alrededor y bromeaban con esa familiaridad de los soldados profesionales que han luchado juntos durante muchos años.

Gerber era un hombre duro, brusco y muy directo con sus evaluaciones y decisiones. Si se hubieran conocido en las ventosas cámaras de la Torre de los Adeptos de Stratum, Loic no tenía ninguna duda de que habrían estado siempre en desacuerdo, pero como compañeros de batalla había surgido inesperadamente (por ambas partes, sospechaba) un respeto mutuo.

Loic bajó de su vehículo y se encaminó al Chimera de Gerber.

—Caballeros —saludó cuando llegó al corro de oficiales.

Recibió gestos de cabeza de todos ellos en forma de saludo, pero la familiaridad que había un momento antes entre ellos desapareció en un instante. El comisario, un hombre callado llamado Vogel, le estrechó la mano. Loic se preguntó, como lo hacía cada vez que se encontraba con Vogel, a cuántos guardias habría disparado por cobardía. Después de haber servido con los lavrentianos durante un tiempo, Loic sospechaba que la cantidad sería muy baja.

—¿Una noche movidita? —preguntó.

Gerber levantó la vista cuando Loic se les unió. Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, sólo los ataques de hostigamiento normales en los puestos de avanzada exteriores, nada de lo que mis chicos no puedan hacerse cargo.

—¿Dónde? —Preguntó Loic señalando el mapa—. Muéstremelo.

Unos escribas lógicos con brazos telescópicos sujetaban los viejos planos de la ciudad dibujados a mano en papel encerado, mientras unos servidores caligráficos iban señalando lo que Gerber decía.

—Están poniendo a prueba las defensas en estos puntos al sur del río —dijo Gerber mientras los escribas indicaban el número de puntos en el mapa—. Escuadrones de guerreros de fuego montados en Mantarraya principalmente, con escaramuzas en aerodeslizadores de reconocimiento como pantalla. Algunos de estos malditos kroots intentan colarse en nuestra retaguardia, y siempre hay un grupo de aguijones alados encima de nuestras cabezas en alguna parte.

—¿Nada de armamento pesado?

—Todavía no, pero es sólo cuestión de tiempo —dijo Poldara, el teniente de Gerber. El chico de pelo rubio parecía absurdamente joven para ser un soldado, mucho menos un oficial. La primera vez que vio a Poldara, Loic sospechó que se trataba de nepotismo o un cargo comprado, pero pronto aprendió que el rango del joven era un reflejo de sus capacidades como soldado—. El ataque a Puerta Brandon demuestra que pueden mover armamento con rapidez, y lord Winterbourne cree que los tau van a lanzarse contra nosotros con todas sus fuerzas antes o después.

Loic asintió.

—Tiene sentido. Bien, mis chicos están deseando mancharse las manos de sangre.

Vio la duda en sus caras y reconoció la desconfianza instintiva de los guardias ante soldados que nunca habían dejado su mundo y que estaban marcados por una sospecha de traición desde la rebelión de De Valtos La indignación le llenó el corazón e irguió la espalda.

—¿Necesito recordarles que mis hombres luchan para defender su mundo? —Preguntó Loic—. Sé que creen que nosotros somos soldados

menos capaces que ustedes, pero les aseguro que no los vamos a dejar en la estacada, caballeros.

Gerber lo miró a los ojos y finalmente le respondió.

—Será mejor que no, Adren. Sus hombres están verdes y nunca antes han estado en la parte dura de una batalla. Al menos no un número suficiente de ellos. Mis hombres no pueden hacer esto solos, así que sus unidades de la FDP van a tener su parte también.

—Le aseguro que hemos estado entrenando con más ahínco que nunca —afirmó Loic.

—Todo eso está muy bien, pero no puede sustituir a la acción real. Yo he luchado contra los tau antes, y cuando caigan sobre nosotros lo harán con todas las armas que tengan. No creo que las probabilidades sean más que de una a cuatro de que podamos contenerlos sin refuerzos.

—¿Una a cuatro? —Exclamó Vogel—. Eso suena a derrotismo, capitán Gerber.

—No lo es. Es realismo —respondió este—. Bueno, lucharemos como los duros hijos de puta que somos, pero los números no están de nuestro lado.

—Seguro que esos tau no son rival para nosotros… —soltó Loic—. He oído que en el fondo son bastante débiles.

—Entonces es que no ha luchado nunca contra un tau, ni ha visto cómo hacen la guerra —replicó Gerber—. Los ejércitos con más éxito son aquellos que coordinan mejor sus recursos, los que saben qué fuerza aplicar, dónde y durante cuánto tiempo. Algunos incluso dirían que también son los que menos errores cometen. Los tau no cometen errores. Cada uno de los soldados de su ejército está completamente dedicado a su objetivo y lucha por su oficial, porque sabe, sabe con total certeza, que está luchando por algo que es más importante que él.

—Se parecen a nosotros —bromeó Loic, e inmediatamente deseó no haberlo hecho porque nadie se rio.

—Sin refuerzos, sólo podemos rezar para mantenernos durante un periodo de tiempo lo más largo posible —dijo Gerber—. Es así de simple.

—Creo que esas oraciones han sido escuchadas —intervino Poldara señalando hacia el puente.

Loic se volvió y vio un convoy de vehículos blindados azules que rugían por el puente; transportes de tropas, tanques y una multitud de marines espaciales que marchaban bajo una bandera azul celeste con un puño enfundado en cota de malla. Un par de enormes dreadnought flanqueaban a los gigantes con armadura, y unos amenazadores land speeder azules destellaban por encima de sus cabezas. Un guerrero con una capa verde que se agitaba al viento sujeta con un broche en forma de rosa blanca caminaba en dirección a ellos con una mano agarrando la empuñadura de su espada envainada.

El capitán de marines espaciales llegó junto a ellos y se quitó el casco.

—La Cuarta compañía está lista para defender Olzetyn.



TERCERA PARTE
ESTRELLAS BRILLANTES EN EL FIRMAMENTO DE LA BATALLA



QUINCE

El ataque a Olzetyn se inició en cuanto el alba empezó a pintar el cielo con los primeros borrones de luz por el este. Los auspexs más avanzados detectaron la presencia de numerosos objetivos aéreos, aunque ninguno de los artilleros que había en las armas de intercepción imperiales llegó a pasar a modo de elección de blanco. Empezaron a sonar las sirenas de alarma y los cansados soldados salieron de sus sacos de dormir, pero ninguno miró hacia arriba.

Avisados por las pocas unidades que habían conseguido escapar de la caída de Praxedes, los defensores de Olzetyn mantuvieron las cabezas gachas cuando las luces pirotécnicas inundaron el cielo con un fulgor brillante y cegador.

Cuando los cielos llamearon con una radiación mortal, un grupo de vehículos blindados tau apareció por la vanguardia. Decenas de Mantarraya y de Cabezamartillo empezaron a avanzar hacia los puentes, mientras los escuadrones de aguijones alados barrían el cielo y caían en picado. Si los tau esperaban volver a pillar a los defensores de la ciudad con la misma estrategia que ya les había funcionado en Praxedes, se iban a ver decepcionados.

La terrible iluminación desapareció del cielo y se dio la orden de abrir fuego.

Los tanques antiaéreos y las armas de intercepción estáticas llenaron los cielos que se cernían sobre Olzetyn de proyectiles explosivos y derribaron docenas de naves tau. Los Barracuda cayeron hechos pedazos y los enormes Tiburones Tigre se desplomaron del cielo con sus elegantes y gráciles armazones desgarrados por la vorágine destructora de metralla y fuego.

Pero la matanza no se limitó a las fuerzas aéreas tau. Al esperar que los defensores imperiales estuvieran cegados y desorientados, los vehículos tau avanzaron sin tomar ninguna precaución. Una salva fulminante de fuego de armamento pesado y de artillería dirigida con precisión golpeó sin piedad a los enemigos que marchaban confiados. Los transportes tau quedaron destrozados, los guerreros que llevaban, inmolados sin llegar a efectuar un solo disparo, y los tanques destruidos sin que sus armas hubieran llegado a encontrar un solo objetivo.

En unos momentos, el ímpetu del ataque tau perdió contundencia por el efecto sorpresa de la respuesta imperial, que fue como darle a un boxeador demasiado confiado un buen puñetazo en el estómago. Muchos vehículos blindados quedaron hechos pedazos y cientos de guerreros de fuego fallecieron antes de que la batalla llegara a empezar. Lo que se esperaba que fuera un golpe decisivo se convirtió en cualquier cosa menos en eso.

Sin que cundiera el pánico, el comandante tau respondió al cambio de circunstancias de la batalla con una velocidad terrorífica. Los tanques se dispersaron en formación, utilizando los contornos del terreno y cualquier protección para avanzar poco a poco, un grupo haciendo fuego de cobertura mientras el otro tomaba posiciones.

Los aguijones alados se lanzaron en masa desde el aire para dificultar los esfuerzos de los defensores y un brillante grupo de drones apareció por los flancos. En pocos segundos empezaron a llover misiles, que impactaban con una precisión matemática y mataban a docenas de guardias y soldados montados de la FDP con cada explosión.

Con la batalla ya en ebullición, la disposición del ataque tau quedó clara. Atacaban a la vez las líneas imperiales y las trincheras, las garitas y los fortines que protegían la aproximación al puente Diacriano, que se estaban llevando lo peor del asalto.

Las reverberaciones del bombardeo de los enormes cañones Thunderfire eran ensordecedoras y producían un eco en los extremos más alejados del desfiladero. Algunos proyectiles formaban un arco descendente y detonaban entre los tau, mientras que otros iban a ras de suelo para explotar bajo delicadas placas gravitacionales que mantenían a los tanques aerodeslizates de los tau en el aire.

Los blindajes se desgarraban y los cuerpos ardían, pero la fuerza alienígena seguía avanzando. Tan cerca de los puentes había muy poco sitio donde ponerse a cubierto y el enemigo se veía obligado a ir hacia ellos frontalmente. Los misiles dejaban sus estelas por encima de las cabezas e impactaban en los baluartes elevados que protegían a las tropas imperiales, pero no poder ver dónde disparaban, acababan sólo levantando columnas de tierra.

Lanzarse directamente a las garras de un enemigo con armas manejadas por soldados preparados y determinados era la situación táctica menos deseable en la que querría encontrarse un comandante, y Uriel deseó que los tau pagaran por su exceso de confianza. La mayor parte de la Cuarta compañía estaba protegiendo el puente más meridional de Olzetyn, que era claramente la parte más débil de sus defensas. Sabiendo que los tau se lanzarían sobre él con toda su fuerza, Uriel había desplegado a sus guerreros ahí para apoyar con el fuego de sus bólters a las filas del 44.º y potencialmente dirigir a los tau hacia los bastiones occidentales, en donde los esperaban el capellán Clausel y sus escuadrones de asalto.

Uriel disparó con el bólter por encima del borde del terraplén, examinando con su ojo entrenado todos los detalles del asalto tau en el tiempo que le llevó tirar de la corredera del arma. Sus marines espaciales tomaron posiciones junto a él mientras los cientos de guardias se situaban para defender el puente Diacriano, desplegándose con un redoble de botas sobre las pasarelas de tablones. Se agitaron los estandartes y los gritos dejos sargentos y los oficiales se oyeron entre los crujidos de las explosiones y los chasquidos del fuego de las armas tau.

—¡Los estamos destrozando! —chilló el coronel Loic subiendo al escalón de tiro al lado de Uriel.

—Por ahora —reconoció Uriel—, pero se adaptarán pronto e intentarán algo diferente.

—Intentarán mantenernos en nuestra posición con tropas prescindibles mientras ellos avanzan.

Uriel se quedó sorprendido ante la perspicacia de Loic y asintió.

—Sí, sospecho que eso intentarán en cualquier momento.

—Es probable —dijo Loic levantando la vista.

Uriel siguió la mirada del coronel mientras se oía un fuerte sonido de aleteos, como una nube de murciélagos saliendo por la boca de una cueva. Muy por encima de sus cabezas el aire estaba poblado por una bandada de horribles criaturas azules de alas estrechas y apariencia similar a la de un insecto. Caían en picado repentina y rápidamente: tropas de asalto con

blindaje ligero enviadas para crear problemas a las defensas imperiales el tiempo suficiente para que sus señores tau alcanzaran las líneas.

—¡Aguijones alados! —gritó Uriel—. ¡Escuadrones de reserva, derríbenlos!

Los grupos de fuego auxiliar colocados por detrás de las líneas delanteras abrieron fuego; ya tenían las armas apuntando al cielo por si surgía aquella eventualidad. Los rayos láser cruzaron el cielo hacia arriba, y los gritos de las criaturas xenos heridas se oyeron por encima del sonido de las descargas, hasta que se unieron las antiaéreas y las ametralladoras pesadas montadas en las cúpulas de los Chimera de la FDP.

—No conseguirán detenerlos a todos —dijo Loic.

—Probablemente no, pero sí deberían detener a suficientes.

A Uriel le agradó la ausencia de miedo en la cara de Loic. Por mucho que su nombramiento fuera político, el hombre tenía coraje. Volvió su atención al frente, donde las armas imperiales continuaban sembrando la confusión entre los vehículos tau. Al darse cuenta de que sus transportes eran una trampa mortal, la mayor parte de los comandantes de los escuadrones tau sacaron a sus tropas y las hicieron avanzar a pie. Uriel vio amenazadores guerreros tau poniéndose a cubierto en los cráteres y tanques destruidos. Columnas en movimiento de humo de propergol cruzaban el campo de batalla, temblaban con las andanadas y desaparecían con el fuego de artillería tau.

Detrás de los guerreros de fuego, las siluetas más robustas de las armaduras de combate se movían entre el humo. El brillo azul de sus retrocohetes indicaba su presencia. Era imposible contarlos, pero Uriel vio que su número aumentaba cada vez más.

—Vienen armaduras de combate detrás de ellos —dijo pasando la información a los Ultramarines por el comunicador—. Saquen las unidades pesadas en los puntos donde sea posible.

Le llegaron confirmaciones de sus guerreros, y el duro tableteo de los bólter surgió cuando se produjo el primer contacto en las líneas más alejadas. A medida que el hueco entre las dos fuerzas se reducía, unas devastadoras tormentas de fuego de artillería surgieron de las defensas

imperiales. Los disparos de los tau hicieron saltar tierra del terraplén y empujaron a los soldados hacia atrás, porque sus armaduras no les ofrecían protección contra aquellas energías tan poderosas.

Los gritos se oían aquí y allá entre el ruido de la batalla: el horrible dolor de los seres humanos y la bienvenida agonía de sus enemigos alienígenas. Dos dreadnoughts ultramarines, el hermano Zethus y el hermano Speritas, patrullaban por toda la zona, utilizando su inconmensurable poder de fuego contra las secciones donde los tau presionaban más. El ruido de las armas de fuego era como el trueno de los dioses; sus cañones láser, como relámpagos que cayeran del cielo.

Había cuerpos cubriendo el suelo ante las defensas y las llamas surgían en diferentes partes del campo de batalla por los tubos de combustible incendiados o el estallido de la munición. Uriel disparo varias ráfagas de proyectiles explosivos hacia las filas de los tau, y cada una de ellas mató a un puñado de guerreros enemigos, aunque muchos siguieron su camino hacia las defensas.

Para eso era para lo que estaban entrenados, para esa justa carnicería de los enemigos de la humanidad, y Uriel sintió un orgullo salvaje ante su capacidad para lidiar con la muerte. Miró a ambos lados y vio a marines espaciales luchando con una precisión cruda e implacable contra los tau. Peleaban como héroes, y cada uno de esos guerreros merecía ser inmortalizado en una canción o un verso. Pero ninguno buscaba la gloria para sí mismo, tan sólo para el Emperador y para el capítulo.

Entre ellos, los soldados del 44.º Lavrentiano y de la FDP de Pavonis luchaban con igual fervor. Como había predicho el coronel Loic, el fuego de los escuadrones de reserva y de las armas interceptoras no había sido suficiente para evitar que el asalto de los aguijones alados surtiera su efecto, y ahora mismo se llevaba a cabo un tiroteo brutal y desde muy cerca en la retaguardia de las defensas imperiales.

Uriel y Loic pudieron comprobar a la vez cómo aumentaba la intensidad de la batalla. El comandante de la FDP disparó su pistola en dirección a un integrante de esa especie xenos de alas azules y se puso a la cabeza de una salvaje carga que se metió directamente en medio de los alienígenas.

Contrariamente a lo que había pensado Uriel, Loic era muy hábil con su sable, y la hoja imbuida de energía se abrió un camino sangriento entre sus enemigos. La mirada de Loic se encontró con la de Uriel, y el primero levantó su espada a guisa de saludo antes de seguir avanzando en aquel torbellino sangriento.

Lo que los marines espaciales llevaban a todas las batallas no era solamente su habilidad con las armas; era la idea que se representaba en las mentes de aquellos que luchaban con ellos y contra ellos lo que los hacía tan formidables. Los Adeptus Astartes eran el símbolo del poder del Imperio, un símbolo que buscaba reforzar su poder en cualquier lugar que el Emperador lo necesitara.

Eso era lo que hacía de los marines espaciales una fuerza que iba más allá de lo que los números podían transmitir. Un hombre podía ser derrotado, pero un marine espacial era invencible, indomable e imparable. Los tau lo habían aprendido en la campaña de Zeist e iban a aprenderlo de nuevo allí, en Pavonis. Uriel se agachó para sacar un cargador para su bólter, completando el proceso con una economía de movimientos fruto de la experiencia. Una luminosa flecha de plasma supercalentado explotó en la línea algo más allá, haciendo que cayeran sobre él fragmentos vitrificados de tierra. Dos marines espaciales cayeron del escalón de tiro empujados por la potente detonación y una armadura de combate con cicatrices de guerra se abrió paso sobre el parapeto en ruinas, con sus armas soltando una brillante espiral de humo mientras recargaba.

Una formación en cuña de armaduras de combate lo seguía sin dejar de disparar con toda su potencia de fuego. Hicieron desaparecer parte de la protección del terraplén de los defensores y empezaron a dispersarse. Los guerreros de fuego se arremolinaban a su alrededor y Uriel vio el peligro inmediatamente. Enfundó el bólter y miró a su alrededor buscando alguien a quien pedir ayuda. Sacó la espada y cargó contra las armaduras de combate.

—¡A mí el escuadrón Ventris! —gritó—. ¡Necesito al hermano Speritas en mi posición!

Learchus se lanzó a tierra mientras el convoy de los tanques tau pasaba tan cerca de su posición que podía haber echado a correr y plantado una bomba de fusión en el vehículo más cercano antes de que su piloto hubiera tenido tiempo de reaccionar. La estela de los motores antigravedad de los aerodeslizadores enviaba una ola de aire caliente sobre su capa de camuflaje, así como un desagradable hedor alienígena a metal quemado. La proximidad de los tau amenazaba con sacar lo peor de sí mismo, pero reprimió con todas sus fuerzas su furia creciente y su desagrado.

Sabía que tenía una misión, pero cuanto más al sur iban él y sus exploradores, menores eran las posibilidades de completarla. No podían avanzar ni un kilómetro sin oír una advertencia por el comunicador del sargento Issam diciéndoles que debían echar cuerpo a tierra. Habían pasado muchos años desde que Learchus fue explorador, cada vez que tenía que esconderse de una unidad enemiga, recordaba por qué se alegró tanto cuando lo promocionaron al rango de astartes de pleno derecho.

Los tanques siguieron su camino hasta quedar fuera de su vista, y Learchus, una vez más, se quitó la capa y volvió a ponerse en pie. Tenía la armadura sucia, y se sacudió las hojas y barro de las bruñidas placas con un gesto de irritación. ¿Era la forma que tenía Uriel de castigarlo por sus ambiciones?

Learchus descartó inmediatamente el pensamiento por desleal e inspiró lenta y profundamente, recitando en silencio enseñanzas de devoción para calmar su tremendo carácter mientras Issam se abría paso silenciosamente entre los grandes helechos en dirección al grupo de exploradores.

Learchus miró al cielo. Venían nubes desde el océano. Una brisa bastante fuerte estaba empezando a levantarse y Learchus podía saborear la promesa de relámpagos en el aire.

—¡Permaneced en el suelo! —susurró Issam mientras corría agachado.

Learchus se tiró boca abajo y volvió a ponerse la capa sobre el cuerpo enfundado en la armadura. Issam se lanzó a la húmeda tierra a su lado,

mirando hacia el mar y tirando de la capa de Learchus para cubrir completamente su cuerpo.

—No te preocupes —dijo Learchus—. Se han ido.

—Viene una tormenta —replicó Issam sin hacer caso de las palabras de Learchus—. Y es una buena, por lo que parece.

—Eso creo —asistió Learchus con acritud—. Más buenas noticias.

—Nos ayudará a movernos sin que nos detecten.

—Tienes razón —respondió Learchus—. Sigamos entonces.

Issam apretó el antebrazo de Learchus con la mano y negó con la cabeza.

—No, esperemos aquí en esta hondonada unos minutos antes de continuar.

Learchus se volvió hacia Issam, enfadado.

—Tenemos una misión. Issam, y no podemos permitirnos pasar el tiempo descansando. Tenemos que completar nuestra misión y volver con nuestros hermanos de batalla.

—No estamos descansando —replicó Issam—. Estamos esperando por si hay alguien en la retaguardia.

Learchus maldijo en voz baja pero no dijo nada. Esperaron en silencio mientras una suave lluvia comenzaba a caer. Pasado un tiempo, otro tanque Cabezamartillo, escoltado por un par de ágiles vehículos de exploración, pasó justo al lado de su escondite siguiendo la misma ruta que el convoy más pesado.

Una vez que Issam decidió que ya no había más fuerzas tau, dieron órdenes a los exploradores con una serie de gestos de la mano. Learchus se levantó y se puso en cuclillas, retorciéndose las manos mientras miraba hacia el sur.

Entonces miró a Issam, enfadado consigo mismo por no haber pensado en la retaguardia y furioso por su exclusión de la lucha.

—¿Cuánto crees que queda hasta Praxedes? —preguntó sin disculparse.

Issam sacó un mapa doblado de la bolsa que llevaba en la cintura. El mapa estaba plastificado e impreso con siluetas, colores y símbolos que

Learchus sabía que debería reconocer pero cuyo significado se le escapaba. Issam señaló Praxedes e hizo una línea con el dedo en dirección norte.

—Basándome en lo que creo que hemos avanzado yo diría que nos quedan otros dos días, o tal vez más si tenemos que seguir escondiéndonos de los tau.

—¡Tres días! —Exclamó Learchus—. ¡Puede que hayamos perdido la guerra para entonces!

—Sea como sea, ése es el tiempo que vamos a necesitar.

—Es demasiado —anunció Learchus—. Tenemos que ir más rápido.

El sargento de los exploradores cuadró los hombros.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que te ascendieron a astartes de pleno derecho?

—Noventa años, más o menos —respondió Learchus—. ¿Por qué?

—A algunos guerreros les entusiasman las actividades furtivas y enfrentar su inteligencia a la del enemigo con juegos encubiertos detrás de las líneas, pero tú no eres uno de ellos. La exploración no es lo tuyo, ya no.

—No, no lo es —reconoció Learchus—. Soy mucho mejor guerrero que explorador. Sólo deseo encontrarme con mis enemigos cara a cara y espada contra espada en un lugar donde se pueda probar el coraje y satisfacer el honor. Esta misión va en contra de todo lo que me hace lo que soy.

—Se te olvida tu anterior lección sobre la misión —repuso Issam—. Anhelas entrar en combate con los tau.

—Sí, con todas las fibras de mi ser —admitió Learchus—. El deseo de atacar a esos tanques casi ha sido superior a mí, pero si el exilio de Uriel y su retorno me ha enseñado algo, es que es una locura abandonar las enseñanzas del Codex Astartes.

—Eso te lo ha recordado, Learchus —continuó Issam—, pero cuando eres un explorador astartes nunca lo olvidas. Abandonar el Codex cuando estás desconectado de tus hermanos es una forma segura de acabar muerto. Si hubieras atacado a esos tanques o te hubieras movido un milímetro, todos seríamos cadáveres ahora.

—Lo sé —exclamó Learchus—. No soy un iniciado recién salido del reclutamiento.

—Un hecho del que soy muy consciente —asintió Issam—. Si lo fueras, me escucharías y me mostrarías un poco de respeto. Creo que te olvidas de que yo también soy un sargento.

El ya crispado temperamento de Learchus amenazó de nuevo con sacar lo peor de sí mismo, pero una vez más su férreo autocontrol hizo que se dominara. Estaba mostrándose ridículo. Issam tenía razón.

—Lo siento, hermano —se disculpó Learchus—. Tienes razón, por supuesto. Te pido disculpas.

—Disculpas aceptadas —dijo Issam generosamente—, pero creo que el tiempo que nos queda para llegar a Praxedes a rescatar al gobernador es la menor de nuestras preocupaciones.

—Los tanques han pasado de largo —apuntó Learchus.

—Sí.

—¿Cuántos había esta vez?

—Incluyendo la retaguardia, trece vehículos —respondió Issam—: cuatro Cabezamartillo, tres Mont'ka Sha y seis Mantarraya. Las formaciones cada vez son mayores.

—Sí —admitió Learchus—, y más pesadas. ¿Qué te parece?

—Demasiados para ser una fuerza de exploración u hostigamiento —aventuró Issam—. Parece toda una ofensiva de flanqueo.

—Eso era lo que me temía. Tenemos que avisar a Uriel.

—El Codex dice que, para no ser detectados, los exploradores no deben establecer contacto con el comunicador cuando están tras las líneas enemigas —le recordó Issam.

—Lo sé, pero si no hacemos nada, a nuestros hermanos los atacarán por sorpresa por el flanco y los rodearán. Serán destruidos y esta guerra acabará, rescatemos o no al gobernador.

Issam asintió.

—Seguramente los tau detectaran nuestra señal.

—Ese es un riesgo que tenemos que correr —decidió Learchus, sintiendo que todas las seguridades que mantenían su vida en pie se iban fundiendo una a una.

La armadura de combate líder bajó del escalón de tiro y un Chimera explotó cuando un proyectil de plasma atravesó su blindaje justo por debajo del anillo de la torreta. El coronel Loic y los hombres del 44.º reaccionaron ante la amenaza, pero no fueron capaces de volver a cerrar el hueco. Sólo los marines espaciales podían hacer eso. Uriel y sus guerreros lucharon para abrirse paso hacia la brecha a través de la vorágine de la batalla, mientras los guerreros de fuego trepaban por el baluarte de tierra apisonada.

Las armaduras de combate los habían visto y se estaban dando la vuelta para enfrentarse a ellos. Todo aquello iba a retener un precioso momento a los marines espaciales, y entonces ya sería demasiado tarde para sellar la brecha.

Una voz llena de sabiduría ancestral le habló a Uriel:

—Estoy contigo, capitán Ventris. Que empiece el enfrentamiento con los hostiles.

Una explosión de luz llegó desde detrás de Uriel y la parte superior de la primera armadura de combate explotó como si le hubiera impactado un relámpago horizontal en forma de flecha. Su carcasa humeante permaneció erguida unos segundos más antes de derrumbarse sobre el parapeto. Otro disparo relampagueante le voló la cabeza y la plataforma del hombro a una segunda armadura de combate, y un tercero abrió un agujero irregular en el pecho de un enemigo tau.

La espada de Uriel atravesó la armadura pectoral de la armadura de combate más cercana y se agachó para evitar la cuchillada de otra. Una andanada de calibre pesado le hizo un rasguño en la cadera y lo obligó a volverse. Cayó sobre una rodilla mientras su atacante era lanzado contra el terraplén por un impacto feroz que le hizo un boquete en el pecho.

—Cuidado, capitán Ventris —dijo el hermano Speritas, su voz atronando desde los altavoces instalados en su sarcófago—. No tienes una armadura como la mía.

El hermano Speritas, cuya carne mortal había quedado prácticamente destrozada en el endemoniado mundo de Thrax, se cernió sobre Uriel. El

armazón blindado del dreadnought parecía un enorme bloque de acero al que habían dado forma sólo y exclusivamente para hacer la guerra.

El fuego de las armas rebotaba sobre el blindaje de Speritas sin causar ningún efecto, y su arma monstruosa y chisporroteante golpeó a otra armadura de combate, destruyéndola, mientras el hermano seguía caminando hacia los vehículos blindados de los tau. Demasiado cerca para disparar sus armas, los tau no eran rival para un cara a cara con un dreadnought astartes enfurecido.

Uriel se agachó y se fue abriendo paso a través del combate utilizando como parapeto la enorme masa de Speritas, que iba creando un camino mortal cruzando el grupo de armaduras de combate. Sus guerreros se desplegaron en abanico a su alrededor disparando hacia la brecha, obligando a retroceder a los guerreros de fuego y presionando a las fuerzas de asalto de armaduras de combate para obligarlos a retirarse por donde habían penetrado. El fuego de bólter a corta distancia convirtió la brecha en un huracán de explosiones y proyectiles rebotando en el que era difícil mantenerse con vida. Los gritos de los tau y los impactos húmedos de los proyectiles sólidos en la carne remarcaban los intermitentes ladridos del fuego de artillería.

Todo lo que Uriel podía oír eran las explosiones y el furioso repiqueteo de metal contra metal. Le cortó las piernas a otra armadura de combate e hizo un giro completo con su espada antes de acuchillarla en el pecho. La experiencia le había enseñado que la parte de la cabeza de estas unidades no contenía el cráneo del que la llevaba, y cuando volvió a girar la espada para sacarla, la hoja estaba manchada de rojo por la sangre tau.

Al fin los enemigos se retiraron y Uriel examinó rápidamente el campo de batalla. El coronel Loic y sus hombres habían tomado posiciones en el escalón de tiro y lanzaban andanada tras andanada hacia las líneas tau. Una enseña verde y dorada ondeaba orgullosamente por encima de la batalla, y Uriel hizo un gesto de asentimiento al coronel de la FDP mientras el hermano Speritas le arrancaba la vida a la última de las armaduras de combate.

Los marines espaciales aseguraron la brecha mientras las excavadoras la cerraban una vez más apilando tierra.

Uriel miró su bólter y comprobó la carga mientras volvía a subir al escalón de tiro. Loic lo saludó con una amplia sonrisa, su cabeza calva estaba cubierta de sudor y sangre. El pecho del hombre subía y bajaba rápidamente por la emoción, y apoyó una mano enguantada en el hombro de Uriel.

—¡Por el Emperador, lo hemos logrado! —gritó—. No creí que pudiéramos, pero, maldita sea, les hemos dado una lección que no van a olvidar pronto.

Al mirar al campo de batalla, Uriel tuvo que reconocer que tenía razón. La luz del amanecer empezaba a extenderse sobre el páramo destrozado y lleno de cuerpos, aunque las nubes de humo que se movían por todas partes ocultaban el verdadero alcance de la batalla. El primer combate del puente Diacriano se había ganado, pero el coste había sido alto. Cientos de defensores habían muerto, pero los tau se habían llevado la peor parte. Uriel estimaba que unos cincuenta tanques estaban ardiendo y más de un millar de tau habían muerto.

El coronel Loic limpió la hoja de su espada en la túnica de un soldado tau caído antes de volver a guardarla en su vaina. Siguió la mirada de Uriel hacia el campo de batalla.

—Pronto volverán a caer sobre nosotros, ¿verdad?

—Sí —afirmó Uriel.

—Entonces necesitamos prepararnos para el siguiente ataque —apuntó Loic haciéndole señas a un operador de comunicaciones—. Haré que distribuyan más munición y que traigan agua y comida.

—Eso llevará mucho tiempo —dijo Uriel—. Tendremos que arreglárnoslas con lo que tenemos.

—No, tengo puestos de suministro detrás de nuestras líneas —le explicó Loic entre una orden y otra por el comunicador—. Las llevan hombres no combatientes de la FDP y pueden tener aquí los suministros en cinco minutos.

—Eso ha sido muy previsor por su parte —dijo Uriel, impresionado por la meticulosidad de Loic.

—Simple logística, a decir verdad —respondió el coronel modestamente—. Ni el más valiente de los soldados puede luchar si no tiene munición o está deshidratado, ¿no es así?

Uriel asintió.

—Le he subestimado, coronel Loic, y me disculpo por ello.

Loic desestimó aquellas palabras con un gesto, aunque Uriel pudo ver que estaba extremadamente contento de que se lo hubiera dicho.

—¿Y cómo cree que se lanzarán sobre nosotros esta vez, capitán Ventris?

—Con precaución —explicó Uriel—. Antes han mostrado demasiada confianza y no cometerán ese error de nuevo.

—El capitán Gerber dijo que los tau no cometen errores —repuso Loic.

—Los cometen —dijo Uriel—, pero no dos veces.

Jenna observó mientras Mykola Shonai era sacada a rastras de la celda; sus pies desnudos y rotos iban dejando un brillante rastro de sangre sobre el suelo húmedo. El cuerpo de la mujer no era más que una masa de carne inerte vapuleada y golpeada, y cualesquiera que fueran los secretos que tuviera en su cabeza, se iban con ella a la tumba.

Dos guardianes con sus visores de espejo bajados sobre la cara se la llevaron, y Jenna sintió un peso plomizo en el estómago al ver el cuerpo de la antigua gobernadora, sabiendo que ella tenía parte de responsabilidad en la muerte de Mykola Shonai.

Vio a Culla a través de la puerta de la celda, desnudo hasta la cintura y lavándose el cuerpo cubierto de sudor con el agua de un ajado aguamanil de cobre. La furia la inundó y entró como una tromba en la celda, con las manos hormigueándole por el deseo de rodear con ellas la garganta del predicador.

Culla sonrió cuando ella entró en la celda. Mostraba unas expresión serena y beatífica ante su logro. Tenía la barba manchada de sangre seca y

los puños salpicados con la misma sustancia.

—La ha matado —lo acusó Jenna—. La ha golpeado hasta la muerte.

—Sí —admitió Culla—, y la disformidad devorará su sucia alma durante lo que queda de eternidad. Regocíjese, juez Sharben, porque hoy hay una hereje enemiga del Imperio menos. Mediante estos actos es como conseguimos mantener la seguridad.

—¿Mantener la seguridad? —Masculló Jenna entre dientes—. Pero ¿no le ha sacado nada a ella? ¿Nada que nos ayude a luchar contra los ejércitos tau?

—Nada que no hubiera confesado ya cuando la arrestaron —admitió el predicador mientras se secaba con una toalla—. Pero esa perversidad suya ya le había asegurado un final largo y doloroso. Aquí sólo hemos hecho que fuera un poco más largo y agónico. ¿No está de acuerdo conmigo?

Jenna vio que la cara de Culla pasaba de la serenidad a un gesto repugnante que recordaba al de un reptil. Sus ojos brillaron con ansia depredadora, deseando que Jenna dijera algo estúpido que la hiciera ocupar el lugar de Mykola Shonai en la silla que había atornillada al suelo.

—Se merecía la muerte, en eso estamos de acuerdo —respondió Jenna eligiendo cuidadosamente las palabras—, pero la muerte la debe decretar la justicia imperial. Debería haber sido declarada culpable por un cónclave de jueces y ejecutada por las autoridades competentes.

—Ya le he dicho, Sharben, que tengo la autoridad del Emperador —le espetó Culla, empujándola para pasar a su lado y abandonar la celda—. ¿Hay alguna autoridad mayor?

Jenna esperó a que saliera y se dejó caer hasta quedar en cuclillas mientras con uno de sus dedos seguía las espirales de sangre que había en el suelo. Era pegajosa y todavía estaba caliente. Un ser humano acababa de morir ahí, una mujer que había sido respetada y admirada. Las acciones de Mykola Shonai la habían condenado, y Jenna no dudaba de que su crimen no sólo tuviera garantizada una condena a muerte, sino que la pedía a gritos.

Pero ¿se había merecido morir así, golpeada hasta la muerte por un loco que proclamaba tener una más que dudosa conexión directa con el Emperador? La ley imperial era dura y no tenía compasión, pero siempre

basándose en buenas razones. Sin ese control, la humanidad pronto caería presa de la miríada de criaturas y peligros que la amenazaban por todos lados. La dureza era necesaria y vital, pero Jenna siempre había creído que la ley también podía ser justa.

La sangre de sus dedos dejaba claro lo falso de esa creencia, y sintió que su furia contra Culla alcanzaba nuevos límites. El predicador había violado lo que suponía el centro de sus creencias e ideas sobre el mundo, pero eso no era lo peor.

Lo peor era que ella se lo había permitido.

Odiaba a Culla, pero odiaba más la complicidad que ella había tenido en sus acciones. Él la había arrastrado a la barbarie y ella se había quedado allí sin hacer nada, aun sabiendo que todo aquello no estaba bien.

Jenna apartó los dedos del suelo y se frotó la sangre pegajosa de las yemas. Levantó la cabeza y miró al águila de bronce, que estaba muy arriba, colgada en la pared de la celda. Ese símbolo se suponía que debía recordar a los condenados que habían renunciado a todo y quién era el que tenía que juzgarlos.

Pero ahora solamente servía para recordarle a Jenna a quién y a qué servía ella.

Culla afirmaba que servía a una autoridad superior. Bien, pues Jenna también.

Se puso de pie y se dio la vuelta en un solo movimiento, para después salir de la celda con una furia amenazante materializándose en su interior. Jenna sacó la porra de energía de la funda de su hombro y cruzó los corredores fríos y húmedos del invernadero siguiendo la voz atronadora de Culla. Lo encontró en la sección que ocupaban los prisioneros tau, y Jenna sintió que una curiosa calma descendía sobre ella según iba subiendo el volumen de la voz del hombre.

Al fin Jenna llegó a la amplia cámara donde estaban las celdas de los tau. Allí, un grupo de abatidos alienígenas estaban confinados en celdas de dos por tres metros iluminadas durante todas las horas del día. Los efectos de los prisioneros, los pocos que quedaban, se guardaban en la sala que había frente a las celdas junto con la miríada de instrumentos de tortura.

De pie ante las celdas, el agente Dion estaba poniéndole a Culla su casulla de color esmeralda, mientras que la agente Apollonia traía varios objetos de tortura de la sala de guardias: cuchillos, sierras, alicates, aparatos de escarificación y objetos para producir quemaduras, que colocó sobre una larga bandeja de metal sujeta a una mesa quirúrgica que a su vez estaba fijada al suelo. La hoja de evisceración de Culla estaba apoyada sobre la mesa como si fuera su bastón favorito, y Jenna se quedó impactada por la extraña naturaleza de la observación que acababa de ocurrírsele.

Un tercer agente, a quien no pudo reconocer porque llevaba el visor bajado, sujetaba a uno de los prisioneros. Los restos de un moño blanco cortado le indicaron a Jenna que se trataba de una tau femenina que se llamaba La'Tyen, la primera prisionera que habían traído al Invernadero. La tau tenía las manos atadas por delante y Jenna vio que su rebeldía y su odio no se habían atenuado ni un ápice. En un rincón de la cámara, el servidor xenoléxico que les habían proporcionado los Ultramarines estaba de pie, inmóvil, presenciando los hechos. Culta suspiró al ver entrar a Jenna.

—A menos que haya venido a ayudarme a descargar la ira del Emperador sobre estos animales degenerados, no hay lugar para usted aquí. Váyase, mujer.

—He venido para detenerlo, Culla —dijo Jenna con la voz tranquila y controlada.

—¿Detenerme? —rio Culla—. ¿Y por qué iba a querer detenerme? Es un miembro de una sucia especie de xenos. No me dirá que cree que merece algún tipo de clemencia…

—Tiene razón, no lo creo, pero usted ha violado la ley imperial con lo que le ha hecho a Mykola Shonai, y yo estoy aquí para impartir justicia.

—¿Justicia? —Replicó Culta con desdén—. Un concepto sin sentido ante los enemigos a los que se tiene que enfrentar nuestra especie. ¿Qué sabe un alienígena o una hereje de justicia? Guárdese sus tontas nociones de justicia para los niños y los idiotas, Sharben. Yo trato con la dura realidad y tengo trabajo que hacer.

—Ya no —declaró Jenna mientras se movía para interponerse entre el predicador y las celdas—. Dion, Apollonia, apartaos del prelado Culla.

Ambos agentes dudaron, indecisos entre la lealtad a su comandante y el recientemente engendrado miedo y respeto que le tenían a Culla. Jenna sintió que el momento se alargaba demasiado y colocó el pulgar sobre el botón de activación de su porra de energía. Parte de ella rehuía el enfrentamiento arma en mano con un predicador imperial, pero, en el fondo, por todo lo que la había llevado a convertirse en juez de los Adeptus Arbites, sabía que eso era lo correcto.

Ni Dion ni Apollonia se movieron, y los labios de Culla se torcieron en una mueca.

—Los agentes son míos ahora —dijo—. Ya la avisé de que no debía provocar mi enfado.

—Y yo ya le dije que soy la comandante aquí.

Jenna apretó el botón con el pulgar y le pegó a Culla en la cara con la chisporroteante porra de energía.



DIECISÉIS

El predicador lavrentiano salió disparado hacia atrás dando un traspié a causa de aquel golpe inesperado y cayó al suelo, y Jenna se acercó para propinarle otro más. No podía permitirse el lujo de proporcionarle a Culla una ocasión para tomar represalias, así que trazó un arco con su arma para dejar al hombre sin sentido.

El golpe no llegó a producirse.

El agente Dion se lanzó contra ella haciéndole perder el equilibrio y cortándole la respiración. Rodaron por el suelo mientras él la agarraba por la muñeca y golpeaba la porra de energía contra el suelo en un intento por hacer que la soltara. Jenna se retorció para liberarse y levantó la rodilla hasta impactar en la ingle de Dion. El agente bufó entre dientes pero siguió sujetándola, utilizando el peso de su cuerpo para mantenerla pegada al suelo.

—¿Qué demonios estás haciendo? —Le gritó Jenna—. ¡Soy tu oficial al mando!

Dion no contestó, reservando fuerzas para el forcejeo, lo que fue bastante inteligente por su parte. Le dio un cabezazo en la nariz y ella sintió cómo se rompía. La boca se le llenó de sangre y le estallaron luces de colores ante los ojos. Dion volvió a intentar el mismo movimiento, pero ella consiguió zafarse y oyó cómo crujió la cabeza del agente contra el suelo.

Dio un aullido de dolor y Jenna consiguió liberar su brazo izquierdo y le propinó un puñetazo a Dion en la garganta. Este gruñó de dolor y aflojó la presión sobre la otra muñeca. Oyó un grito de alarma y ruidos de lucha a su espalda, pero no podía dejar de prestar atención ni un segundo para ver qué era lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

Aunque habría preferido no tener que recurrir a ello, hizo oscilar la porra de energía y golpeó con fuerza el lateral del cráneo de Dion, logrando soltarse al fin. Sin aliento, consiguió salir de debajo del cuerpo tendido de bruces, no sin esfuerzo, cuando oyó el rugido brutal de una destripadora al encenderse con un bramido. El miedo innato a un arma tan letal y poderosa la dejó helada, produciendo el mismo efecto sobre sus sentidos que un cubo de agua helada.

¿Cómo había podido Culla recuperarse tan rápido? El hombre debía de tener una capacidad de recuperación sobrehumana para mantener la conciencia tras haber sufrido un golpe con la porra de energía en la cara. Un grito terrorífico llenó la estancia, más fuerte y agónico de lo que era posible imaginar. Se trataba del sonido producido por un ser humano sufriendo el dolor más insoportable; el sonido del terror desnudo, en carne viva. Un sonido que cesó de forma abrupta, sustituido por otro aún más espantoso.

Jenna rodó hasta ponerse de rodillas, completamente mareada y tratando de contener las ganas de vomitar. Vio que Culla seguía tendido en el suelo y que tenía la piel de la sien quemada por el campo de energía de su porra. ¿Quién había activado la destripadora?

Un surtidor de sangre roció el aire y Jenna sintió cómo le salpicaba la cara. Pestañeó para impedir que le entrara en los ojos y vio de dónde procedía aquel sonido espantoso en medio de una nube de lágrimas y sangre. El agente que mantenía prisionera a la tau estaba de rodillas y había sido prácticamente partido por la mitad.

El rugiente filo de sierra de la destripadora de Culla estaba hundido en mitad de su estómago, tras haber ido rajándolo de forma descendente, atravesándole la clavícula, las costillas y el esternón. Jenna dio un grito cuando el arma se liberó, cortando a su paso el cuadrante superior del torso del hombre.

Con el rabillo del ojo captó un movimiento. Apollonia estaba moviendo su escopeta para apuntar, pero la destripadora giró y cortó el arma de un tajo antes de que ella pudiera disparar. La cuchilla le mordió el hombro derecho y los dientes afilados de la espada fueron comiéndose el plastiacero, la malla, el hueso y la carne hasta segarle el brazo y separarlo del cuerpo con un horroroso ruido de carne destrozada.

Apollonia cayó al suelo mientras la sangre le chorreaba del hombro como si se tratara de una tubería rota.

La agente había muerto antes de llegar al suelo. Jenna se puso en pie tambaleándose y tiró del botón de alarma de su cinturón. Las atronadoras sirenas inundaron todo el Invernadero.

La’Tyen avanzó hacia ella y Jenna se colocó detrás de la mesa de operaciones, que quedó entre ambas, intentando así ganar tiempo. Aquella arma gigantesca ofrecía un aspecto ridículo en manos de la guerrera tau, y parecía casi demasiado pesada para que ella pudiera levantarla, pero a Jenna no le quedaba ninguna duda de que el odio le proporcionaría la fuerza suficiente para blandirla.

Dirigió una mirada rápida a Culla ya Dion, pero los dos hombres estaban fuera de combate por el momento. Jenna iba a estar sola hasta que otros agentes respondieran a su llamada.

La tau y ella se movieron alrededor de la mesa de operaciones mientras que el rugido ensordecedor de la enorme espada sierra llenaba la habitación. Jenna intentó no pensar en lo doloroso que sería morir trinchada por aquella arma terrorífica.

—Se acabó —le dijo Jenna—. Suelta el arma.

Desde una esquina de la habitación, el servidor xenoléxico repitió sus palabras.

En lugar de atacar, La’Tyen retrocedió hasta las celdas y bajó la gigantesca espada para reventar el mecanismo de cierre de la puerta más cercana. Se produjo una explosión de chispas cuando los dientes adamantinos rajaron el metal como sí se tratara de madera.

La puerta de la celda se abrió de un golpe y apareció uno de los tau cautivos. La destripadora volvió a bajar rajando otra puerta hasta abrirla también. Los ojos de Jenna saltaron hacia la entrada principal de la cámara, pero no había ni rastro de otros agentes.

Nuevamente, la destripadora atravesó otra cerradura, aunque estaba claro que el tau que salió de esta celda no era un guerrero. Era más alto que los otros y tenía un porte sereno del que los otros carecían. El tau dirigió unas pocas palabras a los otros y Jenna pudo apreciar el efecto que tuvieron sobre los demás. El aspecto férreo y guerrero de sus facciones se suavizó y los ojos se les abrieron un poco más, como si hubieran oído las palabras de un santo venerado o de un dios de carne y hueso. El servidor repitió las palabras en gótico imperial, pero el estruendo de la destripadora las ahogó.

Uno de los tau recogió la porra de energía de Apollonia y, bajo la mirada de Jenna, otro guerrero alienígena hizo lo mismo con el arma de Dion. Empezaron a desplegarse con la intención de rodearla, y aunque sus facciones eran extrañas y antinaturales, el odio de sus ojos era fácil de reconocer.

Ya lo tenía todo en contra para derrotar a La'Tyen, pero con los otros tau ya liberados, se podía dar por muerta si se quedaba y luchaba. Jenna se dio media vuelta y salió corriendo de la cámara.

La'Tyen vio huir a su torturadora e hizo amago de perseguirla, pero una mano la detuvo agarrándola por el brazo. Enfadada, se volvió para encararse con el dueño de aquella mano, pero las palabras hostiles murieron en su garganta cuando vio que era Aun'rai.

—Deja que se vaya —dijo el etéreo, y La'Tyen desactivó de inmediato la espada que le había arrebatado al gue'la que había gritado y disfrutado tanto humillándolos y causándoles dolor.

—Nuestra prioridad principal es escapar, no la venganza. La venganza no tiene sentido y sólo sirve para desviarnos de nuestro servicio al Bien Supremo.

—Por supuesto, venerado etéreo —asintió La'Tyen, inclinando la cabeza—, por el Bien Supremo.

Aun'rai se dirigió a los tau liberados.

—Nuestros captores regresarán pronto y nosotros debemos volver con nuestros camaradas. Coged mis cuchillas de honor.

Aunque Aun'rai no había dirigido la orden a ninguno de ellos en particular, un guerrero llamado Shas'la'tero se dirigió hacia la habitación que encontraba situada frente a las celdas, porque todos sabían sin necesidad de palabras quién era el elegido entre ellos. Un guerrero tau cogió un juego de llaves de uno de los torturadores muertos y empezó a abrir las celdas que permanecían cerradas.

En pocos momentos se habían reunido quince tau en la cámara y Shas'la'tero regresó con un par de bastones cortos de color caramelo cuyo extremo superior brillaba una gema azul. Aun'rai recibió los basto con una rápida inclinación de cabeza.

El líder tau hizo girar cada una de las gemas y las empujó hacia abajo hasta hacer que desaparecieran en el interior del cuerpo de los bastones. Empezaron a brillar intermitentemente siguiendo un patrón regular hasta que, de manera repentina, destellaron urgentemente en una secuencia de respuesta.

—Asegurad esa puerta —ordenó Aun'rai, señalando la entrada a la cámara—. Otros compañeros servidores del Bien Supremo se dirigen hacia nosotros.

—¿Qué quieres que hagamos con ellos? —preguntó La'Tyen, señalando hacia donde uno de los captores de visor de espejo yacía junto al cuerpo inconsciente del torturador de cabeza afeitada y barba en horquilla.

—Matadlos —dijo Aun'rai.

Setenta kilómetros más al norte, el capitán Mederic corría intentando salvar la vida. Alguna especie de sexto sentido sobrenatural lo hizo refugiarse tras el tronco de un árbol justo antes de oír el impacto silbante y agudo de un rifle kroot. Parte del árbol explotó a la altura de su cabeza, y gracias a sus gafas no perdió un ojo cuando las astillas afiladas de madera y la savia le rociaron la cara.

Se agachó para comprobar la carga de su arma. Media carga. La suficiente para dar motivos a sus perseguidores para mantener las cabezas a cubierto. Aún agachado, Mederic rodó alrededor del árbol y efectuó una ráfaga de disparos. Apuntó con rapidez hacia las señales de movimiento que veía a través de la hierba alta y de los arbustos de las colinas, no esperaba acertar, pero confiaba en que, ante la amenaza de su arma, los alienígenas se frenaran.

Los hombres y mujeres que vestían los uniformes militares verdes de exploradores del 44.º se movían rápidamente por las colinas y entre los árboles en un intento desesperado por salir de la trampa que los cazadores kroots les habían tendido.

Tendría que haberse dado cuenta de que un puesto de observación en las colinas Owsen, un poco más avanzado aún que las fuerzas de avanzadilla,

era demasiado bueno para ser verdad y no podía ser seguro.

Tras el aviso de los Ultramarines de que los tau estaban intentando desplegarse en círculo alrededor de las colinas al norte de Olzetyn, el 44.º había salido de Campamento Torum para enfrentarse a la amenaza frontalmente.

Los blindados se habían quedado un poco retrasados respecto a la infantería, y los Mastines de Mederic fueron los primeros en enfrentarse al enemigo. Los tau se movían con rapidez, pero los Mastines habían frenado la ofensiva de la avanzadilla preparando emboscadas a los equipos de rastreadores y dejando bombas trampa astutamente escondidas en un intento por alcanzar a los tanques enemigos. Los jefes de los pelotones enemigos y los comandantes fueron seleccionados con la precisión mortífera del fuego de los francotiradores, y el avance de los tau se fue ralentizando cada vez más a causa de la necesidad de explorar el terreno a fondo cuando se topaban con un lugar que pudiera ocultar una potencial emboscada.

Los rastreadores enviados en su busca para hacerlos entrar en batalla fueron burlados con inteligencia o bien cayeron en emboscadas en las que resultaron muertos. Los Mastines eran como fantasmas que se movían a través de las colinas cubiertas de niebla con toda la habilidad y el sigilo que habían aprendido en los duros campos de batalla de la Franja Este. Mederic había entrenado bien a sus hombres, y esa habilidad excepcional daba lugar a que tuvieran una confianza tal en sí mismos que la de ningún otro soldado del regimiento se le podía comparar.

«Eso es lo que nos ha perdido», pensó Mederic con pesimismo. Nada podía tocarlos, ninguna de las fuerzas que los tau habían mandado tras ellos había llegado siquiera a acercárseles y ningún enemigo estaba fuera del alcance de sus armas. Qué fácil resultaba que la confianza se convirtiera en arrogancia. Mederic sabía que deberían haber salido del puesto de observación sin incidencias; había sido demasiado fácil, demasiado tentador.

A pesar de sus recelos, había liderado el asalto sólo para terminar encontrándose bajo la emboscada enemiga.

Los kroots parecían unos bárbaros salvajes que se dejaron caer de los árboles y surgieron de hoyos camuflados, como si el bosque mismo cobrara vida. Eran monstruos de carne rosada con plumas salvajemente erizadas que aparecían de la nada cubiertos de lodo y tierra y armados con rifles rematados por cuchillas afiladas.

Diez hombres habían muerto en los primeros momentos de la emboscada, y seis más en los segundos que siguieron de absoluta incredulidad ante el hecho de que los Mastines pudieran haber caído en una trampa. Después, el entrenamiento y el instinto entraron en juego, y ante la certeza de que era inútil quedarse y luchar, Mederic ordenó a sus hombres que se batieran en retirada para salir de aquella encerrona. Con sangre, bayonetas y valentía consiguieron romper el cerco de los kroots, y dieciséis horas después aún seguían huyendo.

Mederic escudriñó la maleza sin olvidarse de las ramas más altas de los árboles. Vio movimiento más adelante y preparó el rifle. Una bestia con una cresta de plumas de color rojo intenso saltaba de rama en rama aullando un grito de guerra que era coreado por las gargantas de otras cien bestias. La criatura se paró, acuclillándose con facilidad en una rama alta, y Mederic disparó antes de que se moviera otra vez.

Su rifle láser estalló escupiendo un rayo de poderosa energía, pero el kroot ya se había puesto en movimiento, saltando de la rama con un impulso de sus miembros como muelles antes de que el disparo pudiera alcanzarlo. Más disparos llenaron el aire cuando los soldados siguieron su ejemplo. El contraataque arrancó astillas de los árboles y rebotó en las rocas.

Pero los Mastines eran demasiado buenos como para no haber cambiado de posición después de disparar.

Mederic volvió a ponerse a cubierto detrás del árbol cuando un trío de gigantescas criaturas alcanzaron la cima de la colina que se encontraba por debajo de él. Aún más enormes que el grox más grande que él hubiera llegado a ver, podría haber sido utilizado como montura por un ogrete para entrar en batalla. Aquellas criaturas semejaban una versión de los kroots, pero cuadrúpeda y más gruesa. Avanzaban pesadamente sobre unas patas

tan anchas como el pecho de Mederic. Eran enormes bestias de carga, aunque, a juzgar por el tamaño de sus puños y sus rugientes bocas en forma de pico, no resultaba muy halagüeño pensar en un posible enfrentamiento con un monstruo así.

Detrás de cada uno de ellos había un kroot vestido con una túnica que manejaba una pesada arma de cañón largo, ajustada a la enorme montura de la bestia. Los kroots chillaban y gritaban mientras avanzaban al paso de la enorme bestia, y los otros graznaban con frenesí al verlos.

A Mederic no le hacía falta ningún entrenamiento de explorador especializado para saber que se trataba de malas noticias, y salió de su escondite cuando el jefe de plumas rojas ladró una orden estridente.

—¡Al suelo! —gritó Mederic, tirándose él mismo de bruces.

El aire se partió con el retumbar de los estallidos propios de los rifles que llevaban los kroots, sólo que cien veces más fuertes. Unos brillantes rayos de energía se propagaron por el bosque, haciendo que la luz del día se volviera azul. Uno de ellos alcanzó una roca grande y la hizo estallar en fragmentos, convirtiéndolos en proyectiles mortales que segaron la vida a una media docena de los hombres de Mederic. Otro alcanzó un tronco grueso, derribando en un instante un árbol que había tardado siglos en alcanzar semejante altura y anchura.

Mederic rodó sobre sí mismo cuando el árbol se vino abajo con un crujido, llenándose la boca de tierra y ramitas, mientras que otros soldados quedaron aplastados por la caída. No vio dónde impactó el tercero. Sonaron otros tres disparos y oyó los gritos de dolor de los guardias.

—¡Tylor, Deren, Minz! —Gritó poniéndose de pie—. ¡Conmigo! ¡Formad en línea conmigo y quitemos de en medio a esos artilleros!

Tres de sus exploradores se volvieron inmediatamente y tomaron posiciones con él, colocándose los rifles al hombro y las mirillas pegadas a los Ojos. Minz realizó el primer disparo y su rayo alcanzó a uno de los artilleros kroot, desalojándolo de su percha sobre el lomo de la musculosa bestia. Deren disparó al kroot que intentó trepar para ocupar su puesto.

Tanto Tylor como Mederic atravesaron el pecho del artillero que se encontraba en medio con rayos láser, y el fuego proveniente de las armas

pesadas de los kroots empezó a aflojar. Necesitaban desplazarse, y cuando ya estaba apuntando al kroot que trepaba para ocupar su lugar, Mederic vio que no serviría. El jefe de las plumas rojas estaba moviendo a sus guerreros para que los rodearan. No había ningún sitio al que desplazarse, y sólo esperaba que este último y desafiante enfrentamiento hubiera dado tiempo al resto de sus hombres para escapar.

—¡Seguid disparando! —ordenó—. ¡Sólo vamos a poder hacer unos cuantos disparos, así que aseguraos de que son certeros!

Derribó a otro kroot y se volvió para introducir con rapidez un cargador nuevo. Los árboles que se encontraban a su derecha estallaron y Mederic cayó con fuerza contra el suelo. Notó el sabor de la tierra y de la sangre, y miró a través de la bruma formada por el humo y por su propio mareo para ver que Minz y Deren yacían muertos en una masa informe de sangre y trozos de madera.

Su rifle había quedado inservible; la culata estaba destrozada y el cañón retorcido de manera irreparable. Alargó la mano buscando la pistola y el cuchillo, pero la pistolera estaba vacía: la pistola había desaparecido.

Sólo el cuchillo estaba exactamente donde debía estar.

Algo se movió entre la nube de humo, y se levantó rápidamente cuando vio que una cresta de plumas rojas pasó por su lado. Mederic, tambaleándose, avanzó dando tumbos a través de la neblina con el cuchillo desenvainado y el corazón latiéndole con fuerza, presa de la necesidad de matar a su enemigo. Dio cuchilladas a la neblina, gritando al mismo tiempo para que el kroot se enfrentara a él.

—¡Ven aquí, alienígena hijo de puta! —aulló—. Querías luchar, ¿no? ¡Pues enfréntate a mí, maldita sea!

Allí… Vislumbró una carne rosada con manchas y un destello de rojo vivo y Mederic fue en aquella dirección sosteniendo el arma por delante de él. Se acercó más se preparó para atacar. Entonces la bruma se aclaró y vio a Tylor clavado a un árbol con su propio cuchillo de combate. Le habían rajado el pecho y un abanico de sangre procedente de su cráneo se dibujaba sobre la corteza pálida del árbol.

—¡Por la gracia del Emperador! —gimió entre dientes, y cayó de rodillas. Aún oía los graznidos de alegría del kroot, pero eran distantes y apagados, como si vinieran de muy lejos. ¿Se trataba de un efecto acústico de la propia orografía de las colinas o era que la última explosión le había dañado el oído?

Entonces oyó otro sonido; un ruido sordo y gutural que provenía del otro lado de la ladera. Era profundo y hacía retumbar el suelo, y se propagó por sus huesos y por su cuerpo como si se tratara de los primeros movimientos de un terremoto. Mederic agarró el rifle caído de Tylor y marchó colina arriba en dirección a un sonido que conocía muy bien.

Cuando llegó a la cima de la colina, la neblina y el humo se aclararon, y al salir del bosque se encontró con la visión más maravillosa que pudiera haber imaginado: decenas de vehículos acorazados con los colores distintivos de los húsares del 44.º Lavrentiano. Los maltrechos supervivientes de los Mastines, ensangrentados y exhaustos, pero con la cabeza alta, se agruparon alrededor de los tanques del regimiento.

A la cabeza del convoy acorazado destacaba la imponente forma del Padre Tiempo, y subido sobre la alta cúpula del Baneblade se encontraba lord Nathaniel Winterbourne. El coronel tenía el brazo vendado y su piel presentaba la poco saludable palidez del tanquista veterano, pero su uniforme se mostraba impecable y relucía con todo el orgullo y el honor que representaba. El estandarte dorado y verde del 44.º, con su orgulloso jinete dorado, reflejaba la luz del sol, y Mederic sintió cómo se le saltaban las lágrimas al verlo.

—¿Capitán Mederic? —lo llamó Winterbourne, y él se enderezó. Mederic marchó hacia donde se había detenido el colosal tanque, sintiendo el retumbar de aquel motor que hacía estremecer hasta los huesos como si fuera una fuerza de la naturaleza.

—Señor —dijo Mederic, sujetándose al faldón del tanque para evitar caerse. Reparó en que alguien había escrito TRITURADORA DE CARNE en el faldón y sonrió a pesar de su total agotamiento.

—Ha hecho un trabajo magnífico aquí, capitán —dijo Winterbourne—. Los detuvo el tiempo suficiente para que trajéramos el material pesado

hasta aquí desde Puerta Brandon. Los sabios decían que no podría conseguirlo, pero yo los mandé al infierno. Si había alguien que podía contener a los tau, ésos eran tos Mastines de Mederic.

—Gracias, señor —contestó Mederic.

—Y ahora, deles a sus hombres agua y comida, capitán —dijo Winterbourne—. Si el informe del sargento Learchus es correcto, vamos a tener mucha acción aquí. Estas colinas y estos bosques no son nuestro terreno habitual, así que voy a necesitar que sus hombres estén en buena forma para mantener la seguridad de los blindados frente a esos malditos kroots y a los drones de puntería. ¿Está preparado para esa tarea?

Mederic recordó al jefe kroot de las plumas rojas y saludó con energía.

—Los Mastines nunca abandonan un combate una vez ha empezado.

Jenna deslizó la corredera de la escopeta para meter un cartucho en la recamara e hizo una señal con la cabeza a los agentes que esperaban a su espalda. Por un pasaje que se abría a un lado se deslizó en dirección a la puerta de la cámara tras la que los tau se habían atrincherado. La seguían quince hombres con armaduras negras y cascos con visores de espejo armados como ella.

Otros diez hombres armados se movían cuidadosamente, sabiendo que había guerreros alienígenas armados al otro lado de la puerta. Los tau únicamente disponían de unas pocas armas, pero tras la muerte de Apollonia, Jenna no estaba como para jugársela. Sabía que Culta y Dion también estaban muertos con casi total probabilidad. Culta le daba igual, pero la muerte del agente Dion le pesaba como plomo en el estómago y sabía que después tendría que lidiar con la culpa. Pero, de momento, tenía que restablecer el orden.

Bajá la vista hacia el patio del Invernadero, que ahora que se había declarado el aislamiento en celdas estaba vacío de prisioneros. La torre del centro, considerada como un símbolo de la justicia imperial, parecía mirarla fijamente, y la cúpula de cristal polarizado situada en lo más alto parecía, reírse de ella con aquella mirada imperturbable.

Jenna había reunido a sus agentes inmediatamente después de salir del bloque de detención, y sus tiempos de respuesta habían sido admirablemente buenos. En menos de diez minutos se reunieron dos equipos de ataque preparados para la acción. Hizo una señal con la mano al grupo formado por dos hombres equipados con un ariete y cargas moldeables.

—¡Que sea suficiente para echar la puerta abajo con una sola explosión! —ordenó—. Sin errores.

Una vez dada la orden, esperó durante un minuto que le pareció frustrante mientras las cargas eran colocadas en los goznes. Por fin, las cargas estuvieron listas y Jenna asumió su puesto junto a la puerta.

Abrió un canal de comunicación con todos los agentes bajo su mando.

—No quiero supervivientes. Esos cabrones han matado a Culla y a dos de los nuestros —dijo, olvidando mencionar que ella tenía parte de responsabilidad en esas muertes—. Los quiero a todos muertos. ¿Entendido?

Sus agentes asintieron y Jenna se pegó completamente a la pared.

Viendo que los hombres del otro lado de la puerta habían hecho lo mismo, levantó el codo y bajó el puño dos veces en rápida sucesión.

Dos cosas ocurrieron al mismo tiempo.

Los goznes de la puerta explotaron con un estruendo sordo y un ruido metálico.

Y los calientes gases propulsores llenaron el patio al tiempo que una nave Orca de desembarco de tropas descendía con toda la potencia de sus motores para frenar la velocidad de su descenso.

Jenna se cubrió los ojos para protegerse de la gravilla y de los gases acres de los tubos de escape. A través de la neblina y del polvo levantados por los motores aullantes de la nave espacial, la vio rotar sobre su eje en el aire y oyó el gemido de un motor ganando fuerza.

—¡Joder! —dijo, y se tiró al suelo.

Una tormenta metálica de proyectiles supersónicos rasgó el espacio del pasillo, segando la barrera que llegaba hasta la altura de la cintura y convirtiéndolo todo en una infernal tormenta de explosiones y muerte. Diez

agentes murieron en el primer segundo, descuartizados y reducidos a vapores deshilachados de sangre y huesos machacados.

Jenna se tapó los oídos, pero el ruido era tan intenso que resultaba imposible bloquearlo. Las detonaciones chirriantes hacían saltar trozos de piedra de las paredes, y ella sintió como una línea ardiente en la espalda; era el hombro, donde se le había alojado un fragmento de proyectil al rojo vivo. Algo explotó detrás de ella, y su pierna empezó a moverse espasmódicamente cuando el metal caliente le rasgó la carne del muslo. Se arrastró como pudo por el pasillo haciendo caso omiso del dolor e intentando frenéticamente escapar a la matanza.

Los cañones siguieron barriendo el pasillo arriba y abajo hasta que no quedó nada con vida. En medio del humo destellaban luces y de la nave de ataque salían dardos abrasadores, seguidos rápidamente por una resonante explosión.

«Las torres de vigilancia. Están cargándose las torres de vigilancia con misiles …».

Pensó que los cañones habían dejado de disparar, pero era imposible saberlo. La reverberación de los ecos de los disparos y de las explosiones resultaba ensordecedora. Jenna se quitó el casco y se llevó la mano al hombro, hurgando para tratar de encontrar la metralla caliente. Sentía el calor incluso con los guantes puestos y rechinó los dientes a causa del dolor que le produjo extraérsela de la herida.

Jadeando a causa del esfuerzo y bañada en sudor, Jenna parpadeó para evitar las lágrimas de dolor y confusión. ¿Qué estaba pasando? ¿De dónde había salido la nave de ataque tau? Estaba segura de que ya no disparaban e intentó ponerse de lado para ver qué estaba ocurriendo.

Unas densas nubes de humo y polvo oscurecían la mayor parte del pasillo, pero estaba claro que no quedaba nada con vida. Todos los agentes estaban muertos. ¿Era esto lo que se conseguía con la misericordia y las ideas de justicia? Gritó de frustración y miró a su alrededor buscando una arma. Su escopeta estaba a unos metros del borde de un charco de sangre brillante. El dolor penetrante que sentía en la pierna se incrementó al moverse hacia ella, y estiró el cuello para ver la gravedad de la herida.

La respiración se le cortó en la garganta cuando vio aquella atroz carnicería. La metralla había abierto un ancho surco en su muslo derecho, dejando una horrenda visión de carne machacada y huesos reventados.

El miedo la hizo respirar entrecortadamente, pero el grito de dolor que estuvo a punto de lanzar murió en su garganta cuando vio a los prisioneros tau aparecer en el pasillo. Antes todos le habían parecido iguales, pero ahora resultaba muy evidente quién era el jefe. No parecía que hubiera nada en su atuendo que pudiera diferenciarlo, pero el alienígena que Jenna había identificado instintivamente no era un guerrero que resaltara entre los otros. Su porte y su estatura eran sutilmente diferentes en formas que Jenna no podía apreciar conscientemente. Simplemente sabía que ése era especial.

La nave de desembarco de tropas había dejado de disparar e incluso el zumbido de sus motores pareció aplacarse en presencia del jefe de los tau. Jenna observó cómo se movía, y hasta su dolor quedó relegado ante la extraña calma que la envolvió al contemplar a un ser tan noble. Le parecía extraño no haberlo sentido en ninguno de los otros.

Gateó hasta su escopeta, con el sudor bajándole en ríos por la cara, arrastrando el polvo y las lágrimas que la cubrían. Notó que la piel se le volvía fría y se le nubló la vista. Comprendió que estaba entrando en estado de shock.

En el instante en que la nave de ataque abrió fuego, la dinámica entre ella y los tau pasó de prisioneros y captores a enemigos en guerra, y Jenna no tenía el más mínimo escrúpulo a la hora de matar a un enemigo en una batalla.

Jenna se arrastró lentamente hacia su arma, decidida a disparar por lo menos una vez a los alienígenas asesinos. Tenía puesta toda su atención en el acabado negro mate de la empuñadura de la escopeta, en el brillo de la luz que se reflejaba en el gatillo y en la superficie granulada de la culata. Su mundo se redujo a la distancia que la separaba del arma, y únicamente poniendo todo su empeño en esta tarea lograba luchar contra el dolor.

Sus dedos rozaron la culata de la escopeta y lloró ante esa pequeña victoria. Impulsada por el éxito, hizo un último esfuerzo y tiró del arma

hacia sí. Jenna sabía que sólo podría disparar una vez, y asió la empuñadura.

Antes de que pudiera incorporarse para disparar, un pie de piel azul pisó el cañón del arma.

Sintió que había alguien a su alrededor y levantó la vista entre lágrimas; vio al jefe tau de pie junto a ella, mirándola fijamente con una expresión que bien podría haber sido de lástima o de pesar. Junto al jefe se encontraba la tau a la que ella le había cortado la pequeña coleta blanca, La'Tyen. Era su pie el que descansaba sobre el arma e impedía que Jenna pudiera disparar. En contraste con la cara del jefe, la expresión de La'Tyen era de odio total.

Jenna había fracasado, y el peso de ese fracaso le arrebató la poca fuerza que le quedaba. Dejó caer la cabeza hasta el suelo de cemento y sintió su frialdad contra la piel pegajosa.

El jefe tau se arrodilló junto a ella y le puso una mano sobre la frente. Tenía la piel suave y cálida al tacto. La reconfortó y sintió que el dolor retrocedía, pero aun así, Jenna quería apartarse del alienígena.

—Me llamo Aun'rai y puedo aliviar tu sufrimiento —dijo el tau en un gótico imperial impecable. Su pronunciación era perfecta, aunque tenía la cadencia propia de los habitantes de la Franja Este.

—Tienes cierto acento —dijo Jenna con voz débil.

—¿De verdad? —El tau pareció sorprenderse.

—Sí —asintió Jenna—. Quien te enseñó el idioma debía de tenerlo y ahora tú también lo tienes.

—Es probable —admitió el tau con un brillo divertido en el ojo, como si acabara de darse cuenta. La pronunciación de Raphael a menudo parecía no ir con las palabras escritas. Aun así, poco importa.

—Si vas a matarme, hazlo y márchate —dijo Jenna entre dientes—. O déjame morir sin más.

Aun'rai negó con la cabeza.

—¿Matarte? No voy a matarte. Oí lo que le dijiste al gue'la que estaba dispuesto a infligirme un dolor atroz. Deseo que sepas que no somos lo que él cree que somos. Quiero que sepas que nosotros no somos tus enemigos.

—Matasteis a mis guardias —escupió Jenna—. Eso os convierte en mis enemigos.

—Eso ha sido lamentable —admitió Aun’rai—. Pero era necesario. Ahora debemos marcharnos antes de que vuestras fuerzas aéreas respondan ante la presencia de mi nave de desembarco de tropas.

Aun’rai dijo unas cuantas palabras en su propio idioma a La’Tyen, quien se mostró sorprendida y casi ofendida por ellas, pero aun así se arrodilló para obedecer la orden del jefe tau.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Jenna entre jadeos cuando La’Tyen la levantó y se la echó al hombro.

Un dolor casi imposible de imaginar le recorrió la pierna brevemente, pero de nuevo el contacto de Aun’rai le alivió el sufrimiento de la herida. A pesar de la repulsión que sentía ante el contacto del alienígena, Jenna se sintió patéticamente agradecida ante la ausencia de dolor. Los ojos le pestañearon y sintió que empezaba a perder la consciencia.

—Mis sanadores harán que vuelvas a estar entera, gue’la —le prometió Aun’rai—, y después voy a ofrecerte un lugar dentro de la Tau’va.



DIECISIETE

Durante tres días más, los defensores de Olzetyn soportaron los ataques de castigo contra sus líneas, con los misiles de los tau cayendo como lluvia sobre sus posiciones fortificadas y debilitando poco a poco las defensas. Después de que hubieran respondido a los primeros ataques, el comandante alienígena anuló cualquier pretensión de heroicidad precipitada y planificó cada uno de los asaltos tan concienzudamente que Roboute Guilliman se habría sentido orgulloso.

Las primeras líneas de batalla se convirtieron en trituradoras de carne ante las que tanto hombres como máquinas eran destrozados durante la tormenta constante de la lucha. Stratum, que había sido en un tiempo la joya de la burocracia del Administratum, ahora era poco más que una ruina a causa de los bombardeos. Las viviendas de los adeptos habían sido arrasadas por los misiles tau y los escombros se habían llevado a la primera línea para levantar barricadas. Al tercer día de lucha, la Torre de los Adeptos fue derribada; cuando esa estructura austera cayó por el desfiladero, se llevó consigo miles de años de impuestos y de registros de trabajo.

Su destrucción provocó una enorme ovación en las filas de los defensores mostrando una felicidad malsana, y demostrando que incluso ante una invasión alienígena pocos individuos eran más odiados que aquellos que se dedicaban a recaudar impuestos.

Los tau siguieron atacando a lo largo de toda la línea de las defensas, pero los bastiones gemelos que protegían el final del Imperator se mantuvieron impertérritos. A pesar de que continuaron enviando tanques y misiles contra los bastiones, la ofensiva tenía como objetivo tomar el puente Diacriano. Estaba claro que se trataba del punto débil de la defensa occidental y atrajo la mayor parte de la atención de los tau.

Las batallas se ganan con esa lógica, pero aquello que un atacante puede pensar, también puede anticiparlo el defensor.

Las naves tau intentaron bombardear el puente Imperator en toda su longitud, pero Uriel había previsto esa maniobra y varias líneas escalonadas de armas antiaéreas las hicieron estallar en el cielo sin que hubieran podido soltar sus cargas explosivas.

Un grupo compacto de armaduras de combate cayó desde el aire sobre el Estercolero para atacar las defensas traseras del puente Diacriano y abrir el flanco del Imperator. Quinientos guerreros tau armados con las armas más modernas y mortíferas que sus arsenales les podían proporcionar, cayeron del cielo nocturno entre las apestosas casuchas del Estercolero para encontrarse con que siete pelotones de la Cuarta compañía los estaban esperando. Apoyados por los Land Raider y por los Thunderfire, los Ultramarines convirtieron el área de aterrizaje en una zona de tiro concentrado. Los morteros pesados lavrentianos mantuvieron a los supervivientes clavados en el sitio mientras que las fuerzas imperiales se retiraban para que los numerosos escuadrones de Basilisk de la orilla oriental del río pudieran disparar.

Como si se hubiera desatado una tormenta en el cielo y hubiera descargado sobre el Estercolero, el promontorio Espuela se desvaneció en mitad de una lluvia de fuego de proporciones tan épicas que, cuando salió el sol, era como si la conurbación jamás hubiera existido. Pocos lamentaron su desaparición, ya que hacía mucho que había sido evacuada y en sus calles apretujadas y superpobladas habían reinado la enfermedad, la pobreza y el crimen.

El coronel Loic estaba demostrando ser un soldado más que capaz, un hombre que luchaba con el corazón de un guerrero y la mente de un estratega. Incluso los soldados del 44.º, endurecidos en las batallas, hombres para quienes la Fuerza de Defensa Planetaria no era más que una pandilla de aprendices peligrosos, llegaron a considerar al fornido comandante como a un auténtico camarada.

Los tau se estaban llevando la peor parte en la batalla, pero cada día se obligaba a las líneas imperiales a retroceder más hacia los puentes. Las bajas eran horribles en ambos lados, con miles de heridos y cientos de muertos al día. Ninguna fuerza lograba imponerse a la otra, pero tampoco podían permitirse retirarse de la incesante matanza. Tanto los defensores como los atacantes luchaban con valentía, pero Uriel sabía que las consecuencias del ataque tau eran ineludibles e inevitables.

Las defensas de Olzetyn estaban aguantando, pero los defensores se hallaban en un momento crucial.

El más mínimo revés sería suficiente para que el equilibro de la guerra cambiara.

Uriel se pasó una mano por la frente, restregándose la sangre que no había tenido tiempo de limpiarse. Vio que el capellán Clausel lo miraba e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No es mía —dijo Uriel, avanzando por la anarquía controlada del puente Imperator. Había tanques estropeados arrimados a ambos lados de la calle y los ingenieros lavrentianos y los de la FDP trabajaban mano a mano para conseguir que volvieran a estar operativos. Los soldados encargados de los suministros y los servidores de carga llenaban la calle, transportando munición, comida y agua para las tropas que luchaban defendiendo los puentes.

—Lo sé —contestó el capellán, haciéndose a un lado para dejar que pasara un camión con plataforma cargado de cajas con el sello de la Guardia Imperial—. Es demasiado oscura. ¿De dónde ha salido?

Uriel pensó en el último ataque sobre las cada vez más delgadas líneas de defensa, buscando entre las imágenes estroboscópicas de la matanza archivadas en su memoria, en las pesadillas que aún quedaban por llegar.

—No estoy seguro. Podría ser del guardia al que le estalló la cabeza a mi lado durante el último asalto a las trincheras ante el puente Díacriano. O del guerrero de fuego al que reventé cuando saltó desde un Mantarraya destruido.

Clausel asintió con la cabeza en señal de comprensión.

—Las batallas como ésta se convierten en una sola imagen borrosa de un horror incesante de sangre y muerte. Se trata de la guerra en su aspecto más brutal y mecánico, donde la habilidad de un guerrero cuenta menos que el lugar en el que se encuentra cuando impacta un misil.

—Yo he nacido para la batalla, capellán —le contestó Uriel—. Cada uno de mis músculos, de mis fibras y de mis órganos fue creado por el Señor de la Humanidad para hacer las guerras más brutales que se puedan imaginar, y aun así, esta carnicería diaria incesante me resulta ajena. No

deberíamos estar aquí, pero tampoco podemos abandonar a los hombres que están dando sus vidas para defender este lugar.

—Recurre al Codex Astartes y encontrarás tu respuesta —le aconsejó Clausel—. Nosotros, los astartes, destacamos en el ataque rápido, en lanzar las dagas directas al corazón y en las estrategias decisivas para ganar las batallas, no en las matanzas prolongadas y estáticas. Si nos marchamos de Olzetyn casi con total seguridad supondrá su caída, pero aun así, ¿no estaríamos mejor aprovechados en otra parte?

—Deberíamos ser capaces de hacer algo que nos haga combatir mejor en esta guerra, pero aún no sé qué es —respondió Uriel—. Sólo sé que a mí no me gustaría morir aquí, donde la vida de un héroe puede terminar de una forma tan arbitraria. Es un anatema para mí.

—Desde luego que sí —coincidió Clausel—. Todos los marines espaciales desean una muerte honorable en la batalla de la que alguno de los trovadores del capítulo pueda hablar en siglos venideros. No tememos enfrentarnos a la muerte, pero sí a hallarla sin honor.

—¿Qué sugieres, entonces?

—Eres tú quien debe decidir cómo luchamos, no yo —repuso Clausel —, pero sospecho que ya tienes un plan en mente, ¿me equivoco?

—Tengo algo pensado —asintió Uriel—, pero a nuestros aliados no les va a gustar.

—Lo que les guste o les deje de gustar no tiene ninguna importancia para nosotros —afirmó Clausel—. Tú eres el capitán de los Ultramarines y la decisión de cómo defender mejor Olzetyn y Pavonis la tomas tú.

—Lo sé —dijo Uriel.

Uriel y Clausel entraron en la sección más ancha del puente Imperator, que ahora servía como punto de clasificación de los heridos imperiales. Uriel nunca llegaría a acostumbrarse a la magnitud del derramamiento de sangre que estaba sufriendo la Guardia Imperial. Filas y filas de bolsas con cuerpos cubiertas con lonas esperaban a ser retiradas, y los largos pabellones médicos estaban llenos de hombres que gritaban y de médicos saturados de trabajo que intentaban impedir que el número de muertos fuese aún mayor.

Tras una batalla, los marines espaciales muertos normalmente podían contarse con los dedos de una mano, pero los guardias muertos eran miles. La matanza llegaba a tal extremo que horrorizaba a Uriel, y servía, una vez más, para recordarle el valor del soldado mortal y el honor que conquistaba con sólo colocarse frente al enemigo con un arma en la mano.

El coronel Loic y el capitán Gerber ya estaban allí, y los dos guerreros astartes avanzaron hacia ellos mientras los oficiales consultaban una serie de mapas provisionales trazados con tiza sobre uno de los lados de una estructura inservible.

Los dos soldados se volvieron al oír sus pasos acorazados, y Uriel se sorprendió al comprobar cuánto habían cambiado en los últimos días. Tanto Clausel como él seguían funcionando al máximo de su capacidad, pero en los mortales la tensión de la batalla se hacía muy evidente. Los dos hombres estaban exhaustos y habían dormido poco desde que comenzara la lucha. Loic había perdido peso y parecía un palo, no un adepto jugando a ser soldada.

Uriel sólo había visto a Gerber brevemente antes del primer ataque, pero su actitud sensata y su carisma como líder lo habían impresionado. Los dos oficiales habían servido con fidelidad, y Uriel estaba orgulloso de haberlos dirigido durante la batalla.

—Uriel, capellán Clausel —dijo Loic a modo de saludo—, me alegro de verlos de nuevo.

Uriel respondió el saludo inclinando levemente la cabeza y se volvió hacia el capitán Gerber.

—¿Hay alguna noticia de los otros mandos?

Gerber asintió, frotándose distraídamente una cicatriz reciente en el cuello.

—Sí, pero están incompletas y son de hace varias horas, así que no sabemos si se pueden considerar válidas. El capitán Luzaine informa de que el Mando Estandarte tiene a Jotusburg bajo control y de que sus fuerzas están preparadas para salir.

—Excelente —dijo Uriel, contento de recibir buenas noticias—. ¿Y el magos Vaal? Afirmó que los suministros de armas y munición serían fluidos

en un espacio de tres días, y ese tiempo ya ha pasado.

Loic pareció incómodo y se encogió de hombros.

—Dice que no están listos todavía —respondió—; algo sobre que los espíritus de las máquinas de los talleres forja están poniendo dificultades o que alguna brujería herética tau está causando interferencias. No estoy seguro.

—¡Necesitamos su munición y la necesitamos ahora! —exclamó Uriel. Inspiró profundamente para calmar la ira que empezaba a invadirlo—. ¿Es que Vaal no se da cuenta de que si no nos proporciona esos suministros podemos llegar a perder este mundo?

—Me parece que al adepto eso le parece algo secundario frente a la posibilidad de ofender a los espíritus de las máquinas. Tranquilo, Uriel. Le he expresado nuestra necesidad en el lenguaje más enérgico.

—Hábleme del Mando Espada —solicitó Uriel haciendo una indicación de cabeza hacia los mapas—. Dígame que a Lord Winterbourne le va mejor que a nosotros.

Gerber señaló uno de los mapas con la punta de su espada antes de hablar.

—Lord Winterbourne y el Mando Espada están luchando en las colinas Owsen. De momento han detenido a los tau, pero el enemigo está empujando fuerte para intentar penetrar en sus defensas.

—Learchus se arriesgó mucho al romper el silencio del intercomunicador tras las líneas enemigas —dijo Uriel.

—Menos mal que lo hizo. Su advertencia llegó justo a tiempo —afirmó Gerber—. Gracias a él nuestros flancos están seguros por el momento.

—Sí, eso ya es algo —asintió Uriel mirando el mapa de Olzetyn que los dos hombres habían estado estudiando—. Ahora, la cuestión es nuestra propia situación.

—Por supuesto, y el capitán Gerber y yo hemos elaborado un plan que pensamos que se puede llevar a la práctica.

—Adelante —dijo Uriel.

—Es el siguiente —empezó Loic—: Creemos que si desplazamos hombres de los bastiones del Imperator, podremos mantenernos firmes en el

puente Diacriano por lo menos otra semana más.

—Es posible —admitió Uriel—. ¿Y después qué?

—Después pensaremos en alguna otra manera de detenerlos —añadió Gerber—. ¿Tiene una idea mejor?

Uriel decidió que no tenía sentido malgastar palabras y tiempo intentando suavizar el golpe, y dijo:

—No vamos a desplazar a nadie de los bastiones del Imperator. Vamos a reforzar los bastiones y destruiremos todos los demás puentes. Si intentamos mantener el puente meridional, no lo conseguiremos y se volverán las tornas en el flanco del Imperator. Los tau saben que los otros puentes son claves para la defensa de Olzetyn. Y la verdad sea dicha, deberíamos haberlos destruido nada más empezar la lucha.

—¿Destruir los puentes? —Exclamó Loic—. Llevan siglos ahí. ¡No podemos hacer eso!

—La decisión ya está tomada, coronel —le replicó Uriel—. No estoy aquí para debatir este asunto, sino simplemente para informarlo de sus nuevas órdenes. No podemos seguir luchando así. Si no hacemos esto ahora, estaremos perdidos.

—Pero con esa semana más que podríamos conseguir, quién sabe lo que podría ocurrir —protestó Loic.

—Los Ultramarines no hacen la guerra basándose en lo que podría ocurrir —replicó Clausel—, sino sólo en lo que va a ocurrir. Si continuamos combatiendo en estas condiciones, perderemos, y eso no es aceptable.

—Por supuesto que no, pero tiene que haber alguna otra forma —insistió Loic.

—No la hay —le respondió Uriel en un tono que no propiciaba ninguna discusión.

Gerber miró el mapa que había dibujado con tiza en la pared y asistió con la cabeza.

—Nuestro honor ya está a salvo, Adren, y ya se ha vertido suficiente sangre por esta ciudad. Ha llegado la hora de tomar decisiones difíciles, y no podemos llevarlas a la práctica con temor.

Loic se dio cuenta de que no tenía aliados en su intento por impedir la destrucción de los puentes, y Uriel vio la resignación reflejada en sus ojos.

—Muy bien —admitió Loic—. Tiene razón, por supuesto. Pero es que resulta difícil ver cómo se destruyen lugares emblemáticos de tu mundo para poder salvarlo.

—Somos como el cirujano que amputa un brazo para salvar al paciente —remarcó Clausel.

—Lo comprendo —respondió Loic—, pero me preocupa pensar qué es lo que va a quedar en pie de Pavonis si lo destruimos todo para derrotar a los tau.

Las palabras de Loic se convirtieron en una luz reveladora en la mente de Uriel, y un plan que no había consistido más que en unas cuantas ideas a medio formar en su mente, cristalizó de repente.

—¿Qué? —preguntó Loic, presintiendo que había dicho algo importante.

—Ya sé cómo podemos ganar esta guerra —afirmó Uriel.

La persecución había terminado.

Los rayos de energía abrasadora emitidos por impulsos acribillaron el suelo dirigiéndose a Learchus, y el sargento se lanzó detrás de una piedra mientras los dos aerodeslizadores de exploración que quedaban pasaron como un rayo trazando un arco y otro barrido de ráfagas de ametralladora. Rodó sobre sí mismo y pegó la espalda con fuerza contra la piedra, preparando su bólter por si se le presentaba la oportunidad de realizar algún disparo.

Mandar el mensaje por el intercomunicador avisando de que los tau estaban avanzando por los flancos había supuesto un riesgo, y Learchus sólo esperaba que Uriel hubiera hecho buen uso de la información. Estaba claro que el equipo de vigilancia electrónica de los alienígenas había detectado aquella breve transmisión y que las escuadrillas de aerodeslizadores de exploración que se entrecruzaban fueron cerrando el cerco cada vez más alrededor de Learchus, Issam y los exploradores.

Sus perseguidores sabían que la presa estaba cerca y habían cortado rápidamente todas las vías de escape, acosándolos hasta llevarlos hasta la misma línea de la costa. Teniendo Praxedes tan cerca, resultaba mortificante tener que renunciar a su misión, pero el momento del sigilo había pasado.

Había llegado la hora de luchar.

Se habían emboscado esperando a sus perseguidores y habían abatido a uno de los aerodeslizadores de exploración con su primera descarga de disparos de bólter. A un segundo lo habían derribado con un misil disparado por el lanzacohetes de Parmian, y el resto de los aerodeslizadores se habían dispersado a derecha e izquierda a una velocidad asombrosa. Volvieron a bajar y las armas de energía emitida por impulsos arrasaron la posición de los exploradores antes de que tuvieran tiempo de encontrar un nuevo lugar donde cubrirse.

Dos de los exploradores de Issam murieron instantáneamente. A uno se le vaporizó la cabeza en una niebla sobrecalentada de sangre y sesos cuando el calor blanco del fuego del aerodeslizador le acertó en mitad de la cara. Al segundo lo cortaron por la mitad a la altura de la cintura por una rápida serie de disparos que le segaron el tronco. Parmian fue alcanzado en el hombro y se agarró el brazo destrozado al tiempo que se refugiaba en una grieta entre las rocas. Lo único que quedaba del lanzador de misiles era metal fundido, y ahora los dos últimos aerodeslizadores de exploración habían vuelto para terminar la cacería.

—¿Por qué dos escuadrones nada más? —se preguntó Learchus en voz alta mientras observaba cómo se separaban.

Un segundo después se le ocurrió la respuesta. Estaba claro que los tau pensaban que la transmisión había partido de un equipo de observadores ubicados en su retaguardia; dos o tres hombres como mucho y, por supuesto, nada que precisara más atención que la de un puñado de aerodeslizadores de exploración. Lo que no habían sospechado ni por un momento era que el enemigo que se había infiltrado en sus filas era bastante más peligroso de lo que pensaban.

Una vez más, los tau habían subestimado a sus enemigos y terminarían pagando por ese error.

Detrás de Learchus, el océano se extendía como un espejo oscuro, mientras que a su derecha el paisaje rocoso descendía en una serie de zanjas que formaban terrazas a lo largo de tres kilómetros en dirección al antiguo cráter en el que se encontraba la ciudad de Praxedes. Learchus oyó más disparos y vio al sargento Issam correr para ponerse a cubierto, disparando desde la cadera mientras lo hacía. No tenía tiempo para apuntar y los aerodeslizadores de exploración se movían con demasiada rapidez para que les acertaran esos disparos realizados con tanta precipitación.

—¡Issam! ¡Al suelo! —gritó Learchus.

El sargento de exploradores se precipitó a un lado y saltó entre dos columnas caídas de roca blanqueada por el sol cuando el segundo de los aerodeslizadores pasó como un rayo por encima de su escondite. Eran vehículos rápidos con forma de flecha y con lo que parecía una barra antivuelco curvada que iba desde la barquilla del motor, en la proa, hasta la parte trasera en forma de cono. En la cabina iban dos guerreros tau a los que sólo se les veían los hombros y la cabeza.

Learchus observó al primer aerodeslizador perder velocidad al trazar un arco ascendente en un giro y echó una rodilla a tierra. Agarró el bólter con fuerza y apuntó aprovechando toda la longitud del arma. Un bólter no era precisamente ideal como arma de francotirador, pero un marine espacial se las arreglaba con el armamento que tenía a su disposición. Soltó el aíre y esperó a que el aerodeslizador se encontrara en el vértice del giro y hubiera reducido bastante la velocidad.

Apretó el gatillo y sintió el enorme retroceso del arma. El proyectil explosivo surcó el aire con el minúsculo motor en marcha desde que salió del cañón. El tiro era bueno, y Learchus aún no había soltado el gatillo cuando ya corría hacia su objetivo.

La cabeza del piloto explotó cuando el proyectil del bólter penetró en el casco y estalló dentro de su cráneo. El aerodeslizador se desplomó contra el suelo con el ruido del metal chocando contra las piedras, y el copiloto luchó por desabrocharse el arnés en cuanto vio a Learchus correr hacia él.

Un estallido de rayos azules que pasó centelleando junto a su cabeza le indicó que el último aerodeslizador de exploración lo había visto. Se

arriesgó a echar un vistazo rápido por encima del hombro y vio que viraba hacia él. Varias ráfagas sostenidas silbaron en el aire y un proyectil lo alcanzó en la parte baja de la cadera. Learchus se tambaleó al sentir el calor del impacto quemarle la piel, pero siguió corriendo.

—¡Fuego de cobertura! —gritó.

Issam salió de detrás de las columnas caídas de roca y soltó un torrente de disparos dirigidos al aerodeslizador que se aproximaba. Este rompió su trayectoria de ataque y retrocedió alejándose de la descarga letal. Lo cerrado del giro le hizo perder velocidad, y Parmian, aunque herido, disparó su bólter con una sola mano apuntando a la parte inferior del vehículo que se encontraba desprotegida. El disparo atravesó el blindaje más débil del fuselaje y estalló en un movimiento ascendente que atravesó el cuerpo del piloto y le salió por el pecho con un chorro de huesos pulverizados.

El copiloto del aerodeslizador que Learchus había derribado se había liberado del arnés, pero era demasiado tarde para escapar. Learchus agarró al tau por la garganta y lo sacó a rastras del vehículo. Con un mínimo esfuerzo, le rompió el cuello y lo tiró a un lado.

El segundo aerodeslizador se vino abajo dando una sacudida, y aunque el copiloto había sobrevivido a su camarada, sólo duró unos momentos más. El alienígena desembarcó del aerodeslizador de forma diestra y sacó el arma, pero no fue más que una muestra inútil de desafío. Issam le acertó en el pecho con dos tiros certeros y cayó de espaldas.

Learchus se estremeció y dejó escapar un suspiro mientras Issam corría hacia él con el bólter pegado al pecho. Lo seguían Parmian y el único explorador superviviente, Daxian, que se agruparon junto a su sargento.

La batalla sólo había durado unos segundos como mucho, pero daba la sensación de que había sido más larga.

—Hemos tenido suerte —dijo Learchus—. Si hubieran traído las fuerzas suficientes, estaríamos muertos.

—Esto no es más que un respiro —advirtió Issam—. Pronto echarán de menos a estos exploradores, y los próximos no vendrán tan mal preparados.

Learchus desvió la mirada hacia el sur, donde se elevaban columnas de humo y una bruma de energía colgaba en el horizonte. El brillo de las torres

de la ciudad portuaria parecía tan próximo que sintió que casi podría alargar el brazo y tocarlas.

—Praxedes está a sólo tres o cuatro kilómetros de distancia —dijo—. Estamos muy cerca.

—Para nosotros es como si estuviera en Macragge, porque no nos podemos ni acercar —replicó Parmian, señalando en la distancia un lugar en el que se reflejaba la luz del sol sobre lo que parecían árboles de cerámica sin hojas—. Hay un cerco detrás de otro de torres con centinelas y nuestras capas de camuflaje no los van a despistar.

Learchus bajó la vista y miró el cadáver del copiloto tau que yacía a sus pies. Miró el vehículo ojeador y una idea empezó a tomar forma en su mente.

—Tienes razón, Parmian —asintió Learchus—. No podemos atravesarlos como marines espaciales, pero los sistemas de a bordo de estos aerodeslizadores de exploración tienen que estar equipados con los códigos de identidad para poder pasar entre las torres de vigilancia sin sufrir daño alguno.

Parmian frunció el ceño.

—Pero ¿cómo vas a conseguir esos códigos? No sabes cómo funcionan estas máquinas.

Learchus se hincó de rodillas y le quitó el casco al guerrero. Los rasgos del alienígena estaban retorcidos mostrando el dolor de sus últimos momentos de vida. Learchus le giró la cabeza a un lado y cogió la espada de combate que Issam le tendió con gesto adusto.

Colocó el largo borde dentado contra la piel de la sien del tau y empezó a cortar.

—No. Todavía no lo sé —dijo.

Koudelkar Shonai se sirvió otro vaso de tisana caliente del sencillo recipiente cilíndrico que su servidor tau le había llevado aquella mañana. La bebida era dulce y dejaba un sabor de boca deliciosamente fragante, absolutamente diferente al regusto amargo de la cafeína. Colocó el

recipiente en una bandeja redonda y se recostó en su silla de plástico moldeable para leer.

Como todo lo que se encontraba en sus habitaciones, desde la cama hasta el cubículo de las abluciones, la silla estaba diseñada de forma simple y funcional, y su forma se amoldaba a la postura que adoptaba al sentarse. La comodidad que proporcionaba era tal, que los diseñadores ergonómicos humanos con más talento no podían siquiera soñar con conseguirla.

Koudelkar tomó un sorbo de la bebida y volvió a centrarse en el dispositivo que llevaba toda la mañana estudiando.

Era una lámina plana y rectangular, parecida a las placas de datos imperiales, aunque era mucho más ligera y no se sobrecargaba cada diez minutos. Una pantalla maravillosamente nítida proyectaba imágenes pictográficas de gente en el trabajo o jugando. Eran hombres y mujeres normales, y aunque no había nada especial en lo que estaban haciendo, sí lo era el lugar extraordinario dónde lo hacían.

Todos los que aparecían en las imágenes habitaban ciudades maravillosas de líneas limpias, bulevares ingeniosamente diseñados, parques de un verde brillante y un marrón rojizo, y todo ello enclavado entre brillantes agujas de colores plata y blanco. Aun'rai le había dicho que éste era Tau, el mundo cardinal del imperio, la cuna de la raza tau. Ver a seres humanos en un lugar así era increíble, y aunque Koudelkar sabía que las imágenes podían manipularse, éstas parecían reales, y había algo en ellas que las hacía realmente genuinas.

Todos los hombres, mujeres y niños que aparecían iban vestidos de forma más o menos idéntica y lucían variadas insignias del Imperio Tau. Historias así se contaban en susurros apagados, porque el simple hecho de no pensar que los alienígenas fueran una basura abominable que se comía a los bebés, se castigaba con la muerte.

Todo lo que Koudelkar había visto desde que fuera capturado, desmentía la idea de que los tau eran unos alienígenas asesinos hostiles a la humanidad. Había sido tratado con total cortesía desde su llegada, y sus conversaciones diarias con Aun'rai sobre el Bien Supremo habían sido muy esclarecedoras.

Todas las mañanas, Aun’rai se reunía con Koudelkar en sus habitaciones y ambos hablaban de los tau, del Imperio y de cientos de otros temas. Para su gran sorpresa, Koudelkar le había cogido aprecio al embajador tau al descubrir que tenían mucho en común.

—El Bien Supremo es una idea magnífica en la teoría, pero no se puede llevar a la práctica —le había contestado Koudelkar la primera vez que oyó a Aun’rai hablar del tema.

—Al contrario —le replicó Aun’rai negando levemente con la cabeza.

—Estoy seguro de que los deseos egoístas, las necesidades individuales y otras cosas similares lo entorpecerían.

—Ya lo hicieron una vez —le confirmó Aun’rai—, y casi destruyó nuestra raza.

—No lo comprendo.

—Ya sé que no —le contestó Aun’rai—. Permíteme que te hable de mi raza y de cómo llegamos a abrazar el Bien Supremo.

Aun’rai colocó los bastones de su cargo a su lado y cruzó las manos. Empezó a hablar, y su voz era suave y melódica, adornada con una pensativa melancolía:

—Cuando mi raza dio sus primeros pasos, éramos como la humanidad: bárbaros, mezquinos y dados a impulsos codiciosos y hedonistas. Nuestra sociedad se había dividido en una serie de tribus, o lo que tú llamarías castas, cada una con sus propias costumbres, leyes y creencias.

—Eso lo sabía —afirmó Koudelkar—. Cuatro castas, como los elementos: fuego, agua y demás.

Aun’rai sonrió, aunque su expresión escondía algo que Koudelkar no pudo adivinar. No sabía distinguir si se trataba de irritación o de tristeza.

—Esas son las etiquetas que los humanos nos han colocado —dijo Aun’rai al cabo de un momento—. Los verdaderos significados de los nombres de nuestras castas tienen mucha más complejidad y sutiles inferencias que se pierden en unos términos tan prosaicos.

—Lo siento —se disculpó Koudelkar—. Eso es lo que me han contado.

—No me sorprende. Los humanos necesitáis definir, para vosotros mismos y para el mundo que os rodea. Tenéis dificultad con los conceptos

que no encajan perfectamente en cuadros definidos. Sé algo de la historia de vuestra raza, y mientras más sé de vosotros, más agradecido le estoy al Bien Supremo.

—¿Por qué?

—Porque sin él, mi raza sería igual que la tuya.

—¿En qué sentido?

Aun'rai levantó una mano.

—Escúchame bien y sabrás por qué no somos tan distintos, Koudelkar.

—Lo siento, estabas hablando de las castas.

Aun'rai asintió y continuó:

—Los tau de las montañas se elevaban en el aire, mientras que los habitantes de las llanuras se convirtieron en cazadores y guerreros de gran destreza. Otros construyeron grandes ciudades y levantaron altos monumentos a su propia capacidad, mientras que los que carecían de esas habilidades se convirtieron en agentes que hacían de intermediarios en el comercio entre los distintos grupos. Durante algún tiempo prosperamos, pero a medida que el tiempo fue pasando y nuestra raza se fue haciendo más numerosa, las distintas tribus empezaron a luchar entre sí. A esa época la llamamos el Mont'au, que en vuestro idioma significa el Terror.

Aun'rai se estremeció al recordarlo, aunque Koudelkar sabía que era imposible que hubiera estado allí para verlo.

—Los habitantes de las llanuras se aliaron con los tau de las montañas y empezaron a asaltar los asentamientos de los constructores. Las escaramuzas se convirtieron en batallas y las batallas en guerras, y al cabo de poco tiempo, la raza tau se estaba destrozando. Hacía mucho que los constructores habían aprendido a fabricar armas de fuego y los comerciantes se las habían vendido a casi todas las tribus. La sangría fue horrible, y lloro sólo de pensar en esos días.

—Tienes razón, eso me resulta familiar.

—Estábamos al borde la destrucción. Nuestra especie se dirigía hacia una exterminación que nosotros mismos habíamos propiciado, cuando fuimos salvados en la meseta del monte Fio'taum. Un ejército formado por las castas del aire y del fuego había destruido enormes extensiones de tierra

y ahora sitiaban la ciudad más poderosa de la casta de la tierra, el último bastión de la libertad de Tau. La ciudad soportó los ataques durante cinco estaciones hasta que, finalmente, estuvo al borde de la derrota. Esa fue la noche en que vinieron los primeros etéreos.

—¿Los qué?

—No dispongo de palabras en este idioma para explicar el auténtico significado del concepto, pero baste con decir que esos individuos clarividentes fueron los tau más singulares que haya habido entre nosotros. Se pasaron toda la noche hablando sobre lo que podríamos conseguir si uníamos las habilidades y los esfuerzos de todas las castas y los enfocábamos hacia la mejora de la raza. Con la luz del alba, ya habían conseguido una paz duradera entre los ejércitos.

—Debían de ser buenos oradores para ser capaces de frenar una guerra así en tan poco tiempo —observó Koudelkar—. ¿Cómo lo hicieron?

—Hablaron con tal agudeza que traspasaron las décadas de odio y de derramamiento de sangre. Ellos le mostraron a mi pueblo el resultado inevitable de una guerra continua: las especies se condenan y van pasando lentamente de las puertas de la muerte a la extinción. Ninguno de los que los oyeron hablar aquella noche puso en duda la verdad de sus palabras, y a medida que llegaron más etéreos, la filosofía del Bien Supremo se extendió hasta llegar a todos los rincones del mundo.

—¿Y en qué consistía? —Preguntó Koudelkar—. Parece…, resulta… demasiado fácil.

—Teníamos que elegir entre vivir o morir —continuó Aun’rai—. En ese sentido, supongo que era una elección fácil de hacer. Tu raza aún no se ha enfrentado a ese momento, pero aquella noche mi pueblo vio la verdad de las palabras de los etéreos con total claridad. Casi de la noche a la mañana nuestra sociedad pasó del individualismo egoísta a ser una sociedad en la que todos contribuyen a una prosperidad duradera. Todos son valorados y honrados porque trabajan para conseguir algo mucho más grande de lo que nunca podrían conseguir ellos solos. ¿No se parece esto a lo que ocurrió cuando vuestro Emperador surgió y tomó las riendas de la humanidad? ¿No intentó él desviar el camino de vuestra raza de la destrucción a la

iluminación? El hecho de que fracasara no le resta importancia a la nobleza de su intento. Lo que él intentó hacer es lo que los tau han conseguido hacer. ¿No te parece que merece la pena, amigo?

—Dicho así, supongo que sí, pero ¿de verdad funciona?

—Sí, funciona, y tú podrías formar parte de esto.

—¿Sí?

—Por supuesto —afirmó Aun'rai—. El Bien Supremo está abierto a todos aquellos que quieran abrazarlo.

Ese fue el pensamiento más importante que ocupó la mente de Koudelkar cuando bajó el visualizador y sorbió su tisana. La idea de renunciar al Imperio le provocó escalofríos en la espalda e hizo que le temblaran las manos. Había hombres que habían sufrido los tormentos de los condenados en los calabozos de los arbites por mucho menos, y la mente de Koudelkar rehuía ese pensamiento a pesar de que le entusiasmaba la idea de vivir en una sociedad que no estuviera constreñida por burócratas mezquinos y por una legislación restrictiva: una sociedad en la que se valorara su contribución y a la que no se le impidiera avanzar hacia un mundo mejor para su pueblo.

Su buen humor se evaporó cuando la puerta de su habitación se deslizó hasta abrirse y entró Lortuen Perjed. El adepto tenía la expresión seria y Koudelkar cruzó las piernas y posó las manos entrelazadas en el regazo mientras esperó a que hablara.

—Buenas tardes, Lortuen —lo saludó.

—Seré breve —dijo Lortuen.

—Ese será un cambio agradable —le contestó Koudelkar.

Lortuen frunció el ceño, pero continuó:

—Tengo noticias sobre el progreso de la guerra y necesitamos hablar sobre cómo luchar contra los tau. Los hombres están listos y tenemos un plan.

Koudelkar suspiró.

—Otra vez no. Ya te he dicho antes que estabas perdiendo el tiempo. No podemos hacer nada; no podemos escapar.

—Y yo te he dicho que no se trata de escapar. ¡Maldita sea, Koudelkar! ¡Tienes que escucharme!

—No, he abierto los ojos y creo que he juzgado mal a los tau. De hecho, creo que todos nosotros lo hemos hecho.

—¿Qué estás diciendo?

—Digo que, a pesar de todas tus palabras bonitas sobre el Imperio, está claro que se trata de una institución corrupta que ya ni siquiera recuerda por qué fue creada ni los ideales que defendía en un principio.

—Tú te has vuelto loco —exclamó Lortuen—. ¡Es ese Aun'rai! Te llena la cabeza de mentiras todos los días y tú te las estás creyendo.

—¿Mentiras? —Exclamó a su vez Koudelkar—. Fuiste tú quien me dijo que el Imperio no lloraría nuestra muerte. Ya somos hombres muertos, Lortuen, así que ¿qué importa lo que hagamos?

—Importa todavía más, Koudelkar —insistió Lortuen—. Si abandonamos nuestras creencias ante la adversidad, es que no teníamos creencias. Ahora más que nunca tenemos que luchar contra estos alienígenas degenerados.

—Te voy a decir yo a ti lo que es degenerado —lo interrumpió Koudeikar levantándose del asiento—. A pesar de que nos enfrentamos con enemigos por todos lados, nuestra raza aún sigue luchando contra sus propios congéneres. Nos cuentan que la galaxia es un lugar hostil y que tenemos enemigos por todas partes, pero ¿nos unimos ante este peligro o nos hace acercarnos más unos a otros? No. Porque estamos tan absortos en nosotros mismos que nos olvidamos de lo que significa pertenecer a algo más grande. Mykola tenía razón; ella lo sabía.

—Mykola está muerta —le espetó Lortuen.

Koudelkar se sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Volvió a sentarse y se echó hacia atrás intentando pensar en algo que decir.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—La misma nave de desembarco de tropas que trajo a Aun'rai también trajo a Jenna Sharben.

—¿La jefa de los agentes?

—Sí. Estaba malherida, pero los tau le han curado las heridas y ahora está consciente. Ella me contó lo que ocurrió.

—¿Lo sabe mi madre?

—No. Pensé que sería mejor que se lo dijeras tú.

Koudelkar asintió con la cabeza con aire ausente.

—¿Cómo murió mi tía?

—¿Importa eso? —Preguntó Lortuen—. Está muerta. Pagó el precio por su traición.

—Dime cómo murió —exigió saber Koudelkar—. Lo averiguaré de todos modos, así que será mejor que me lo cuentes ahora.

Lortuen suspiró.

—Muy bien. Murió en el Invernadero. El prelado Culla la golpeó hasta la muerte para averiguar qué información le había dado ella a los tau.

—¿Culla la asesinó? Sabía que ese cabrón estaba loco.

—Si te sirve de consuelo, es probable que Culla también esté muerto —afirmó Lortuen—. Los tau lo mataron antes de que escaparan de la prisión.

—El Imperio mató a Mykola —declaró Koudelkar con terrible certeza.

—No. Fueron sus elecciones las que la mataron —lo contradijo Lortuen.

—¡Vete de aquí! —Rugió Koudelkar—. ¡Vete y no vuelvas a hablarme jamás! ¡No quiero tener nada que ver contigo ni con tus insignificantes planes de resistencia, ni tampoco quiero tener nada que ver con el Imperio!

—Es el dolor el que habla. No lo dices en serio.

—¡Lo digo completamente en serio, Perjed! —Gritó Koudelkar—. ¡Escupo en el Imperio y maldigo al Emperador! ¡Que se pudra en la disformidad!



DIECIOCHO

Unas atronadoras explosiones encendieron el amanecer cuando las cargas de demolición colocadas por los ingenieros de combate estallaron una tras otra en una rápida sucesión. Las arcadas y los pilares de soporte construidos sobre los enormes barrancos que cruzaban los puentes Aguila, Owsen, Espuela y Diacriano habían quedado preparados para su destrucción a lo largo de toda la noche; y cuando aparecieron las primeras sombras dibujadas por la luz del amanecer delante de los defensores, se dio la orden de destruir los puentes.

Los puentes habían permanecido allí cientos de años, pero apenas se tenía la sensación de que formasen parte de la historia. No tenían la solera del Imperator, y los secretos perdidos de la construcción de su estructura, que lo hacían prácticamente indestructible, no habían formado parte del diseño de los de su alrededor.

Los trozos de roca salieron disparados por los aires cuando las gigantescas ménsulas quedaron destruidas y los pilares de apoyo construidos sobre las paredes de las entrañas del desfiladero estallaron en mil pedazos. Las vigas de metal que no habían visto la luz del sol durante cientos de años cayeron dando vueltas sobre sí mismas hasta el río, que discurría en lo más profundo de los cañones, y arrastraron con ellas trozos de plastocemento reforzado y de vigas del tamaño de un tanque.

El puente Owsen fue el primero en caer. El extremo oriental cedió y se desgajó de las rocas. La calzada reventó y se deformó a medida que el metal que la sostenía se partía; y el inmenso peso de todo aquello arrancó los soportes del otro extremo. En pocos instantes, el puente al completo se desplomaba hacia el río. El puente Aguila no tardó en seguirlo, con su estructura retorcida y ennegrecida por las explosiones. Cuando la polvareda se aclaró, los ingenieros vieron que la minuciosidad de su labor había dado sus frutos. Nada había quedado de los puentes, y la ruta que cruzaba el desfiladero a través de Ciudad Barracón había sido arrasada.

Desgraciadamente, no podía decirse lo mismo de las cargas colocadas en los puentes Diacriano y Espuela. En cuanto los ecos de la destrucción de los puentes del norte cesaron, quedó claro que algo había ido espantosamente mal en la demolición de los puentes del sur.

Los ritos de destrucción realizados eran los correctos, se había accionado la secuencia de botones y de palancas apropiada, pero ninguna de las cargas de demolición colocadas para destruir la encrucijada había detonado. Se cruzaron mensajes frenéticos entre los ingenieros y los comandantes de las diversas fuerzas presentes a medida que cada test de diagnóstico insistía en que todas y cada una de las cargas estaban preparadas, que los detonadores seguían activos y que la intensidad de la señal era óptima.

Mientras que los ingenieros y los tecnosacerdotes se esforzaban en adivinar qué había salido mal, los tau se abalanzaron hacia el frente y se hicieron con el extremo occidental del puente Diacriano.

Seguido por los guerreros de la escuadra Ventris, Uriel se bajó de un salto de la rampa de desembarco del Lanza de Calth, el Land Raider que había llevado a Marneus Calgar hasta la batalla durante el asalto final de Corinth. A su espalda, el humo de la destrucción de los puentes del norte estaba siendo empujado hacia el sur, y una capa de polvo lo cubría todo, desde los tejados y alfeizares de los inclinados bloques de habitáculos hasta la calzada que desembocaba sobre el puente Espuela.

Las vociferantes unidades de la FDP se esforzaban por desplegarse tras salir de los Chimera mientras el coronel Loic posicionaba a sus hombres para defender el extremo del puente. Los lavrentianos del capitán Gerber ya estaban en posición, con los destacamentos de armas pesadas colocándose para repeler el asalto que sin duda estaba a punto de producirse.

Los Ultramarines desembarcaron de sus Rhino y tomaron posiciones cubriendo todos los accesos sin necesidad de orden alguna. Uriel se subió a la pared del parapeto del Imperator y observó el desfiladero entre el Estercolero y el borde sur de Ciudad Comercio. La información sobre el desarrollo de la batalla en esos momentos era escasa, y los defensores necesitaban saber qué estaban planeando los tau, aunque no era difícil adivinar cómo podían los comandantes alienígenas sacar partido de aquel suceso para favorecer a su ejército.

El Estercolero estaba envuelto en humo y llamas, y el aire crepitaba a causa de lo que parecían fuegos artificiales en miniatura que estallaban cada

pocos segundos. Uriel no tenía ni idea de qué era aquello, pero sospechaba que los defensores no tardarían en averiguarlo. Desde su posición estratégica en el parapeto vio los afilados rayos de luz azul que apuñalaban el aire tras surgir de las ruinas del borde norte del Estercolero. Las ondas expansivas que llegaban desde Ciudad Comercio eran las que provocaban aquellos rayos al impactar en sus objetivos.

Por la procedencia de las explosiones, Uriel supuso que las posiciones que estaban siendo atacadas eran las de la artillería imperial. De algún modo, los tau habían conseguido desplegar artillería pesada en el Estercolero sin alertar a los defensores y habían desmantelado las armas que cubrían el acceso al puente Espuela.

Uriel se bajó de un salto del parapeto y corrió hasta el coronel de la FDP.

—¿Qué sabe?

Loic alzó la vista. En su mirada fue evidente el alivio que sintió al ver a Uriel.

—Los tanques y la infantería tau se desplazan a lo largo del puente Diacriano. Montones de ellos.

—¿Cuántos? —insistió Uriel—. Y sea más específico. ¿Qué quiere decir «montones»?

—Es difícil saberlo —respondió Loic—. Montones es lo máximo que puedo concretar, algo está trastocando nuestros aparatos augures y los sensores de exploración. Los tecnosacerdotes dicen que parece algún tipo de interferencia de tecnología alienígena.

—No tenemos a nadie sobre el terreno que pueda echar una ojeada —Uriel soltó una maldición—. Están eliminando a los Griffon y a los Basilisk, de modo que éste será un asalto total.

El capitán Gerber emergió de un corrillo de soldados lavrentianos con el casco bajo el brazo mientras se limpiaba la frente con un trapo mugriento. El comisario Vogel venía con él, con la chaqueta del uniforme rasgada y sucia.

—Malditos zapadores —dijo Gerber a modo de saludo—. ¿Por qué demonios no han explotado las cargas?

—No lo sé, capitán —respondió Uriel—. Sospecho que la misma tecnología alienígena que bloquea los sensores del coronel Loic impidió que las cargas detonaran.

—Pero ¿por qué sólo allí? ¿Por qué no también en los puentes Aguila y Owsen? No tiene sentido.

—¿Quién sabe? Tal vez su tecnología no pudo impedir que todos los puentes fuesen destruidos. En cualquier caso, los puentes del sur son los únicos que realmente importan.

—Cierto —coincidió Gerber—. No podremos contenerlos mucho más si llevan a cabo una ofensiva sobre ambos puentes.

—Pues los contendremos aquí —le prometió Loic.

—No, no lo haremos —replicó Gerber—. Con estos efectivos podemos retenerlos en el extremo del Espuela por un tiempo, pero ahora que nos vemos obligados a luchar en dos frentes, probablemente será muy poco tiempo.

—Ahí está el derrotismo de nuevo, capitán —intervino Vogel—. Se está convirtiendo en un hábito.

—Llámelo derrotismo si quiere, Vogel, y si lo cree necesario pégueme un tiro —le espetó Gerber—, pero el capitán Ventris sabe que estoy en lo cierto, ¿no es así?

—Me temo que el capitán Gerber tiene razón —confirmó Uriel—. Un enemigo decidido nos forzaría pronto a retroceder, y los tau han demostrado ser unos combatientes muy resueltos.

—¿Entonces qué sugiere? —quiso saber Vogel.

—Llévese a sus hombres aún más abajo del Imperator —dijo Uriel—. Los Ultramarines protegerán el acceso al puente hasta que llegue a esa posición.

—Pensé que tenía pensado algún otro lugar en el que situarse —dijo Gerber.

—Y lo tenemos, pero no nos servirá de nada si Olzetyn cae ahora —replicó Uriel—. Obligaremos a los tau a retroceder, y entonces nos retiraremos para unirnos a ustedes. En ese momento su artillería ejecutará el Plan de Fuego Eversor.

—¿Eversor? —exclamó Gerber—. No puede estar hablando en serio.

—Absolutamente en serio —afirmó Uriel.

Las llamas lamían las nubes mientras Ciudad Comercio ardía. En el Estercolero, las armas de los tau estaban machacando las posiciones imperiales, quitándose de encima con una cauterizante ráfaga de fuego azul cualquier tanque o pieza de artillería que se atreviera a ponérseles delante.

Lo que en algún momento fue una posición inatacable desde la que se hacía llover fuego y se destrozaba a los tau, era ahora el objetivo de los artilleros alienígenas.

Los drones tau zumbaban a baja altura, y la única esperanza de Uriel era que los artilleros lavrentianos fuesen tan buenos como Gerber presumía. Habría una relevante y escasa posibilidad de error en la ejecución del Plan de Fuego Eversor.

El mundo estaba bañado por una infernal incandescencia de color naranja procedente de la tormenta de fuego que rugía a través de los cráteres de los distritos del este de Ciudad Comercio, y una ceniza arenosa llegaba suspendida desde el norte.

Uriel sintió como si el mismísimo Pavonis estuviese ardiendo en llamas.

Sonrió tristemente, con la esperanza de que los tau pensaran lo mismo.

Los Ultramarines descendieron el puente Espuela con un trote apresurado. Cuanto antes repelieran al enemigo, mejor.

La voz del sargento Aktis, jefe de una de las escuadras de devastadores de la Cuarta compañía, resonó en el casco de Uriel.

—Posibles blancos hacia el frente. A doscientos metros de su posición.

Uriel agradeció el aviso y sus escuadras de combate se desplegaron.

Las escuadras Theron, Lykon y Nestor se desplegaron de forma escalonada hacia la izquierda, mientras que Dardanus, Sabas y Protus lo hacían a la derecha. La escuadra Ventris se desplegó en el centro. Clausel se quedó con el sargento Protus, y Uriel pudo ver el orgullo en la actitud de su escuadra ante la presencia del capellán.

Los Ultramarines avanzaron con zancadas lentas y firmes. Mantuvieron los bólters empuñados por delante de ellos y marcharon en filas apretadas de reluciente ceramita azul. La luz de las llamas destellaba sobre las pulidas

placas de sus armaduras, y la capa verde de Uriel ondeaba al viento ardiente que azotaba el puente.

Uriel escudriñó los cráteres y la magnitud de los escombros sobre el puente.

Si Aktis estaba en lo cierto, quería decir que los tau estaban casi encima de ellos.

—No veo nada. Confirma el avistamiento del enemigo, Aktis.

—Posible falso positivo, capitán —respondió Aktis con un cierto tono de reproche hacia sí mismo en la voz—. El auspex ha captado una lectura, pero aún no tengo confirmación.

—Pero ¿crees que hay algo por allí?

Aktis dudó por un momento.

—Así lo creo, pero no puedo ofrecerle una confirmación, capitán.

—Entendido —dijo Uriel. Aktis era un jefe de artilleros eficiente y curtido, y si él sospechaba que el enemigo estaba cerca, eso era suficiente para Uriel—. A todas las escuadras, estad alerta frente a posibles enemigos a corto alcance por delante de nosotros.

No había acabado de dar la orden cuando una lluvia de disparos salió desde el humo y acribilló al escuadrón Theron. Dos guerreros cayeron, pero los dos se pusieron en pie de nuevo mientras sus compañeros de escuadra se ponían a cubierto. Los disparos de bólter pesado procedentes de los devastadores que ofrecían fuego de cobertura acribillaron todo el puente, y fue inmediatamente seguido de disparos de cañones láser y de cohetes.

Uriel se lanzó de cabeza para ponerse a cubierto en un cráter humeante, y se puso de rodillas junto al borde delantero. Escudriñó el terreno por delante de él, cambiando de un modo de visión al siguiente mientras trataba de divisar a los tau. No consiguió ver nada definido, tan sólo unas perturbaciones borrosas en el humo que parecían distorsionar la luz alrededor de ellas.

—¡Equipos de asalto sigiloso! —gritó al mismo tiempo que apoyaba el bólter en el hombro.

Aún sabiendo lo que debía buscar, era difícil apuntar contra los tau con armadura. En el momento en que pensaba que tenía a uno en el punto de

mira, se desvanecía o se volvía borroso, hasta el punto que era como si disparara a ciegas.

La distancia era el enemigo en esta batalla, y Uriel comprendió que había una única manera de expulsan a los tau fuera del puente.

—¡Todas las escuadras de asalto táctico! ¡Conmigo! —ordenó.

La cortina de fuego de los devastadores cesó en cuanto Uriel salió trepando del cráter y condujo a sus guerreros adelante a paso de batalla. El avance de los Ultramarines en la batalla era rápido y seguro, más ligero que un trote pero más lento que una carrera. Ello permitía a un guerrero cubrir distancias considerables sin cansarse, y de ese modo podía acercarse con rapidez a las fuerzas enemigas mientras continuaba disparando con precisión. Donde los Lobos Espaciales hubieran cargado con la furia del berserker, y los Puños Imperiales hubieran luchado con una precisión minuciosamente orquestada, los Ultramarines llevaron la lucha a los mismos pies del enemigo de forma directa y eficiente.

Uriel oyó el rugido de unos retrocohetes mientras conducía a sus escuadras a la batalla. Los borrones silbantes de unas armaduras azules pasaron por encima de sus cabezas cuando la escuadra Protus encabezó el asalto. Al frente de la Protus estaba el capellán Clausel, que bramaba una oración de combate a través de los amplificadores de su casco.

Más disparos surgieron de la neblina que tenían delante, y con los fogonazos Uriel distinguió mejor las borrosas siluetas. Respondió con una ráfaga contra la más cercana, y una de las formas refractantes de luz cayó con la armadura agujereada por los proyectiles explosivos. Al desplomarse, la tecnología de ocultación falló y Uriel pudo ver al guerrero tau con claridad.

Aquellas armaduras de combate eran más anchas que la de un marine espacial, de formas bulbosas y con un caparazón tipo insecto; inequívocamente alienígenas por su diseño. Llevaban cañones rotatorios en un brazo y se movían en un silencio casi absoluto.

Las armas tau abrieron fuego, un rugiente estallido de disparos que atravesó las filas de los ultramarines. La andanada de respuesta se desató como una tormenta que desgarró a los tau, y por unos escasos segundos el

espacio entre los dos enemigos se llenó con una ventisca mortífera de metal. Una tempestad lacerante de disparos impactó a un lado y al otro, y el Jugar quedó convertido en una tierra de nadie en la que quien no dispusiera de las armaduras más resistentes perecería en cuestión de segundos.

Uriel recibió un trío de impactos, dos en el muslo y uno en el hombro. Ninguno de ellos penetró la cubierta de ceramita de su armadura, y le dio gracias en silencio al alma del hermano Amadon por mantenerlo a salvo. La distancia entre las dos fuerzas disminuía a pasos agigantados, y Uriel enfundó el bólter antes de desenvainar la espada de Idaeus. Era la oportunidad perfecta para pulir los detalles que iba a necesitar para la parte final de su plan.

Los Ultramarines dispararon su última ráfaga, y las dos fuerzas chocaron en un estrépito de placas de armadura, de fuego de corto alcance y de espadas cercenadoras. Los guerreros de asalto de Protus fueron los primeros en trabarse en combate cuerpo a cuerpo. Descendieron por el aire como el ataque de un relámpago, y golpearon como el martillo de los dioses, imparable e invencible. Los marines lucharon con el mismo fervor implacable del capellán Clausel.

Un guerrero tau avanzó hacia Uriel, con su arma girando para abrir fuego. El capitán se lanzó de cabeza al suelo y dio una voltereta para luego incorporarse blandiendo su espada en un arco desgarrador en el mismo momento que caía sobre sus pies. La hoja se clavó a través del bulboso caparazón de un guerrero tau, y Uriel paladeó la oleada de poder que le produjo el estimulante intensificador de fuerza recién inyectado en su torrente sanguíneo. El guerrero enemigo se desplomó, y Uriel giró sobre sus talones para cortarle las piernas a otro. A esa distancia tan corta, la tecnología tau era inservible, y Uriel se adentró más entre sus filas, blandiendo su espada como una imagen borrosa azul y dorada.

A pesar de que se trataba de una lucha desigual, los tau eran unos guerreros de vigor y coraje, y varios ultramarines quedaron hechos jirones por los cañones de fuego de corto alcance o aplastados contra el suelo por las extremidades hiperpotenciadas de las armaduras enemigas. Otro tau

cayó ante la hoja de Uriel, y el nudo corredizo se cerró en torno a los guerreros tau supervivientes.

Mientras seguía la batalla, la erupción repentina de una imponente columna de fuego y humo se erigió como una torre de vapor en el borde del Imperator. Segundos después, una atronadora explosión se propagó por el paisaje, y Uriel supo que las bombas del arsenal de los bastiones occidentales finalmente habían estallado. Mientras Uriel y los Ultramarines avanzaban por el puente Espuela, los zapadores de combate lavrentianos habían estado colocando poderosos explosivos en los cargadores de munición de los bastiones del Aguila y del Imperator.

Incluso desde una distancia de varios kilómetros, el derrumbe de los bastiones fue una visión espectacular. Los ciclópeos bloques de mampostería se desplomaron con una lentitud majestuosa. Cualquier cosa que tuviera la desgracia de encontrarse lo bastante cerca de los bastiones quedaría completamente arrasada, y a pesar de que Uriel lamentaba su destrucción, era consciente de que no había otra opción. Como si de una reverencia por el fallecimiento de tan majestuosa construcción se tratara, ambas fuerzas hicieron una pausa en la lucha para contemplar aquel final espectacular.

En ese momento de respiro, Uriel miró al otro lado del puente y comprendió que la batalla había acabado.

Los tau salían del Estercolero y se estaban abriendo paso por el puente Espuela. Una avanzadilla de aerodeslizadores de exploración apareció seguida de inmediato por una formación en cuña de Cabezamartillo estándar y de su versión con lanzamisiles.

—¡Capellán! —gritó Uriel.

—Los veo —le confirmó Clausel—. ¿Hora de irse?

Uriel miró de nuevo hacia las ruinas de los dos bastiones.

—Hora de irse —respondió con un gesto de asentimiento.

El capitán Mederic y su escuadra se dejaron caer en el interior de un cráter y apretaron la espalda contra la parte delantera. Los tanques lavrentianos, en

una formación irregular, rugían y bramaban a ambos lados de donde se encontraban en ese momento, y disparaban hacia las colinas desde las que los gráciles blindados tau intensificaban su ofensiva.

Aquella última batalla se libraba entre las ruinas de lo que alguna vez debió de ser una impresionante mansión. Los muros de mármol destrozados y los pedestales de unas columnas onduladas era todo lo que quedaba, y pronto incluso eso sería aplastado o volado por el fuego de artillería. Decenas de soldados de la Guardia Imperial se atrincheraron apresuradamente y abrieron fuego desde las ruinas en un intento de repeler el último ataque tau. En algún lugar detrás de él explotó un tanque lavrentiano, pero Mederic no podía ver cuál de ellos había sido o qué enemigo había conseguido destruirlo.

—¡Kaynon, vigila nuestra espalda! —le ordenó Mederic por encima del estruendo de los cañones y del fuego pesado de artillería—. ¡No tengo ganas de que acabemos aplastados por nuestros puñeteros vehículos!

—¡Sí, señor! —respondió el joven.

La batalla en retirada a través de las colinas Owsen había convertido a Kaynon en un hombre, y si sobrevivían a aquello, Mederic se aseguraría de que el coraje del chico se viera reconocido.

—¡Recargad! ¡Los tenemos encima, y no quiero a nadie con un cargador vacío!

La orden fue innecesaria, los Mastines conocían su oficio y ya estaban recargando las células de energía. Mederic metió la suya con un golpe seco y comprobó que tenía completamente cargada el arma antes de arrastrarse hacia el borde del cráter.

El combate para detener el avance de la pinza izquierda de los tau estaba siendo una de las batallas más sangrientas pero más metódicas que había librado el 44.º hasta la fecha. Era tal la fuerza de los tau que era imposible detenerlos, y el 44.º no dejaba atrás más que cenizas y un paisaje arrasado a su paso. Día tras día, los tau avanzaban sin tregua, y su progreso seguía siendo eficiente e imperturbable frente a las armas del 44.º. Al carecer del salvajismo de los pielesverdes o del terror que provocaban los

enjambres devoradores, aquello no dejaba a los lavrentianos nada sobre lo que descargar sus emociones.

Todo lo que Mederic vio en los rostros de su alrededor era pavor estéril, el miedo a que en cualquier momento un misil inadvertido acabase con los sueños de gloria y de servicio. Los tau llevaban a cabo la guerra con tal precisión que dejaba poco espacio para nociones de honor y coraje. Para los tau, la guerra era una ciencia como otra cualquiera: precisa, empírica y una cuestión de causa y efecto.

Mederic sabía que aquél era el fallo fatal en su razonamiento, ya que la guerra nunca era predecible. Participaban variables desconocidas y cambios aleatorios, y era un comandante insensato aquel que pensaba que podría prever cada eventualidad.

Una enorme sombra eclipsó a Mederic, que miró hacia arriba para ver los faldones de un enorme vehículo blindado que pasó demoliendo el terreno más allá de su frágil cobertura. Sonrió al ver las palabras «Trituradora de carne» burdamente garabateadas en los faldones del vehículo, y se dio cuenta de que eran lord Winterbourne y el Padre Tiempo.

Un rayo de energía cauterizante estalló en el glacis marcado de cicatrices del Baneblade, pero el blindaje del tanque superpesado era tan grueso que apenas dejó una marca. Los cañones del Padre Tiempo rugieron en respuesta y un tanque enemigo explotó, pulverizado tanto por la masa de los enormes proyectiles como por los explosivos que contenían.

—¡Fuego de apoyo! —gritó Mederic, y sus exploradores se unieron a él en el borde del cráter.

Los disparos de francotirador letalmente precisos fueron eliminando a los cabecillas de los pelotones tau que aparecían a través del humo, mientras que Duken disparaba cohetes que inutilizaban a los vehículos enemigos con una precisión implacable. Era muy arriesgado permanecer disparando desde un mismo punto, pero el humo de los disparos del Baneblade no se desvanecía, lo que ayudaba a mantener oculta su posición. De cualquier modo, desplazarse en mitad de un combate entre tanques era un modo seguro para acabar aplastado bajo sesenta toneladas de metal.

El vehículo comandado por lord Winterbourne continuaba haciendo estragos entre los blindados tau y sumando un aterrador número de bajas enemigas mientras resistía frente a los innumerables impactos que podrían haber reducido a la mayoría de tanques a chatarra. Allí donde luchara el Padre Tiempo, el avance de los tau se debilitaba, y ese último combate parecía no ser una excepción.

Entonces Mederic oyó un sonido que le heló hasta los huesos. Un graznido agudo y ululante que sólo podía significar una cosa Kroots.

Alzó la vista para contemplar la multitud de criaturas de piel rosácea graznando sobre el Padre Tiempo. Los kroots portaban un artefacto que Mederic identificó como una bomba incluso antes de que se abalanzaran para colocarlo en el anillo de la torreta blindada cubierta de inscripciones honoríficas del Baneblade de lord Winterbourne.

—¡Objetivos a la derecha! —gritó al mismo tiempo que apuntaba con el rifle.

Su primer disparo perforó de parte a parte a uno de los kroots que estaba en la cubierta superior del Padre Tiempo, y el segundo hizo volar el brazo de la criatura que intentaba fijar la carga explosiva.

Los rayos láser zumbaron alrededor del enorme tanque cuando los Mastines empezaron a disparar hacia él. Un par de kroots cayeron del vehículo, aunque Mederic vio como otros se ponían a cubierto tras la inmensa torreta. Resultaba antinatural y algo herético estar disparando contra un tanque imperial, a pesar de que Mederic sabía que no había posibilidad de hacerle daño alguno.

—A menos que alcancemos la carga… —susurró, mientras veía uno de los disparos rebotar contra el anillo de la torreta a pocos centímetros del artefacto explosivo. Sin pensarlo, Mederic se lanzó corriendo hacia el Padre Tiempo y trepó por la escalera para la tripulación que estaba en la parte trasera, insertada en los laterales como precipicios del Baneblade.

La torreta del Baneblade estaba en movimiento y el cañón automático no dejaba de disparar un torrente de proyectiles de gran calibre contra el enemigo. Los proyectiles de bólter pesado salían a chorros de las armas colocadas en la sección frontal del tanque, y Mederic trató de no pensar en

lo disparatadamente peligroso que era trepar a un tanque en movimiento en plena batalla.

Un proyectil sólido rebotó en el metal a su lado, y se lanzó de bruces sobre la cubierta del Baneblade. Algo se movió junto a él y rodó sobre la espalda para disparar con su rifle. Un guerrero kroot cayó hacia atrás con el pecho reventado, y Mederic se puso en pie rápidamente mientras otro guerrero alienígena se erguía sobre él. Un disparo láser que apareció por su derecha le voló la parte trasera de la cabeza al kroot.

Sus Mastines velaban por él.

Mederic siguió su camino hacia el dispositivo tau procurando pasar desapercibido. Se mantuvo alejado de las descargas llameantes de energía actínica de la única barquilla con un cañón láser que quedaba. Se arrodilló junto a la torreta, donde había inscritas un centenar de condecoraciones en batallas y campañas con letras doradas. Mederic se colgó el rifle al hombro y examinó el dispositivo que el kroot había acoplado a la torre blindada. La bomba tenía forma rectangular, del tamaño de una mochila de soldado completamente llena, y a Mederic no le quedó duda alguna de que aquello podría acabar con la contribución del Padre Tiempo a aquella batalla. Sin tiempo para algo sofisticado, Mederic sencillamente agarró el dispositivo y trató de arrancarlo con todas sus fuerzas.

Aquello no consiguió moverlo mucho más de un milímetro.

Fuera cual fuese la tecnología que fijaba la bomba al Baneblade, estaba más allá de su capacidad para vencerla por la fuerza.

—Apártese de la bomba, capitán —dijo una voz a su espalda.

Mederic se dio la vuelta y vio a un predicador alto y espantosamente desfigurado, que vestía la túnica negra de un mortificante, de pie sobre él en la cubierta trasera del Padre Tiempo. El hombre tenía el rostro quemado, ennegrecido, marcado de cicatrices y cubierto de fragmentos de cristal tintado. Mederic había oído hablar del malherido predicador que se había unido a los guerreros del 44.º tras la batalla de Puerta Brandon, pero nunca lo había visto con sus propios ojos hasta aquel momento.

Los rumores del campamento decían que era Gaetan Baltazar, el antiguo clericus fabricae, pero era tal el horror de sus lesiones y su mueca

permanente de agonía que resultaba imposible decir quién había sido en otro tiempo aquel predicador de furiosa mirada. ¿Cómo podía alguien sobrevivir a unas heridas tan espantosas?

El mortificante empuñaba una gigantesca destripadora, cuya rugiente hoja despedía humo y destellos.

—¡Oh, mierda! —murmuró Mederic al darse cuenta de lo que el mortificante estaba a punto de hacer.

Rodó a un lado al ver la hoja venir hacia abajo. Una luz destellante surgió del dispositivo, pero, para asombro de Mederic, no explotó. Los dientes goteantes de la destripadora se abrieron paso fácilmente a través del metal y la cerámica del dispositivo, desgarrándolo antes de que cayera de la torreta partido en dos mitades.

Mederic exhaló estremecido mientras el mortificante bajaba su humeante espada.

—«Y verás cómo los esfuerzos de los enemigos de la humanidad quedarán convertidos en polvo y recuerdo» —recitó el predicador.

—Benditas chorradas —musitó Mederic, mirando al montón de materia inerte que era todo lo que había quedado de la bomba—. ¿Cómo demonios sabía que no iba a explotar al hacer eso?

—No lo sabía —respondió el mortificante a través de una boca sin labios—. En realidad no me importaba.

—Bien, pues a mí sí que me importaba, y no quiero que ningún chiflado me lleve con él —le soltó Mederic—. Así que simplemente manténgase alejado…

Las palabras de Mederic se vieron interrumpidas cuando un palmo de acero dentado irrumpió a través del pecho del mortificante. La sangre salió a borbotones, y conforme la hoja arrancaba el corazón del predicador en un torrente carmesí, Mederic vio cómo la expresión del hombre cambiaba de la agonía a la paz.

—«Mi vida es una prisión y la muerte será mi liberación» —oró el mortificante mientras se desplomaba desde la cubierta del Padre Tiempo. Mederic no lo miró mientras caía.

Tenía la atención fijada en el rojo vívido de las espinas del monstruoso kroot que lo había matado.

Las explosiones de energía pasaron silbando al lado de la cabeza de Uriel mientras retrocedía a través de las ruinas de la calzada del Imperator hacia los edificios colapsados donde lo esperaban sus vehículos de transporte. El bólter le saltaba en la mano, y a, cada chasquido seco que indicaba que el cargador estaba vacío, él lo reemplazaba con rapidez sin quitar la vista de los tau que se aproximaban. Las lenguas de fuego de los restos de los bastiones que habían caído sobre el puente le acariciaron las placas de la armadura. Una vez más, dio gracias a los antiguos constructores del puente por haberlo hecho tan resistente.

Los Ultramarines se batían en retirada en perfecto orden procedentes del puente Espuela, retrocediendo por escuadras sin dejar de disparar a los tau mientras abandonaban la zona. Los misiles disparados por los lanzacohetes y los disparos de los cañones láser pulverizaban cualquier cosa que pudiera servir de cobertura al enemigo. Los marines espaciales se estaban retirando, pero no dejaban más que destrucción tras ellos.

Los misiles disparados por los equipos de apoyo lavrentianos desplegados al otro lado del puente pasaron rugientes por encima de sus cabezas abriendo huecos en forma de torbellino en el humo. El estallido de las detonaciones resonó a lo lejos, bajo las arcadas del puente.

Los guerreros de fuego y las armaduras de combate se lanzaban a través del fuego y el humo disparando sin cesar contra los Ultramarines en retirada mientras salían del cruce del Estercolero, pero en su intento de persecución no había entusiasmo, y Uriel notó la consternación que sentían frente a tanta devastación.

—Este mundo arderá antes de que os permitamos haceros con él —susurró Uriel mientras miraba a su alrededor para asegurarse de que todos sus guerreros habían escapado. El capellán Clausel estaba a su derecha, con su crozius arcanum sostenido en alto mientras bramaba la Oración de Batalla de los Justos.

Cohetes y disparos cubrieron el cielo por encima de sus cabezas. Uriel oyó la furia acelerada de los motores rugiendo por todas partes a su alrededor. Los hermanos Speritas y Zethus, los dreadnought de la compañía, marchaban hacia atrás cubriendo las espaldas de sus hermanos de combate, y los disparos rugientes de sus armas se sobreponían el estruendo de la batalla.

Uriel miró por encima de su hombro y vio columnas de humo de los tubos de escape ondulando sobre la escarpadura formada por un edificio de habitáculos derrumbado.

—¡Retroceded por escuadras hasta los transportes! —ordenó—. Protocolo de retirada Sigma Evens.

Los Ultramarines se desplegaron de forma fluida en formación. Las escuadras Theron, Lykon y Nestor se pusieron a cubierto; mientras que Dardanus, Sabas y Protus se dieron la vuelta y corrieron hasta su línea de retirada designada previamente. Una lluvia fustigadora de disparos bólter batía el terreno por delante de los Ultramarines mientras más misiles les pasaban por encima de la cabeza para describir una curva ascendente en el aire antes de descender en picado, igual que las aves rapaces al lanzarse contra su presa.

—¡Aktis, Boros, fuego de supresión!

Inmediatamente después de la orden, las escuadras que estaban proporcionando cobertura abandonaron sus posiciones al mismo tiempo que un estruendo ensordecedor de disparos surgía de las formaciones de devastadores que había detrás.

—Capitán Gerber, que comience el plan Eversor —ordenó Uriel, andando hacia atrás a la par que sus guerreros.

—Recibido, capitán Ventris. Lanzo los proyectiles ahora mismo —contestó Gerber.

Uriel oyó el estruendo solitario de una pieza de artillería Basilisk, que fue rápidamente seguido por otro y otro más. En seguida, el sonido de las armas se hizo continuo, como el ruido sordo del latido del corazón.

—¡Que todo el mundo retroceda ahora! —gritó Uriel, volviendo a la carrera hacia donde los vehículos de la Cuarta compañía los esperaban.

Saltó por encima de vigas de adamantium y se agachó a través de una brecha abierta en una losa de rocemento inclinada. Por delante de él vio cuatro Rhino y un par de Lands Raider. Los motores tosían chorros de humo y tenían las puertas de asalto abiertas. Los marines espaciales treparon con dificultad a bordo mientras los sistemas automáticos de los vehículos disparaban sus armas a todo lo largo del puente.

Varios rayos de luz curvados destellaron sobre sus cabezas, y Uriel sintió detonar la primera carga de artillería en el puente, por detrás de él. Unos tremendos martillazos machacaron la estructura una y otra vez. Los rítmicos impactos sacudieron los mismísimos cimientos del puente, hasta que dio la impresión de que el propio cielo se estuviera desplomando.

—¡Que el Emperador te bendiga, Gerber! —gritó Uriel al ver que prácticamente todos los proyectiles cayeron exactamente donde era necesario. Los artilleros lavrentianos habían correspondido a la confianza que su capitán tenía en ellos.

Uriel dio un traspié y cayó de rodillas cuando aquellas titánicas fuerzas machacaron el puente Espuela y lo convirtieron en ruinas. El ruido fue ensordecedor, incluso a través de la amortiguación protectora de los sentidos automáticos de sus armaduras. Aquellos bloques de habitáculos que no habían sido aún destruidos en la batalla desaparecieron entre explosiones abrasadoras, y distritos enteros quedaron arrasados en un instante cuando cientos de proyectiles impactaron en un mismo blanco. Nada podría sobrevivir a un bombardeo así de exhaustivo, y la persecución de los tau quedó aniquilada en cuestión de segundos.

Los proyectiles de alto poder explosivo y los incendiarios cubrieron toda la extensión del puente en un huracán de llamas y escombros con vida propia. El punto donde los puentes Espuela e Imperator se unían sufrió la peor parte del bombardeo sostenido. Los uniones de acero del puente más reciente quedaron machacadas y se soltaron. Los proyectiles con cabezas perforantes se adentraron profundamente en los cruces de las calzadas de los puentes Imperator y Espuela antes de estallar con una fuerza inimaginable abriendo cráteres de treinta metros.

Los siguientes proyectiles impactaron en el interior de aquellos cráteres, haciéndolos aún más profundos, lo que debilitó aún más la conexión, hasta que el propio peso del puente Espuela acabó el trabajo empezado por el bombardeo. Se deformó y se rasgó bajo una presión para la que no había sido construido, el Espuela se desgajó del Emperador, retorciéndose y cayendo como si fuese papel mojado.

Miles de toneladas de piedra y acero se derrumbaron sobre el desfiladero, y los pocos guerreros de fuego que habían sobrevivido al bombardeo cayeron con el puente. La infantería y los blindados se desplomaron hacia el vacío, y, a pesar de que unos pocos tanques aerodeslizadores fueron capaces de controlar su caída, se vieron aplastados por el torrente de escombros.

La ruta desde el Estercolero hacia el Imperator quedó absolutamente destruida, y cuando cayeron los últimos proyectiles poco quedaba que hiciera pensar que allí hubo alguna vez un puente entre ambos. Unas ondulantes nubes de polvo y humo rodaron hacia la posición de los Ultramarines, y Uriel subió a bordo cuando los ecos del bombardeo de artillería se desvanecieron.

Clausel lo aguardaba en la rampa delantera del Land Raider más cercano y le hizo señas con la mano desde allí. Uriel corrió hacia el capellán y golpeó el mecanismo de cierre de la puerta una vez estuvo dentro.

El interior del tanque, iluminado con una tenue luz roja, apestaba a aceite y a incienso, y Uriel apretó el puño contra el círculo dentado del símbolo blanco y negro de los Adeptus Mechanicum grabado en la pared junto a él.

—«Y el Emperador aplastará al injusto y al alienígena para hacerlo desaparecer de su vista» —citó Clausel dando una palmada en la hombrera de Uriel.

La destrucción del Espuela y de la fuerza de persecución tau lo habían puesto de buen humor.

—Con un poco de ayuda del martillo de la Guardia Imperial —apuntó Uriel.

Abrió un canal para contactar con Gerber una vez más.

—Capitán, el Espuela ha caído. Felicite a sus artilleros. Su fuego fue certero.

—Lo haré. Agotamos casi todas nuestras puñeteras existencias de proyectiles para hacer llover ese infierno de fuego —respondió Gerber.

—Merecerá la pena haberlo hecho, se lo aseguro, capitán —le prometió Uriel.

—Será mejor que sea así. Cuando vengan a por nosotros otra vez, sólo podremos tirarles piedras.

—Recibido, pero no creo que lleguemos a eso.

Uriel cortó la comunicación y se volvió hacia Clausel.

—¿Qué noticias tenemos de Tiberius y del Vae Victus, capellán?

—Pueden hacer lo que les pidió, aunque sería verdaderamente peligroso. Si nos retrasamos nada más que un minuto, perderemos nuestra ventana de lanzamiento —dijo el capellán. Su casco con la placa facial de una calavera era el mismísimo rostro de la muerte.

—Entonces será mejor que no nos retrasemos —respondió Uriel.

—¿Y Learchus? —Preguntó Clausel—. ¿Ha respondido él a tu mensaje?

—No, pero es posible que no pudiera hacerlo.

—Podría estar muerto.

—Es posible, pero si alguien puede hacer lo que hay que hacer, ése es Learchus.

—En eso tienes razón —añadió Clausel—. ¿Estás seguro de que ésta es la única manera?

—Lo estoy. Tú mismo lo has dicho, capellán, ése no es nuestro modo de combatir.

Clausel asintió, y Uriel vio que la posibilidad de llevar el combate al mismo corazón del enemigo lo atraía enormemente.

—Les mostraremos a los tau para qué tipo de combate estamos hechos —le prometió Uriel.



DIECINUEVE

El kroot de plumas rojas embistió contra Mederic con el cuchillo extendido hacia adelante, y la sangre del mortificante salió despedida de la hoja cuando intentó clavársela en el cuello. Mederic alzó el rifle instintivamente para bloquear el impacto. El cuchillo, más bien la espada, se estrelló contra la culata del arma de Mederic, quien luchó por mantener a raya a la criatura. La fuerza del kroot era increíble, y con un salvaje giro de la espada arrancó el rifle de las manos de Mederic.

El capitán se echó a un lado y el puño del kroot se estampó contra en la cubierta arañada por las batallas del Padre Tiempo. Mederic se preguntó si alguien de dentro sabría de la lucha a vida o muerte que estaba teniendo lugar sobre ellos.

Mederic le propinó una patada al kroot y la bota le dio de lleno y con fuerza en la espinilla. La bestia se derrumbó sobre una rodilla, y Mederic aprovechó la oportunidad para dejarse caer hacia atrás sobre la cubierta superior del Baneblade.

Las armas principales del Padre Tiempo abrieron fuego, y el impacto del aire desplazado sumergió a Mederic en el mundo del silencio mientras el ensordecedor rugido de los cañones del Baneblade le resonaba en el cráneo.

Tanteó con la mano en busca de su cuchillo, a sabiendas de que probablemente no le serviría de nada, pero encontraba consuelo en tener en la mano el acero de doble filo. Un disparo láser pasó cerca del kroot, pero las nubes provocadas por el propelente de los proyectiles dificultaron la puntería del mastín.

Mederic se puso en pie, todavía aturdido por la violencia de los disparos del Baneblade. El kroot avanzó hacia él dando zancadas con su extraño paso como empujado por un muelle. Tenía los lechosos ojos sin pupila fijos en él con una expresión que Mederic no era capaz de entender, pero que parecía una hambre salvaje.

La bestia se irguió en toda su envergadura, al menos una cabeza más alta que él, y los abultados tendones de sus músculos se mostraban tensos y claramente definidos. Una bandolera, de la que colgaban toda clase de trofeos grotescos, le cruzaba en diagonal el pecho. En ella se veían orejas y

ojos humanos colgados de pequeños garfios. Su cresta de color rojo brillante parecía latir con el palpitar de la sangre en su interior, y se lamió el borde dentado de sus fauces en forma de pico con una lengua repulsiva y húmeda.

El kroot dio un paso al frente, sus espinas estallaron en vivos colores en señal de desafío mientras ladeaba la cabeza. Se golpeó en el pecho con la empuñadura del cuchillo.

—Plomarjia.

Mederic creyó que el sonido no era más que un simple ruido animal, pero cuando la criatura repitió la palabra se dio cuenta de que estaba diciéndole su nombre.

—¿Plumarroja?

La criatura asintió y graznó su nombre una vez más.

—¡Plaamarogia!

—¡Pues vamos, Plumarroja! —Gritó Mederic blandiendo su cuchillo de combate—. ¡Ven a por mí si es lo que quieres!

Plumarroja se arrojó hacia adelante de un salto sin aparente esfuerzo, y Mederic por poco quedó destripado antes de ni tan siquiera saber que estaba siendo atacado. Más por suerte que por destreza, alzó el cuchillo y apartó la hoja del kroot. Saltaron chispas de las hojas, y Mederic se dobló de dolor por el impacto del puño del kroot en el estómago. Supo que el siguiente golpe, probablemente mortífero, llegaría a continuación. Mederic se arrojó a un lado. Aterrizó a horcajadas sobre el cañón automático coaxial del Baneblade y luego cayó sobre la protección de la cadena, al lado del bólter pesado.

Los rechonchos cañones disparaban proyectiles de gran calibre, y cada uno sonaba como un golpe áspero seguido del zumbido de un minúsculo propulsor. Plumarroja saltó por encima de los cañones de la torreta, aterrizó ágilmente a su lado y le lanzó un mandoble a la cabeza con el cuchillo.

Mederic esquivó el golpe, y desplazó su cuchillo alrededor del de Plumarroja abriendo un profundo corte en el brazo del kroot. La bestia estalló en gritos de dolor, y Mederic no le dio una segunda oportunidad. Rodó sobre el bólter pesado e intentó clavar la hoja del cuchillo en las tripas

de Plumarroja. Fue un mal golpe que le hizo perder el equilibrio, pero no tenía más opciones.

La garra de Plumarroja le aferró la muñeca y la punta del cuchillo de Mederic quedó a un centímetro de hundirse en las tripas del animal. El cuchillo de Plumarroja bajó en línea recta directo a su pecho, y Mederic supo que no podría impedirlo. Como último recurso, agarró la bandolera de Plumarroja y tiró del kroot hacia sí. Sin equilibrio e inestablemente encaramados en la cubierta de la cadena, los dos guerreros rodaron sobre la casamata del bólter pesado y aterrizaron sobre el metal curvado del borde superior del inmenso tanque.

Mederic se golpeó con fuerza, y el peso del kroot lo dejó sin aliento e hizo que el cuchillo de combate se le escapara de las manos. Plumarroja se irguió, agarrando su cuchillo con las dos manos, listo para clavarlo en el corazón de Mederic. Y no había absolutamente nada que él pudiera hacer para impedirlo.

Entonces el bólter pesado disparó de nuevo, y la mitad superior del cuerpo de Plumarroja quedó desintegrada.

Mederic se vio empapado en sangre, y se vio obligado a escupir y toser para librarse de lo que le había caído encima cuando los restos triturados de lo que quedaba del líder de guerra kroot se desplomaron sobre él antes de resbalar fuera del Baneblade.

Se quedó inmóvil durante unos instantes antes de darse cuenta de que el tanque ya no estaba disparando ninguna de sus armas. Lentamente, se dio la vuelta sobre el pecho, manteniéndose alejado de la miríada de sistemas de armas del Padre Tiempo y limpiándose la sangre de Plumarroja de la cara.

Los soldados de la Guardia Imperial estaban saliendo de las trincheras y los refugios improvisados, con las caras ensangrentadas y tiznadas por las quemaduras láser. Estaban eufóricos por haber sobrevivido a la última batalla. Las laderas estaban cubiertas por el humo de los vehículos que estaban ardiendo y de cadáveres de los tau. Mederic, exhausto, sonrió por el triunfo. Una vez más, el Padre Tiempo había estabilizado la línea y mantenido a raya a los tau. ¡Ojalá tuvieran un ejército de Baneblade!

Oyó el sonido de una escotilla abriéndose tras él se esforzó por ponerse en pie, usando el cañón todavía tibio del arma, un Demolisher, para alzar su cuerpo apaleado. Mederic se dio la vuelta y saludó a un perplejo Nathaniel Winterbourne, que se había quedado de piedra en la torreta.

—¿Hay alguna razón por la que deba estar usted en mi tanque, capitán? —preguntó Winterbourne.

Mederic se echó a reír con cierto tono de histeria.

—Nunca me creería —le contestó.

La ciudad costera de Praxedes se extendía frente a ellos, y Learchus apenas podía creerse que hubiesen alcanzado su destino. Haber llegado tan lejos a través del territorio enemigo era poco menos que milagroso, más aún tratándose de territorio tau, pero Learchus no conocía mejores exploradores en todo el Imperio que los de los Ultramarines.

Learchus tuvo buen cuidado de asomar sólo una porción de la cabeza y examinó la actividad enemiga en la ciudad. Él y sus compañeros de batalla estaban ocultos en un almacén encaramado en los precipicios que se encontraban por encima de las plataformas de aterrizaje, y mientras Issam cambiaba el vendaje del brazo de Parmian, Daxian vigilaba la única entrada del edificio.

La cavernosa estructura estaba llena hasta arriba de cajas que llevaban impresas marcas tau, y los Ultramarines habían sido entrenados a fondo en buscar cualquier cosa útil. La mayoría de las cajas contenían paquetes de raciones tau, nada que los marines espaciales se dignarían a comer, aunque Issam encontró vendas limpias y un antiséptico estéril para tratar la herida de Parmian.

Los dos aerodeslizadores que habían tomado de los rastreadores tau estaban en una esquina, y Learchus trató de bloquear el recuerdo de cómo habían logrado utilizarlos. Sabía que era imposible, ya que la impronta genética del guerrero alienígena que la había pilotado formaba ya parte de su propio ser.

Incluso después de la administración de eméticos y purgativos por parte de la armadura, aún sentía las nebulosas emociones alienígenas y los pensamientos que le arañaban la mente. El repugnante y oleoso sabor y la textura gomosa del cerebro tau le resultaron repulsivos, pero contenía la información que necesitaban para sortear sin peligro los drones de las torres de vigilancia dispersas por Praxedes. Learchus había sido capaz de acceder a la información gracias a un órgano altamente especializado implantado entre la vértebra cervical y la torácica, conocido como la ómofagea.

Aunque estaba situado dentro de la médula espinal, la omofagea se conectaba en su extremo final con el cerebro del marine espacial y le permitía aprender de manera eficaz mediante la alimentación. Unas conexiones nerviosas implantadas entre la médula y la pared del estómago preomnoral permitían ala omofagea absorber el material genético generado en los tejidos animales en función de las habilidades memorizadas, experimentadas o innatas.

Pocos capítulos de los marines espaciales eran capaces todavía de cultivar con éxito una pieza tan rara de material biológico, pero los apotecarios de los Ultramarines mantenían el legado de la semilla genética de sus hermanos de batalla con el mayor cuidado y pureza. Se habían producido mutaciones en los depósitos genéticos de otros capítulos, lo que había dado como resultado unos apetitos insanos y miríadas de rituales donde se devoraba carne o se bebía sangre. Pensar que había que tenido que comer carne del mismo modo que los guerreros de capítulos bárbaros como los Desgarradores de Carne o los Bebedores de Sangre le parecía algo aborrecible, y le había confesado sus temores a Issam mientras la luna se alzaba en la noche en que alcanzaron Praxedes.

—No teníamos otra opción —dijo Issam.

—Lo sé —replicó Learchus—. Pero eso no hace que sea más fácil de aceptar.

—Cuando volvamos a Macragge, los apotecarios podrán dializarte la sangre y limpiarla de cualquier contaminación. Volverás a ser tú mismo muy pronto, no te preocupes.

—No voy a contaminarme —exclamó Learchus con ira—. No voy a tolerarlo. ¡Mira lo que le ocurrió a Pasanius, fue degradado de rango y expulsado de la compañía durante cien días!

—Pasanius le mantuvo oculta su afección a un oficial superior —le recordó Issam—. Ese fue el motivo por el cual lo castigaron. Escúchame, necesitas calmarte, hermano.

—¿Calmarme? ¿Cómo voy a calmarme? —Gritó Learchus—. No eres tú el que se ha comido un cerebro alienígena.

A primera vista, el cerebro tau le había parecido demasiado extraño, demasiado lejano de la esencia del ser humano como para permitirle absorber algo de valor. Sin embargo, ya durante la ingesta de su primer bocado de carne húmeda, Learchus había sentido el primer torbellino de pensamientos alienígenas. No recuerdos como tales, sino más bien impresiones y entendimientos heredados, como si él hubiese conocido desde siempre las aborrecibles cuestiones que abarrotaban su mente.

Aunque no podía leer los símbolos del panel de control de los aerodeslizadores de los rastreadores, Learchus había comprendido su funcionamiento y accedido instintivamente al mecanismo interno de sus cogitadores. Los demás habían visto cómo pilotaba cautelosamente el aerodeslizador tau entre las rocas, tomando nota de cómo controlarlo sin estrellarlo o activar sistemas desconocidos.

En menos de una hora ya se habían puesto en camino y viajaron a través de las rocas hacia Praxedes en la aeronave tau, y tan pronto como descendieron por un cañón rocoso, un par de esbeltas torres centinela aparecieron frente a ellos en la lejanía. Los drones escudriñaron a través de los telescopios hasta detectarlos, pero Learchus, sin pensárselo, presionó unas series de botones en un panel lateral y la parte superior abovedada de las torres se replegó hasta encajar dentro de sus emplazamientos.

Los aerodeslizadores eran veloces, y los Ultramarines no tardaron en alcanzar las afueras de la ciudad costera. Las torres eran más numerosas en los alrededores de Praxedes, pero gracias a los códigos de acceso, los Ultramarines atravesaron la pantalla de centinelas remotos y entraron en el almacén sin que sus enemigos se percataran de su presencia.

Issam se reunió con él frente a la ventana y Learchus lo saludó con un seco gesto de asentimiento. Se notaba más irritable y con tendencia a mostrar cierta brusquedad al hablar desde que se había comido el cerebro del tau. Bueno, más de lo habitual, tuvo que reconocerse a sí mismo con una sinceridad que no era muy propia de él.

—Deberías descansar —le aconsejó el sargento explorador—. Llevas mirando por esa ventana más de diez horas. Daxian o yo podemos vigilar si se produce alguna clase de actividad enemiga.

—No puedo descansar. Ahora no. El capitán Ventris depende de nosotros.

—Lo sé, pero es mucho lo que nos pide —replicó Issam—. Quizá más de lo que podemos dar.

—No digas eso. Somos Ultramarines. Nada está más allá de nuestras posibilidades.

—Somos cuatro guerreros, Learchus, y uno de nosotros está herido de gravedad —le recordó Issam.

—El señor del capítulo Dacian tomó el paso de Gorgen con cuatro guerreros, y se enfrentaba a quinientos.

—Sí, es cierto que lo hizo, pero se trataba de cuatro veteranos de la Primera compañía protegidos con armaduras de exterminador.

—¿No crees que podamos hacerlo?

Issam se encogió de hombros.

—Como bien has dicho, somos Ultramarines. Todo es posible.

Learchus soltó un gruñido y volvió a centrar la atención en vigilar la ciudad que se extendía bajo ellos. Había visto poca actividad que sugiriera que Praxedes se había convertido en otra cosa que no fuera una ciudad guarnición, lo que significaba que la mayor parte de las fuerzas tau estaban desplegadas en los frentes. La presencia de tantas torres con sensores remotos alrededor de Praxedes parecía confirmar esa hipótesis. No importaba lo sofisticado que fuera el equipo automatizado de exploración: nada podía superar la capacidad para adquirir información que poseía el ojo humano.

Learchus estimó que las fuerzas enemigas en Praxedes la componían unos quinientos soldados de infantería junto a unas cincuenta armaduras de combate. También había visto unos pocos Cabezamartillo aparcados a la sombra de las grúas de carga estacionadas al borde del agua, pero había pocos vehículos blindados aparte de esos. Y lo que era más importante: vio a unos mil guardias lavrentianos aproximadamente a los que mantenían prisioneros en una de las plataformas de aterrizaje vacías construidas sobre la superficie del mar.

Esa era la clave, y para que el plan de Uriel funcionase, Learchus y sus guerreros tendrían que prepararle el terreno sembrando confusión y caos. El capitán le había transmitido las líneas básicas de su plan durante una breve ventana de comunicación mediante el lenguaje del canto de batalla, y le había insistido a Learchus en la importancia que tenía la tarea que le había encomendado para que el plan tuviera éxito. Era una jugada a todo o nada, y aunque el plan de Uriel era terriblemente arriesgado, Learchus no logró encontrar ni un solo fallo en el razonamiento de su capitán respecto al Codex Astartes.

Learchus y los exploradores ya se encontraban en posición, pero al estar tan cerca la hora cero para el comienzo de la operación en Praxedes, no pudieron informar de ello por temor a revelar su localización una vez más.

—Mira. ¿Ese es quien creo que es? —le preguntó Issam señalando a la plataforma prisión.

Learchus siguió la dirección que le había indicado Issam con un gesto de mentón. Sonrió.

—Sí que lo es. Puede que después de todo todavía tengamos la oportunidad de cumplir nuestra misión original.

Sus ojos mejorados mediante la manipulación genética distinguieron con facilidad al gobernador Shonai, quien en ese momento paseaba por la prisión en compañía de un tau. El alienígena iba vestido con una túnica de color crema con adornos rojos y dorados. La expresión del rostro de Learchus se fue ensombreciendo a medida que seguía observando al tau y a Koudelkar Shonai. El lenguaje corporal de ambos indicaba una

conversación relajada, como la que tendrían dos amigos en un paseo matinal.

—¿Quién es el que acompaña al gobernador? —se preguntó Issam con curiosidad.

A Learchus todos los tau le parecían iguales, pero los rasgos de ése en concreto tenían un aire familiar.

—¡Por la sangre de Guilliman! —Exclamó Learchus cuando por fin se dio cuenta de cuál era la identidad del alienígena—. Es el cabrón que capturamos en el lago Masura. ¿Cómo demonios ha llegado hasta aquí? ¡Lo encerramos en el Invernadero con los agentes!

—No importa cómo lo hizo. Debe de ser alguien importante a juzgar por el número de guardias que lo acompañan.

—El capitán Ventris dijo que era uno de los miembros de su casta dirigente, un noble o algo parecido.

—Es lo más probable. ¿De qué crees que estarán hablando él y el gobernador?

—Me aseguraré de preguntárselo antes de partirle el puñetero cuello.

Los comandantes imperiales de Olzetyn se reunieron bajo el gran arco triunfal levantado en el extremo oriental del puente Imperátor. La destrucción del puente Espuela había proporcionado a los zapadores lavrentianos tiempo para construir de forma concienzuda las defensas orientales. Y no habían desperdiciado ese tiempo que les habían conseguido los Ultramarines.

Desplegaron las alambradas de espino y construyeron reductos de paredes resistentes y búnkers blindados delante del arco, formando una defensa en profundidad que obligaría al enemigo a pagar un tremendo peaje en sangre.

Un viento frío azotaba el puente y las defensas. En el búnker designado como puesto de mando imperial, el coronel Loic temblaba a pesar el abrigo de color crema mientras se servía un poco de uskavar de una petaca

plateada. La petaca tenía grabada la rosa blanca de Pavonis, y era un regalo que le habían hecho los soldados bajo su mando.

Sólo el Emperador podía saber de dónde habían sacado un objeto como aquél en mitad de la batalla, pero había sido un gesto que lo había conmovido profundamente.

—Hace frío hoy —comentó al mismo tiempo que le ofrecía la petaca al teniente Poldara.

Poldara tuvo la educación de aceptarla y tomó un sorbo del fuerte licor.

—Gracias, coronel. Si tiene frío, puedo conseguirle una capa.

—No hace falta. Seguro que los tau nos hacen entrar en calor cuando llegue el momento.

Recordó que la primera vez que habló con el teniente de Gerber pensó que parecía ridículamente joven para ser soldado. La batalla de Olzetyn había cambiado eso por completo. Poldara tenía el mismo aspecto que mostraría cualquier veterano.

—La guerra nos envejece —dijo Loic, y se preguntó lo envejecido que debía parecerle él al joven teniente.

—¿Disculpe, señor?

—Nada, no importa —le respondió Loic al darse cuenta de que había hablado involuntariamente en voz alta.

Estaba tan cansado que ya ni sabía lo que decía.

Inspiró profundamente para organizarse los pensamientos. La defensa de Olzetyn estaba ya en sus etapas finales. Era algo obvio para todo el mundo. Habían utilizado todas las estratagemas posibles, habían hecho uso de todos los trucos posibles. Los Ultramarines se habían marchado, y lo único que se interponía entre los tau y Puerta Brandon eran los valerosos soldados de la Fuerza de Defensa Planetaria y la Guardia Imperial Layrentiana.

Loic había tenido una fuerte y angustiosa sensación de pérdida mientras veía a los Ultramarines embarcar en sus cañoneras. Sabía que Uriel y sus guerreros tenían que llevar a cabo una misión vital con la que podrían ganar aquella guerra, pero no pudo evitar sentir que, con su marcha, los corazones de los defensores de Olzetyn habían perdido algo fundamental.

Había oído decir que un solo guerrero astartes valía por cien soldados humanos, pero Loic sabía que su valía real no se podía medir simplemente con la aritmética. Los marines espaciales eran figuras inspiradoras, unos guerreros que todo soldado deseaba en su fuero interno emular. Su coraje y su honor eran inconmensurables, y luchar a su lado era como luchar junto a los propios dioses de la guerra.

Sería una pena morir sin tener a aquellos camaradas a su lado.

Loic se quitó de la cabeza aquellos pensamientos sombríos sobre la muerte y volvió a concentrar la atención en el presente. El capitán Gerber y el comisario Vogel conversaban mientras estudiaban una serie de consolas acopladas a la pared frontal del búnker. Las pantallas los iluminaban con su tenue brillo verdoso. Estaban examinando los planos de las defensas, y hacían comentarios sobre diversos puntos situados a lo largo del puente en ruinas.

Loic se reunió con Gerber y Vogel delante de las troneras protegidas con sacos de arena del búnker.

—Es una pérdida de tiempo —les dijo—. Todo lo que había que hacer ya se ha hecho. Todas las posiciones disponen de suministros. Están preparados los depósitos de municiones, de agua y de comida, los puestos de primera atención médica están listos para recibir a los heridos. Lo único que nos queda es esperar.

—Siempre queda algo por hacer —le contestó Gerber—. Algo que podamos prever.

—Es posible, pero ya no representará ninguna diferencia. —Loic sacó la petaca plateada y se la ofreció a los dos oficiales—. ¿Uskavar? Es de una buena destilación, suave y agradable. Creo que nos lo merecemos, ¿no?

Gerber asintió.

—Claro que sí. Ahora estamos solos, así que no puede hacer daño.

—¿Comisario?

Vogel aceptó la petaca, tomó un sorbo y abrió los ojos con sorpresa por el fuerte sabor de la bebida.

—Ya dije que era de una destilación excelente —le dijo Loic recuperando la petaca.

Los tres oficiales compartieron un silencio cargado de compañerismo mientras contemplaban el puente. Muchas de las estructuras colgantes habían desaparecido, y lo que quedaba estaba cubierto con las ruinas de los habitáculos y de los templos que habían sido arrasados por los misiles tau o pulverizados por los bombardeos imperiales.

—¿Se sabe algo del capitán Luzaine y del Mando Estandarte?

—Están en camino desde Jotusburg, pero no llegarán al menos hasta dentro de seis horas —le informó Gerber.

—¿Ya será demasiado tarde para nosotros?

—Excepto para vengarnos —respondió Gerber, y Vogel no dijo nada en esta ocasión—. ¡Mirad! Ahí vienen —exclamó el capitán a continuación señalando hacia el puente.

Loic vio al otro extremo del puente las gráciles siluetas de los vehículos tau que se movían entre las ruinas. Los Mantarraya y los Cabezamartillo se deslizaban por encima de los escombros de los habitáculos destruidos, y Loic palideció al ver la cantidad de vehículos blindados. Las armaduras de combate y los aguijones alados sobrevolaban la hueste enemiga.

—Por la misericordia del Emperador… Son muchos —musitó Vogel.

—¿Y ahora quién es el derrotista? —bromeó Gerber.

Una línea luminosa encendió el horizonte cuando un centenar de lanzamisiles dispararon y dibujaron el cielo con las estelas brillantes de sus proyectiles. Loic observó cómo ascendían, como si hubiesen iniciado una trayectoria balística intercontinental.

—¡Bombardeo! —gritó Gerber cuando los misiles comenzaron a bajar hacia las defensas.

Loic se bebió de un trago lo que quedaba de uskavar.

—Por la victoria —dijo.

Uriel y el capellán Clausel bajaron de la Thunderhawk y empezaron a caminar por el suelo de rejilla del puente de embarque del Vae Victus. Detrás de ellos, la larga fila de cañoneras rugía mientras los servidores y la tripulación las aseguraban a las fijaciones de anclaje. Los oficiales de

armamento dispusieron su rearme. Conectaron los tubos de combustible y las grúas de carga se acercaron con cajas llenas de cohetes y todo tipo de proyectiles para sus armas. Las luces de aviso parpadeaban por encima de las compuertas estancas que se acababan de cerrar, y el aire estaba cargado de las descargas actínicas de las pantallas de integridad y del frío del vacío.

El almirante Tiberius los estaba esperando y saludó a Uriel aferrándolo por la muñeca: el saludo de los guerreros.

El comandante del Vae Victus era un marine espacial gigantesco de casi cuatrocientos años de edad, con la piel del color del cuero viejo. Llevaba el cráneo rapado cubierto por una corona de laurel que no tapaba las cicatrices que se había ganado durante la batalla de Circe. La placa pectoral moldeada de su armadura azul estaba adornada con multitud de condecoraciones honoríficas de bronce.

—Uriel, Clausel. Por el primarca, me alegro de veros de nuevo.

—Y nosotros a usted, almirante, pero no tenemos tiempo que perder —lo urgió Uriel mientras se dirigía a paso ligero hacia el otro extremo de la cubierta de embarque—. ¿Está todo preparado?

—Por supuesto —le respondió Tiberius, aunque Uriel ya sabía de antemano que el venerable almirante no lo iba a decepcionar—. Que tus hombres entren ya para que podamos lanzaros. Esas naves tau se están acercando con rapidez, y si no os habéis marchado en menos de cinco minutos, ¡tendréis que buscar una nueva barcaza de combate para la Cuarta compañía!

—Entendido.

Los Ultramarines cruzaron con rapidez la cubierta de embarque hacia los puntos de reunión asignados, donde los siervos de la armería les entregaron munición para los bólters y nuevas células de energía para las espadas sierra. Uriel y Clausel recorrieron la cubierta y se aseguraron de que todos los guerreros estaban preparados para librar la batalla de su vida.

El capellán se paró a su lado.

—Capitán Ventris, estás de nuevo en el camino del Codex Astartes. Me alegro de verlo.

—Gracias, hermano capellán. Para mí representa mucho oírte decir eso.

Clausel hizo un rápido gesto de asentimiento antes de dirigirse a su posición sin decir nada más.

Una serie de luces verdes se encendieron a lo largo de la cubierta de embarque. Ya estaban preparados.

No había tiempo para lanzar arengas inspiradoras ni para efectuar los ritos de batalla adecuados. Uriel alzó la espada de Idaeus para que la vieran todos los guerreros.

—¡Coraje y honor! —rugió.

Koudelkar Shonai estaba de pie en el umbral de la entrada a sus aposentos. Contemplaba las aguas oscuras de la bahía Cráter mientras se bebía una tisana. La luz del sol de la mañana se reflejaba en la amplia extensión del océano, y un viento frío lanzaba chorros de espuma cargados de sal sobre las instalaciones de la prisión. Koudelkar había pensado antaño que aquello era hermoso, pero ese día le parecía algo amenazante.

Miró por encima del hombro hacia donde estaba sentado Aun'rai, en el interior. Lo acompañaban tres guerreros de fuego armados. Normalmente no le hacían mucho caso, excepto una tau con el rostro cubierto de cicatrices y el comienzo de una cola de caballo de cabello blanco. Ella lo miraba con un odio que no trataba de disimular. Koudelkar no sabía qué había hecho para ofenderla, pero prefería no preguntarle por temor a la respuesta que podía recibir.

—¿Volveré a ver Pavonis algún día? —preguntó.

—Quizá dentro de un tiempo —le contestó Aun'rai—. Dada tu relación pasada con este mundo, sería mejor que no. ¿Eso te supondrá un problema?

Koudelkar pensó en ello un momento, y miró los rostros hostiles de los soldados dispersos por la prisión.

—No. Pensé que lo sería, pero la idea de ver nuevos horizontes, de ver nuevos mares y nuevos planetas me atrae enormemente.

—Excelente —exclamó Aun'rai, que parecía realmente contento de oírlo.

—Por supuesto, habrá cosas que echaré de menos, pero espero superarlo.

—Así será —le prometió Aun'rai—. No te faltará nada en tu nueva vida como ciudadano de importancia del Imperio Tau. Puesto que todo el mundo trabaja para conseguir el Bien Supremo, nadie pasa hambre, a nadie le falta un techo bajo el que cobijarse y todo el mundo dispone de la oportunidad de contribuir.

—Casi suena como si fuera demasiado bueno para ser cierto —replicó Koudelkar medio en broma.

—No lo es. Serás bienvenido en nuestro imperio, serás valorado por las capacidades que posees y honrado por tu contribución al Bien Supremo.

Koudelkar echó un último vistazo a la bahía antes de entrar de nuevo en sus aposentos. Dejó el vaso en la mesa oval colocada al lado de su cama y se sentó en la silla situada enfrente de Aun'rai.

—Pero ¿qué será exactamente lo que tendré que hacer?

—Trabajarás con otros de tu especie para divulgar la nueva del Bien Supremo. Serás un magnífico ejemplo de lo que podemos ofrecerle a tu gente, un puente para cruzar el abismo de malentendidos que existe entre tu raza y la mía.

—¿Quieres decir que seré un embajador?

—Sí, en cierto modo —admitió Aun'rai—. Con tu ayuda podremos impedir muchos derramamientos de sangre cuando la Tercera Expansión llegue a otros mundos humanos. Si la humanidad acepta las enseñanzas de los etéreos y se convierte en parte de nuestro imperio, no habrá límites para lo que podremos conseguir.

—Sabes, antes de hablar contigo me habría repelido la simple idea de trabajar con una raza alienígena —comentó Koudelkar.

—¿Y ahora?

—Ahora estoy impaciente por hacerlo, aunque me pregunto si se puede decir lo mismo de tus seguidores.

Aun'rai siguió la dirección de su mirada y asintió en un gesto de comprensión.

—A La'Tyen la hicieron prisionera, y sufrió mucho a manos de sus captores. La golpearon y la torturaron, lo mismo que me habría ocurrido a mí si no hubiera logrado escapar.

—Lamento oírlo —respondió Koudelkar.

El gobernador trató de ocultar el repentino miedo que sintió hacia ella, ya que sabía que había sido él quien había ordenado su tortura. Apartó la mirada de las cicatrices de la guerrera para esconder la culpabilidad que sin duda debía mostrarse a las claras en su rostro.

—No tiene importancia —lo tranquilizó Aun'rai, pero Koudelkar se preguntó si La'Tyen sentía lo mismo, aunque en el fondo lo dudaba mucho.

Captó una cierta rigidez repentina en los guardias de Aun'rai, y se volvió en la silla para ver que Lortuen Perjed estaba en la puerta. La madre de Koudelkar estaba a su lado, y también Jenna Sharben, que mostraba un rostro ceniciento y se apoyaba en un par de muletas metálicas. Koudelkar sintió una oleada de inquietud al ver a la jefa de agentes, ya que recordó de repente que, ante todo, era una juez del Adeptus Arbites.

—Adepto Perjed, ¿querría unirse a nosotros? —lo saludó Aun'rai con voz suave—. Hay tisana para todos. Me han dicho que resulta muy agradable para el gusto humano.

—No tengo nada que decirte, alienígena —replicó Perjed.

—¿Qué haces aquí, Perjed? —Quiso saber Koudelkar—. Yo tampoco tengo nada que decirte.

—Pues entonces escuche —lo interpeló Sharben, con una voz que era una mezcla de furia controlada y dolor mientras se dirigía cojeando hacia el centro de la estancia—. Koudelkar Shonai, por la autoridad que me otorga el Dios Emperador inmortal, lo relevo del gobierno imperial de Pavonis y de sus dominios. Lo hago con el total apoyo del adepto superior del Administratum en este planeta. A partir de este momento, carece de la protección del Imperio y se cuenta entre sus enemigos.

Koudelkar sintió que se encogía bajo la mirada acerada de Sharben, sintió sus palabras como una cuchillada en el estómago, hasta que se acordó de que ya había renegado de aquel mundo para iniciar una nueva vida con los tau.

—¿Crees que eso me importa lo más mínimo? —Le espetó al mismo tiempo que se ponía en pie y notaba la rabia bullir en su interior—. El Imperio abandonó a Pavonis hace ya mucho tiempo, y le doy la bienvenida a tu reprobación de condena.

—¡Oh, Koudelkar! —Exclamó su madre con el rostro cubierto de lágrimas—. ¿Qué te han hecho para que digas cosas así?

Koudelkar pasó al lado de Sharben y la dejó atrás para abrazar a su madre.

—No llores, por favor. Tienes que confiar en mí, madre. Sé lo que hago.

—No, no lo sabes. Han utilizado alguna clase de control mental contigo.

—Eso es absurdo.

—Por favor —le suplicó ella al mismo tiempo que lo abrazaba con fuerza—. Tienes que venir con nosotros. Ahora mismo.

—¿De qué estás hablando?

—Sabes de qué está hablando —le dijo Perjed.

Koudelkar miró por encima del hombro de su madre y vio a un grupo de soldados lavrentianos que se estaban reuniendo en el exterior. Era imposible no darse cuenta de la actitud amenazante que mostraban, y Koudelkar volvió a sentir una oleada de miedo cuando se dio cuenta de que la revuelta con la que había amenazado Perjed estaba a punto de producirse.

—Es hora de luchar, y tienes la oportunidad de hacerlo a nuestro lado.

Koudelkar se volvió para avisar con un grito a Aun'rai, pero antes de que pudiera decir nada, el retumbar de una explosión sonó en algún punto del exterior. Desde donde se encontraba, al lado de la puerta, Koudelkar vio unas columnas de humo y de fuego que se alzaban en las torres situadas a ambos lados de la entrada a la prisión. Un estampido ensordecedor sonó a continuación, después de que una tormenta de relámpagos recorriera la circunferencia del campamento y surgieran chispas de los postes de la barrera del perímetro.

Empezaron a sonar sirenas de alarma y Koudelkar oyó el repiqueteo de los disparos. Se volvió hacia Perjed.

—¿Qué has hecho? ¡Nos has matado a todos!

Pero mientras el sonido del tiroteo subía de intensidad, Koudelkar vio que el adepto Perjed estaba tan sorprendido como él.



VEINTE

Learchus le atravesó el pecho a un guerrero de fuego de un disparo y luego corrió desde los restos llameantes de la torre de guardia hacia una estructura baja que bien podía ser un generador de energía. Tenía las paredes de color crema y estaba marcado con símbolos tau. Issam lo cubrió con una serie de disparos de bólter bien dirigidos contra un grupo de guerreros de fuego que se estaban desplegando. Los enemigos se dispersaron y dejaron dos muertos tras de si Learchus se pegó a la estructura y se asomó un momento para disparar contra los guerreros tau que estaban reaccionando a aquella repentina invasión del campo de prisioneros. Abatió a uno con un disparo rápido y a otro le voló una pierna cuando fue demasiado lento a la hora de ponerse a cubierto.

Daxian se desplegó hacia el otro lado de la entrada destrozada mientras Parmian disparaba con la pistola bólter desde detrás del segundo aerodeslizador. Los restos del primero ardían más allá de la entrada, en mitad de una pila de cadáveres tau.

Los momentos iniciales del ataque habían sido más devastadores de lo que Learchus se había esperado. Sabía que debía mantener aquella intensidad para que los tau siguieran desorientados. El asombro y el temor provocados por el ataque repentino habían obligado a los tau a actuar al ritmo que les marcaban los asaltantes, pero en cuanto se dieran cuenta del escaso número de marines y comenzaran a responder…

Habían llegado con rapidez a las plataformas de carga y descarga utilizando los aerodeslizadores para recorrer las calles de Praxedes, y Learchus vio cómo los dedos se le movían como si tuvieran voluntad propia por el panel de armamento del vehículo. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero en el cristal de la carlinga del aerodeslizador apareció una matriz de puntería que pareció ir marcando objetivos uno tras otro. Esperó que los rifles montados en el morro dispararan, pero se sintió decepcionado cuando se negaron a hacerlo. Esa decepción no duró mucho, ya que oyó varios zumbidos a la espalda cuando una serie de misiles salieron disparados de una torre alta de vigía.

Los misiles impactaron contra las torres de guardia que se alzaban a cada lado de la entrada a la prisión, que estallaron formando unas bolas de

fuego abrasador. Ambas cayeron derribadas y quedaron convertidas en un montón de metales retorcidos, lo que eliminó a unos cuantos guardias tau y a cierto número de los pilares de energía que rodeaban la prisión. Entre los postes saltaron relámpagos de color jade, y un trueno producido por una descarga eléctrica restalló como un gigantesco latigazo.

Los aerodeslizadores se lanzaron directamente hacia el humo de la entrada destruida, pero los tau no tardaron en recuperarse de la sorpresa, y una lluvia de disparos derribó al aerodeslizador en el que iban Learchus y Daxian. Ambos se bajaron de un salto del vehículo antes de que se estrellara contra el suelo dando tumbos hasta acabar estallando. La explosión acribilló a los guerreros de fuego que lo habían derribado con una lluvia de fragmentos de metal al rojo vivo.

Issam y Parmian detuvieron su vehículo, que no dejaba de disparar rayos azules con sus armas. Issam se bajó de un salto del asiento del piloto antes de que los guardias de la prisión pudieran reaccionar y empezó a disparar con el bólter mientras corría en busca de cobertura. Parmian también se bajó, pero se puso a cubierto detrás del vehículo, que seguía flotando en el aire, y abrió fuego con disparos precisos contra los soldados enemigos.

—¡Issam! —Gritó Learchus—. ¡Tenemos que seguir avanzando!

—Entendido, pero va a ser complicado —respondió el sargento explorador.

Aquello era quedarse en una estimación muy corta. La estructura que Learchus estaba utilizando para protegerse se estaba deshaciendo con rapidez bajo las incesantes andanadas de disparos, y a pesar del fuego de cobertura de Parmian, el sargento no tenía modo alguno de salir de allí sin caer acribillado. Una fila de guerreros de fuego se dedicaba a destruir de forma sistemática su cobertura, y no podía hacer nada para impedirlo.

Un momento después, Learchus oyó un rugido de rabia, y los disparos que machacaban la estructura disminuyeron. Se asomó para ver algo que lo llenó de una alegría exultante: los prisioneros desarmados salían en tropel de los barracones y atacaban a los guardias, a los que aplastaban por pura superioridad numérica y rabia contenida. Ya habían muerto docenas de

humanos, ya que no disponían de otras armas que no fueran los puños, pero aquellos hombres estaban ansiosos por limpiar la mancha de su anterior humillación, y nada iba a impedir que se cobrasen su venganza.

Los prisioneros imperiales se alzaban y atacaban a sus captores por todo el campamento. Las masas de guardias imperiales encerrados se lanzaron contra los tau y acabaron con ellos con las manos desnudas o aporreándolos con cualquier objeto pesado que pudieron encontrar. Otros se dedicaron a arrancarles las armas de las manos a los tau muertos y a disparar con salvaje alegría.

Learchus había visto pocas escenas más inspiradoras que aquella, y aunque quiso levantar el puño en el aire en señal de triunfo, lo inapropiado del gesto se lo impidió. Salió corriendo de su cobertura y se lanzó a la carga hacia el combate, y vio que Issam también salía de su posición en ese mismo instante.

Daxian avanzó para unirse a su sargento, y los tres marines espaciales formaron una cuña de combate que se clavó profundamente en las formaciones tau. Learchus sintió una salvaje sensación de alivio cuando disparó a otro tau en el pecho. Después de pasar tanto tiempo evitando todo contacto con el enemigo, liberar la agresión controlada de un astartes en combate cuerpo a cuerpo era tan catártico como vivificante.

Se volvió para indicarle con un gesto a Parmian que avanzara con ellos, que se uniera a la matanza, pero la alegría del combate desapareció al instante cuando vio que las fuerzas de los tau desplegadas más allá del campamento habían reaccionado por fin ante el enemigo que tenían entre ellos.

Había al menos dos docenas de armaduras de combate que ya cruzaban el aire en su dirección. Las seguían de cerca tres Cabezamartillo que avanzaban con rapidez hacia la entrada destruida. El ataque de Learchus los había hecho adentrarse en el campo de prisioneros, y éstos se habían rebelado, pero un puñado de cautivos armados con unos cuantos rifles y cuatro marines espaciales no podían esperar enfrentarse a aquello y sobrevivir.

Al ver la fuerza de reacción tau, Parmian intentó ponerse a cubierto, pero el grupo de armaduras de combate que marchaba en cabeza lo detectó, y no tuvo lugar alguno al que echar a correr. La primera armadura de combate aterrizó justo detrás de Parmian y le disparó un rayo de plasma abrasador a quemarropa. El explorador herido no tuvo tiempo de gritar. Quedó incinerado al instante, y de él no quedaron más que unos cuantos trozos de carne ennegrecida.

Learchus y sus camaradas se pusieron a cubierto detrás de uno de los barracones. Una andanada de disparos acribilló el punto donde estaban un momento antes.

—Vamos, Uriel. ¿Dónde estás? —murmuró.

Al oír la primera explosión, Jenna Sharben entró en acción. Koudelkar captó con el rabillo del ojo su repentino movimiento, y vio horrorizado que giraba sobre sí misma y le clavaba el extremo de la muleta en el estómago a uno de los guardias de Aun'rai Solo entonces se dio cuenta de que había afilado el extremo inferior de cada muleta hasta disponer de una punta mortífera.

El guerrero de hierro soltó un estertor agónico y se desplomó en el suelo. La sangre de la terrible herida le manó a chorros sobre las piernas. Resultó evidente que la jefa de agentes no estaba tan débil como había hecho creer a los tau.

Sharben blandió la otra muleta en un arco corto y brutal, y el extremo más pesado se estrelló contra el casco de otro guardia con un golpe fuerte y sólido. El guerrero cayó pesadamente y Sharben se volvió para enfrentarse al último de los guardias de Aun'rai.

Koudelkar hizo ademán de acercarse a Aun'rai para ayudarlo, pero su madre lo agarró con fuerza de la túnica. Ella le lanzó una mirada implorante para que no fuera, pero para bien o para mal, Koudelkar ya había tomado una decisión, y tenía que cumplir con su parte del trato.

Se soltó de un tirón, aunque le rompió el corazón oír su grito de desesperación.

—¡Koudelkar, no! —le gritó también Perjed.

Aunque Sharben los había engañado con su debilidad fingida, el elemento sorpresa ya no tenía ningún efecto, y La'Tyen se lanzó contra ella con un grito de odio ahogado. La juez del Arbites y la guerrera de fuego rodaron por el suelo propinándose puñetazos y codazos.

Uno de los codazos de Sharben impactó en el estómago de La'Tyen, pero la armadura flexible de la guerrera de fuego absorbió la mayor parte de la fuerza del golpe. La'Tyen consiguió aferrarla por el cuello y le clavó los dedos en la garganta. Sharben echó con fuerza la cabeza hacia atrás y le propinó un golpe en plena cara. Koudelkar oyó cómo se le partía uno de los pómulos. Sharben se apartó rodando de su oponente con un gruñido de dolor y buscó una arma mientras La'Tyen desenvainaba una daga centelleante que llevaba al cinto.

Koudelkar había oído decir que se llamaban dagas de honor, y que se trataba de armas ceremoniales que se utilizaban para simbolizar la fraternidad entre los tau, pero no había nada ceremonial en su tremendo filo.

Blandió la daga contra Sharben, que tuvo que saltar hacia atrás para evitar quedar destripada. La juez lanzó un grito de dolor cuando el peso de su cuerpo cayó sobre su pierna herida. No estaba tan débil como había aparentado, pero seguía estando herida.

Koudelkar habría querido intervenir, pero sabía que La'Tyen lo destriparía a el con tantas ganas como a Sharben. La guerrera de fuego siguió gritando mientras la sangre no dejaba de salirle de la herida en la cara. Su compatriota derribado empezaba a levantarse con el rifle en las manos, aunque todavía estaba un poco confuso.

La'Tyen hizo una finta con su arma, y Sharben cayó al suelo sobre una rodilla cuando la pierna herida cedió. Era la única oportunidad que la tau necesitaba, y le clavó la daga en el pecho.

Las dos combatientes rodaron por el suelo, y La'Tyen apuñaló una y otra vez a la juez ya mortalmente herida en un frenesí de dolor, de ira y de odio. La sangre salió a chorros y salpicó las paredes en grandes arcos

carmesíes a medida que La'Tyen descargaba el horror de su tortura en el Invernadero en una oleada de violencia salvaje.

Koudelkar retrocedió ante lo terrible de la escena de la muerte de Sharben, horrorizado del salvajismo animal del asesinato. La'Tyen levantó la mirada, y Koudelkar vio a través de la máscara de sangre que le cubría el rostro desencajado la verdadera naturaleza de la raza tau, la oscuridad que mantenían oculta bajo aquella capa de civilización y sus fantásticas ideas sobre el Bien Supremo.

Lortuen Perjed echó a correr mientras Sharben exhalaba su último aliento. La desesperación proporcionó unas fuerzas tremendas a sus avejentadas extremidades. Se agachó para empuñar el arma de cañón corto que había dejado caer el guerrero de fuego al que Sharben había atacado en primer lugar. Manoteó el arma en busca del mecanismo de disparo.

—¡No seas idiota, Lortuen! ¡Suelta el arma ahora mismo!

Koudelkar le gritó porque no sentía deseo alguno de que Lortuen muriera en mitad de toda aquella locura. Sin embargo, el adepto no estaba dispuesto a deponer su actitud, y tanto él como el guerrero de fuego todavía confuso dispararon al mismo tiempo. Koudelkar se encogió sobre sí mismo cuando las andanadas de rayos azules acribillaron la estancia.

El guerrero de fuego se desplomó como un muñeco desmadejado con el pecho convertido en un paisaje cubierto de cráteres, pero había matado a su asesino. Lortuen Perjed salió despedido hacia atrás. Su frágil cuerpo quedó prácticamente partido por la mitad por la ráfaga de disparos de energía.

A pesar de lo terrible que era la muerte del adepto, el verdadero horror se encontraba detrás de él.

El cuerpo de la madre de Koudelkar se deslizó pegado a la impoluta pared de la estancia mientras dejaba una gran mancha de sangre a su espalda. Pawluk Shonai tenía los ojos abiertos de par en par por el dolor, y sobre su túnica carcelaria se fue extendiendo otra gran mancha de sangre.

—¡No! —gritó Koudelkar al mismo tiempo que echaba a correr hacia ella. La tomó en sus brazos mientras la vista se le empañaba por las lágrimas. Le puso una mano en el estómago en un intento inútil de contener la hemorragia—. ¡Oh, Dios Emperador! ¡No! —gimió Koudelkar, quien

rezó desesperadamente al único dios que conocía—. ¡Oh, Dios Emperador! ¡No permitas que pase esto!

Koudelkar contempló cómo la vida abandonaba a su madre y lanzó un estremecedor grito de dolor. Los ojos se le llenaron de lágrimas y sollozó mientras abrazaba con fuerza su cadáver.

—Lo siento, lo siento. Es culpa mía. Te traicioné. Oh, Dios Emperador, perdóname, por favor, perdóname…

Koudelkar sintió una presencia a su lado y levantó la mirada para ver a Aun'rai de pie junto a él con una expresión de profunda decepción.

—¿Llamas a tu Emperador para que te ayude? Después de todo lo que hemos hablado, ¿todavía invocas a tu lejano Emperador para que te consuele? No importa lo que diga vuestro intelecto, al final, siempre buscáis dioses y espíritus en los momentos problemáticos. Qué patéticamente humano por tu parte.

—¡Está muerta! ¿No lo entiendes? Está muerta —gimió Koudelkar.

—Lo entiendo muy bien —replicó Aun'rai con frialdad.

La'Tyen se puso a su lado. Tenía la cara y la armadura empapadas con la sangre de Sharben.

Koudelkar se esforzó por mantener la cordura ante aquella horrible matanza. En tan sólo cuestión de segundos, su esplendoroso futuro de lujo e importancia se había convertido en horror y lamentos. Negó con la cabeza con desesperación y dejó con suavidad el cadáver de su madre en el suelo duro y frío del aposento.

Se puso en pie y se enfrentó cara a cara con los dos tau. Una ansiaba con todas sus fuerzas matarlo, y el otro quería esclavizarlo. Koudelkar no tuvo muy claro cuál de aquellos dos destinos temía más.

—No tiene por qué terminar aquí y así —le dijo Aun'rai—. Todavía puedes formar parte del Bien Supremo.

—Creo que no —le contestó Koudelkar mientras retrocedía de espaldas hacia la puerta, a través de la cual llegaba el restallido de los disparos y el estruendo de las explosiones—. No quiero tener nada que ver contigo o con tu raza. Si debo morir, moriré entre los míos.

Koudelkar se dio media vuelta y bajó por los peldaños que llevaban a la plataforma de aterrizaje. Notó el olor a humo en el aire y las descargas eléctricas de las verjas de seguridad caídas. Los gritos de los soldados y el estampido de las armas lo envolvían, pero Koudelkar jamás se había sentido más satisfecho consigo mismo.

Recordó la conversación que había tenido con Lortuen Perjed poco después de llegar al campo de prisioneros. «Somos prisioneros de guerra. ¿Qué honor nos queda?», le había dicho Koudelkar. «Sólo el que llevamos con nosotros», le contestó el adepto, y no fue hasta ese momento cuando comprendió lo que le había querido decir.

Levantó la cabeza y miró hacia el cielo de un azul espléndido. Inspiró profundamente el aire cargado de olor a océano.

Koudelkar frunció el ceño y se llevó una mano a la frente para protegerse los ojos del brillo del sol al ver una serie de objetos que parecían estar fuera de lugar en aquel cielo. Sonrió al darse cuenta de lo que eran.

Aun'rai apareció junto a él sin parecer preocupado en absoluto por la batalla que se estaba librando a lo largo y ancho del campo de prisioneros.

—Esta estúpida revuelta quedará aplastada y nada habrá cambiado —le espetó el tau.

—¿Sabes? Creo que estás muy equivocado al respecto —le contestó Koudelkar al mismo tiempo que señalaba al cielo, donde una hueste de cápsulas de desembarco de los marines espaciales bajaba llameante hacia la superficie.

La cápsula de desembarco de Uriel cayó envuelta en el destello de los retrocohetes y en el metal pulverizado de la cubierta de la plataforma. Unos pernos explosivos hicieron saltar las compuertas de salida, y los arneses que mantenían asegurados a los marines se soltaron de inmediato. Lo que unos momentos antes era un entorno herméticamente sellado para protegerlos en el viaje por el espacio y del calor, de la reentrada en la atmósfera, quedó abierto a los elementos, y el hedor a combustible de propulsión y a metal quemado inundó el aire.

—¡Vamos! ¡Todo el mundo fuera! —gritó Uriel.

Los guerreros que habían soportado el tormentoso viaje desde la cubierta de embarque del Vae Victus lo obedecieron de un salto. Uriel encabezó el avance que los alejaba de la cápsula de desembarco y captó la situación de la batalla en un momento.

Learchus había cumplido bien su tarea.

El campo de prisioneros de Praxedes estaba sumido en el caos. Los guerreros de fuego, desesperados, se enfrentaban en combate a hordas de prisioneros igualmente desesperados. La lucha era feroz, pero era evidente que los tau tenían ventaja. Aunque los prisioneros los superaban mucho en número, los guerreros de fuego estaban muy bien entrenados y no parecían dispuestos a ceder.

La superioridad numérica y el valor podían llevar lejos cualquier ataque, pero frente a soldados disciplinados provistos de armas poderosas eso nunca iba a ser suficiente. Los prisioneros lavrentianos estaban siendo masacrados. Uriel vio a Learchus y a dos exploradores disparando contra una escuadra de armaduras de combate desde la cobertura que ofrecía un barracón. Mientras el denso fuego enemigo mantenía inmovilizado a Learchus en esa posición, otras dos armaduras de combate los rodeaban para atacarlos por la retaguardia.

La voz del capellán Clausel sonó en el interior de su casco.

—Nuestra llegada se ha producido justo a tiempo.

—Eso parece —contestó Uriel mientras identificaba con rapidez los puntos clave de la resistencia—. Asegura la puerta. Me reuniré con Learchus.

—Recibido.

Las fuerzas tau reaccionaron con rapidez a la llegada de los astartes, y apuntaron con sus armas la nueva amenaza que había aparecido en su seno. Las ráfagas de rayos azules empezaron a acribillar a los marines espaciales, pero fueron respondidas con una potencia de fuego muy superior a la que podía soportar cualquiera de aquellos grupos de guerreros aislados.

Pocos segundos antes del asalto principal, varias cápsulas de desembarco equipadas con sistemas de armas pesadas lanzaron una feroz descarga de misiles contra los tau. Dispararon contra sus objetivos con una

precisión inmisericorde fruto de unos parámetros lógicos preestablecidos. Las mayores concentraciones de guerreros de fuego recibieron una andanada de impactos explosivos.

Los tau retrocedieron ante la repentina ferocidad del ataque, pero Uriel sabía por otras batallas que se recuperarían con rapidez. Para ganar aquel enfrentamiento, los marines debían mantener a los tau a la defensiva en todo momento.

Otras dos cápsulas de desembarco chocaron contra la plataforma de descarga y ennegrecieron el metal de su superficie con los chorros de sus retrocohetes. La secuencia de explosiones sonó igual que los fuegos artificiales y las compuertas de las cápsulas de desembarco de mayor tamaño cayeron para dejar a la vista los antiguos y venerables dreadnought de la Cuarta compañía.

El hermano Speritas entró en la batalla con su rugiente cañón de asalto, y lanzó una salva de misiles desde los tubos lanzacohetes que llevaba incorporados al hombro. Zethus siguió el ejemplo de su hermano dreadnought y abrió fuego en cuanto se abrió la compuerta de su cápsula. Dos rayos láser gemelos impactaron en la torreta de un Cabezamartillo que estaba girando en su dirección y la hicieron volar por los aires. Zethus disparó a continuación una lengua de fuego de promethium con el lanzallamas que llevaba incorporado debajo de su monstruoso puño de combate.

Los tau retrocedieron de forma desordenada ante los dos dreadnought y dejaron atrás a docenas de camaradas envueltos en llamas. A pesar de que las armas de los guerreros de fuego eran poderosas, no tenían esperanza alguna de poder perforar el blindaje de aquellas imponentes máquinas de guerra.

Las escuadras de Clausel volaron impulsadas por los chorros de sus retrorreactores en dirección a la entrada del campo de prisioneros y abatieron a los guerreros de fuego que habían desembarcado de tos transportes Mantarraya. Los tanques de combate Cabezamartillo flotaron grácilmente por encima de los incendios provocados por los combates y sus

enormes cañones giraron sin parar en busca del modo de desencadenar su furia contra los Ultramarines.

Varias ráfagas de cañón y unos abrasadores rayos de energía se abatieron sobre los marines espaciales que luchaban junto al capellán, y Uriel vio que no todos se pondrían en pie de nuevo. Lamentó la pérdida de los caídos, pero aquel asalto había conllevado desde el principio el riesgo de que muchos de los guerreros de la Cuarta compañía regresaran a Macragge como muertos honorables.

Una cápsula de desembarco estalló a la espalda de Uriel. Los guerreros que transportaba quedaron esparcidos a su alrededor debido a la explosión. La mayor parte se incorporaron, pero tres permanecieron tendidos. No habían pasado más que unos pocos segundos desde la rugiente llegada de los Ultramarines, pero los tau ya habían reorganizado sus defensas para hacer frente a aquella amenaza.

Un guerrero con una armadura de color azul brillante adornada con una reluciente águila dorada y con el casco rematado por unas alas blancas se situó al lado de Uriel. Su capa ondeaba bajo las corrientes térmicas provocadas por la llegada de las cápsulas de desembarco, y en la mano empuñaba un largo mástil de adamantium negro rematado por una cruceta carmesí.

El Anciano Peleus desplegó el estandarte de la Cuarta compañía, y el poder de su magnificencia fue similar a la visión de otros cien marines espaciales. El pan de oro y el bordado de plata con los que estaba tejido el guantelete cerrado relucieron bajo el sol, y su tejido sagrado fue un faro para que lo vieran todos los guerreros de coraje y honor.

—¡El estandarte de la Cuarta compañía ondea sobre nosotros! —Gritó Uriel—. ¡Que ningún guerrero desfallezca en su deber hacia el capítulo!

Sus guerreros respondieron con vítores de orgullo, y la devoción y la fe que sentían en el poder del estandarte los impulsaron hasta nuevas cotas de valor. Luchar bajo el estandarte de la compañía era un honor, y los Ultramarines sabían que los héroes del pasado los estaban observando para juzgar su valentía. Los prisioneros lavrentianos estaban a punto de huir cuando la batalla se volvió en su contra, pero con la llegada de los

Ultramarines salieron de sus posiciones de cobertura para atacar de nuevo a los tau. Aunque el estandarte de la Cuarta compañía no era el de su unidad, representaba siglos de coraje que impregnaban los corazones de los guerreros imperiales que lo miraban.

Uriel condujo a su escuadra y al estandarte hacia el barracón desde donde Learchus y sus guerreros luchaban. Disparó mientras corría, ya que no escaseaban los objetivos. Con cada andanada caían más guerreros de fuego, mientras alrededor de Uriel se estrellaban disparos centelleantes. Por todo el lugar se producían combates cuerpo a cuerpo entre los prisioneros y los tau, y el capitán tuvo que abrirse paso entre los oponentes.

Uriel notó un chorro de aire caliente por encima de él y levantó la cabeza. Era una nave alienígena, de gran tamaño y forma oblonga. Se trataba de un transporte Orca, y Uriel supo con certeza por qué el piloto se atrevía a sobrevolar un entorno tan hostil.

No tardó en perder de vista la nave, y Uriel siguió avanzando por el campo de batalla. Learchus los miró justo cuando la escuadra Ventris se le acercaba, y el capitán notó cómo el corazón del sargento se henchía de orgullo al ver el estandarte.

—¡Escuadra Ventris! —Gritó Uriel—. ¡Por escuadras de combate! ¡Mantener y atacar izquierda!

Sus guerreros se dividieron de inmediato en dos unidades. Una se enfrentó a las armaduras de combate que tenían inmovilizados a Learchus y a los exploradores. El enemigo recibió una lluvia de disparos de bólter, una andanada de proyectiles que estallaron en el interior de la cavidad torácica del primer guerrero enemigo y que obligaron al otro a ponerse a cubierto.

La segunda escuadra de combate siguió a Uriel para reunirse con Learchus y los exploradores que quedaban. No hubo tiempo de intercambiar saludos, ya que dos armaduras de combate pasaron rugiendo por encima del tejado del barracón. Aterrizaron en mitad de una tormenta de chorros de retropropulsores y de disparos. Uno de los exploradores cayó aullando con la rodilla destrozada. El otro, un sargento, también cayó, pero abatido por un proyectil que le impactó en el hombro y lo tumbó de espaldas.

Un rayo de plasma al rojo atravesó el pecho de uno de los Ultramarines, y el guerrero se desplomó, muerto antes de tocar el suelo. Uriel y Learchus cargaron contra las armaduras de combate al mismo tiempo que la segunda de ellas descargaba una tormenta abrasadora de llamas. Uriel sintió el calor del fuego a través de la armadura, y varios iconos rojos de alarma se encendieron en su visor. La mochila de la armadura descargó gases refrigerantes para intentar contrarrestar el calor, y Uriel oyó gritos de dolor procedentes de los exploradores, equipados sólo con armaduras ligeras, que intentaban apartarse de aquella llamarada asesina.

Uriel surgió de aquel infierno con la capa llameante y el águila de la armadura ennegrecida. Las armaduras de combate se prepararon para enfrentarse a su carga mientras recibían una andanada de disparos de bólter que rebotaron en la superficie blindada de sus protecciones.

Learchus se agachó para esquivar el ángulo de tiro de un cañón rugiente y cargó, con el hombro por delante, contra una de las armaduras. Las piernas de su oponente cedieron bajo el impacto de la masa de Learchus y cayó hacia atrás convertido en un montón indefenso de metal. Uriel blandió la espada de Idaeus contra un puño del tamaño de su cabeza que descendía hacia él y rebanó la extremidad de la armadura a la que se enfrentaba. Del tajo salió un chorro de fluidos hidráulicos, y la armadura saltó hacia atrás para esquivar la mortífera hoja.

Uriel saltó hacia adelante y se agarró a un borde del caparazón blindado de la armadura en el mismo momento en que ésta activaba los retrocohetes y se elevaba en el aire. El suelo se alejó con rapidez, pero Uriel no estaba dispuesto a dejar que su enemigo se escapara con tanta facilidad. Clavó la espada en el pecho de la armadura y los retrocohetes se apagaron casi de inmediato. La armadura de combate atravesó el techo del barracón y Uriel se apartó de una patada del guerrero moribundo.

Giró en el aire antes de aterrizar sobre ambos pies con un golpe estruendoso.

Learchus estaba de pie con una bota apoyada en el pecho de la armadura derribada y extrayendo la espada sierra del cuerpo. El arma arrastró tras de sí trozos de metal partido y cuajarones de sangre, y la armadura sufrió una

convulsión cuando su ocupante murió. El sargento blandió la espada en un molinete y colocó el filo en el cuello de la armadura, como si fuera el hacha de un verdugo.

—Bien hecho, aunque un poco por encima de lo debido, ¿no te parece? —le dijo Uriel.

—Eso dice el hombre que mató a su oponente volando por el aire —replicó Learchus con un gruñido, pero Uriel notó el buen humor detrás de la respuesta brusca del sargento.

—Me alegro de verte, amigo mío.

—Sí, yo también —le contestó Learchus—. Pero dejemos las alegrías para más tarde. ¡Todavía estamos de caza!

—¿Está aquí?

—Está aquí —le confirmó Learchus al mismo tiempo que señalaba un edificio entre el laberinto de barracones.

Uriel asomó la cabeza por la esquina a tiempo de ver a Koudelkar Shonai, a quien estaban arrastrando en dirección al transporte Orca que había visto sobrevolarlos unos minutos antes. Un guerrero de fuego con el rostro ensangrentado sostenía un cuchillo contra la garganta del gobernador, y a su lado se apresuraba una figura que Uriel reconoció de inmediato: el noble tau que habían capturado tras la batalla en la mansión de los Shonai.

El jefe tau cuyo transporte Orca habían rastreado los sensores del Vae Victus desde su huida del Invernadero hasta su llegada a Praxedes.

—A por él —dijo Uriel.



Veintiuno

El coronel Loic parpadeó para compensar el resplandor provocado por la explosión del misil antes de toser una bocanada de polvo y de sangre. Los oídos todavía le zumbaban por el estallido ensordecedor, y notó una humedad tibia sobre el rostro. Rodó sobre un costado y apartó las maderas, los escombros y las piedras que le habían caído encima como una avalancha. El humo y el polvo cubrían los alrededores, pero vio las chispas que soltaban algunos cables, y la única pantalla que permanecía intacta tan sólo mostraba una estática siseante.

Gruñó de dolor, ya que se sentía como si le hubiera pasado por encima el Baneblade de lord Winterbourne. Tosió otra bocanada de sangre y se quedó preocupado al ver lo brillante que era. ¿Tendría un pulmón perforado o se le habría abierto alguna artería?

No se sentía gravemente herido, pero nunca se sabía con las heridas de combate.

Miró a su alrededor mientras movía la mano por delante de la cara para despejar un poco el polvo. Delante tenía una pared de brillante luz diurna, lo que era algo extraño, ya que momentos antes allí había un muro realmente sólido. Lo que quedaba del techo crujía de un modo ominoso, y el polvo caía en pequeños chorros de las grietas del tejado.

El resto del búnker era un matadero. Las paredes que todavía se mantenían en pie estaban cubiertas de sangre procedente de los cadáveres destrozados que yacían apilados en montones irreconocibles. Los servidores de datos seguían sentados en sus puestos, o, al menos, algunos trozos de ellos. La carne ensangrentada y los implantes cibernéticos yacían esparcidos por el caótico interior del búnker como harapos.

—Por la misericordia del Emperador… —musitó al ver al capitán Gerber y al comisario Vogel enterrados bajo una losa de rococemento y varias vigas de madera del techo. Del exterior del búnker todavía llegaba el sonido de las explosiones y de los disparos, pero se oía de un modo apagado, como si procediera del interior de un abismo profundo. Loic se preguntó si le habrían reventado los tímpanos, pero decidió que probablemente no era eso, ya que sentiría mucho más dolor de ser así.

Le resultó extraña la cantidad de pensamientos al azar que se le ocurrían. ¿Se encontraba en estado de shock? ¿O se trataba de una reacción postraumática a una experiencia cercana a la muerte?

—Recupera la compostura, hombre —se dijo a sí mismo mientras trepaba por encima de las pilas de escombros para llegar hasta el capitán lavrentiano enterrado.

Tropezó con una viga rota y cayó de bruces, y las manos se le hundieron en algo blando y tibio que cedió bajo su peso. Loic retrocedió horrorizado al darse cuenta de que había metido las manos en la cavidad estomacal reventada del teniente Poldara. Su rostro mostraba una expresión tranquila y serena, juvenil de nuevo, y Loic sintió una pena profunda y terrible. Poldara había muerto, y ya no tendría que preocuparse jamás por los estragos de la guerra y del paso del tiempo.

—La edad no te cansará, ni los años te condenarán —susurró.

Sus palabras apenas fueron audibles entre el restallido y las explosiones de los combates en el exterior. Se limpió las manos en el abrigo y dejó unas largas manchas sanguinolentas en el tejido de color crema. Siguió avanzando con cuidado para evitar más trampas propias de una carnicería hasta llegar a los dos oficiales lavrentianos.

Vogel estaba muerto sin duda alguna: le faltaba la mitad del cráneo y sus sesos estaban derramados por el suelo cubierto de escombros. Loic alargó una mano y puso dos dedos en el cuello de Gerber. Suspiró aliviado al notar un pulso, débil e irregular, pero que indicaba que seguía vivo.

Retiró con cuidado los escombros que cubrían al capitán y echó a un lado los trozos de piedra rota y los restos de sacos de arena. Gerber tosió y gimió de dolor. Parpadeó hasta abrir los ojos al notar los esfuerzos de Loic.

—¿Qué… qué ha pasado? —le preguntó Gerber.

—No estoy muy seguro, capitán, pero creo que hemos sido el blanco de una andanada de misiles excelentemente bien dirigidos.

Gerber intentó incorporarse sobre un codo, pero se desplomó de nuevo con un aullido de dolor.

—No se mueva. Creo que tiene el brazo roto.

—He tenido heridas peores. Ayúdeme a levantarme.

Loic lo ayudó a incorporarse. Ambos tuvieron que sobreponerse al dolor y a la visión de tantos camaradas muertos a su alrededor. Se habían considerado a salvo en el interior del búnker, pero a los pocos instantes de comenzar la barrera de artillería tau, el mundo había estallado en una explosión de fuego.

—¿Aún continúa la batalla? —preguntó Gerber con un jadeo y con los Ojos cerrados con fuerza por el dolor.

—No lo sé —respondió Loic antes de echar un vistazo al exterior.

Gerber se tomó unos instantes para recuperarse y se limpió el polvo y la sangre de la cara con la mano que tenía sana. Una nueva lluvia de polvo se desprendió del techo en ruinas cuando una explosión cercana sacudió el puente Imperator.

—Tenemos que salir de aquí y restablecer el mando y el control de las fuerzas que quedan.

—Estoy de acuerdo —coincidió Gerber, que habló con los dientes apretados mientras intentaba ponerse en pie.

Loic se agachó para ayudarlo y se echó el brazo sano de Gerber por encima de los hombros.

La puerta trasera del búnker estaba bloqueada por una pila de vigas de acero y de losas de rococemento derrumbadas, por lo que los dos soldados imperiales cojearon en dirección a la parte delantera del búnker, completamente abierta al aire. El polvo ya se estaba asentando, pero el panorama que se veía en el exterior distaba mucho de ser halagüeño.

Los tau se habían echado encima de los defensores. Los guerreros de fuego habían tomado el perímetro exterior y avanzaban hacía la segunda línea defensiva. Sus tanques pesados proporcionaban fuego de cobertura al mismo tiempo que destruían uno por uno los reductos y los búnkers. La línea imperial se estaba combando hacia atrás, y para ambos oficiales fue evidente que se derrumbaría en pocos momentos.

—Se acabó —dijo Gerber.

—Por supuesto que no —le replicó Loic—. ¡Todavía podemos vencer!

Apenas dijo aquellas palabras, una gigantesca armadura de combate aterrizó en los escombros situados delante de ellos. Tenía las placas de

blindaje cubiertas de marcas y quemaduras, y llevaba la cabeza pintada de color azul pálido con un dibujo de rayas en el lado izquierdo.

En el centro de la placa pectoral se veía una esfera llameante, y otra igual en una de las hombreras. Otras dos armaduras de combate aterrizaron un segundo después de la primera mientras ésta alzaba las armas: un monumental cañón giratorio de tubos múltiples y un grueso cañón de bocacha semicircular.

—Se acabó —repitió Gerber.

Uriel salió disparado de donde se encontraba a cubierto seguido de Learchus. El sargento explorador, que según recordaba Uriel se llamaba Issam, corrió al lado de Learchus, con el hombro cubierto de sangre coagulada en el punto donde le había impactado el proyectil. Su objetivo se retiraba con rapidez hacia el transporte Orca, y Uriel soltó una maldición cuando se dio cuenta de que probablemente lograrían llegar hasta la nave antes de que ellos consiguieran alcanzarlos.

Un guerrero de fuego arrastraba sin ceremonia alguna a Koudelkar Shonai, mientras que el noble tau marchaba al trote a su lado.

—De prisa. Todo esto no habrá servido de nada si el noble consigue escapar —dijo Uriel.

—¿Crees que no lo sé? —respondió sibilante Learchus.

Una andanada de disparos acribilló a los tres marines espaciales cuando un grupo de ocho guerreros de fuego apareció a la carrera entre dos barracones y les disparó casi a quemarropa. Uriel sintió los impactos y notó un breve pinchazo de dolor en el torso cuando los cilindros de refrigeración situados bajo la placa pectoral se rompieron. Cayó sobre una rodilla cuando una galerna aullante de energía sónica y un torbellino de luz estallaron ante él. Sus sentidos automáticos se esforzaron por filtrar el ataque visual y sónico, pero les fue imposible eliminar por completo la tremenda interferencia provocada.

Algo lo golpeó en el casco y notó que un objeto puntiagudo lo apuñalaba en el costado. El golpe no llegó a penetrar en la armadura, pero

Unid se apartó rodando sobre sí mismo y se puso en pie en el mismo movimiento. Desenvainó la espada mientras la visión empezaba a despejársele. Los guerreros tau se abalanzaron contra los Ultramarines y los atacaron con un frenesí de golpes de las culatas de sus cortas carabinas y de disparos a quemarropa. Uriel mató al primero de una estocada, y luego sacó la espada para decapitar a otro que lo atacó por el costado. Un tercer alienígena cargó contra él, y Uriel se fijó en que estos tau llevaban una armadura más ligera que los demás.

Aquellos guerreros eran rastreadores, y era indicativo de la desesperación de los tau por proteger a su líder que emplearan unos guerreros tan poco protegidos para enfrentarse a unos marines espaciales.

Learchus mató a uno de ellos de un puñetazo y le aplastó la cara a otro con la culata del bólter. Issam se deslizó entre los guerreros enemigos con su cuchillo de combate y abrió estómagos y gargantas con cada experto tajo mortífero que lanzaba.

La lucha fue brutal, pero con un solo vencedor evidente. Los tau combatieron con una valentía frenética, pero no podían esperar vencer a tres asesinos entrenados como aquellos.

—Como dijiste, no tienen lo que hay que tener para una pelea de verdad —exclamó Uriel mientras abatía a un guerrero de fuego que se había lanzado vociferando y blandiendo su arma como si fuera una maza.

—Creía que los tau preferían no entrar en el combate cuerpo a cuerpo —comentó Issam tras destripar a otro.

—Está claro que no quieren que capturemos a su líder —afirmó Learchus tras acabar con el último guerrero de fuego con un golpe brutal del canto de la mano.

—Maldita sea —exclamó Issam mientras echaba a correr de nuevo en pos de los tau—. Sólo querían retrasarnos.

—Y lo han conseguido —maldijo Uriel, que a su vez echó a correr tras el sargento de exploradores.

Miró por encima del hombro y vio que Learchus había recogido del suelo una de las armas de los tau.

—¡Vamos, sargento!

Uriel corrió tan de prisa como pudo, pero era imposible que él o Issam lograsen alcanzar al noble tau antes de que embarcara en la nave y escapara. La arriesgada maniobra de Uriel había fracasado, y probablemente había condenado a los defensores de Olzetyn a cambio de nada.

La rampa trasera de la nave se abrió y un par de tau delgados con trajes de vuelo hicieron gestos al noble y a su escolta para que se apresuraran.

De repente, una silueta surgió de la nada, y Uriel se agachó después de que un misil le pasara por encima dejando atrás una estela llameante. El proyectil cruzó el aire en dirección a la nave de transporte, y en la fracción de segundo anterior al impacto, Uriel se sorprendió al ver que era un misil tau. Impactó contra un costado de la nave y atravesó el casco de escaso blindaje antes de estallar. De la parte posterior de la nave surgió una lengua de fuego, y el fuselaje se partió por la mitad cuando la explosión reventó el eje central.

El fuselaje de la nave se vio sacudido por una nueva serie de explosiones cuando la munición y las armas que llevaba en el interior estallaron debido al calor. De la nave destruida se elevó una gruesa columna de humo, y Uriel recuperó de repente la esperanza al ver a sus presas tendidas en el suelo delante de la nave en llamas.

Issam se volvió para mirar a Uriel.

—En nombre del primarca, ¿de dónde ha salido eso?

Uriel sospechaba que sabía la respuesta, y miró hacia atrás, por donde habían llegado. Allí vio al sargento Learchus, con una de las armas de los tau sobre el hombro. Parecía ridículamente pequeña en sus manos, pero era indudable que había salvado la misión.

—¿Cómo sabías utilizarla? —le preguntó Uriel a gritos mientras el sargento la arrojaba a un lado.

—Ya lo te diré más tarde. Ahora pillemos a ese cabrón.

Los tau empezaban a ponerse en pie, y Uriel casi fue capaz de sentir su desesperación al ver la nave envuelta en llamas. El guerrero de fuego que empuñaba el cuchillo se volvió, vio que los Ultramarines casi habían llegado hasta ellos y levantó de un tirón a Koudelkar Shonai. Cuando Uriel

estuvo más cerca, vio en su cráneo los restos de una cola de caballo de color blanco, y se dio cuenta de que sabía quién era.

Era la guerrera que sus hermanos y él habían capturado en las ruinas de la mansión De Valtos.

Se llamaba La'Tyen, y Uriel sintió la mano del destino en todo aquello.

La guerrera le gritó algo al noble, que todavía se estaba poniendo en pie con cierta dificultad, pero ya era demasiado tarde para él. Issam alcanzó al líder tau y lo puso en pie también de un tirón. El cuchillo de combate del sargento explorador se quedó rozando la piel de la garganta de su prisionero, y Uriel alzó una mano para detenerlo cuando Issam lo miró a la espera de la orden de matarlo.

Learchus se aproximó apuntando con su bólter a La'Tyen. Uriel contuvo el aliento, porque se percató del carácter peligroso y frágil de aquel momento. Vio con claridad el odio que La'Tyen sentía hacia ellos, y supo que la vida de Koudelkar Shonai colgaba de un hilo. Uriel se llevó las manos a la cabeza y se quitó el casco. Los sonidos de la batalla que los rodeaba subieron de volumen.

—¡Uriel! ¡No dejes que me mate! ¡Por favor! —gritó Koudelkar.

Uriel asintió y se volvió hacia el noble tau.

—¿Entiendes mi idioma?

El tau dudó por un momento, y luego asintió.

—Sí, lo entiendo.

—Soy Uriel Ventris de los Ultramarines. Dime tu nombre.

—Soy Aun'rai.

—¿Eres el jefe de esta fuerza de invasión?

—Soy el etéreo del cuerpo de cazadores de la Estrella Ardiente.

—Entonces ordenarás que acabe esta guerra —le dijo Uriel, y se acercó amenazante al tau—. Ahora mismo.

—¿Por qué iba a hacer algo así? Mis fuerzas están a punto de tomar Olzetyn, y no quedan la suficientes fuerzas enemigas como para que nos impidan apoderarnos del resto del planeta.

—Lo harás, porque si no te mataré.

—Mi muerte importa poco —replicó el tau, pero Uriel captó el primer atisbo de debilidad en la actitud tranquila del alienígena.

El capitán no era un interrogador profesional, pero se dio cuenta de que el noble estaba mintiendo.

—Déjame que te diga lo que yo sé —le contestó Uriel, consciente de que cuanto más tardara en resolverse aquel enfrentamiento más soldados del Imperio morirían—. Sé que esta invasión es una apuesta arriesgada por vuestra parte, y que necesitabais derrotarnos con rapidez. Sé que no disponéis de los recursos necesarios para defender este planeta de un contraataque, y te aseguro que ese ataque se producirá. Sé que, incluso si ya habéis tomado Olzetyn, el resto de este planeta se convertirá en cenizas antes que permitir que lo ocupéis vosotros. Tendréis que matar a todos y cada uno de los humanos que lo habitan para conservarlo, e incluso en ese caso, el Imperio no permitirá que os lo quedéis. Los refuerzos procedentes de los sistemas vecinos ya están en camino, y para cuando lleguen, todavía no controlaréis lo suficiente el planeta como para ofrecer una resistencia eficaz.

La'Tyen gritó algo, furibunda, pero Uriel no le hizo caso. Aun'rai se volvió para mirarla, pero Uriel agitó una mano delante de sus ojos.

—No la mires a ella. Mírame a mí, y escucha bien lo que te estoy diciendo. Habéis luchado bien, Aun'rai. Tus guerreros se han ganado mi respeto, pero no ganaréis nada más si seguís luchando.

—¿Por qué? —quiso saber Aun'rai con un leve tono arrogante en la voz, la misma arrogancia que Uriel había visto en todos los encuentros con los tau en aquella campaña.

—Porque mi nave estelar está equipada con armas que pueden convertir a cualquier planeta en una roca desprovista de toda vida. Y si no ordenas la retirada, daré orden de que disparen esas armas.

—Mientes, Uriel Ventris de los Ultramarines —se burló Aun'rai—. Con tal de impedir que nos quedemos con este mundo, ¿lo harías arder hasta convertirlo en cenizas?

—Sin dudarlo —le contestó Uriel, y se sintió un poco sorprendido al comprender que lo decía en serio.

Cuánto habían cambiado las cosas desde la última vez que estuvo en Pavonis…

Aun’rai vio que decía la verdad, y el instante se alargó mientras la inexorable exigencia de Uriel calaba en Aun’rai.

—Los humanos sois una raza bárbara —dijo el etéreo—. Pensar que una vez fuimos como vosotros me llena de vergüenza.

—¿Aceptas entonces acabar con esta guerra?

—Si ordeno la retirada, ¿garantizas la seguridad de mis guerreros?

—De todos y cada uno de ellos. Soy un hombre de honor, y no miento.

La’Tyen le gritó de nuevo algo a su líder, y Aun’rai cerró los ojos. Uriel sintió su desesperación, pero no disfrutó de la derrota del etéreo. Lo que le había dicho era cierto. Los tau habían luchado eón honor, y eran un enemigo merecedor de su admiración.

Uriel le hizo un gesto de asentimiento a Issam.

—Suéltalo.

—¿Está seguro, capitán? No me gusta la mirada de esa, la que tiene al gobernador.

—Hazlo.

Issam retiró el cuchillo de la garganta de Aun’rai y se apartó con el arma en alto. El etéreo se frotó el cuello con la mano y negó con la cabeza con un gesto de tristeza al ver que los dedos quedaron manchados de rojo.

—¡Capitán! —gritó Learchus.

Uriel se volvió justo a tiempo de ver cómo en el rostro de expresión angustiada de La’Tyen aparecían claramente la rabia y el odio. No supo si se debía al acuerdo al que acababa de llegar Aun’rai o a la visión de la sangre del etéreo, pero cuando su líder quiso hablar ya era demasiado tarde.

La daga de honor de La’Tyen cortó profundamente la garganta de Koudelkar Shonai al mismo tiempo que Learchus le disparaba en la cabezal La guerrera de fuego salió disparada hacia atrás con la parte superior del cráneo reventada, pero eso no ayudó en nada a Koudelkar. La sangre arterial salió a chorros mientras Uriel se apresuraba a acercarse a él.

Se arrodilló junto a Koudelkar y presionó el guantelete contra la tremenda herida, aunque sabía que no serviría de nada. El gobernador trató

de hablar, y sus ojos mostraron una necesidad desesperada de pronunciar unas palabras de despedida, pero La'Tyen había cortado profundamente, y la vida se le escapó antes de poder decir una sola palabra.

Issam agarró a Aun'rai de nuevo por la garganta, pero Uriel hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Suéltalo, Issam. Esto no cambia nada. Aun'rai y yo hemos sellado la paz.

El sargento de exploradores soltó a regañadientes al etéreo, y su capitán se dio cuenta de que estaba deseando vengar la muerte del gobernador imperial.

—No quería que esto pasara. De verdad.

—Lo sé.

—La'Tyen sufrió horriblemente mientras estuvo prisionera.

—No lo dudo —respondió Uriel sin señal alguna de lamentarlo. Aun'rai negó con la cabeza ante la aparente indiferencia de Uriel.

—La vuestra es una civilización condenada, Uriel Ventris de los Ultramarines. Sólo ansiáis la gloria y el beneficio personal mientras vuestro Imperio se pudre por dentro. A la larga, una sociedad semejante no puede sobrevivir.

—Ha sobrevivido diez mil años desde que se inició —le señaló Uriel.

Aun'rai hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Lo que tenéis no es supervivencia, sino una lenta extinción.

—No mientras haya guerreros de coraje y honor dispuestos a defenderla.

—Esos guerreros no existen en tu sociedad —le replicó Aun'rai—. Sois bárbaros gue'la, y tan sólo retrasáis lo inevitable, nada más. La frontera de nuestro imperio avanza con el girar de los planetas, y os haremos retroceder hasta que no quede nada para vosotros. Entonces tu raza dejará de existir. La frontera es para aquellos que no temen enfrentarse al futuro, no para aquellos que se aferran al pasado. Ya no tengo nada más que hablar contigo, Uriel Ventris de los Ultramarines, y si esta guerra se ha acabado, déjame marcharme ya.

—Cuando ordenes a tus fuerzas cesar en sus ataques.

—Ya está hecho —le contestó Aun’rai.

La gigantesca armadura de combate se quedó inmóvil delante de ellos, con las armas ya apuntadas para destruirlos. El coronel Adren Loic se mantuvo erguido ante la máquina de guerra alienígena, preparado para enfrentarse a la muerte al lado de un camarada de armas y con la cabeza bien alta. En la bocacha del arma tubular se distinguía el brillo de una carga de plasma. El coronel se aferró a la esperanza de que su fin fuera rápido.

—¿A qué coño estás esperando? —Gritó Gerber de repente—. ¡Hazlo ya de una vez!

—Cierre el pico, Gerber —le dijo Loic en voz baja.

La armadura de combate no se movió, y fue en ese momento cuando Loic se dio cuenta de que los sonidos del combate habían cesado.

En el cielo no se veía ninguna de las continuas lluvias de misiles, y el rugido de las armas principales de sus tanques de batalla estaba extrañamente ausente.

Loic miró de reojo al capitán Gerber.

—¿Qué demonios está pasando? —le preguntó.

—Que me cuelguen si lo sé.

El silencio que envolvía el campo de batalla era inquietante y antinatural. Loic se había acostumbrado de tal manera al estruendo constante de la guerra durante tanto tiempo que se había olvidado de cómo sonaba el silencio. Oyó el suave siseo del viento al pasar entre los cables de suspensión del puente, el lejano gorgoteo apresurado de los ríos por las gargantas a sus pies, y el espeluznante sonido de un campo de batalla en silencio.

Los guardias imperiales y los soldados de la FDP salieron de sus fortines y posiciones protegidas, ya que el asombro y la confusión que provocaba el ejército tau completamente inmóvil superaba a la precaución natural.

De repente, la armadura de combate con el casco azul y el símbolo de la esfera llameante en el pecho dio un paso adelante, y sus armas zumbaron

cada vez más débilmente a medida que se desactivaban.

Loic se encogió por un momento, y la mano de Gerber buscó una pistola que ya no estaba en la funda.

Las lentes rojas de la cabeza sisearon cuando los enfocaron, igual que el microscopio de un magos que se centrara en el panel de muestras.

—Soy Shas’El Sa’cea Esaven, guerrero de fuego del cuerpo de cazadores de la Estrella Ardiente —dijo la armadura.

El capitán pareció a punto de replicar con hostilidad, pero Loic le hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Permítame, capitán.

Loic se ciñó un poco más el abrigo desgarrado y ensangrentado en un intento de parecer más presentable.

—Soy el coronel Adren Loic de la Fuerza de Defensa Planetaria de Pavonis.

—¿Estás al mando de estos guerreros?

—Sí, soy uno de sus comandantes —contestó Loic antes de volverse hacia el otro oficial—. Él es el capitán… Lo siento, Gerber, no sé su nombre.

—Stefan; me llamo Stefan.

—Él es el capitán Stefan Gerber del 44.º de Húsares Lavrentianos —respondió Loic volviéndose con soltura hacia el tau—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué han cesado los ataques?

—Mis fuerzas se van a replegar y vamos a abandonar este planeta —respondió el comandante tau.

—¿Por qué? Ya estábamos vencidos —se extrañó Gerber.

—Me retiro porque me ha ordenado que lo haga Aun’rai, de la casta etérea, y los guerreros de Sa’cea no desobedecemos las órdenes que nos dan —respondió la armadura de combate antes de darse la vuelta y emprender la retirada.

—¿Quieres decir que ya está? —Exigió saber Gerber—. Toda esta matanza ¿y ahora os marcháis como si no hubiera pasado nada?

—Los etéreos han hablado, y por el Bien Supremo debo obedecer —respondió la armadura, aunque Loic captó la profunda frustración que

denotaba su voz.

Como cualquier otro guerrero, el comandante tau quería acabar su misión. Cuando la armadura de combate llegó al borde de las ruinas, se volvió de nuevo hacia ellos.

—Tenías razón, capitán Stefan Gerber del 44.º de Húsares Lavrentianos. Ya estabais vencidos, y cuando los tau vuelvan a Pavonis, os derrotarán otra vez.

Lord Winterbourne, que se encontraba en las últimas laderas ondulantes de las colinas Owsen, contempló a través de los bloques de visión cómo la fila de Cabezamartillo y de Mantarraya se retiraba detrás de la línea de riscos que se alzaban por encima de las fuerzas imperiales. La ferocidad de los combates en las colinas no había disminuido ni un ápice a lo largo de los días, y en ese momento, cuando estaba a punto de ordenar una retirada completa hasta Puerta Brandon, los tau dejaron de atacar.

—¿Qué demonios…? —murmuró cuando la última unidad tau desapareció de la pantalla de detección.

—¡Señor! —Gritó Jenko de repente—. Las comunicaciones se han restablecido por completo. ¡Tengo a los capitanes de todos los mandos queriendo hablar con usted! ¡Todas las frecuencias que estaban interferidas funcionan con normalidad!

Winterbourne se pasó una mano por la frente, sin apenas atreverse a creer que la guerra hubiera terminado o que el plan de Uriel hubiera tenido éxito.

—¿Algún contacto hostil? Podría ser una trampa.

—Ninguno, señor —le confirmó Jenko alzando la voz con nerviosismo —. Todas las fuerzas tau se retiran más allá de las colinas. ¡Se marchan! ¡Hemos derrotado a esos cabrones!

Winterbourne quiso verlo por sí mismo y abrió el cierre de la escotilla antes de hacer girar la manivela de apertura para salir de la torreta del Padre Tiempo. Se puso en pie encima del asiento del comandante y recorrió con la mirada la línea de tanques atrincherados y de soldados lavrentianos.

Los demás comandantes de blindado también habían abierto las escotillas y contemplaban incrédulos el terreno arrasado y acribillado de cráteres que se extendía ante ellos. El humo de los Leman Russ y de los Chimera recorría el campo de batalla, y Winterbourne olió el hedor a metal quemado. Los guardias imperiales de las trincheras lo miraban con la esperanza de que les confirmara lo que todos creían: que la guerra había terminado.

El capitán Mederic, de los Mastines, que se había convertido en el ángel guardián del Padre Tiempo desde el ataque de los kroots, se echó el rifle al hombro.

—Entonces, ¿se acabó?

Winterbourne no supo qué decir.

—Eso parece, Mederic.

El capitán asintió.

—Bien. A lo mejor puedo dormir un poco ahora.

Winterbourne vio cómo el capitán bajaba del tanque y se alejaba, y se sintió tremendamente orgulloso de lo que habían conseguido sus soldados. Habían luchado con valor, y habían cumplido todo lo que les había pedido. Una vez más, el honor del regimiento se había puesto a prueba, y una vez más, los hombres y mujeres lavrentianos habían superado el desafío.

Y pensar que había estado a punto de ordenar la retirada…

—Contacta con todos los mandos. Diles que la guerra ha terminado.



EPÍLOGO

Menos de diez horas después de la tregua establecida entre las fuerzas imperiales y los tau, una armada de Mantas cruzaba el cielo por encima de Praxedes. Los enardecidos guardias lavrentianos contemplaron cómo se marchaban, y Pavonis suspiro de alivio al verse salvada de la invasión. Bajo la vigilante mirada del Vae Victus, los Mantas regresaron a su flota, que a su vez viró y partió en dirección al Imperio Tau.

El epílogo de cualquier batalla siempre tiene un coste, y aunque los tau habían sido derrotados, el precio de la victoria había sido muy elevado. Habían muerto miles de personas, y muchos miles más padecerían para siempre el horror de las heridas que habían sufrido. Cada hombre y cada mujer que se había enfrentado a los alienígenas invasores mostraría cicatrices tanto físicas como psíquicas.

Buena parte de Pavonis estaba en ruinas, y sus gobernantes habían vuelto a demostrar una falta de lealtad preocupante. Ya no se podría confiar más en la gente de Pavonis para que dirigiera su propio destino. Aunque no sufriría bajo el yugo de los alienígenas, sin duda Pavonis quedaría sometido al puño de hierro de todo el poder del Imperio.

A lo largo de los años siguientes, muchos llegarían a creer que había ganado el ejército equivocado.

Uriel contempló cómo los servidores de carga desmontaban las últimas estructuras que habían formado parte de la Fortaleza Idaeus y las metían en los contenedores de paredes metálicas de la parte posterior de los transportes oruga. Tres Thunderhawk estaban posadas en el páramo que antaño había sido el parque Belahon, al borde del lago de aguas estancadas, preparadas para acoger los contenedores en su interior y llevarlos hasta las bodegas del Vae Victus. Varias naves de combate procedentes de los sistemas cercanos y un crucero de ataque rápido de Macragge habían salido de la disformidad en el punto de salto del sistema una hora antes y ya se dirigían hacia el planeta. Su potencia de combate ya no era necesaria, pero la amenaza de su llegada había servido para que las fuerzas imperiales consiguieran la victoria.

La presencia de los Ultramarines en Pavonis casi había llegado a su fin, y cuando se selló el último de los contenedores, llegó el momento de partir

de regreso a Macragge.

Los muertos y los heridos ya se encontraban en el apothecarion del Vae Victus, incluido el tecnomarine Harkus, cuya tenacidad a pesar de las terribles heridas que había sufrido lo habían hecho sobrevivir a lo largo de toda la campaña.

Setenta y un guerreros de la Cuarta compañía, todos los aptos para el servicio, estaban formados en filas delante de su capitán y de su capellán. El Anciano Peleus se encontraba en el centro de la formación, y el estandarte de la compañía ondeaba bajo el fuerte viento procedente del sur. Un poco más allá de la formación de los Ultramarines se encontraban una serie de oficiales superiores de las fuerzas de Pavonis, quienes esperaban a una distancia respetuosa que acabase el ritual astartes de final de campaña.

El Anciano Peleus bajó el estandarte en dirección a Uriel, quien se arrodilló sobre una pierna ante él. El tejido estaba ennegrecido y rasgado en los bordes tras el combate en Praxedes, pero Uriel estaba convencido de que no mostraba tantos daños como la última vez que lo había visto.

Tomó el pesado paño en las manos y se lo llevó a la frente antes de ponerse en pie. El capellán Clausel también se arrodilló y se llevó el estandarte a la frente antes de colocarse a su lado una vez más.

El Anciano Peleus levantó el estandarte y enrolló con gesto reverente el paño alrededor del mástil antes de atarlo con una cinta de terciopelo azul y dorado.

Una vez guardado el estandarte, los Ultramarines ya no estaban en orden de combate, y los sargentos dieron media vuelta y condujeron a sus escuadras hacia los transportes.

—Se acabó —dijo el capellán Clausel, y Uriel sintió una curiosa mezcla de tristeza y alivio recorrerle el cuerpo.

—Sí, aunque no puedo evitar pensar que hemos dejado la misión a medias.

—¿Por qué?

—Expulsamos a los tau de Pavonis, pero me temo que tendremos que volver a luchar contra esos mismos guerreros.

—Si ésa es la voluntad del Emperador.

Uriel asintió. Sabía que no cabía decir nada más. Clausel lo detuvo un momento cuando hizo ademán de dirigirse a los transportes.

—Lo que dije antes de lanzar el asalto en las cápsulas de desembarco era completamente cierto. Creó que has pagado el precio por tu incumplimiento del Codex Astartes.

El capellán se quedó callado un momento, y Uriel se dio cuenta de que el guerrero con casco de cara de calavera estaba buscando las palabras adecuadas, algo que jamás pensó que llegaría a ver.

—Me parecía imposible que un guerrero que había abandonado las enseñanzas del primarca pudiera volver a la senda correcta, pero me has demostrado que me equivocaba.

—Gracias, capellán.

—Se lo diré sin falta al señor del capítulo cuando regresemos a nuestro hogar, y cualquiera que dude de tu lealtad o de tu fidelidad a los Ultramarines ante mí.

Clausel se golpeó con el puño en la placa pectoral e inclinó la cabeza ante Uriel antes de dar media vuelta y seguir al resto de los marines.

Uriel contempló cómo se alejaba y se sintió completo en su corazón, porque sabía que por fin se encontraba de verdad en casa. Aunque se había sentido bienvenido a su regreso a la Fortaleza de Hera, sólo en ese momento, en Pavonis, se sintió completamente aceptado de nuevo.

Oyó el sonido de unos pasos que se acercaban y sonrió al ver que se trataba de lord Winterbourne y del coronel Loic. Ambos llevaban puestos sus uniformes de gala, toda una llamativa panoplia de oro y verde, de beige y bronce. El mastivore de tres patas trotaba al lado del comandante lavrentiano, y Uriel captó el brillo de una condecoración que le colgaba del collar.

—El viejo Fynlae se merecía una medalla —le explicó Winterbourne al ver la dirección de su mirada—. Después de todo, me salvó la vida en Cañón Profundo Seis.

—No podría estar más de acuerdo —admitió Uriel mientras le estrechaba la mano—. Este animal es un honor para su regimiento.

—Adiós, Uriel —se despidió Winterbourne—. Si alguna vez pasas por el Segmentum Solar, puedes estar seguro de que tendrás un puesto de honor en el salón de oficiales del regimiento.

—Gracias, lord Winterbourne —le respondió Uriel con una leve inclinación de cabeza.

Winterbourne se volvió hacia Loic.

—No hago más que repetirle que me llame Nathaniel, pero no me hace caso.

—Ha sido un honor luchar a su lado, capitán Ventris —le dijo el coronel Loic mientras lord Winterbourne se alejaba acompañado de Fynlae—. Estoy seguro de que mis muchachos se pasaran décadas hablando de esta campaña. Ya ha salvado dos veces a este mundo.

—Espero que no haya una tercera vez —respondió Uriel, y Loic se echó a reír.

—Que quede entre nosotros, pero creo que a partir de ahora nos irá mejor.

Uriel asintió.

—Eso espero. Ha pasado mucho tiempo desde que hablamos por primera vez, coronel Loic. Tanto usted como sus soldados han demostrado ser unos guerreros con coraje y honor. Que nadie se atreva a decir lo contrario.

Loic sonrió orgullosamente al oír aquello.

—Adiós, Uriel. ¡Coraje y honor! —le respondió al mismo tiempo que se ponía en posición de firmes y lo saludaba con energía.

Uriel le respondió con una sonrisa antes de dirigirse hacia las cañoneras que lo esperaban.

Sin duda. Coraje y honor.

El almirante Tiberius lo estaba esperando cuando bajó por la rampa de la Thunderhawk que lo había llevado desde Pavonis.

Uriel vio de inmediato que algo malo ocurría.

La cubierta de embarque estaba extrañamente silenciosa. La tripulación mantenía la cabeza agachada, como si estuvieran de luto por algo. En el interior de la nave se respiraba un ambiente de pérdida y de pena. Uriel se dirigió de inmediato hacia el venerable Tiberius.

—Almirante, ¿qué ha ocurrido?

—Ha llegado un mensaje de Macragge. Se trata de Tarsis Ultra.

—¿Tarsis Ultra? ¿Donde nos enfrentamos al Gran Devorador? ¿Qué ha pasado?

—Ha desaparecido, Uriel. Ha quedado destruido.